P. VIRGILIO MARÓN

GEÓRGICAS

INTRODUCCIÓN GENERAL
J. L. VIDAL

TRADUCCIONES, INTRODUCCIONES Y NOTAS POR
TOMÁS DE LA ASCENSIÓN RECIO GARCÍA
Y
ARTURO SOLER RUIZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 141



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por J. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, JOSÉ LUIS MORALEJO y ENCARNACIÓN DEL BARRIO SANZ.

Las traduccciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por TOMÁS DE LA ASCENSIÓN RECIO GARCÍA *(Bucólicas* y *Geórgicas)* y ARTURO SOLER RUIZ *(Apéndice virgiliano).*

Depósito Legal: M. 34998-1990.

ISBN 84-249-1424-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6342.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Era grande de cuerpo y de talla, de tez morena, aspecto de campesino... Y así aparece en el retrato, probablemente fidedigno, del mosaico de Hadrumetum, joya en nuestros días del Museo del Bardo, en Túnez: los cabellos cortos, la toga llevada con desmaño, las sandalias poco ajustadas a sus pies de rústico. Está sentado entre dos musas, Calíope, musa de la poesía épica y Melpómene, de la tragedia; tiene sobre sus rodillas un volumen abierto por este verso *Musa mihi causas memora...*, el octavo de la *Eneida*. Es Virgilio. Su nombre llena la historia de Occidente.

FUENTES PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA VIDA DE VIRGILIO

Para reconstruir la vida de Virgilio contamos fundamentalmente con tres tipos de materiales: testimonios autobiográficos, extraídos de las obras del propio Virgilio, testimonios de los autores contemporáneos o inmediatamente posteriores y, naturalmente, las biografías antiguas de Virgilio, las *Vitae Vergilianae*.

Testimonios autobiográficos

Si aceptamos, como hacen la mayor parte de los críticos, la autenticidad de las composiciones *Catalepton* V y VIII de la *Appendix Vergiliana,* tenemos en ellas las más antiguas referencias de Virgilio a su propia vida. En el primer caso se trata de su despedida de la retórica, cuando está a punto de emprender el camino de la filosofía de mano del epicúreo Sirón; en el segundo el poeta, instalado en la modesta villa de Sirón, expresa sus votos de que ella sea nuevo hogar para su familia, si es que ésta ha de abandonar Mantua y Cremona. Ambos testimonios apuntan a la situación de la familia de Virgilio poco después de la batalla de Filipos, origen de la confiscación de tierras que la afectó, por tanto entre los años 42 y 41 a. C.

Es en las *Bucólicas* donde encontramos la mayor parte de las referencias de Virgilio a sus propias vicisitudes. Aunque no aceptemos la posición de quienes buscan en ellas las claves concretas de los episodios de la confiscación que sufrió la familia de Virgilio, ni la de quienes han creído descubrir tras cada uno de sus personajes a otro concreto de su época, no cabe duda de que en las piezas I y IX de la colección encontramos los ecos de la angustia, la esperanza, primero, y luego la desolación del desposeído Virgilio; por otra parte, algunos de los poderosos de su tiempo, así como amigos de Virgilio y poetas de su entorno, están o expresamente presentes o claramente aludidos en bastantes lugares de las *Bucólicas.* Asinio Polión, a cuyo consulado en el año 40 se refiere la cuarta, aparece como impulsor de la poesía virgiliana en la tercera (vv. 84 y ss.) y como vencedor de la guerra ilírica (en el año 39) en la octava (vv. 6 y ss.); Alfeno Varo, cónsul en el año 39, aparece en la novena en términos que muestran que en

él está depositada la esperanza de Virgilio (*Ec.* IX 27) en un momento en que sobre sus tierras ronda el fantasma de la confiscación y, por tanto, en torno al año 41; a Varo también va dedicada la sexta (*Ec.* VI 6 y ss.). Vario Rufo y Helvio Cinna son poetas alabados en la novena (v. 35), mientras que unos tales Bavio y Mevio son citados como malos poetas en la tercera (v. 90). En fin, Cornelio Galo llena con su problemática presencia la última *Bucólica* y es posible que sean sus temas poéticos los mencionados en unos célebres versos de la sexta (vv. 64 y ss.).

El final de las *Geórgicas* es uno de los lugares en donde Virgilio se refiere a sí mismo de la manera más explícita y, al mismo tiempo, poética. Allí afirma haberlas escrito en Nápoles mientras el César (es decir, Octavio) guerreaba en el Asia (en el año 30) y recuerda el tiempo en que bajo el nombre de Títiro cantaba desocupado las *Bucólicas* (*G.* IV 559-566). Las referencias a Tarento (*G.* II 197, y IV 125-148) y a Mantua (II 198 y s.), la invocación a Mecenas al principio de cada libro, a Octavio como nuevo dios (I 24-42, 503-504) o como vencedor en los confines del Asia (II 170-172, cf. *supra*), la intención expresada por Virgilio, al inicio del libro III, de cantarlo en un nuevo poema, igual que antes había declarado cómo emprendía las propias *Geórgicas* (II 173-176), deben ser tenidas en cuenta a la hora de reconstruir la biografía de Virgilio. La intención de la *Eneida* y su mismo tono no la hacen apta para la referencia autobiográfica que, no obstante, tendría un lugar preeminente al comienzo mismo del poema, si fueran auténticos —lo que generalmente no se acepta— los famosos versos *Ille ego qui quondam...* [1], en los que Virgilio,

[1] Dicen así: *Ille ego qui quondam gracili modulatus auena / carmen, et egressus siluis uicina coegi / ut quamuis auido parerent arua colono,*

tras referirse a sí mismo como cantor de las *Bucólicas* y las *Geórgicas,* anunciaba que iba a cantar un poema épico. Servio, el famoso comentarista de Virgilio, afirma, en efecto, que esos versos comenzaban la *Eneida* de Virgilio y que fueron Vario y Tuca, los editores del poema, quienes los suprimieron.

Testimonios de los autores coetáneos y posteriores

Se trata de algunas composiciones de Horacio, Propercio y Ovidio, así como de fragmentos de Mecenas, de Julio Montano, de Gayo Meliso, de Séneca el Viejo y, posteriormente, de Lucano, Estacio, Marcial, Plinio el Joven y Tácito, que ofrecen datos sobre la vida y, a veces, sobre dichos de Virgilio [2]. Una gran parte de estos testimonios —y de ahí su importancia específica— proceden de obras escritas en los dos primeros siglos de nuestra era, pero que no han llegado hasta nosotros. En algunos casos su documentación era especialmente buena, como aquella que ofrecía el «Libro de los amigos de Virgilio», si es que como tal se recogieron las opiniones de Vario y Tuca, los editores

/ *gratum opus agricolis, at nunc horrentia Martis...* («Yo, aquél que en otro tiempo compuse mi canto al son de leve flauta y, saliendo de los bosques, obligué a los campos vecinos a obedecer, aunque ávido, al colono, obra grata a los labradores, ahora de Marte las hórridas [armas canto]»).

[2] Estos textos, así como los de Virgilio mencionados en el apartado anterior, están reunidos en la edición virgiliana de R. Sabbadini, *P. Vergilii Maronis Opera* I, Roma, ²1937, págs. 1-18. Para los testimonios de autores coetáneos y posteriores a Virgilio puede verse también *Vergil. Landleben,* ed. J. & M. Götte, Munich, 1970 [hay ediciones posteriores], págs. 406-420. Un ejemplo de utilización crítica de todo este material en *Vergil. Hirtengedichte,* ed. H. Naumann, Munich, s. d., págs. 8-11.

de la *Eneida* por mandato de Augusto, y lo que ellos y otros amigos de Virgilio escribieron contra los *obtrectatores Vergilii,* los «detractores de Virgilio»; o como la que ofrecían los libros de Higino, el bibliotecario de Augusto, quien tuvo sin duda acceso a documentos tan importantes como el testamento del poeta; o como la que manejaron los primeros comentaristas y estudiosos de Virgilio, Asconio Pediano, Emilio Aspro, Flavio Capo y, sobre todo, el famoso gramático Marco Valerio Probo [3]. Todos ellos tuvieron que conocer, además, los escritos de los mencionados detractores o enemigos de Virgilio, como Carvilio Píctor, Herenio, Perilio Faustino, quien realizó la lista de los «plagios» de Virgilio, o Quinto Octavio Avito, quien dedicó ocho volúmenes a «denunciar» los préstamos de Virgilio y su lugar de procedencia. Para nuestro propósito será suficiente mencionar algunos de los lugares donde los escritores contemporáneos del poeta lo recuerdan o traen a colación sus opiniones, así la *Sátira* I 5 de Horacio, en la cual se narra el viaje que emprende con Mecenas hacia Brindis, donde iba a celebrarse una crucial entrevista entre Octavio y Marco Antonio (en el 37 a. C.): en Sinuesa se les unieron Plocio Tuca, Vario y Virgilio, *animae qualis neque candidiores / terra tulit neque quis me sit deuinctior alter* (Hor., *Sat.* I 5, 41 y s.); en Capua hacen un alto los amigos y mientras Mecenas se ejercita en el juego de pelota, se van a dormir Horacio y Virgilio, perezoso el primero y delicado del estómago el segundo [4]. En la oda

[3] De Probo tendríamos, sin embargo, datos transmitidos directamente si fuera auténtica la biografía virgiliana conocida como *Vita Probiana* o *Vita Probi,* de la que hablaremos más adelante.

[4] Que Virgilio padecía del estómago es corroborado por la *Vita* de Suetonio-Donato, 8: *nam plerumque a stomacho... laborabat.*

tercera del primer libro —publicado en el año 23 a. C.— se nos habla de un viaje de Virgilio a Atenas y en la vigésimo cuarta del mismo libro Virgilio aparece asociado a Horacio en el dolor por la muerte de su común amigo Quintilio. Propercio anuncia la inminente aparición de la *Eneida* en versos justamente famosos: *Cedite Romani scriptores cedite Grai: / nescio quid maius nascitur Iliade* (PROP., II 34, 65 y s.)[5], pero el pasaje tiene aún mayor interés biográfico por sus detalladas referencias a las *Bucólicas* (vv. 67-80). Quizá el punto final más adecuado para esta sección sea el famoso testimonio de Ovidio, cuando en su autobiografía nos dice que a Virgilio sólo lo pudo conocer de vista: *Vergilium uidi tantum* (OV., *Trist.* IV 10, 51).

En los autores postaugústeos el inventario de los testimonios sobre la vida de Virgilio se enlaza ya con la descripción de la pervivencia del poeta, es decir, con el inicio de un tema inmenso y todavía abierto. Nos limitaremos, por tanto, a seleccionar algunos del siglo posterior a la muerte de Virgilio. Plinio el Viejo (VII 114) nos da un testimonio precioso sobre el controvertido tema de las disposiciones testamentarias de Virgilio respecto a la *Eneida:* según este autor, Augusto mandó que se publicara contra el expreso deseo de Virgilio, que quería que se quemara. Séneca el Viejo *(Controu.* III 8) nos transmite que Virgilio perdía su buen estilo en la expresión en prosa[6]. Entre las referencias a Virgilio que contiene la obra de Marcial debe

[5] Suetonio-Donato, *Vita,* 30, recoge estos versos de Propercio en el pasaje que dedica a la expectación con que toda Roma, empezando por el propio Augusto, seguía la gestación de la *Eneida.*

[6] El testimonio aparece corroborado por la opinión de Meliso, recogida en Suetonio-Donato, *Vita,* 16, según la cual Virgilio «al perorar era muy lento y casi parecía un ignorante» *(in sermone tardissimum, ac paene indocto similem fuisse).*

destacarse el pequeño esbozo biográfico que nos da en VIII 56, 5-20. Tácito (o quien escribiera el «Diálogo de los oradores») nos refiere una anécdota que pone de relieve la extraordinaria fama y admiración que Virgilio ya despertara en vida: el público que asistía en el teatro a una recitación de versos de Virgilio en la que él mismo estaba presente, poniéndose en pie, le tributó honores como los que se rendían a Augusto *(Dial. de or.* 13).

Con lo que llevamos dicho se agota prácticamente todo lo que sabemos de Virgilio fuera de lo que nos dicen sus biografías «canónicas», las *Vitae Vergilianae.* Como veremos en seguida, los múltiples datos, anécdotas y opiniones que ellas nos transmiten deben ser sometidos a caución y en ese trabajo la confrontación con lo que sabemos de Virgilio por testimonio de quienes lo conocieron o de quienes recogieron las opiniones de estos últimos es, a menudo, decisiva.

«*Vitae Vergilianae*»

Ha llegado hasta nosotros una gran cantidad de manuscritos que contienen biografías de Virgilio. Se trata de textos generalmente antepuestos a escolios o comentarios de las obras virgilianas y que, precisamente por su estrecha vinculación con ellos, se han visto sometidos a las vicisitudes típicas de la transmisión de la literatura filológico-escolástica [7]. Los eruditos y gramáticos que comentaban

---

[7] La más completa edición de las *Vitae Vergilianae,* por la cual citaremos salvo advertencia en sentido contrario, es la de K. Bayer, *Vergil-Viten* in *Vergil. Landleben* [cit. en n. 2], págs. 211-405 (edición con traducción alemana) y 654-780 (comentario).

y enseñaban a Virgilio copiaban, interpolaban, resumían y, en general, elaboraban el material de sus fuentes. La investigación filológica ha intentado desde hace más de un siglo [8] establecer las relaciones de dependencia entre la masa de *Vitae* transmitidas para aislar aquellas que pueden considerarse primarias u originarias, de las cuales derivan todas las demás. Sólo a partir de ese momento se puede proceder a la crítica del contenido de esos datos y determinar su valor para reconstruir la biografía de Virgilio. De acuerdo con K. Bayer [9] las Vidas originarias son las siguientes:

— la Vida de Suetonio-Donato *(Vita Suetonii uulgo Donatiana = VSD)*,
— la Vida de Servio *(Vita Seruii = VS)*,
— la Vida atribuida a Probo *(Vita Probiana = VP)*,
— la Vida de Berna *(Vita Bernensis* o *Libellus-Vita = VB* I) [10].

Como hemos dicho, en estas vidas originarias se contiene el grueso de las fuentes con las que se reconstruye la biografía de Virgilio. De ellas ha podido afirmar K. Bayer que «contienen al máximo material auténtico, sin que eso signifique, sin embargo, que cada detalle merezca garantía» [11].

[8] El primer trabajo moderno sobre las *Vitae* es el de H. Nettleship, *Ancient lives of Virgil, with an essay on the poems of Virgil,* Oxford, 1879.

[9] K. Bayer, *Virgil-Viten,* págs. 654-655.

[10] Utilizamos para estas biografías las siglas propuestas por K. Bayer, *Vergil-Viten,* págs. 657-658. Conviene tener en cuenta que en la lista de Bayer las abreviaturas vienen ordenadas alfabéticamente por la segunda letra.

[11] K. Bayer, *Vergil-Viten,* pág. 658.

El resto de las *Vitae* no necesita ser considerado a nuestro propósito, pues dependen abiertamente de la *VSD,* cuyos datos copian, trivializan, resumen o amplifican. Haremos, no obstante, una excepción con la Vida de Focas *(Vita Focae = VF)* y con los fragmentos de la Crónica de San Jerónimo que se refieren a Virgilio *(Excerpta Sancti Hieronymi* o *Vita Hieronymiana = VH),* que suelen ser incluidos entre las *Vitae antiquae* [12]. Hay, finalmente, un amplio grupo de Vidas, como las llamadas Noricense, Monacense, Gudianas, etc., conservadas en manuscritos de los siglos IX y X, cuyos datos entran de lleno en el reino de lo gratuito y lo maravilloso y que interesan en realidad mucho más a la leyenda que a la biografía de Virgilio [13]. Demos ahora una breve ojeada a las *Vitae Vergilianae* que vamos a utilizar:

VSD. — Elio Donato, gramático romano del siglo IV d. C. y maestro de San Jerónimo [14], escribió un comentario a Virgilio del que han llegado hasta nosotros tres partes: una carta en la que dedica su obra a un desconocido L.

---

[12] Así lo hace el editor oxoniense C. HARDIE, *Vitae Vergilianae antiquae,* Oxford, 1966 [= ²1957], págs. 36-38, quien, en cambio, no ofrece la VB I.

[13] El complejo de las *Vitae Vergilianae* ha sido tratado por W. SUERBAUM, «Von der Vita Vergiliana über die Accessus Vergiliani zum Zauberer Virgilius. Probleme - Perspektiven - Analysen», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* [en adelante *ANRW*] II 31, 2, Berlín - New York, 1981, págs. 1156-1262.

[14] Sobre Elio Donato debe verse ahora G. BRUGNOLI, *s. u.* «Donato, Elio», *Enciclopedia Virgiliana* [en adelante *Enc. V.*] II, Roma, 1985, 125-127. Recordemos que no debe confundirse a Elio Donato con Tiberio Claudio Donato, que vivió a fines del siglo V y escribió unas *Interpretationes Vergilianae* (ed. de H. Georgii, Lipsiae [Teubner], 1905-1906).

Munacio, la *Vita Vergilii* que estaba al frente del comentario, y la *Praefatio* a las *Bucólicas* [15]. Ahora bien, E. Donato no es en realidad el autor de la *Vita Vergilii;* lo que él hizo fue utilizar la biografía correspondiente a Virgilio del *De poetis* de C. Suetonio, una colección de biografías literarias, partes de la cual han llegado hasta nosotros por tradición indirecta, como las *Vidas* de Lucano, de Horacio y de Terencio, esta última puesta también por Donato al inicio de su comentario a Terencio [16]. Ocurre, sin embargo, que, mientras que en el caso de la *Vida* de Terencio, Donato declara haberla copiado directamente de Suetonio, para la *Vida* de Virgilio no contamos con ninguna declaración explícita [17]. Esto ha abierto un complejo problema crítico, el de discernir hasta dónde llega, si es que la hubo, la interpolación de Donato sobre el texto suetoniano, problema del que no podemos zafarnos del todo cuando intentamos reconstruir la biografía de Virgilio: es evidente

[15] La carta ha llegado hasta nosotros en un solo manuscrito *(P = Parisinus Latinus* 11308), mientras que la *Vita* y la *Praefatio* a las *Bucólicas* se nos han conservado en numerosos manuscritos, como cuadra a su carácter de fuentes de todas las introducciones a los comentarios virgilianos de la tardía antigüedad y de la Edad Media. Seguimos la edición de K. Bayer, *Virgil-Viten,* págs. 212-213 (carta), 214-241 *(Vita* y *Praefatio),* 659-687 (comentario).

[16] El *De poetis* era una de las secciones de una obra suetoniana, el *De uiris illustribus,* que sólo se nos ha conservado fragmetariamente y en parte por tradición indirecta. Sobre los problemas de la reconstrucción posible de este libro véase el buen resumen que dan Y. García *(et. al.), Biografías literarias latinas,* Madrid (B. C. G., 81), 1985, págs. 28-37.

[17] La epístola a L. Munacio se refiere, es cierto, al método que ha seguido Donato al componer su comentario, pero no proporciona elementos que puedan aplicarse con seguridad a la cuestión de la autoría de la *Vita.* Cf. G. Brugnoli, «Donato e Girolamo», *Vet. Chr.* 2, 1965, 139-149.

que los datos de Suetonio merecen, en principio, mayor crédito que las elaboraciones posteriores de Donato. El problema ha merecido una bibliografía importante y controvertida, incluso polémica, que ha servido por lo menos para que actualmente podamos sentirnos moderadamente optimistas sobre la paternidad suetoniana de la *Vida* [18]. La pregunta sobre la fiabilidad de la *Vita* se convierte ahora virtualmente en la pregunta sobre el tipo y calidad de las fuentes que utilizaba Suetonio [19]. Una gran parte de ellas son las mismas que anteriormente hemos clasificado como testimonios autobiográficos o de otros autores coetáneos o posteriores. Así en la *VSD* aparecen citas de lugares virgilianos —de las obras canónicas y de la *Appendix*— utilizados con fines biográficos, así como se registran manifestaciones del propio Virgilio que Suetonio pudo leer

---

[18] Algunos autores se han mostrado decididamente partidarios de hablar de una *Vida* de Suetonio, como H. NAUMANN, «Suetons Vergilvita», *RhM* 87 (1938), 334-376 (quien, no obstante, señala un lugar interpolado por Donato), o A. ROSTAGNI, *Svetonio 'De poetis' e biografi minori,* Turín, 1944 (que es el único en inclinarse por considerarla en su totalidad suetoniana). Más críticas son las posturas de E. DIEHL, *Die Vitae Vergilianae und ihre antiken Quellen,* Bonn, 1911, y, sobre todo, en polémica con Naumann y Rostagni, de E. PARATORE, *Una nuova ricostruzione del 'De poetis' di Suetonio,* Bari, [2]1950. El hecho de que, abordando el problema desde una perspectiva especialmente atenta al uso lingüístico y estilístico de Suetonio, R. M. GEER, «Non-Suetonian passages in the life of Vergil formerly ascribed to Donatus», *TAPhA* 57 (1926), 107-115, y K. BAYER, *Der Suetonische Kern und die späteren Zusätze der Vergilvita,* tesis., Munich, 1952, hayan llegado a soluciones considerablemente próximas hace pensar que el problema se acerca a su solución definitiva. La lista de los lugares tenidos por interpolados por los diversos críticos puede verse en K. BAYER, *Virgil-Viten,* págs. 661-664.

[19] Véase al respecto K. BÜCHNER, *Virgilio. Il poeta dei Romani,* ed. italiana, Brescia, [2]1986, págs. 19-28; H. NAUMANN, *Vergil,* págs. 15-21; K. BAYER, *Vergil-Viten,* págs. 664-682, a quien seguimos en nuestra exposición.

en escritos como el «Libro de los amigos»[20] o el que Asconio Pediano escribió contra los detractores de Virgilio[21], ambos ya mencionados anteriormente. Igualmente se saca provecho de pasajes de otros autores, como el lugar properciano arriba citado, o se les nombra expresamente como fuentes de una afirmación, como se hace con Plocia Hieria y Asconio Pediano *(VSD* 10), con Meliso *(VSD* 16), con Séneca el Viejo y Julio Montano *(VSD* 29), con Eros, liberto de Virgilio *(VSD* 34), y con el gramático Niso *(VSD* 42). Pero al lado de estas fuentes tradicionales hay otras de interés excepcional y que revelan la mano de Suetonio, a saber, cuando el texto de *VSD* supone el acceso a un documento original: así ocurre con *VSD* 31, donde se copia una carta de Augusto, y con *VSD* 37, donde la precisión de la terminología revela la consulta del testamento de Virgilio. Suetonio, como secretario de Adriano, tuvo a su disposición los archivos de Estado, de los que sin duda hizo uso aquí y, sobre todo, en muchos pasajes del libro sobre los doce césares. Por lo que hace al resto de

[20] La existencia de un escrito de ese tipo fue defendida sobre todo por W. Aly, «Die Ueberlieferung von Vergils Leben», *PhW* 43 (1923), 645-648, pero es un hecho muy controvertido. El más importante argumento a su favor se obtiene de la comparación de *VSD* 22, con un pasaje de Aulo Gelio (17, 10, 2). En ambos casos se está tratando de la composición de las *Geórgicas* y en ambos se dan detalles que nos permiten afirmar que la fuente es la misma, pero mientras en *VSD* permanece oculta tras un impersonal *traditur,* en Gelio está claramente indicada: *amici... familiaresque P. Vergilii in his quae de ingenio moribusque eius memoriae tradiderunt.* Este escrito de los amigos de Virgilio es probablemente la fuente de otros pasajes de la *VSD* (por ejemplo, 24, donde las palabras del propio Virgilio son introducidas por un *aiebat;* o en 46, donde lo son por un *ait).*

[21] Véase *VSD* 46: *Asconius Pedianus libro quem contra obtrectatores Vergilii scripsit,* etc.

las noticias contenidas en la *VSD*, o proceden de fuentes anónimas introducidas por expresiones del tipo *ferunt, uulgatum est, constat, traditur, fertur*, o están expresadas de forma categórica, constituyendo el entramado de la *Vita*. Por lo que se refiere a las primeras, ya se ha dicho [22] que en algunos casos aquellas expresiones encubren una buena fuente, generalmente el «Libro de los amigos de Virgilio», y no hay motivos para desconfiar de Suetonio en los casos en que esto no se puede probar. Para las noticias que *VSD* da en forma categórica puede mantenerse esta misma opinión, siempre que se introduzca una reserva: la que se refiere a datos que puedan proceder de la interpretación alegórica de la obra de Virgilio [23]. El alcance de esta interpretación en la composición de la *VSD* fue excesivamente valorado por E. Diehl [24] y limitado luego por Büchner a tres pasajes de la *Vita:* la noticia de los amores de Virgilio por los esclavos Cebete y Alejandro, «a quien llama Alexis en la segunda égloga de las Bucólicas» *(VSD* 9); la de la muerte del hermano de Virgilio, Flaco, que el poeta «llora bajo el nombre de Dafnis» *(VSD* 14), es decir en la quinta bucólica, y la noticia del riesgo de muerte que corrió Virgilio a manos de un veterano *(VSD* 20), la cual es posible —pero no verosímil, como dice Büchner— que se haya derivado de una exégesis *per allegoriam* de la novena bucóli-

---

[22] Véase, pág. 18 y nota 20.

[23] La biografía antigua recurre con frecuencia —no sólo para colmar las lagunas de los datos, sino por motivos del género literario mismo que constituye— a la «exégesis alegórica» de la obra literaria como fuente para el conocimiento de las vicisitudes personales del autor, las cuales se suponen transcendidas en su obra. Cf. E. Coleiro, «Esegesi allegorica», *s. v.* «allegoria» en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 105-111 (con abundante bibliografía).

[24] E. Diehl, *Die Vitae*, cit., pág. 6 y *passim.*

ca[25]. En definitiva el análisis de las fuentes de *VSD* nos permite una valoración moderadamente positiva: no hay motivos para desconfiar de que los datos existentes sobre la vida de Virgilio hayan sido honradamente reflejados. Cosa distinta —y absolutamente irremediable— es la deformación que aquellos datos hubieran podido sufrir cuando —casi un siglo después de la muerte del biografiado— se empezó a recogerlos para confeccionar una Vida de Virgilio[26].

VS. — El gramático Servio, nacido hacia el 370 y quizá discípulo de Elio Donato, es el autor del más importante comentario a Virgilio que se nos ha conservado[27]. En él e inmediatamente antes del comentario a la *Eneida* —y no, como es habitual, antes del comentario a las *Bucólicas*— aparece una Vida de Virgilio que sigue claramente la *VSD*, pero que es mucho más breve[28]. Precisamente por la manera compendiada en que aparecen los datos se ha defendido que la *Vita* tal como ha llegado hasta nosotros sea producto de una mutilación de la original[29], o de una redacción abreviada y bien elaborada de ella en la que quedarían rastros de buenas fuentes pre-suetonianas, con lo

---

[25] Véase K. Büchner, *Virgilio,* cit., págs. 27-28.

[26] La bien fundada cautela es de C. Hardie, a cuyo planteamiento de la cuestión remitimos: C. Hardie, *Vitae,* cit., págs. XIII-XXIII.

[27] Sobre Servio véase ahora G. Brugnoli, *s. u.* «Servio», *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 805-813.

[28] Utilizamos la edición de K. Bayer, *Vergil-Viten,* págs. 242-245 (edición) y 688-698 (comentario).

[29] Así ya E. Norden, «De uitis Vergilianis», *RhM* 61 (1906), 166-177, esp. 169-171, y, más recientemente, E. Fraenkel en su recensión al vol. II de la *editio Haruardiana* de Servio (1946) [= *Kleine Beiträge zur Klassische Philologie* II, Roma, 1964, 339-390, esp. 353].

que la *VS* sería testimonio de una tradición independiente del filón suetonio-donatiano [30]. En realidad la especial formulación de la *VS* se explica como resultado de la manera de componer de Servio, sin que sea necesario buscar fuente alguna fuera de *VSD* [31]. Las diferencias de *VS* con respecto a *VSD* son mínimas —*VS* da el nombre del padre y de la madre de Virgilio: *patre Vergilio matre Magia; VS* ofrece una versión más detallada de la confiscación; etc.— y se dejan explicar como interpolaciones de Servio [32].

VP. — Los manuscritos que nos transmiten la *VP* la atribuyen a marco Valerio Probo, el famoso gramático del s. I d. C., quien editó y comentó el texto de Virgilio [33]. Aunque esta atribución no careció de partidarios [34], hoy en día nadie duda de que la *VP* en el estado en que se nos ha conservado remonta su composición al siglo V o VI. Cosa distinta es si la fuente de su información puede ser antigua y valiosa, como defendió K. Büchner, para quien

---

[30] Es lo que defiende K. BÜCHNER, *Virgilio,* cit., pág. 12 y págs. 17-19, respectivamente.

[31] Véase H. NAUMANN, «Die Arbeitsweise des Servius», *RhM* 118 (1975), 166-179.

[32] Véase K. BAYER, *Vergil-Viten,* págs. 697-698. Los últimos años han visto un aumento extraordinario de la investigación sobre el comentario de Servio, lo cual afecta parcialmente a algunos aspectos —distintos de los que aquí nos interesan— de la *VS.* Al respecto véase W. SUERBAUM, «Die Servius-Vita un der Servius-Kommentar» en «Von der Vita Vergiliana...», págs. 1213-1220.

[33] Sobre el sentido de la labor editora de Probo y el alcance de su comentario véase ahora L. LEHNUS, *s. u.* «Probo», *Enc. V.* IV, Roma, 1988, págs. 284-286.

[34] Así L. AGNÉS, «Sull'autenticità della *Vita Vergilii* di Probo», *RFIC,* n. s., 19 (1942), 169-178.

con Probo y Servio estamos ante un filón independiente de la tradición suetonio-donatiana y que se remonta a buenas fuentes presuetonianas [35]. Pero tampoco eso puede ser aceptado al haberse demostrado que la *VP* depende de *VSD* y *VS* [36] y, para algún dato, de una fuente tan indiscutiblemente tardía como la *VF* [37]. Un lugar de la *VP*, no obstante, ha causado la polémica entre los estudiosos de la biografía de Virgilio. Se trata de la mención de la distancia de Andes, el lugar natal del poeta, a Mantua: *milia passuum XXX*, según la tradición manuscrita, lo que coloca a la *VP* en oposición al resto de la tradición biográfica virgiliana, unánimemente de acuerdo en señalar que esta distancia era muy corta; *milia passuum III*, si se acepta la corrección más extendida, lo que resuelve de un plumazo todo el problema, sobre el que más tarde volveremos [38].

VB I. — Esta cortísima *Vita* —dieciséis líneas en la edición de K. Bayer [39]— aparece sin atribución de autor en la tradición manuscrita y no menciona fuente alguna para las noticias que contiene. Sin embargo, alguna de ellas es desconocida por el filón suetonio-donatiano, así la dignidad de *eques romanus* atribuida al padre de Virgilio, la mención de Augusto como condiscípulo de Virgilio bajo el maes-

---

[35] K. Büchner, *Virgilio*, cit., págs. 16-19.

[36] Véase H. Naumann, «Wert und Zusammenhang der Jüngeren Vergil-Viten», *WS* 87 (1974), 116-121.

[37] Véase G. Brugnoli, «La vita Vergilii di Foca fonte della vita Probiana», *Philologus* 108 (1964), 148-152.

[38] Leemos la *VP* por la edición de K. Bayer, *Vergil-Viten*, págs. 246-249 (edición) y 698-709 (comentario). Véase, además, L. Lehnus, «Verso una nuova edizione del commento virgiliano attribuito a Probo. La vita Vergilii», *Scripta philologa* 3 (1982), 179-211.

[39] *Vergil-Viten*, pág. 248 (edición) y págs. 709-713 (comentario).

tro Epidio y la exégesis alegórica del verso sexto de la primera bucólica: *Deus nobis haec otia fecit.*

VF y *VH.* — El gramático Focas —cuya vida se data en el siglo v— escribió una *Vita Vergilii* que destaca entre las demás por su peculiar forma, puesto que está escrita en hexámetros, y que interesa sobre todo como testimonio de la admiración ilimitada por Virgilio que está en la base de las leyendas virgilianas [40].

En el prefacio de su traducción al latín de la Crónica de Eusebio, San Jerónimo afirma haberla completado con noticias extraídas de Suetonio [41]. Las referidas a Virgilio se suelen reunir en una plausible *Vita Hieronymiana* [42], cuyo interés radica en el método de trabajo de San Jerónimo, quien se veía obligado a distribuir los datos por olimpíadas, según su modelo griego [43], y en la posible influencia de Donato, maestro de San Jerónimo, que explica divergencias con respecto a la fuente suetoniana [44].

---

[40] En K. Bayer, *Vergil-Viten,* la edición ocupa las páginas 292-299 y el comentario las páginas 718-732. Ha merecido los honores de una edición separada, debida a G. Brugnoli, *Foca. Vita di Virgilio,* Pisa, 1984. Acompañada de traducción española puede verse en J. L. Vidal, «La Biografía de Virgilio escrita por Focas», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 57, 1 (1981), 1-17.

[41] Jerón., *Chron.* 6 H., *Eusebius huius conditor libri... pura Graeca translatio... admixta sunt quae de Tranquillo... curiosissime excerpsi.*

[42] Así en K. Bayer, *Vergil-Viten,* pág. 326 (edición) y págs. 742-743 (comentario).

[43] Cf. R. Helm, *Hieronymus' Zusätze in Eusebius Chronik und ihr Wert für die Literaturgeschichte,* Leipzig, 1929 [= *Philologus Suppl. Bd.* 21, 2], págs. 42-44.

[44] Cf. G. Brugnoli, «Donato e Girolamo», cit.

¿Qué sabemos de Virgilio?

En realidad, muy poco. Esta respuesta podría parecer extraña si nos hemos dejado impresionar por la larga relación de fuentes que acabamos de hacer. Pero si las encaramos con la crítica que exige hoy la historiografía, si no aceptamos los datos que nos proporcionan hasta no haberlos sometido a lo que hoy entendemos por el control de la investigación científica, sólo algunos de esos datos se filtrarán por el cedazo del rigor. Sucede, como es sabido, que la biografía era para los antiguos literatura y, como tal, concebida con una finalidad estética y sometida a las convenciones del género literario. Sólo dentro de los límites impuestos por esta doble condición había lugar para la investigación de fuentes y su organización en un discurso histórico. Eso explica que los virgilianistas hayan hecho suya con frecuencia la pregunta que encabeza estas líneas. Recordemos aquí dos ocasiones en que eso ha ocurrido con carácter emblemático: en pleno auge del interés por Virgilio y lo virgiliano, cuando estaba celebrándose el bimilenario del nacimiento del poeta, Tenney Frank se preguntaba «What do we know about Vergil?» [45] y, muy recientemente, al socaire del no menos celebrado bimilenario de su muerte, era Heinrich Naumann quien se hacía la pregunta: «Was wissen wir von Vergils Leben?» [46]. Frank había sido bastante cruel con Donato al publicar, unos años antes, su famosa biografía de Virgilio: «La crítica, en efecto —escribía en cabeza de su libro—, ha tratado con dureza la *Vida* de Virgilio de Donato. Se ha demostrado que

---

[45] Es el título de su artículo publicado en *CJ* 26 (1930/31), 3-11.
[46] En *AU* 24, 5 (1981), 5-16.

la magra *Vita* es un conglomerado de unos pocos hechos casuales fraguados con una masa de conjeturas tardías derivadas de una pretendida interpretación literal de las *Églogas,* a las que se agregó, durante las crédulas y neuróticas décadas de la segunda y tercera centurias, un cúmulo de chismes irresponsables» [47]. Pero, al huir de esa Escila, el gran filólogo americano cayó en una no menos peligrosa Caribdis: se adscribió a la corriente filológica que defendía la autenticidad de la mayor parte de la *Appendix Vergiliana* [48] y se lanzó con entusiasmo a rastrear en sus poemas, escritos, según pensaba, en los años de formación de Virgilio, las reminiscencias personales de que estaban llenos. Por su parte H. Naumann se coloca con respecto a la *VSD* en una situación compleja: de una parte no acepta que haya en ella interpolaciones de Donato —ni, todavía menos, posteriores—, pues defiende encarecidamente, como ya se ha dicho [49], la paternidad suetoniana de la *Vita;* pero de otra, establecida esa autoría, tampoco acepta que sus datos —y, por tanto, los de Suetonio (!)— tengan validez como fuente [50]. Pero, a su vez, eso no le desanimó en su

---

[47] T. Frank, *Vergil. A Biography,* Nueva York, 1922 [reimpr. 1965], pág. V.

[48] Esta corriente cobró gran impulso durante los años treinta, favorecida por el interés que las cuestiones biográficas despertaron en torno a la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Virgilio y, más concretamente, por el entusiasmo que suscitaba la posibilidad de descubir en la supuesta obra juvenil del poeta las trazas de su infancia y juventud. Quizá encuentra su mayor exponente en el libro de A. Rostagni, cuya primera edición es precisamente de 1933, *Virgilio minore,* Turín [2.ª ed. Roma, 1961]. Cf. W. W. Briggs, «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues' (1927-1977)», *ANRW* II 31, 2, Berlín-Nueva York, 1267-1357, pág. 1284.

[49] Cf. «Suetons Vergilvita», cit. en nota 18 y, casi cuarenta años después, «Noch einmal: Suetons Vergilvita», *Philologus* 118 (1974), 257-277.

[50] Lo paradójico de esa posición ha sido enérgicamente criticado por

propósito de dar una biografía de Virgilio, tarea en la que estaba empeñado cuando le sorprendió la muerte [51].

Hemos visto pues, la posición de dos filólogos dedicados a la biografía de Virgilio en los tiempos de una y otra, respectivamente, de las celebraciones bimilenarias con que este siglo ha tenido la suerte de honrarlo. Sin embargo, el escepticismo sobre la información que proporcionan las *Vitae* en general y la *VSD* en particular no ha hecho que en la práctica dejaran de utilizarlas ni ellos ni casi ninguno de los que, desde Frank hasta nuestros días, han intentado reconstruir la vida de Virgilio [52]. Es como si no hubiera más remedio, es que no hay más remedio. En las páginas que siguen intentaremos una exposición de cuantas noticias transmitidas sobre Virgilio desde la antigüedad están suficientemente fundadas, pero también discutiremos aquellas que lo están menos cuando las avale una tradición de

---

E. Paratore, «Ancora sulla vita Donatiana di Virgilio», *Philologus* 121 (1977), 249-263.

[51] Naumann se proponía publicar una biografía crítica de Virgilio (según carta personal del 29. 8. 84) y, en efecto, en el catálogo de 1984 de la editorial Wissenschaftliche Buchgesellschaft de Darmstadt aparece anunciado a suscripción el título: H. Naumann, *Zeugnisse zu Vergils Leben.* Permítasenos dejar aquí constancia agradecida de la generosidad con que Heinrich Naumann atendió en todo momento nuestras consultas y nos facilitó numerosos originales, que han quedado parcialmente inéditos.

[52] Una lista de estudios biográficos sobre Virgilio hasta 1977 la da W. Suerbaum, «Hundert Jahre Vergil-Forschung: Eine systematische Arbeitsbibliographie mit besonderer Berücksichtigung der Aeneis», *ANRW* II 31. 1, Berlín-New York, 1980, 3-358, págs. 42-46. Nos han sido de especial utilidad los siguientes libros, publicados con posterioridad a aquel año: P. Grimal, *Virgile ou la seconde naissance de Rome,* París, 1985 (hay traducción española de H. F. Bauzá, *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma,* Buenos Aires, 1987); J. Griffin, *Virgil,* Oxford, 1986; M. Giebel, *Vergil. Mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten,* Reinbek bei Hamburg (Rowohlt), 1986.

siglos: no es posible siempre —ni deseable— disecar la vida de la leyenda virgiliana. Nuestro punto de partida es —ya se ha dicho— la tradición suetoniana, que creemos en gran parte preservada en la *VSD*. Junto a ella se tendrán en cuenta los testimonios extrabiográficos y, naturalmente, la obra misma de Virgilio, entendida menos como azarosa cantera de datos que como realidad espiritual que es y crece inseparable de la realidad personal del autor [53].

---

[53] Nuestra posición, de moderada confianza en la *VSD*, que se alinea, por ejemplo, al lado de la de Büchner (*Virgilio*, pág. 25 y s.) o, por citar un estudio reciente, la de M. Giebel (pág. 10 de la obra cit. en la nota anterior) puede parecer conservadora o anticuada respecto a la de virgilianistas tan eminentes como J. Perret («Le moyen âge et l'antiquité nous ont transmis sur la vie de Virgile un bon nombre de traditions... Il est prudent de les considérer plutôt comme documents sur la fortune de Virgile un siècle après sa mort. Les données biographiques authentiques sont à degager des oeuvres du poète...», *Virgile*, n. ed., París, 1965, pág. 7) o E. de Saint-Denis («Les Vies romancées ne sont pas une invention de notre époque: la biographie de Virgile a été, dès l'antiquité, embellie de légendes...», *Virgile. Bucoliques*, n. ed., París [col. «Budé»], 1970, pág. VII; aunque más adelante matiza: «le biographe doit utiliser les *Vies* avec beaucoup de prudence») o, con referencia a las últimas biografías citadas en la nota anterior, la de J. Griffin («we have less solid information about him than the considerable volume of ancient *Lives* would appear to suggest», *op. cit.*, pág. 1) o la de P. Grimal («Proponer un *Virgilio* en una colección de «biografías» es evidentemente un albur. Lo que sabemos de cierto sobre la vida del poeta es muy escaso. Inclusive si uno añade las leyendas y los comentarios que se han acumulado en torno a su persona... bastarían algunas páginas que no nos enseñarían nada... Pero... si los documentos y los testimonios se resisten al análisis, o se ocultan, resta la obra», *Virgilio*, trad. cit., pág. 13). Pero debe observarse que de todos estos autores sólo Perret se atiene con rigor a su desconfianza en las *Vitae* —Griffin no cuenta a nuestro propósito porque no se ocupa de cuestiones biográficas—, mientras que los demás en el curso de su exposición las utilizan abundantemente, a pesar de sus reservas.

VIDA DE VIRGILIO

La infancia en Mantua

Virgilio fue mantuano de nación, como diría un clásico. Y de él de ninguna manera se podría decir que «lo nacieron» en Mantua. El enraizamiento tenaz de Virgilio en su tierra natal es algo más que una voluntad consciente del poeta a lo largo de toda su vida, es un hecho natural, telúrico. La *mantuanitas* [54] recorre, vertebra, explica la obra entera de Virgilio y la une con la tierra natal más allá de la vida misma del poeta, como razón que es de la persistencia de la leyenda virgiliana en Mantua hasta hoy mismo [55]. El nombre de Mantua y del Mincio, el río mantuano, resuenan con acentos conmovedores en las *Bucólicas* y las *Geórgicas,* cuando el poeta, despojado de los bienes paternos, exilado del terruño, se compadece de la suerte cruel de su ciudad y sus paisanos *(Mantua uae miserae nimium uicina Cremonae!* [56]), o cuando, lleno de esperanza, cree que las victorias del César serán promesa cierta de la vuelta de los suyos a sus tierras y se propone conducir consigo el coro de las Musas para ofrecer a Mantua las palmas y levantar allí un templo de mármol en honor de aquél, *propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat /*

---

[54] Es la expresión consagrada por el libro de B. Nardi, *Mantuanitas Vergiliana,* Roma, 1963, a quien seguimos en estas cuestiones.

[55] Véase, al respecto, E. Faccioli, «La tradizione virgiliana a Mantova», *Montova - Le lettere I,* Mantua, 1959, págs. 1-135.

[56] «Mantua, demasiado cercana, ¡ay!, de la infeliz Cremona», *Ec.* IX 28.

Mincius et tenera praetexit harundine ripas [57]; pero también resuenan, esta vez con acentos heroicos, en la *Eneida*, donde aparece el linaje de Mantua, más antigua que la misma Roma, cuyo vigor arranca de sangre etrusca; o cuando el Mincio, velado de sus cañaverales verdosos, transporta las naves de los escogidos guerreros mantuanos alzados en armas para unirse a Eneas y los rútulos contra el cruel Mecencio; o cuando el jefe que los conduce, Aulestes, muere atravesado sobre los altares por la lanza de Mesapo, víctima propiciatoria de la victoria de etruscos y troyanos, de la cual vendría Roma [58].

La Mantua de la historia no era siquiera una ciudad romana cuando nació Virgilio. Pertenecía oficialmente a la provincia de la Galia Cisalpina y sus habitantes habían recibido el *ius Latii* en el año 89 a. C., pero no sería plenamente ciudad romana hasta el año 42 a. C. Virgilio siguió siendo siempre, hasta cuando en Roma la multitud lo ovacionaba como al propio Augusto, un provinciano, un itálico sensible a la plural contribución de Italia a la grandeza de Roma [59]. Es con orgullosa emoción como se refiere a los orígenes etruscos de Mantua, si no únicos, aquellos de donde arranca su fuerza, consideración que, al menos en lo fundamental, no ha sido desmentida por los hallazgos arqueológicos [60].

[57] «Al borde del agua, donde el inmenso Mincio discurre con perezosos meandros y festonea las riberas con tiernos juncos», *G.* III 14-15.

[58] Véase *Eneida* X 198-212, XII 289-296.

[59] Cf. J. F. Hall, «P. Vergilius Maro: *Vates Etruscus*», *Vergilius*, 28 (1982), 44-49, y, entre nosotros, J. Closa, «L'element cèltic a l'obra de Virgili», *Secció catalana de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics. Actes del VIè Simposi (Barcelona... 1981)*, Barcelona, 1983, 109-118, esp. págs. 109-110.

[60] Una armonización de la leyenda (en el tratamiento que le da Virgilio) y la historia de Mantua puede verse magistralmente expuesta en P.

Conocemos perfectamente dos importantes datos de Virgilio, su nombre completo y la fecha de su nacimiento. Virgilio se llamaba *Publius Vergilius Maro* y nació el día de las *idus* (el 15) de octubre del año en que eran cónsules por primera vez Licinio Craso y Gneo Pompeyo Magno (Pompeyo el Grande), es decir el año 70 a. C. Por lo que hace a su *nomen* (por el que en Roma se indicaba la *gens) Vergilius,* y a su *cognomen* (o sobrenombre) *Maro,* ambos son de origen etrusco. La epigrafía testimonia abundantemente los *Vergilii* en tierras etruscas o de colonización etrusca y, desde luego, esa es la forma correcta, mientras que la forma popular *Virgilius* no aparece hasta el siglo v d. C., sin duda por derivación de la rama de árbol *(uirga)* legendaria de que se habla al principio de las *Vitae.* El sobrenombre *Maro* es, en cambio, bastante raro; los *marones* eran una magistratura etrusca y no era extraño que un título oficial quedara atribuido tradicionalmente a una familia, como ocurre en latín con *aedilis* (cf. *CIL* VIII 18065, X 470) [61]. La fecha del 70 a. C., universalmente aceptada para el nacimiento de Virgilio, fue puesta en entredicho por J. Carcopino, quien propuso rectificar en 71 a. C., sin que sus conclusiones hayan logrado imponerse [62]. Esos son los datos ciertos.

GRIMAL, *Virgilio,* trad. cit., págs. 15-21. El estado de Mantua en la época de Virgilio viene descrito en líneas generales en W. SCHMITTHENNER, «Die Zeit Vergils», *Vergil. 13 Beiträge zum Bimillenarium Vergilianum* [= *Gymnasium,* 90, 1/2, 1983], 1-16, esp. págs. 13-15.

[61] Para la cuestión de los nombres de Virgilio mantiene su valor W. SCHULZE, *Zur Geschichte Lateinischer Eigennamen,* Berlín, 1904, págs. 101, 189, 299, 306, 313, 360 y 379. Sobre su raigambre etrusca insiste R. ENKING, «P. Vergilius Maro Vates Etruscus», *MDAI (R)* 66 (1959), 65-96.

[62] Véase J. CARCOPINO, «Le bi-millenaire de Virgile», *REL* 9 (1931), 45-61. A nuestro parecer lo que mantiene su vigencia es la correción de

Pero las mismas *Vitae* que los transmiten los entremezclan en la descripción de la infancia de Virgilio con las primeras y bellas expresiones de la leyenda virgiliana, ellas mismas no exentas de significación verdadera. La familia de Virgilio era muy modesta. Su padre, Virgilio Marón, fue según algunos un alfarero y según otros un asalariado *(mercennarius)* de un funcionario *(uiator,* quizá un correo oficial) de nombre Magio. Marón consiguió, gracias a su laboriosidad, merecer la confianza de su patrón y casarse luego con la hija de éste, Magia Pola. De ellos nació Virgilio en el pueblecito de Andes, no lejano de Mantua, en el primer consulado de Craso y de Pompeyo. Transcurridos en Mantua los primeros años de su infancia, la familia se trasladó a Cremona cuando Virgilio tenía alrededor de doce años *(initium aetatis, VSD* 6), allí comenzó el niño sus estudios en la escuela y allí permaneció hasta su mayoría de edad, es decir, hasta que tomó la toga viril, a los quince años, precisamente cuando Craso y Pompeyo, los cónsules del año de su nacimiento, ejercían su segundo consulado (55 a. C.) y también, según algunas *Vitae,* el mismo día en que murió el poeta Lucrecio.

Sobre esos datos de las *Vitae* —de los que ya hemos excluido los claramente legendarios, como el sueño premonitor de la madre de Virgilio, la actitud serena del niño al nacer y la historia de la rama maravillosa plantada por su padre *(VSD* 3-5)— se ha cernido una investigación filológica minuciosa e implacable, que ha generado, naturalmente, una bibliografía que, sin enfatizar, sólo se puede calificar de inmensa. La tarea que se proponía era la de separar el grano de la paja, lo vivido de lo legendario,

---

1931 en lugar de 1930 como año justo para la celebración del bimilenario del nacimiento de Virgilio (v. *ibid.* págs. 46-47).

derrochando para ello esfuerzos y cayendo con frecuencia en un exacerbado hipercriticismo, notable especialmente en los trabajos de la primera mitad de este siglo [63]. A continuación examinaremos un par de pasajes desde esa perspectiva, para intentar en lo sucesivo una aproximación más general.

La insistencia de las *Vitae* en la modestia de la familia del poeta es cautivadora y —en parte por eso mismo— poco fiable. Que hay en ello una búsqueda de lo extraordinario o lo maravilloso, por contraste con los altos destinos que aguardaban a Virgilio, es algo que está muy bien ilustrado por la manera en que la biografía de Focas trata el asunto:

huic genitor figulus Maro nomine, cultor agelli,
ut referunt alii, tenui mercede locatus,
sed plures figulum, quis non miracula rerum
haec stupeat? diues partus de paupere uena
enituit: figuli suboles noua carmina finxit [64].

[63] Eso ha dejado su impronta en la obra que puede considerarse quizá la suma de la investigación virgiliana de la primera mitad de este siglo, nos referimos al enciclopédico —en todos los sentidos— artículo de K. Büchner, «P. Vergilius Maro. Der Dichter der Römer», publicado por primera vez en 1955 en la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, de Pauly-Wissowa, donde ocupa las columnas 1021 a 1493 del volumen VIII A y que aquí utilizamos en su versión italiana. El propio Büchner, quien con justicia critica el hipercriticismo, por ejemplo de un Diehl, no siempre ha podido sustraerse, contagiado quizá de la imponente masa de investigación que abarca, a la obsesión por la minucia.

[64] «Fue su padre un alfarero, Marón de nombre; cultivaba un pedazo de tierra, según otros, asalariado por una escasa paga, pero los más lo llaman alfarero. ¿Quién tal maravilla puede contemplar sin estupor?: como rica mena extraída de un pobre filón, así brilló: el hijo de un alfarero dio forma a una nueva poesía», *VF* 6-10. Véanse los comentarios *ad locum* de Brugnoli y Vidal, citados en nota 40.

Focas prefiere ver en Virgilio al hijo de un padre lo más modesto posible entre las dos alternativas, para que mayor sea el *miraculum* [65]. Lo más probable es que no fuera así y que la familia del poeta perteneciera a la pequeña aristocracia o a la acomodada burguesía provincial [66], lo suficientemente rica, en cualquier caso, como para procurar para un hijo el *cursus* de un ciudadano romano y para trasladarse de una ciudad a otra cuando fuera necesario para ese fin.

Pero ninguna cuestión de las planteadas por la narración de los comienzos de la vida de Virgilio ha movido más controversia que los diversos intentos por identificar el lugar natal del poeta. Podrá parecernos nimia cosa, pero desde luego no es eso lo que pensaron un buen número de filólogos, sobre todo anglosajones e italianos, que en los años treinta de este siglo dedicaron grandes esfuerzos a dilucidar esa cuestión, los primeros uniendo a su interés profesional el entusiasmo del turista deslumbrado por Italia, los segundos acometiendo la investigación con la pasión del que habla *de re sua,* unos y otros produciendo

---

[65] El oficio de *figulus* comportaba, por otra parte, resonancias alegóricas y místicas muy importantes, estudiadas en un denso trabajo de M. MAYER, «El oficio del padre de Virgilio y la tradición biográfica virgiliana», *AFFB* 1 (1975), 67-92. Sobre la introducción de *portenta* en las biografías antiguas como tópico del género véase J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de los poetas», *Emerita* 33 (1985), 291-308.

[66] Esa era ya la opinión de M. L. GORDON, «The Family of Vergil», *JRS* 24 (1934), 1-12, pág. 10, llevada a su expresión más radical en Brugnoli *(s. u.* «Magia» in *Enc. V.* III, Roma, 1987, 316-318, pág. 317), para quien todo lo transmitido por las *Vitae* con relación a la familia de Virgilio no es más que una invención excogitada a partir del mundo pastoril y agrícola evocado en las *Bucólicas* y las *Geórgicas; contra,* BÜCHNER, *Virgilio,* cit., pág. 31.

una considerable bibliografía [67]. La tradición biográfica es, en medio de tantas otras contradicciones, unánime al respecto: Virgilio nació en Andes y Andes estaba en las cercanías de Mantua [68], pero la distancia exacta no es especificada salvo en una ocasión, en la *VP,* que la cifra en *milia passuum III.* Todo concordaría si no fuera porque ésa no es la lección de los códices de *VP,* que también unánimemente dan *milia passuum XXX.* Como dice agudamente Hardie, «in hoc uero aut 'tria' aut 'triginta' tota lis uertitur» [69]. Naturalmente la corrección no se hace para forzar al texto a que concuerde con los otros testimonios —o, al menos, no conscientemente—, sino porque viene dada por el primer editor de la *VP,* Egnatius (1507), quien declara haber seguido un «uetustissimus codex», hoy perdido, procedente de Bobbio y cuya autoridad estaría por encima de los mss. humanísticos que nos conservan la *VP* [70]. Con independencia de la postura que se adopte en este complicado problema formal, la cifra de treinta millas plantea la dificultad de que, teniendo en cuenta la reducida extensión de la comarca de Mantua, no parece posible que per-

---

[67] Puede verse recogida en su mayor parte en W. SUERBAUM, «Hundert Jahre...», cit. en nota 52, págs. 46-47.

[68] *VSD* 6: *natus est... in pago, qui Andes dicitur et abest a Mantua non procul; VS: ciuis Mantuanus; VP: natus... uico Andico, qui abest a Mantua milia passuum III* [*XXX* codd.]; *VF* 1-2: *Maronem / Mantua... generauit; VH* 1: *Vergilius Maro in pago qui Andes dicitur, haut procul a Mantua nascitur.*

[69] C. HARDIE, *Vitae Vergilianae antiquae,* cit., pág. VI.

[70] La autenticidad y mayor valía de la lección de Egnatius fueron defendidas por M. WHEELOCK, «The manuscript tradition of Probus», *HSPh* 46 (1935), 85-153, y aceptadas por los editores recientes (Hardie, Bayer), pero no por el último, Lehnus (cit. en nota 38). BÜCHNER, *Virgilio,* pág. 17, tampoco la acepta porque ve en *XXX* un ejemplo de error que separa la *VP* del filón común suetonio-donatiano.

teneciera a ella un lugar tan distante de la ciudad [71]. Sea como fuere, ¿dónde hay que situar a Andes, el mantuano lugar natal de Virgilio? Una firme tradición, que se remonta por lo menos al medioevo, responde que en Pietole —en Pietole Vecchia, para ser exactos—, un pueblecito situado a 4 kms. al SE de Mantua (eso es lo que permitió ya al Dante inmortalizarlo: «E quel ombra gentil per cui si noma / Pietola più che villa mantovana» [72]), pero esa identificación fue rechazada por R. S. Conway quien, aceptando la lección *XXX* de los códices de *VP* y apoyándose en la onomástica atestiguada por la epigrafía, propuso, en un primer momento [73], Calvisano, cerca de Brescia, y luego [74] Carpenedolo, a unas treinta millas al NO de Mantua. Contra ello reaccionaron los defensores de Pietole, principalmente Nardi [75] y Rand [76], mientras que Dal Zotto, desplegando una portentosa erudición lingüística y geológica,

[71] P. Tozzi, *Storia Padana Antica,* Milán, 1972, págs. 67-69, y, en general para todo el problema de la identificación de Andes, véase, del mismo autor, *s. v.* «Andes», *Enc. V.* I, Roma, 1984, 164-166.

[72] *Purg.* 18, 82-83. La reputación de ser el lugar natal de Virgilio le ha valido a Pietole no sólo una fortuna inmensa en la pluma de escritores y viajeros (cf. G. Schizzerotto, *Letterati e viaggatori nel paese natale di Virgilio,* Mantua, 1981, *passim),* sino algo tan sustancioso como una exención de tributos decretada nada menos que por Napoleón Bonaparte (véase tan curioso decreto en L. Pescasio, *Virgilio a Mantova,* Mantua, 1981, pág. 34).

[73] R. S. Conway, «Dov'era il podere di Virgilio», *A&R,* n. s., 7 (1926), 170-186. Es traducción italiana de un anterior trabajo inglés al que no hemos tenido acceso.

[74] R. S. Conway, «Further considerations on the site of Vergil's farm», *CQ* 25 (1931), 65-76.

[75] En una numerosa colección de trabajos que van desde 1927 a 1934, especialmente, *La giovinezza di Virgilio,* Mantua, 1927.

[76] También en varios artículos, entre los cuales está «Virgil's birthplace revisited», *CQ* 26 (1932), 209-214.

colocaba a Andes precisamente entre Pietole y Cerese [77]; en fin, *alii alia,* hasta nuestros días [78]. Dos son las dificultades mayores que envuelven el problema —por otra parte menos importante, nos parece, que la enorme bibliografía que ha merecido—: primero, la ya mencionada indefinición de las fuentes biográficas y, segundo, la puerta que se abre al subjetivismo —por bien intencionado que sea y por mucha la erudición en que se apoye— cuando se acepta, actitud frecuente en los autores mencionados, que en las *Bucólicas,* especialmente en la primera y la novena, encontramos en los paisajes que se describen una referencia concreta a los lugares natales del poeta. No es posible localizar en la fecunda y plana campiña paduana, donde está Pietole —razonan Conway y los suyos—, las magras tierras del Meris de la novena bucólica —léase Virgilio—, que bajan desde los cerros hasta el borde del agua *(Ec.* IX 7-10), ni, menos todavía, los *montes* del final de la primera, cuyas sombras se proyectan alargadas, y que, en cambio, bien pueden verse más al Norte, en Carpenedolo o Calvisano, cerca de los contrafuertes alpinos; pero Rand sí ha sabido encontrarlos en Pietole, en el 'Monte di Virgilio', desde donde el Mincio se ve verdaderamente *ingens,* como quieren las *Geórgicas* [79]. Pero es que los paisajes so-

[77] A. DAL ZOTTO, *Vicus Andicus. Storia crittica e determinazione del luogo natale di Virgilio,* Mantua, 1930.

[78] Una concisa y clara consideración de las principales propuestas y contrapropuestas, no exenta de una leve ironía que encarece su mérito, es la de E. DE SAINT-DENIS, *Virgile. Bucoliques,* cit., págs. VIII-IX. Para seguir al detalle la cuestión véase P. TOZZI, *s. v.* «Andes», cit., con bibliografía hasta 1981.

[79] B. Nardi ha escrito de forma entrañable y bella los paseos por los parajes virgilianos, *Bucólicas* en mano, bien solo, bien acompañando a entusiastas filólogos del Norte, como Conway y Rand, rastreando con los ojos y con el alma aquí el lugar en que el Mincio discurre perezoso,

bre los que cantan Títiro y Melibeo, Dametas y Menalcas, Lícidas y Meris —decimos ahora aquí y lo olvidamos también nosotros cuando nos hallamos al borde del Mincio— son paisajes literarios, evocadores de estados de alma, mucho más que de topografías concretas. No es legítimo pedirles que sustenten localizaciones exactas. Sólo cuando las fuentes biográficas han sido utilizadas en todas sus posibilidades y cuando se han apurado los datos que proceden de la investigación arqueológica, epigráfica, incluso de la historia de la agrimensura, se puede avanzar algo en estas cuestiones; para entonces, sin embargo, es dudoso que los resultados sean tan ciertos como para ser inmunes al valor evocador del paisaje poético y del paisaje real.

Esta crítica exhaustiva, que hemos intentado ejemplificar, se ha aplicado a todo: al nombre del padre y de la madre de Virgilio, al de sus hermanos —cuya propia existencia se cuestiona—, a la realidad de la casa de la familia en Cremona, a la fecha de la toma de la toga viril, etc., etc. [80]. Lo que en suma es legítimo deducir del relato de las *Vitae,* comprendidos los pasajes legendarios que no por

---

allí los *montes* de los que *maiores cadunt... umbrae:* «Lo spettacolo di questi insigni filologi che avevano finito per invischiarsi in una disputa d'estetica, e pretendevano dai quadri poetici che Virgilio aveva disegnato di ricavare 'notizie' sul suo luogo natale, e di misurare il valore della sua arte dalla corrispondenza o meno colla realtà fisica, era davvero interessante, e mi parve valesse la pena di ossevarlo» (B. NARDI, *Mantuanitas Vergiliana,* cit., pág. 28). Esa emoción impresiva es algo de lo que difícilmente nos sustraemos todavía hoy —y ojalá siempre— cuando, siguiendo el curso del Mincio, peregrinamos de Mantua a Pietole.

[80] Como se ha dicho, no vamos a ocuparnos de todas estas cuestiones en detalle. El lector curioso puede encontrarlas expuestas en BÜCHNER, *Virgilio,* págs. 29-61 (estado de la cuestión en los años cincuenta) y ponerlas al día consultando las bien tabuladas bibliografías de Suerbaum y de Briggs (citadas en notas 52 y 48, respectivamente).

serlo dejan de tener una significación, es la realidad de una infancia transcurrida en un mundo familiar apegado a la tierra, laborioso y emprendedor, donde ningún esfuerzo se escatima para procurar a Virgilio una educación que lo convierta en un patricio romano (la comparación con los esfuerzos del padre de Horacio, siempre gratamente recordados por el hijo, se impone fácilmente), y la de un hijo, que aun respondiendo y superando esas esperanzas, aparece radicalmente vinculado a la tierra, a sus ritmos, al sinsabor y a la alegría de su cultivo, y eso para siempre.

En Cremona, pues, habíamos dejado al niño Virgilio realizando sus primeros estudios serios. La noticia de las *Vitae* armoniza con la realidad histórica de una Cremona que mantenía una preeminencia jurídica y política sobre las ciudades de la región (la misma que le costó ser afectada directamente por las confiscaciones que sólo de resultas tocaron a Mantua) y en la que probablemente la familia tenía una residencia, aquella cuya previsible pérdida esperaría más tarde Virgilio que fuera compensada por la villa de Sirón [81]. En Cremona vive Virgilio entre los doce y los quince años y, acabados sus estudios, toma la toga viril el 15 de octubre del 55 a. C., es decir el día que cumple quince años. Hacerlo tan tempranamente era posible en esta época y no hay motivo para desconfiar de las *Vitae* en ese punto. En cambio hay que rechazar que ese mismo día muriera Lucrecio, coincidencia a todas luces forzada por los biógrafos en su deseo de lograr concordancias «áureas» llenas de simbolismo premonitorio. La coincidencia —esta vez cierta— de que ese año desempeñaron por

---

[81] Recuérdese el texto de *Catalepton* VIII: *Villula, quae Sironis eras, et pauper agelle, / ... / ... tu nunc eris ... / Mantua quod fuerat, quodque Cremona prius.* Cf. *infra* pág. 49.

segunda vez el consulado Pompeyo y Craso nos lleva a recordar qué hombres y qué designios conducían la República romana durante la infancia de Virgilio. Junto a Pompeyo —el general victorioso del momento— y Craso —el hombre más rico de Roma—, Julio César —el más ambicioso— forma el primer triunvirato en el año 60, cuando Virgilio tiene diez, y los tres hombres comienzan a realizar su estrategia de repartirse las posiciones claves de la República, desempeñando las magistraturas que dan una apariencia constitucional a su asalto al poder. En el 59 es el consulado de César, quien asumirá para su posterior proconsulado la provincia de las Galias, que conquistará y gobernará durante cinco años. En el 56 los triúnviros deciden reforzar su pacto en la conferencia de Lucca: Pompeyo y Craso se aseguran su segundo consulado para el 55 y César recibe las Galias para cinco años más. Desde el año 58 era patrono de esa provincia y es él quien en el año 49 otorga a la Galia Cisalpina el pleno derecho romano. Virgilio, como todos sus conciudadanos, tuvo a César como astro de su infancia, aureolado por la gloria de la conquista de las Galias, justo en los años en que acrecentaba día a día su prestigio y se preparaba para la conquista del poder. Los acentos de desolación con que al final del primer libro de las *Geórgicas* describe los prodigios que se siguieron a la muerte de César son, en su sinceridad y en su emoción, testimonio de la imborrable huella que la grandeza de aquel hombre había dejado en el alma del poeta durante sus años de adolescencia.

La juventud del poeta

Virgilio estudió a continuación en Milán. Al lado de la escuela del rétor es presumible que fuera allí donde co-

menzara los estudios de medicina y matemáticas, de que hablan las *Vitae (VSD* 15). Estas «matemáticas» han de ser entendidas en un sentido mucho más amplio que el moderno, se trata de estudios de la naturaleza, fundamentalmente astronomía y astrología [82]. Estas preocupaciones, ajenas al programa «oficial» de las escuelas de retórica, dejarán honda huella en la obra de Virgilio [83]. Pero era en Roma donde realmente había que coronar los estudios y prepararse para el foro. No sabemos exactamente cuándo, pero sin duda bastante antes del 50 a. C. se traslada Virgilio a la Urbe. Controlada la vida pública por los triúnviros, bien pocas eran las oportunidades que tenía un joven provinciano para hacer sus primeras armas en la carrera de la elocuencia y la política, pero ya entonces estaba claro que ése no iba a ser el camino de Virgilio, según atestigua Meliso: «Litigó ante los tribunales solamente una vez y no volvió a hacerlo ninguna más porque cuando peroraba era muy lento y casi parecía un ignorante» *(VSD* 16). No se trataba, sin embargo, de una cuestión de incapacidad; al contrario, también sabemos que Virgilio «recitaba con voz agradable y con un encanto que provocaba admiración... y Julio Montano, el poeta, acostumbraba a decir que le habría robado algún verso a Virgilio, si le hubiera podido robar también la voz, la pronunciación, el gesto» *(VSD* 28-29) y ahí están los discursos de la *Eneida* para demostrar el dominio de los recursos retóricos de su autor [84]. Es difícil resistirse a la tentación de colocar en

---

[82] Sobre el estatuto científico de estas disciplinas, tal como las pudo estudiar Virgilio, cf. J. Bayet, «L'immortalité astrale d'Auguste ou Manilius commentateur de Virgile», *REL* 17 (1939), 141-171, esp. 153; en general, P. d'Herouville, *L'astronomie de Virgile,* París, 1940.

[83] Cf. P. Grimal, *Virgilio,* trad. cit., págs. 36-41.

[84] Cf. el clásico libro de G. Highet, *The Speeches in Vergil's Aeneid,* Nueva York, 1972.

este momento la «despedida de la retórica» que leemos en la pieza quinta del *Catalepton:*

Ite hinc, inanes, ite rhetorum ampullae,
inflata rhoezo non Achaico uerba,
et uos, Selique Tarquitique Varroque,
scholasticorum natio madens pingui,
ite hinc, inane cymbalon iuuentutis[85].

Pero de esta época de Virgilio en Roma nada sabemos con certeza. La *VB* I quiere que hubiera estudiado con un cierto orador Epidio y que fuera condiscípulo del entonces joven Octaviano —también, en ese caso, de Marco Antonio, de acuerdo con Suetonio, *De Rhet.* 4—, lo cual le valdría después el salvar sus tierras de la confiscación. Al margen de maestros de retórica y de filósofos, quienes sin duda recibieron a Virgilio con entusiasmo fueron los jóvenes poetas que entonces brillaban con luz nueva, los neotéricos, los *poetae noui.* Con algunos de ellos Virgilio ya se había relacionado, pues eran sus coterráneos de la Cisalpina, así Alfeno Varo; con otros trabó una amistad fidelísima que duraría hasta la muerte, como con L. Vario Rufo, el editor, junto con Tuca, de la *Eneida,* y con Asinio Polión. A su lado Helvio Cina, Valerio Catón, Licinio Calvo, Varrón Atacino, todos ellos —Catulo había muerto en el 55 a. C.— acogieron a Virgilio. Formaban algo así como una generación poética en torno a un programa estético —revulsivo para los romanos formados en la veneración a Ennio y a los antiguos poetas y comprometidos en la angustia

[85] «Alejaos de aquí, vacías ampulosidades de los retores, alejaos, palabras hinchadas de un resoplido que no es griego, y vosotros, Selio y Tarquicio y Varrón, raza de maestros que chorrea emplastos, alejaos de aquí, vacío címbalo de mi juventud», *Catalepton* V 1-5.

de la crisis final de la república: el programa de la cultura poética alejandrina, resumido en el ideal de «l'art pour l'art», el rechazo de la obra larga —«un gran libro es un gran mal», había dicho Calímaco, el patrono de la nueva poesía— y la preferencia por la composición breve, docta y refinada; el cultivo de los temas subjetivos y de la expresión del sentimiento personal; el alejamiento de todo propósito didáctico y del compromiso social o político. La admiración de Virgilio por la cultura alejandrina y la influencia que sobre él ejercieron sus representantes romanos está fuera de duda: la investigación de los ecos y rasgos neotéricos —principalmente de Catulo, pero también de Calvo, de Varrón Atacino, de Cinna— en la poesía virgiliana ha sido una de las más fructíferas de los últimos años [86].

Las primeras obras

¿Cómo era la poesía de Virgilio en esos años romanos en torno al 53 a. C.? Porque indudablemente la hubo. Cuando Virgilio comienza las *Bucólicas,* hacia el año 42 a. C., tiene aproximadamente veintiocho años y ya es un gran poeta. ¿Sabemos algo de su anterior evolución literaria? Con esta pregunta estamos apuntando, claro está, al gran problema de la *Appendix Vergiliana,* el «Apéndice

[86] Para Virgilio y el neoterismo véase L. Alfonsi, *s. u.* «neoterismo», *Enc. V.* III, Roma, 1987, 701-705, con bibliografía a la que hay que añadir: J. Avilés, «Catul i Virgili», *Secció Catalana de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics* (cit. en n. 59), 179-197; B. M. Arnold, *Neoteric Vergil. Alexandrian Themes in the Eclogues,* tesis (Univ. Washington), Seattle, 1984 [microfilm, *DA* 45 (1985), 3342A] *(non uidi);* W. Clausen, *Virgil's Aeneid and the Tradition of Hellenistic Poetry,* Berkeley, 1987.

Virgiliano». En las biografías antiguas no hay un «hueco» entre la primera muestra poética de Virgilio —el epigrama que, todavía niño, habría escrito contra un tal Balista, maestro de escuela y después bandido (*VSD* 17)— y la creación y publicación de las *Bucólicas*. En ese lugar aparece una lista de obras, no siempre las mismas en cada biografía —lo cual ya es problemático— y de alguna de las cuales no se nos dice más que el título. Así leemos en *VSD* 17-19 (ed. Hardie): *Deinde catalepton et Priapea et Epigrammata et Diras, item Cirin et Culicem, cum esset annorum XXVI... scripsit etiam de qua ambigitur Aetnam;* en *VS* (ed. id.): *Scripsit etiam septem siue octo libros hos: Cirin Aetnam Culicem Priapeia Catalepton Epigrammata Copam Diras* [87]. Si estas obras son auténticas, significa que conocemos la poesía de juventud de Virgilio, el «Virgilio menor» [88], y que podemos seguir el proceso de la evolución de su arte literario hasta su consumación en la *Eneida*. Desgraciadamente la autenticidad se ha presentado como problemática ya desde la Antigüedad, como se desprende, por de pronto, de la cautela de la expresión de Suetonio-Donato («escribió también —aunque hay dudas al respecto— el 'Etna'») y de la imprecisión de Servio («siete u ocho libros»). No podemos aquí ocuparnos de la autenticidad del «Apéndice», o, como en realidad hay que plan-

---

[87] La colección que desde José Escalígero (1573) se conoce por *Appendix Vergiliana* comprende, además de las obras mencionadas en las *Vitae*, todas las atribuidas a Virgilio por la tradición manuscrita. Véase ahora la edición de M. Dolç, *Apèndix Virgiliana, I-II*, Barcelona (Fundació Bernat Metge), 1982-1984.

[88] Así A. Rostagni, el más conspicuo de los defensores modernos de la autenticidad de la mayor parte de las piezas, en su libro *Virgilio minore. Saggio sullo svolgimento della poesia virgiliana*, Roma, [1]1961 [Turín, [1]1933].

tearse la cuestión, de la autenticidad de cada una de sus composiciones [89]. De entre los biógrafos recientes de Virgilio, P. Grimal es quien se muestra más optimista:

Es necesario desechar las posiciones 'hipercríticas' y aceptar, a título de hipótesis (demostrable, por otra parte) la autenticidad... de la *Appendix Vergiliana: Ciris* (o *La pequeña garza), Culex (El mosquito), Dirae* (las *Imprecaciones), Copa (La tabernera), Moretum* (del nombre de una comida compuesta de queso blanco y esencia de ajo, apreciada por los campesinos itálicos), el *Catalepton,* por último, o colección de *Composiciones sencillas...* Los filólogos modernos se han ingeniado en probar... que esos poemas no son obra de Virgilio. Eso contra la opinión de los comentaristas antiguos: Lucano ya hacía alusión al *Mosquito.* En efecto, responden los hipercríticos modernos, ¡pero ese *Mosquito* no es el que los manuscritos nos han transmitido bajo ese nombre! [90].

---

[89] Además de la introducción de Dolç a su edición de la *Appendix* citada en n. 87 (vol. I, págs. 7-58), véase I. Richmond, «Recent Work on the 'Appendix Virgiliana'», *ANRW* II 31.2, 1981, págs. 1112-1154, y también las voces correspondientes a cada una de las piezas en la *Enc. V.* Contamos además con la buena exposición de conjunto de F. Moya, «Virgilio y la Appendix Vergiliana», *Bimilenario de Virgilio. Simposio internacional (Salamanca... 1982),* Salamanca, 1982, 203-243.

[90] P. Grimal, *Virgilio,* trad. cit., pág. 62. El optimismo de este sabio descansa sobre un profundo conocimiento de la obra virgiliana. No obstante, los testimonios antiguos se reparten entre los categóricamente a favor y los que dejan ver cierta ambigüedad —como los reproducidos de las *Vitae*— (véase el elenco de ellos en A. Salvatore, *s. u.* «Appendix», *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 229-233, esp. 231 s.). Por otra parte para poemas como la *Ciris,* por ejemplo, su carácter de imitación de Virgilio —rayana en algunos pasajes con el centón virgiliano— parece excluir definitivamente la autenticidad, como creemos demuestra A. Thill, «Virgile auteur ou modèle de la *Ciris?*», *REL* 53 (1975), 116-134.

La aceptación de la paternidad virgiliana no suele extenderse a tanto como propone Grimal, pero casi nadie duda de que en el *Catalepton* —cuyo mismo título griego, algo así como «pequeñas poesías» o «poesías ligeras», tanto apunta a la manera neotérica— tenemos auténtica poesía del Virgilio joven.

¿Fue entonces Virgilio un neotérico?, cabría preguntarse. Y habría que responder que lo fue, pero que no permaneció siempre como tal. Sin la asimilación de las novedades que, sobre todo en la lengua poética latina, aportaron los neotéricos no se explicaría la poesía de Virgilio; pero la exquisista y decadente estética de los alejandrinos romanos, su programática desvinculación del compromiso con la angustiosa realidad de sus tiempos ya no llenaban el alma de quien seguía conservando el sano instinto moral de su niñez campesina. La torre de marfil de la poesía no le servía para aislarse de una realidad social y política, humana en fin, que presagiaba las funestas guerras civiles. Pues entre tanto, muerto Craso en el año 53, estaba claro que no había en Roma sitio para las ambiciones de Pompeyo y de César y que el estallido de la guerra entre los partidarios de uno y del otro era sólo cuestión de tiempo.

La llamada de la filosofía

Virgilio deja, pues, Roma con el ánimo turbado y en la búsqueda de la tranquilidad del espíritu emprende ahora el camino de la filosofía. El poema quinto del *Catalepton,* cuyos versos de despedida de la retórica citábamos más arriba, prosigue así:

tuque, o mearum cura, Sexte, curarum,
uale, Sabine; iam ualete, formosi.

nos ad beatos uela mittimus portus
magni petentes docta dicta Sironis
uitamque ab omni uindicabimus cura.
ite hinc, Camenae, uos quoque ite iam sane,
dulces Camenae —nam fatebimur uerum,
dulces fuistis—, et tamen meas chartas
reuisitote, sed pudenter et raro [91].

No sólo se trata, pues, de aquel decidido y hasta crítico adiós a la retórica, sino de uno, entrañable y cariñoso, a los amigos y a las musas mismas, de las que, no obstante, no quiere alejarse para siempre. ¿Cuál es ese puerto feliz para el espíritu y quién ese gran maestro? Virgilio ha encontrado la doctrina de Epicuro: sólo desde hacía unos años y gracias al cuidado de Cicerón —quien en el 54 a. C. publica el *De rerum natura*— había podido leer en los versos latinos de Lucrecio el mensaje de Epicuro:

Sed nil dulcius est, bene quam munita tenere
edita doctrina sapientum templa serena,
despicere unde queas alios passimque uidere
errare atque uiam palantes quaerere uitae [92]

---

[91] «Y tú, oh cuita de mis cuitas, Sexto Sabino, adiós; adiós ya, guapos. Nosotros desplegamos velas hacia puertos afortunados, en busca de las doctas enseñanzas del gran Sirón, y liberaremos nuestra vida de todo cuidado. Alejaos de aquí, Camenas, vosotras también, alejaos ya, sí, dulces Camenas (pues, confesaremos la verdad, dulces nos fuisteis), y, sin embargo, volved a visitar mis páginas, pero discretamente y a veces», *Catalepton,* V 6-14.

[92] «Pero nada hay más grato que ser dueño / de los templos excelsos guarnecidos / por el saber tranquilo de los sabios, / desde do puedas distinguir a otros / y ver cómo confusos se extravían / y buscan el camino de la vida», Lucr., 2, 7-10 (trad. J. Marchena).

y busca ahora ese templo de la mano de Sirón en Nápoles, a donde se encamina hacia el 50 ó 49 a. C., dejando atrás una Roma convulsa en las vísperas mismas de la guerra civil. Sabemos alguna cosa de Sirón [93]: es nada menos que Cicerón quien nos habla de él con gran respeto en sus escritos filosóficos *(Acad.* 2, 106; *De fin.* 2, 119) y en su correspondencia *(Ad fam.* 6, 11, 2). De acuerdo con la tradición del epicureísmo había agrupado en torno a sí un cenáculo de jóvenes aprendices de la filosofía de Epicuro, muy cerca de Nápoles, en Posilipo, y es muy probable que tengamos un precioso testimonio de quiénes eran algunos de los amigos que con Virgilio seguían las enseñanzas de Sirón. En efecto, no lejos de allí tenía su escuela otro insigne maestro de epicureísmo, Filodemo de Gádara, quien había llegado a Roma hacia el año 70 a. C., pero que residía casi siempre en Herculano. Los contactos entre ambas escuelas tan cercanas fueron estrechos y quedan de ellos testimonios escritos [94], en su mayor parte conservados en los papiros que pertenecieron a la biblioteca de Filodemo, encontrada en la famosa «Villa dei papiri» de Herculano [95]. Pues bien, hace ahora un siglo A. Körte reconstruyó sobre uno de los papiros procedentes de las excavaciones herculaneas los nombres de L. Vario Rufo, Quintilio Varo, Horacio y Virgilio mismo [96]. No es difícil evocar la

[93] Véase ahora G. D'ANNA, *s. u.* «Sirone», *Enc. V.* IV, Roma, 1988, 893-895.

[94] Cf. ahora E. SBORDONE, «Virgilio e la cultura epicurea del golfo di Napoli», *Atti Conv. Mond. Scient. Studi su Virgilio* II, Milán, 1984, págs. 113-121, esp. pág. 121.

[95] Cf. ahora M. GIGANTE, *La bibliothèque de Philodème et l'epicureisme romain,* París, 1987.

[96] A. KÖRTE, «Augusteer bei Philodem», *RhM* 45 (1890), 172-177. Un tratamiento crítico de estas noticias en J. PERRET, *Virgile,* cit., págs. 11-12.

atmósfera espiritual, a la vez intelectual y afectiva, de aquel grupo de jóvenes, unidos por la amistad que aconsejaba Epicuro y bañados por la luz y el mar de la hermosa bahía de Nápoles: *illo Vergilium me tempore dulcis alebat / Parthenope studiis florentem ignobilis oti* (por aquel tiempo me nutría a mí, Virgilio, la dulce Parténope, cuando me entregaba a los placeres de un ocio sin gloria), pudo decir el poeta [97] recordando aquella época de estudio y compañerismo. Esos estudios y aficiones abarcaron un amplio círculo de saberes e intereses, a juzgar por los títulos supérstites de la biblioteca de Filodemo: además de la filosofía misma, poesía, música, política y, por supuesto, aquellas enseñanzas físico-naturales en las que Virgilio ya se había iniciado y cuyo componente tan alto era en el epicureísmo romano y, concretamente, en Lucrecio [98]. Naturalmente nada de esto prueba que Virgilio fuera un epicúreo en el sentido canónico de la palabra [99], sino que supo extraer de la filosofía epicúrea una serie de preocupaciones y de respuestas que hizo suyas y que están presentes en su obra, sin que sus ataduras con la escuela fueran tan rígidas como para no poder aceptar más tarde la ética estoica. Los ecos del epicureísmo —aunque no siempre es posible separarlos de la influencia propia de Lucrecio— son profundos en buena parte de la poesía virgiliana, en las *Bucólicas,* especialmente en la invención de la Arcadia como paisaje espiritual —ese estupendo hallazgo

[97] En los versos finales de las *Geórgicas* (IV 563-564). *Parthenope* era el nombre antiguo de Nápoles *(Neapolis,* «la ciudad nueva»), tomado del de una sirena cuya tumba se mostraba en la ciudad.

[98] Sobre la experiencia virgiliana en estos lugares y momentos, M. Gigante, «Virgilio fra Ercolano e Pompei», *A&R,* n. s., 28 (1983), 31-50.

[99] Cf. H. Naumann, «War Vergil Epikureer?», *Sileno* 1 (1976), 245-247.

virgiliano— [100], en la simpatía con la naturaleza de las *Geórgicas* [101]. El afecto entre el maestro y el discípulo fue muy profundo: en *Catalepton* VIII, compuesto cuando la confiscación de las tierras familiares era inminente (hacia 42 a. C., por tanto), Virgilio parece ser el propietario de la modesta villa de Sirón, quien ya habría fallecido:

Villula, quae Sironis eras, et pauper agelle,
uerum illi domino tu quoque diuitiae:
me tibi et hos una mecum, quos semper amaui,
si quid de patria tristius audiero,
commendo, in primisque patrem; tu nunc eris illi,
Mantua quod fuerat quodque Cremona prius [102].

El callado dolor, la melancolía, el tembloroso temor por la patria en peligro se aúnan en estos versos verdaderamente virgilianos con el afecto protector hacia los suyos, expresados desde la que a partir de entonces sería la segun-

---

[100] Cf. B. Snell, «Arcadia: el descubrimiento de un nuevo paisaje espiritual», *Las fuentes del pensamiento europeo,* Madrid, 1965 (trad. esp.), págs. 395-426.

[101] Cf. J. L. Jordán Montés, F. Pérez Sánchez, «Las influencias del Epicureísmo en las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio. Estudio de la Égloga II», *Simposio Virgiliano* [Universidad de Murcia, 1982], Murcia, 1984, 369-377. En general cabe recordar aquí que el epicureísmo en el pensamiento, en la religiosidad y en el arte de Virgilio es un tema clásico de la investigación virgiliana. Como síntesis véase, L. Alfonsi, *s. u.* «Epicureísmo», *Enc. V.* II, Roma, 1985, págs. 328-331, con elenco de pasajes virgilianos y bibliografía.

[102] «Villita, que eras de Sirón, y tú, pobre trozo de tierra, por más que para aquel gran dueño tuyo eras tú un tesoro, yo me encomiendo a ti, yo, y, conmigo, todos a los que quiero, por si algo triste de mi patria oigo, y el primero te encomiendo a mi padre; tu ahora serás para él lo que fueron Mantua y Cremona antes», *Catalepton* VIII.

da y alma patria de Virgilio. Nápoles fue decisiva para el poeta, tanto en su realidad geográfica como espiritual: ambas fueron conocidas, amadas y, casi se podría decir, explotadas por Virgilio intensamente durante el resto de su vida y de su obra [103].

De entonces data su familiaridad con los lugares en que se desarrolla el sexto libro de la *Eneida,* con Cumas, la colonia más antigua de la Magna Grecia, donde se levantaba un importante templo dedicado a Apolo y se hallaba la gruta donde profetizaba la famosa Sibila; pero también con los lugares donde reinaban las divinidades infernales, con el lago Averno cuyas inmóviles y oscuras aguas, remansadas en un cráter volcánico, es fama que se comunicaban con el mundo de ultratumba. Nápoles ofrecía también su clima espiritual: filósofos, oradores y profetas, que venían de Grecia y del Asia anterior, propagaban mensajes místicos y apocalípticos, como las mismas profecías mesiánicas que venían de Judea, o, sin salir del ámbito espiritual del helenismo, la expectación del *theîos anḗr,* del «hombre divino». En aquellos tiempos de desolación y crisis la idea de un enviado de los dioses, de un salvador, cobró un énfasis muy grande y dejó huella en el alma de Virgilio y, luego, en su obra [104]. En Nápoles Virgilio se preparaba, sin saberlo, para las grandes pruebas que le convertirían en el Poeta de los romanos.

[103] En estas consideraciones seguimos la expresiva síntesis de M. Giebel, *Vergil,* cit. en n. 52, págs. 28-29.

[104] Cf. L. Bieler, *THEIOS ANER. Das Bild des 'götlichen' Menschen in Spätantike und Frühmittelalter* I-II, Viena, 1935-1936 [= Darmstadt, 1976], esp. I, pág. 5.

De las guerras civiles a la época de las Bucólicas

En Roma, mientras tanto, estaban cambiando los destinos del mundo. Podemos sólo suponer que Virgilio se mantuvo en Nápoles durante los años que vieron la ruptura del primer triunvirato, la rivalidad entre César y Pompeyo, el estallido de la guerra civil y su final —con el cruento saldo de la sangre romana derramada por mano de romanos en las llanuras de Farsalia—, la muerte miserable, en fin, de Pompeyo el Grande. Virgilio no asistió impasible al drama de su patria: *Nec, pueri, ne tanta animis adsuescite bella / neu patriae ualidas in uiscera vertite uires*[105], gritará, angustiado, por boca de Anquises, a las sombras de ultratumba que serán un día César y Pompeyo. Después de Farsalia, cuando César renunció a verter más sangre romana y asombró a la Urbe con su clemencia, en lugar de las acostumbradas proscripciones, Virgilio pudo ver en el antiguo y admirado patrono de la Cisalpina al salvador providencial, pero muy poco duró la esperanza: tras el asesinato de César —ya hemos aludido al estupor y a la queja que su muerte arranca a Virgilio en las *Geórgicas*— la rueda implacable de la guerra civil se puso de nuevo en marcha y con ella el cortejo sangriento de las proscripciones. Las decretadas por el segundo triunvirato —Marco Antonio, Lépido y Octaviano—, que se constituye en el año 43 a. C., afectaron a numerosos caballeros y senadores, entre ellos Cicerón. Virgilio tuvo que saber que la cabeza y las manos del gran orador fueron expuestas en los

[105] «No, hijos míos, no acostumbréis vuestros ánimos a tan crueles guerras, no dirijáis contra las entrañas de la patria vuestras valiosas fuerzas», *Aen.*, VI 832-833.

rostra del foro para satisfacer la venganza de Antonio, como había sabido de la muerte un año antes de su amigo el poeta neotérico Cinna, víctima de los tumultos que siguieron a los funerales de Julio César [106]. Ahora los triunviros dirigían sus fuerzas unidas contra los cesaricidas, que fueron vencidos en Filipos (42 a. C.), otra terrible lucha de romanos contra romanos, de la que Virgilio se hace eco desolado: *ergo inter sese paribus concurrere telis / Romanas acies iterum uidere Philippi* [107].

¿Dónde estuvo Virgilio en estos tiempos turbulentos, aproximadamente desde el paso del Rubicón por César (49 a. C.) —con el inicio consiguiente de las guerras civiles— hasta Filipos? No lo sabemos, no tenemos ningún documento para esa época. Pero tanto si permaneció en Nápoles o en Roma, como si volvió a la tierra natal, ni siquiera toda la convicción de la doctrina de Epicuro pudo hacer que los amigos del círculo de Sirón permanecieran al margen de los acontecimientos. Es más, Virgilio fue directamente afectado por ellos de manera cierta y amarga, pero cuyas vicisitudes concretas es imposible reconstruir. Que la propiedad familiar de Virgilio fue afectada o, por lo menos, amenazada por la confiscación, es algo que no se

[106] La identidad del Cinna salvajemente asesinado por el populacho con el poeta Helvio Cinna parece clara en las fuentes antiguas (Plut., *Caes.* 68, *Brut.* 20; Val. Máx., 9, 91; Suet., *Iul.* 85), sin embargo, ha sido objetada por M. E. Deutsch, «The murder of Cinna, the poet», *CJ* 20 (1925), 326-336, esp. pág. 336; *contra* I. P. Wiseman, *Cinna the Poet, and other Roman essays,* Leicaster, 1964, pág. 46. Debemos esta información a la amabilidad del Dr. X. Ballester.

[107] «Así que Filipos vio por segunda vez enfrentarse entre sí con armas iguales ejércitos romanos», *G.* I 489-490. Sobre el sentido de la expresión *iterum* («segunda vez»), véase, J. L. Vidal, «La biografía de Virgilio escrita por Focas», cit. en n. 40, pág. 11, nota 29.

puede poner en duda. Por muchas que sean las reservas aconsejadas por lo extendido de la interpretación alegórica con fines biográficos de las obras del poeta [108], el testimonio del ya citado *Catalepton* VIII, mas el de las *Bucólicas* primera y novena, las supera. Es evidente que en la primera de estas composiciones es Virgilio quien habla, quien manifiesta el temor por la suerte que pudieran correr Mantua y Cremona y la esperanza de que, si fuere aciaga, la villa de Sirón acoja a su familia. En la primera *Bucólica,* por otra parte, aparecen contrastadas la suerte del pastor Títiro, que goza tranquilo de sus bienes, y la del desdichado Melibeo, desposeído de sus tierras por un *impius miles,* un «impío soldado», y obligado a exilarse; es la situación de Melibeo la que parecen sufrir todos («por todas partes en los campos ¡es tan grande el tumulto!»), por eso pregunta asombrado a Títiro a qué debe su fortuna, y Títiro la atribuye al favor de «aquel joven» *(illum... iuuenem),* a quien acudió en Roma: él desde entonces será para Títiro *deus,* «un dios». En la novena *Bucólica,* en cambio, reina la tristeza; el pastor Meris desengaña a Lícidas: Menalcas, el amo del primero, no ha conservado sus tierras y de entre el lamento de Menalcas Meris recuerda una queja, de curiosa precisión geográfica, por poética que sea su melancolía: «Mantua, ¡ay!, demasiado cercana de la infeliz Cremona». Ésa es la literatura y desgraciadamente desconocemos la cronología literaria: no sabemos en qué orden se escribieron esas dos piezas. Sin embargo la narración de los hechos parece ordenada y suficientemente precisa en las *Vitae,* por ejemplo, *VSD* 19:

---

[108] Sobre el alcance de la interpretación alegórica en la redacción de las *Vitae Vergilianae,* recuérdese lo dicho más arriba en especial en la nota 23.

...y [Virgilio] pasó a las Bucólicas, principalmente para celebrar a Asinio Polión, Alfeno Varo y Cornelio Galo, porque en la distribución de las tierras que, después de la victoria de Filipos, se repartían entre los veteranos, por mandato de los triúnviros, al otro lado del Po, lo habían dejado indemne.

Pero con estos datos hay que extremar la cautela, puesto que ya desde la Antigüedad se creía firmemente en el carácter alegórico de las *Bucólicas* y esto

indujo a los intérpretes a ir más allá de los límites impuestos por el mero sentido literal; pero, si de un lado es legítimo ratificar la naturaleza alegórica de estas Églogas, de otro parece imposible, especialmente allí donde la transposición es total, desentrañar el hermetismo simbólico, extrayendo de él rasgos particulares que sean reconducibles a realidades concretas y circunscritas; cosa, en cambio, posible sólo en el caso en que dicha transposición no haya podido realizarse del todo.

Así se expresa al respecto K. Büchner, a nuestro juicio con compleja precisión [109].

Vayamos ahora a los hechos que conocemos históricamente. Después de las campañas de los años 43 y 42 a. C. y, concretamente, después de la batalla de Filipos (octubre del 42), los triúnviros se encontraron con el grave problema del licenciamiento de sus tropas veteranas. Para repartir tierras entre los *ueterani* —más de 200.000 después de Filipos— se habían designado de antemano dieciocho ciudades, entre ellas Cremona, ciudad hostil al partido de Octaviano. Las tierras confiscadas pertenecían por lo

---

109 K. BÜCHNER, *Virgilio,* trad. cit., pág. 42. Extremar la cautela no quiere decir multiplicar los argumentos para encontrar debajo de cada afirmación de las *Vitae* los frutos de una «interpretación alegórica» tardía de un pasaje virgiliano, con lo cual nada de aquella se salva. Es el hipercriticismo que Büchner (págs. 27, 42-43) reprocha a Diehl (cf. *Die Vitae Virgilianae,* cit. en nota 18, esp. pág. 15).

común a la pequeña burguesía rural —el mundo que sentía como suyo el propio Virgilio—, que así pagaba su adhesión a la causa conservadora —o constitucional, se podría decir—. Después de Filipos

Antonio había dejado Italia a Octavio de muy buen grado, porque una de las tareas que allí le esperaban era la de adjudicar a los veteranos las tierras a que tenían derecho, lo que haría especialmente impopular y expondría a mil peligros al hombre encargado de tal misión. Octavio aceptó aquella tarea con una aparente indiferencia, dispuesto a vencer todos los obstáculos [110].

Inmediatamente después de Filipos el mando de la Galia Cisalpina había recaído en el legado de Antonio, Asinio Polión, a quien tocaba también encargarse de las expropiaciones de tierras [111]. Pero cuando en la llamada guerra de Perusa (febrero del 40) —una más de las violentas confrontaciones entre Marco Antonio y Octavio, que parecía iba a desencadenar la guerra civil, aplazada esta vez por la paz de Brindis (octubre del mismo año)— los antonianos fueron derrotados, Asinio Polión fue sustituido por Alfeno Varo, legado de Octavio, aunque Polión permaneció en la Cisalpina como comandante del ejército allí destinado. A partir de entonces era competencia de Varo el reparto de tierras y justamente a su lado o como subordinado —en una situación que es difícil de precisar— aparece un tercer personaje, Cornelio Galo. Desde luego, todos estos personajes históricos aparecen en las *Bucólicas* y eran amigos de Virgilio. El hecho mismo de que el poeta pudiera apelar directamente a ellos, incluso al mismo Octaviano —como es legítimo deducir de la primera *Bucólica*—,

---

[110] P. GRIMAL (comp.), *La formación del imperio romano,* trad. esp., Madrid, 1973, pág. 199.

[111] Cf. J. ANDRÉ, *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion,* París, 1949, esp. págs. 19-22.

y de que gozara con ellos de un trato familiar nos demuestra el prestigio que había alcanzado ya antes o al principio de la composición de su obra canónica. Asinio Polión, que era seis años mayor que Virgilio, fue indudablemente su patrono, no sólo en la sociedad civil, sino también en los círculos literarios: Polión ya se había afianzado en la escena literaria romana alrededor del año 60 y había merecido la aprobación del mismo Catulo y fue en el ambiente de los *poetae noui* donde trabó amistad con Virgilio. Amigo de ambos era Cornelio Galo, casi coetáneo de Virgilio, quien lo conocía desde que ambos se encontraron, jóvenes y provincianos —Galo había nacido probablemente en la actual Frejus, en la Provenza—, en los cenáculos literarios romanos. Polión, que llamaba a Galo *familiaris meus* (Cic., *Ad fam.* 10, 32, 5), fue quien lo presentó a Octavio, cerca del cual desarrollaría una brillante carrera política hasta caer en desgracia. Como poeta, Galo ya era famoso cuando Virgilio compuso la sexta *Bucólica,* en la que le rinde tributo de admiración. Alfeno Varo, en fin, era cisalpino como Virgilio, pues había nacido en Cremona entre los años 90 y 80 a. C. y, también como Virgilio, había sido discípulo de Sirón.

Hasta aquí lo que sabemos históricamente. Para obtener más información sobre el curso de los acontecimientos y la manera en que resultó afectado Virgilio, hay que recurrir a las *Vitae* y a los comentaristas virgilianos, y ya sabemos los riesgos que ello comporta. La suerte de las tierras de Virgilio estuvo, desde luego, en manos de estos hombres. La tesis clásica es que los tres actuaron como triúnviros *agris diuidundis* («para el reparto de las tierras») [112],

[112] Con inclusión de Asinio Polión, a pesar de su oficial desvinculación del gobierno civil de la Cisalpina. Cf. J. Bayet, «Virgil et les trium-

pero otras reconstrucciones se basan en que fue Alfeno Varo, sucesor de Polión, a quien Virgilio se dirigió para que le fueran restituidas las propiedades que los veteranos habían ocupado en un primer momento. Varo habría actuado abusivamente cuando, al no ser suficientes las tierras de Cremona —ciudad que se había mostrado hostil a Octaviano y había sido destinada a la confiscación de sus tierras—, repartió o permitió que se repartieran las de Mantua. En ese supuesto la misión de Cornelio Galo habría sido la de actuar, en su papel de *praepositus ad exigendas pecunias,* en los municipios que no debían ser afectados por las expropiaciones, contra los abusos perpetrados por Varo [113]. Parecen demostradas las discrepancias entre la actuación de Alfeno Varo y la de Cornelio Galo [114] y, si unimos esa probabilidad al hecho cierto de que por lo menos Asinio Polión y Varo estuvieron sucesivamente encargados de un mismo deber, la opinión de que no hubo un triunvirato *agris diuidundis* parece robustecida [115]. Esta interpretación, frente a la tradicional, es la que se muestra más desconfiada de las informaciones proporcionadas por los comentaristas de Virgilio, generalmente empeñados en armonizar los datos extraídos de la interpretación de las *Bucólicas* primera y novena, aceptadas,

---

virs agris dividundis», *REL* 6 (1928), 271-299, esp. 275 y sigs., quien sitúa este triunvirato en el año 41 a. C.

[113] Cf. L. P. WILKINSON, «Virgil and the evictions», *Hermes* 94 (1966), 320-324.

[114] Por S. MAZZARINO, «Un nuovo epigramma di Gallus e l'antica 'lettura epigrafica'. (Un problema di datazione)», *Quad. Catanesi - Studi Class. e Mediev.,* 2, 3 (1980), 7-80, esp. págs. 21, 22, n. 24, y 25.

[115] Cf., además del trabajo mencionado en la nota anterior, J. HEURGON, «Tityre, Alfenus Varus et la 1è églogue de Virgile», *Les Cahiers de Tunisie* 15 (1967), 39-54, esp. pág. 44.

obviamente, como descripciones alegóricas de las vicisitudes de Virgilio en el asunto de la confiscación de las tierras [116]. Quizá será apropiado cerrar el espacio dedicado a esta cuestión insistiendo en lo inadecuado de buscar en la poesía de las *Bucólicas* primera y novena lo que Virgilio no quiso dar:

el suyo —ha escrito acertadamente G. Vitucci— no quería ser, naturalmente, un relato más o menos puntual, sino sólo una sufrida rememoración de lugares y personas, en la que ansiedad, terror, angustia y esperanza vibran como difuminados en una atmósfera que está siempre entre los límites de lo real y lo irreal. Además, el episodio está envuelto en los velos de la transfiguración alegórica y, por tanto, resulta problemática la precisión de toda exégesis que quiera verificar en los particulares el desarrollo de los hechos [117].

Por lo menos las noticias anteriores dan un término *post quem* para la composición de las *Bucólicas* hacia fines del 42 o inicios del 41 a. C. Por otra parte el hecho histórico más tardío al que se alude a lo largo de las pieza primera a novena es el triunfo de Asinio Polión sobre los partinos, celebrado en la octava *Bucólica* y que tuvo lugar en

[116] No obstante ese método, renovado por las exigencias críticas modernas, sigue vigente en trabajos como el de E. A. Fredericksmeyer, «Octavian and the unity of Virgil's first eclogue», *Hermes* 94 (1966), 208-218, del que se deduce un esquema de los acontecimientos así: expropiación - devolución por la intercesión de Octaviano - agradecimiento expresado en la primera bucólica - resistencia de los veteranos a la devolución - queja en la novena bucólica - intervención a favor de Virgilio de Alfeno Varo. Una combinación de ese tipo de exégesis con la que rastrea la precisión jurídica en el texto poético puede verse en P. Veyne, «L'histoire agraire et la biographie de Virgile dans les Bucoliques I et IX», *RPh* 54 (1980), 233-257.

[117] G. Vitucci, *s. u.* «Augusto», *Enc. V.* I, Roma, 1984, 405-411, pág. 406.

octubre del año 39 a. C. En este año o a principios del siguiente se puede datar, por tanto, el fin de la composición y la publicación de las *Bucólicas* I-IX [118]. Estos datos pueden conciliarse con los que esquemáticamente señalan las *Vitae (VSD* 25: *Bucolica triennio... perfecit; VS: carmen bucolicum... constat triennio scripsisse; VF* 94-96: *...hoc carmine / ...ter se reuocantibus annis / composito).* Con no menor esquematismo, lo que es comprensible nos haga pensar en una exigencia del género literario y dudar del valor de la información, a cada obra asignan las *Vitae,* además de un tiempo, un patrono, así Servio:

Polión le propuso que escribiera un poema bucólico que, según consta, lo escribió y corrigió en tres años. Del mismo modo le propuso Mecenas las Geórgicas, que escribió y corrigió en siete años. Después la Eneida le fue propuesta por Augusto y la escribió en once años.

Pero lo que sabemos no desmiente esas noticias. Desde luego la influencia de Asinio Polión y su patronazgo fueron, como se ha visto, decisivos para Virgilio: en la angustia de la desposesión, ciertamente, pero, ya antes, en los comienzos de su creación poética y, después, cuando su consulado es celebrado como alumbrador de nuevas esperanzas, en la todavía profética y misteriosa égloga cuarta, y cuando su triunfo es cantado en la octava, escrita, le dice Virgilio, *iussis... tuis* [119].

[118] La décima bucólica no formaba parte de esta edición y se añadió en una posterior del año 37 a. C. Véase E. Coleiro, *An introduction to Vergil's Bucolics with a Critical Edition of the Text,* Amsterdam, 1979, págs. 94-97 y 268-269.

[119] *Ec.* VIII 11-12. Sobre esos «mandatos» *(iussa),* que en las *Geórgicas* procederán de Mecenas, cf. J. Sanz Ramos, «Algunas cuestiones virgilianas discutidas», *Bimilenario de Virgilio* (cit. en n. 89), págs. 357-365, esp. págs. 364-365.

Es probable que Virgilio hubiera marchado del gozoso retiro napolitano a su patria cuando la confiscación empezó a amenazar las tierras de la familia y que permaneciera en la Cisalpina hasta que la amenaza pareciera definitivamente alejada, hacia el final del 41 o inicios del 40. Luego volvería de nuevo a Nápoles, deteniéndose quizá en Roma por el tiempo en que Asinio Polión entraba en ejercicio de su consulado (otoño del 40), saludado con entusiasmo en la cuarta bucólica [120]. Durante los años de las *Bucólicas* hemos visto a Virgilio en estrecha relación con un grupo de personajes que combinan un profundo interés por la poesía, que cultivan casi siempre ellos mismos y en algún caso de manera excelsa, con una importantísima actividad política, desplegada en la esfera inmediata del poder: Virgilio se declara émulo alejado de Vario y de Cinna, comparte afanes poéticos con Galo, canta elogiosamente a Varo, celebra con solemnidad, pero también con familiaridad, a Polión. Se engañaría, no obstante, quien viera en estas amistades la simple consecuencia de un oportunismo, como se engañan los que pretenden que Virgilio haya puesto su musa al servicio de los poderosos. Como ha visto con claridad K. Büchner, las amistades de Virgilio no están

sujetas al capricho del juego político: la amistad por Polión no varía con las catástrofes políticas... pero la cosa más importante y que mayor estupor causa es que Virgilio, protegido de Polión favorable a Antonio, vea en el joven [Octaviano] que lucha con inexorable encarnizamiento por el poder al dios que animará el futuro. En este caso su capacidad profética, que ya no se puede explicar racionalmente, se convierte en auténtica adivinación [121],

---

[120] Cf. Coleiro, *op. cit.* en n. 116, pág. 219. La asunción del consulado era teóricamente el primer día del año, pero Polión sólo pudo empezar después de la paz de Brindis.

[121] K. Büchner, *Virgilio,* cit., pág. 53.

la adivinación —añadimos nosotros— que es propia del *uates*, del poeta misteriosamente capaz de presagiar un destino como ningún político —ni siquiera quizá el propio Octaviano— podía hacerlo [122]. *Erit ille mihi semper deus* había anticipado entusiastamente Virgilio (*Ec.* I 7) y, en ese sentido, la poesía de las *Bucólicas* era ya, lejanamente, sin plena consciencia, poesía augústea.

Los años de madurez: las «Geórgicas»

Las *Bucólicas* constituyeron una novedad en la escena literaria romana, novedad que fue acogida con entusiasmo: «La aparición de las *Bucólicas* fue acogida con tal éxito que hasta llegaron a representarse frecuentemente por cantores en el teatro», nos dice Suetonio [123]. Roma tenía un nuevo gran poeta y en Roma había alguien cuya misión precisamente era la de descubrir y proteger cualquier ingenio que pudiera ser útil a la labor reconstructora o, si se quiere, a la «revolución romana» en que estaba empeñado el joven Octaviano: el caballero Cilnio Mecenas, hombre

[122] Sobre la relación entre la facultad poética y la adivinación en la antigüedad véase L. Gil, *Los antiguos y la inspiración poética,* Madrid, 1966, esp. págs. 15-16 (con bibliografía en nota 3) y 104-108.

[123] *VSD* 26. La noticia permite que refiramos a una recitación de versos de las *Bucólicas* el suceso, ya comentado anteriormente, que se nos cuenta en el «Diálogo de los oradores»: «son testigos las cartas de Augusto, es testigo el pueblo romano mismo, quien, en medio de la recitación en el teatro de unos versos de Virgilio, se levantó en masa y tributó a Virgilio, que se hallaba presente contemplando el espectáculo, los mismos honores que se daban a Augusto», *Dialog. de orat.* XIII.

de la más noble estirpe —estirpe real, si hay que creer a Horacio—, íntimo amigo e inestimable consejero y colaborador de Octaviano desde los inicios mismos de su carrera política, cultivador de las letras él mismo, al parecer con un preciosismo del que el propio Augusto se burlaba en bromas, y, por encima de todo, el mayor patrono literario de todos los tiempos. No sabemos cómo llegó Virgilio al círculo de Mecenas y, si podemos conjeturar cuándo, es gracias al testimonio de otro amigo de Virgilio, que también por estos tiempos había irrumpido en su vida, Horacio. Éste se había instalado en Roma hacia el año 40 a. C. y fue Virgilio, junto con Vario, quien lo presentó a Mecenas en una entrevista descrita por Horacio en la sátira sexta del libro I y que tuvo lugar en primavera del 38 a. C. Tal presentación no pudo darse sin una previa amistad de Virgilio con Horacio y, naturalmente, sin que Virgilio gozara ya de intimidad y ascendiente con Mecenas. No obstante, el encuentro entre patrono y protegido no debió remontarse a mucho antes, pues de ser así Virgilio no hubiera dejado de evocar a Mecenas en las *Bucólicas* y en éstas no hay mención de él [124]. Algunas *Vitae* han sentido la necesidad de asociar al más influyente de los amigos de Virgilio —a excepción, claro está, del propio Augusto— con la preservación o devolución de sus tierras, así Servio y Focas [125]; pero quizá haya que otorgar confianza a la

---

[124] L. Herrmann en su célebre libro *Les Masques et les Visages dans les Bucoliques de Virgile,* Bruselas, 1930 [2.ª ed. París, 1952], págs. 52-57, quiso, sin embargo, descubrir a Mecenas tras el pastor Iolas de la segunda y tercera bucólicas.

[125] *VS:* «Perdidas, pues, sus tierras [Virgilio] marchó a Roma y, gracias a la protección de Polión y de Mecenas, fue el único que recuperó la tierra que había perdido»; *VF* 64-66 (sin una relación expresa con el asunto de la confiscación, pero citando a Mecenas entre los amigos que

sucesión de acontecimientos tal como aparecen en *VP: postea restitutus beneficio Alfeni Vari, Asini Pollionis et Corneli Galli, quibus in Bucolicis adulatur: deinde per gratiam Maecenatis in amicitiam Caesaris ductus est* («después se le restituyó debido al favor de Alfeno Varo, Asinio Polión y Cornelio Galo, a quienes lisonjea en las *Bucólicas;* más tarde gracias a Mecenas llegó a la amistad del César»). Esta versión, además, se compadece bien con el hecho de que fue Mecenas el definitivo introductor de Virgilio en la casa del príncipe —incluso si la primera bucólica testimonia un primer contacto del «joven dios» con el poeta—. Por la amistad y protección de Mecenas, Virgilio se convirtió en uno de los miembros de la «intelligentsia» romana, en la que Augusto iba a encontrar consejo y apoyo para sus ambiciosos planes culturales; también por ellas Virgilio iba a verse definitivamente alejado de las preocupaciones materiales: parece, en efecto, legítimo deducir que a su protección debió las posesiones mencionadas por Suetonio, una casa en Roma, en el Esquilino, precisamente «cerca de los jardines de Mecenas», y «retiros» en Campania y Sicilia [126]. Los datos que podemos recoger en diversos pasajes de Horacio y en el propio Virgilio nos muestran que éste hará de la Campania su nueva tierra y de la bahía de Nápoles, el lugar más hermoso del mundo, su nuevo hogar, de los que sólo raras veces se alejará: es en Sinuesa donde Virgilio se une a Horacio y a los amigos que juntos se dirigen a Brindis, en viaje descrito con estu-

intervinieron en ella): «La poderosa Roma hizo de sus próceres tus amigos: Polión, Mecenas, Varo, Cornelio se entusiasman, quienquiera que para sí consigue arrebatarte, gracias a ti vencerá los siglos».

[126] *VSD* 13: *habuit... domum Romae Esquiliis iuxta hortos Maecenatianos; quamquam secessu Campaniae Siciliaeque plurimum uteretur.*

pendo humor por Horacio *(Sat.* I 5); es Nápoles, la dulce «Parthenope», la que lo vio componer las *Geórgicas,* como confiesa Virgilio en la «sphragís» que clausura el poema *(G.* IV 559-566); cuando Virgilio echa mano de un recuerdo personal para introducir una descripción cuya belleza revela la intensidad de la cosa vista y amada en la memoria,

namque sub Oebaliae memini me turribus arcis,
qua niger umectat flauentia culta Galaesus,
Corycium uidisse senem, cui pauca relicti
iugera ruris erant... [127]

es Tarento, bañada por el río Galeso, la ciudad donde coloca el delicioso episodio del viejo de Córico, uno de los más hermosos y entrañables de las *Geórgicas,* y es en el ameno paisaje de Tarento donde Propercio evoca a Virgilio cantando *umbrosi subter pineta Galaesi* (Prop., II 34, 67), y cuando Horacio, para quien el alma de nuestro poeta no guardaba secretos, quiere dedicar un íntimo homenaje a Virgilio, parece acordarse del pasaje de las *Geórgicas* y expresa su predilección por el mismo rincón:

...si Parcae prohibent iniquae,
dulce pellitis ouibus Galaesi
flumen et regnata petam Laconi
rura Phalanto.

[127] «Y así me acuerdo de haber visto, al pie de las torres de la ciudadela de Ébalo, allí donde el negro Galeso humedece amarillentos cultivos, un viejo de Córico que tenía unas pocas yugadas de un terreno abandonado...», *G.* IV 125 y sigs. Tarento fue ciudad fundada por los lacedemonios, de los que fue legendario rey Ébalo, de ahí la denominación «ciudadela de Ébalo».

Ille terrarum mihi praeter omnes
angulus ridet... [128].

Incluso en medio del fragor del canto épico, cuando Virgilio busca una imagen que dé cuenta del furor de Turno en el combate, es el espectáculo impresionante de la bahía de Bayas azotada por el oleaje el que se le viene a la memoria, en una de las comparaciones más grandiosas y eficaces de la *Eneida:*

Talis in Euboico Baiarum litore quondam
saxea pila cadit, magnis quam molibus ante
constructam ponto iaciunt; sic illa ruinam
prona trahit penitusque uadis inlisa recumbit:
miscent se maria et nigrae attolluntur harenae;
tum sonitu Prochyta alta tremit durumque cubile
Inarime Iouis imperiis imposta Typhoëo [129].

La Campania, con sus campos verdeantes y el azul inmenso de su mar y de su cielo, con el limpio y suave aire don-

[128] «... si me lo impiden las Parcas injustas, buscaré las márgenes del Galeso, dulce a las ovejas cubiertas con segundas pieles, y los campos donde reinó el laconio Falanto. Aquel rincón de la tierra me agrada sobre todo...», Hor., *Carm.* II 6, 9-14. Tanto el pasaje de Propercio como éste de Horacio son eco de la fama que el pasaje geórgico que comentamos despertó entre los lectores de Virgilio ya en vida de éste. Cf. W. Ludwig, «Horaz, *c.* II 6. Eine retractatio», *WS,* N. S., 4 (1970), 101-109, esp. págs. 108 y sig.

[129] «Cual suele alguna vez en la ribera / euboica, junto al deleitoso Bayas, / caer una grandísima columna, / reliquia de soberbios edificios, / a quien la tempestad o bravas olas / al mar arrojan y con gran ruina / se baja despeñando de muy alto / y allá se hunde en el más hondo asiento: / túrbase el mar, la negra arena se alza, / resuena la alta Próquita el ruido, / y tiembla con el golpe, y la cercana / Inárime, aposento duro y áspero, / do Júpiter estar mandó a Tifeo», Virg., *Aen.* IX 710-716 (trad. Hernández de Velasco).

de se dibujaban los redondeados perfiles de sus montes, henchida de cultura griega, hizo suyo a Virgilio y él correspondió dando forma inmortal a algunas de sus impresiones de la nueva tierra. La que le vio nacer permanecía, sin duda, en el corazón del poeta, pero en los versos de las *Geórgicas* ya no aparecerá —al lado de la querida y meridional Tarento— más que como un recuerdo melancólico,

saltus et saturi petito longinqua Tarenti
et qualem infelix amisit Mantua campum
pascentem niueos herboso flumine cycnos [130],

o como una evocación simbólica en medio de la solemne arquitectura del proemio del tercer libro.

El silencio sobre sí mismo de Virgilio apenas si deja en las *Geórgicas* algún resquicio. Es Horacio, jocundo narrador de lo suyo y de lo de sus amigos, a quien hemos de recurrir para reconstruir algunos de los momentos, los amigos y las vivencias de Virgilio en los años posteriores al 39 a. C. Ya hemos dicho que fue Virgilio, junto con Vario, quien llamó la atención de Mecenas sobre su amigo y también poeta, Horacio. Lo sabemos por éste, que se refiere a Virgilio con reconocido afecto cuando nos describe aquella primera y decisiva entrevista: *...optimus olim / Vergilius, post hunc Varius dixere quid essem* [131]. La amistad entre los dos poetas tenía que ser en este momento profunda y sincera, como para que Virgilio diera un paso

[130] «Busca los montes boscosos y la región lejana de la fecunda Tarento o una llanura como la que perdió la infeliz Mantua, que cría entre las hierbas de su río cisnes blancos como la nieve», *G.* II 197-199.

[131] «Entonces el buenísimo Virgilio y, en seguida, Vario te hablaron de mí», HOR., *Sat.* I 6, 54-55.

tan importante, aunque nada indica que se remontara a mucho antes [132]. Esa amistad entre dos hombres de índole y carácter tan diverso, pero unidos por una congenialidad y una íntima simpatía mutua, se refleja abundantemente en las palabras del expansivo Horacio: *animae dimidium meae, anima candidior, optimus Vergilius* [133], así se refiere a Virgilio, con una intimidad afectuosa que, además de con él, sólo usa con el propio Mecenas. Ese afecto sincero y ese trato se mantuvo por encima de importantes diferencias de opinión, que se traslucen en sus respectivas poesías. Virgilio no dudó en dar el paso decisivo a favor de Horacio, cuando con toda probabilidad uno y otro ya habían escrito sobre la visión de Roma y su futuro poemas tan distintos como la cuarta bucólica y el decimosexto epodo, llena de esperanza providencial y de acentos triunfales la primera, penetrado de angustia y pesimismo el segundo. Con independencia de la opinión que se sustente en el complejo problema de las relaciones y precedencias entre ambas obras [134], lo cierto es que cada una de ellas ha sido escrita con conocimiento de la otra, ambos poetas se saben contrapuestos, si no en su poética, sí en sus opiniones so-

[132] Horacio había llegado a Roma en el 40, la sátira I 6 se data de finales del 38 o principios del 37 a. C y en ella Horacio dice que la entrevista se había celebrado ocho meses antes, es decir en primavera del 38. Virgilio y Horacio no podían, pues, conocerse desde mucho tiempo antes. A favor de una amistad temprana está G. Barra, «L'amizicia tra Virgilio e Orazio», *Vichiana* 2 (1973), 22-50.

[133] *Carm.* I 3, 8; *Sat.* I 5, 41; 6, 54-55; respectivamente.

[134] Sobre ese problema puede verse la bibliografía y un catálogo de las opiniones contrapuestas en W. W. Briggs, «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues'», cit. en nota 48, págs. 1318-1319. Un reciente y ponderado tratamiento en F. della Corte, *s. u.* «Orazio», *Enc. V.* III, Roma, 1987, 872-876, págs. 873-874, en donde con razón se concluye que en cualquier caso «quien ha tenido la última palabra ha sido Horacio».

bre el futuro de la patria que los dos aman con común preocupación.

Al estilo de Horacio, particularmente feliz en ese momento, debemos, como señalábamos al estudiar las fuentes biográficas *(supra,* pág. 11), la briosa descripción de lo que fueron unos días de viaje, compartidos por Virgilio y el círculo de sus amigos, todos formando parte del séquito de Mecenas, en la primavera del año 37 a. C. Ningún comentario puede igualar la lectura de la sátira quinta del libro primero, el *iter Brundisinum,* que en este punto recomendamos al lector. La finalidad del viaje es eminentemente política: Mecenas se encamina a Brindis para preparar el encuentro entre Marco Antonio y Octaviano —que se celebró, finalmente, en Tarento— en un momento en que es decisivo que ambos superen sus diferencias y hagan frente a la amenaza del bloqueo de Italia por la flota de Sexto Pompeyo. La preocupación por la delicada misión diplomática que tiene encomendada no le impide a Mecenas realizar el viaje de la manera más agradable posible y acompañarse de una magnífica comitiva en la que figuran nada menos que Virgilio, Horacio, Vario, Tuca.

¿Por qué —nos preguntamos con P. Grimal— en una embajada puramente política, abarrotarse de poetas? Quizá simplemente porque tal era el hábito, porque un gran personaje, en un viaje oficial, no se desplazaba más que con una *cohors,* un séquito tan brillante como fuera posible. Es necesario también agregar que Virgilio, Vario, Tuca y Horacio poseían suficiente prestigio como para impresionar a Antonio: eso mostraba que la gloria y el poder de las Musas estaban al lado de Octavio [135].

Pero Horacio en su crónica del viaje lo que ha querido y sabido conservarnos es la atmósfera ligera y hasta iróni-

[135] P. Grimal, *Virgilio,* trad. cit., pág. 94.

ca, el aire de camaradería y asueto de que gozaban los amigos, que llega hasta nosotros desde el poema como un chorro de aire fresco en el ambiente enrarecido por los tomas y dacas que desde Filipos marcaban la lucha por el poder. En ese marco el atisbo a la intimidad de Virgilio que Horacio ha captado es algo realmente impagable. Virgilio, que habría pasado el invierno en su retiro de Nápoles, sale junto con Vario y Tuca al encuentro de la comitiva de Mecenas. El encuentro tuvo lugar en Sinuesa, en las faldas del Másico, y ¡con qué gozo lo celebra Horacio!:

Postera lux oritur multo gratissima: namque
Plotius et Varius Sinuessae Vergiliusque
occurrunt, animae, qualis neque candidiores
terra tulit neque quis me sit deuinctior alter.
O qui complexus et gaudia quanta fuerunt!
nil ego contulerim iucundo sanus amico [136].

Vale la pena repetir en voz alta el segundo hexámetro: *Plotius et Varius Sinuessae Vergiliusque!;* sí, son los mismos nombres del papiro de Herculano, aquel precioso testimonio de las amistades de juventud de Virgilio en los tiempos en que se adentraban, de la mano de Sirón y Filodemo, en la doctrina de Epicuro. Todos juntos continúan el viaje y el narrador no nos escatima anécdotas familiares y divertidas. En la segunda jornada se detienen en Capua:

---

[136] «Se levanta el nuevo día de la forma más agradable posible, pues Plocio, Vario y Virgilio nos salen al encuentro en Sinuesa: almas más puras no las ha visto la tierra ni hombre alguno que los quiera más que yo. ¡Oh, qué abrazos y qué alegría tuvimos! Mientras yo esté cuerdo, nada preferiré al goce de la amistad», Hor., *Sat.* I 5, 39-44.

...muli Capuae clitellas tempore ponunt.
Lusum it Maecenas, dormitum ego Vergiliusque:
namque pila lippis inimicum et ludere crudis [137].

Y ya tenemos a Virgilio y a Horacio durmiendo la siesta... hasta que se reemprende la marcha con nuevas etapas que Horacio sabe hacer pintorescas con arte maestro. Hay que agradecerle, por cierto, al salado Horacio que nos haya conservado estas imágenes entrañables de Virgilio, que, sin duda, no interesaron nada a la «hagiografía» posterior.

Virgilio contó también con el apoyo y la admiración de Horacio frente a sus *obtrectatores.* Así en la sátira I 10 —que se fecha en el 35 a. C.— vemos a este último defendiendo al mantuano de sus enemigos literarios; entre ellos estaban aquel Bavio y aquel Mevio a los que, por cierto, Virgilio había atacado a su vez en las *Bucólicas* (III 90) —y, en literaria solidaridad, Horacio a Mevio en el décimo epodo—. En aquella misma sátira Horacio nos da un juicio de verdadero «connaisseur» sobre la obra de Virgilio, a la sazón las *Bucólicas,* pues las *Geórgicas* se encontraban en plena elaboración:

...molle atque facetum
Vergilio adnuerunt gaudentes rure Camenae [138].

[137] «... en el momento oportuno los mulos descargan sus albardas. Mecenas se va a jugar, Virgilio y yo a dormir, que el juego de pelota es fatal para los cegatos y los delicados del estómago», Hor., *Sat.* I 5, 47-49.

[138] «... la gracia suave y elegante a Virgilio se la dieron las Camenas amigas de los campos», Hor., *Sat.* I 10, 44-45. Es cierto que *molle atque facetum* permite una interpretación, si no peyorativa, sí al menos limitativa, del arte de Virgilio en las *Bucólicas.* El significado de los adjetivos ya se cuestionaban en la Antigüedad, por ejemplo en Quint., 6, 3, 20. Sobre todo ello véase todavía el comentario *ad loc.* de P. Lejay en

Y Virgilio, junto con Vario, volverá a ser elogiado y tratado de *dilectus* por Horacio en su epístola a Augusto, cuando le muestre a éste poetas dignos de cantar su gloria (HOR., *Ep.* II 1, 245-247). Ya al final de su vida, quizá incluso después de la muerte de Virgilio, Horacio saldrá otra vez en su defensa, nada menos que en el *Arte Poética* (vv. 48-55). En los momentos de dolor tampoco falta a Virgilio el consuelo del amigo Horacio. Hacia el 24 ó 23 a. C., cuando muere Quintilio, amigo de ambos, Horacio llora su pérdida y describe el dolor de Virgilio en versos en los que hay una significativa referencia al mito de Orfeo, que precisamente había utilizado Virgilio en el epilio que cierra las *Geórgicas:*

ergo Quintilium perpetuus sopor
urget! cui Pudor et Iustitiae soror
incorrupta Fides, nudaque Veritas
quando ullum inueniet parem?
Multis ille bonis flebilis occidit,
nulli flebilior quam tibi, Vergili.
tu frustra pius, heu! non ita creditum
poscis Quintilium deos.
Quid si Threicio blandius Orpheo
auditam moderere arboribus fidem... [139].

F. PLESSIS-P. LEJAY, *Oeuvres d'Horace ... avec un commentaire critique et explicatif ... Satires,* París, 1911, pág. 273.

139 «Entonces, ¿a Quintilio lo aprisiona el sueño sin fin? El Pudor, la hermana de la Justicia, la Lealtad incorruptible, y la desnuda Verdad, ¿cuándo encontrarán a alguien que se le iguale? Murió aquel a quien han de llorar muchos hombres buenos, pero nadie lo llorará más que tú, Virgilio. Tú, en vano, ¡ay!, reclamas piadosamente de los dioses a Quintilio, al que no fiaste para eso a su custodia. Pero incluso si mejor que el tracio Orfeo modularas la lira a la que los árboles prestaban oídos...», HOR., *Carm.,* I 24, 5-14. Cf. H. A. KHAN, «Horace's ode

En todas las circunstancias en que Horacio se dirige a Virgilio, en el momento de la alegría compartida, en el de la polémica literaria, en el de dolor también compartido, el tono es, dentro de la familiaridad y el afecto, invariablemente modesto y admirado, casi de veneración. Este hecho, entre otras circunstancias externas, hace sumamente improbable que el Virgilio de la oda duodécima del libro cuarto, una jocosa invitación a cenar que imita un poema bien conocido de Catulo, sea el nuestro. Y no es que forjemos por nuestra cuenta una imagen tan pacata de Virgilio que ahora resulte duro atribuirle la franca invitación a beber:

adduxere sitim tempora, Vergili:
sed pressum Calibus ducere Liberum
si gestis, iuuenum nobilium cliens,
nardo uina merebere [140],

pero cuando se publica ese poema hace ya cinco años que Virgilio ha muerto y sí resulta inverosímil que Horacio seleccionara esos temas y acentos para recordar, cuando ya era historia, al mayor poeta de Roma, y al amigo que en vida había sido «la mitad de su alma» [141]. Esa famosa expresión la utiliza Horacio precisamente en la tercera pieza del libro primero de las *Odas,* un *propempticon* dirigido a Virgilio, es decir, un canto en el que se suplica a los

---

to Virgil on the death of Quintilius, 1, 24», *Latomus* 26 (1967), 107-117.

[140] «La estación ha traído la sed, Virgilio, pero si intentas beber un vino prensado en Cales, querido amigo de jóvenes nobles, tendrás que pagarlo con perfume de nardo», Hor., *Carm.* IV 12, 13-16.

[141] No obstante, véase el comentario *ad loc.* de V. Cristóbal en su traducción de Horacio, *Épodos y Odas,* Madrid, 1985, pág. 174, nota 547, así como D. E. Belmont, «The Vergilius of Horace. Ode 4, 12», *TAPhA* 110 (1980), 1-20.

dioses que favorezcan la travesía del amigo que se embarca para Grecia. Esto plantea un problema biográfico y cronológico. No sabemos de más viaje a Grecia de Virgilio que el realizado en el 19 a. C., a cuya vuelta murió; pero los tres primeros libros de las *Odas* aparecieron publicados ya en el año 23 a. C. O bien Virgilio viajó —o, al menos, intentó viajar— a Grecia antes de esa última fecha, o bien no hubo más viaje que el del año 19 y la oda de Horacio, escrita para esa ocasión, fue incluida posteriormente en la colección, cuando se añadió a ésta el libro cuarto de las *Odas* [142].

Los testimonios horacianos que hemos apurado cubren, pues, los años que van aproximadamente desde el 38 a. C. hasta poco antes de la muerte de Virgilio y nos permiten percibir los rasgos de la amistad entre los dos poetas, constante y cálida hasta la ternura por encima de lo distinto de sus caracteres [143], basada en la mutua comprensión y aprecio, como manifiestan los «mensajes» que tácitamente se dirigen en sus respectivas obras, firme por esas causas más que por el contacto, que no debió ser frecuente, apartado como estaba Virgilio en su retiro de Campania y repartido Horacio entre la frecuentación de la «sociedad» en Roma y sus descansos en su villa de Tívoli [144].

---

[142] Véanse los argumentos a favor de una y otra hipótesis, así como una completa reconsideración del problema en R. BASTO, «Horace's *Propempticon* to Vergil», *Vergilius* 28 (1982), 30-43.

[143] Cf. TH. HALTER, *Vergil und Horaz. Zu einer Antinomie der Erlebensform*, Berna-Munich, 1970.

[144] Una interpretación sensible y sugerente de las relaciones entre ambos poetas puede verse ahora en E. A. SCHMIDT, «Vergils Glück. Seine Freundschaft mit Horaz als ein Horizont unserens Verstehens», 2000 Jahre Vergil. Ein Symposion (ed. V. Pöschl) [= *Wolfenbütteler Forschungen*, 24], Wiesbaden, 1983, 1-36; cf. también R. S. KILPATRICK, «Vergil

Pero la figura bajo cuya noble sombra se gestan las *Geórgicas* es la de Mecenas. De hecho sólo éste y el futuro Augusto —aquí todavía solamente César— son mencionados en el poema. Nos hemos referido antes al inicio de la amistad entre Virgilio y Mecenas y del patronazgo de éste sobre aquél. Las *Geórgicas* son el fruto granado, por supuesto, de la libre inspiración poética virgiliana, pero también de la implicación del poeta en el programa restaurador que Mecenas dirigía a impulsos de Octaviano. Cualquiera que sea la interpretación que se defienda de la intervención de Mecenas en la gestación del poema geórgico [145], entiéndase lo que se entienda por sus famosos *haud mollia iussa* [146], su presencia en el poema es capital y constituye además, junto con lo que hemos espigado en Horacio, el testimonio más elocuente de las relaciones entre patrono y poeta, decisivas en estos años y mantenidas después, cada vez más con el rasgo de estrecha amistad entre iguales, hasta la muerte de Virgilio [147]. Mecenas, en fin, aparece

---

and Horace: *Arcades ambo?*», *Vergilian Bimillenary Lectures 1982* (ed. G. McKay) [= *Vergilius Supplementary Volume*, 2], 80-117.

[145] El tema es muy polémico y ha merecido una abundante bibliografía. Cf. como excelente puesta al día A. La Penna, *s. u.* «Mecenate», *Enc. V.* III, Roma, 1987, 410-414, esp. págs. 411-412 (bibliografía en pág. 414).

[146] *G.* III 40-42: *interea Dryadum siluas saltusque sequamur / intactos, tua, Maecenas, haud mollia iussa. / te sine nil altum mens incohat...* («entre tanto, Mecenas, las frondosas / cañadas de las dríades cantemos / por nadie antes holladas: tú lo mandas, / orden difícil, mas sin ti no surge / mi mente a nada grande...», trad. Espinosa Pólit). Cf. *supra* nota 119.

[147] Como cabe deducir de la inclusión de Mecenas en el testamento de Virgilio, quien lo instituyó heredero en una doceava parte de sus bienes, según se lee en *VSD* 37: *Heredes fecit... ex duodecima [parte] Maecenatem...*

al lado de Virgilio en el momento que nos permite fijar un término *ante quem* para la composición de las *Geórgicas*. Pues nos cuenta Suetonio que

Augusto, a su vuelta tras la victoria de Accio, se detuvo en Atela para curarse una enfermedad de garganta; allí durante cuatro días le leyó Virgilio las *Geórgicas*, relevándolo Mecenas en la recitación cada vez que el cansancio de la voz le obligaba a interrumpirse [148].

Esa vuelta del César Octaviano fue en el verano del 29 a. C. —concretamente en Agosto celebró su triunfo en Roma—: a comienzos de esa estación tuvo que suceder aquella impresionante lectura [149]. Fueron verosímilmente cuatro días de recitación —a uno por libro— en la paz de aquella ciudad, cómo no, de la Campania. Era en cierta manera el homenaje de Virgilio al vencedor de Accio y en ese homenaje Mecenas se encontraba justamente asociado. Para su política de exaltación de la paz y del trabajo el príncipe había encontrado en él a un colaborador inteligente, capaz y sensible y no a un burdo propagandista. Por medio de Mecenas el futuro Augusto descubría el potencial oculto en la poesía virgiliana, justo en el momento en que el mundo romano restaurado —y su príncipe a la cabeza— necesitaban un cantor, un *uates*. Venían los tiempos de la *Eneida*.

---

[148] *VSD* 37.

[149] Si nos atenemos —con las reservas mencionadas *supra* pág. 14— a los siete años que las *Vitae Vergilianae* fijan para la composición de las *Geórgicas*, éstas se habrían comenzado en torno al 37 a. C., fecha que viene a coincidir con la plena integración de Virgilio en el círculo de Mecenas (vid. *supra* págs. 61 y sig.). Los datos de las *Vitae* concuerdan, pues, en líneas generales con los que deducimos de otros testimonios, especialmente de Horacio, y no hay por qué extremar la desconfianza al respecto.

La plenitud de la poesía augústea de Virgilio

El año 26 ó 25 a. C. Augusto, que se encontraba en Tarragona en una pausa de la guerra que personalmente dirigía contra los cántabros, escribía a Virgilio para que éste le enviara «un primer esbozo» de la *Eneida* o «una parte cualquiera» de ella [150]. En esa misma época o poco antes, Propercio, como ya se ha dicho, se refería con expectación jubilosa a la gestación del poema [151]. Para entonces la *Eneida* ya llevaba con toda probabilidad algunos años de elaboración. La profecía de Júpiter a Venus, que aparece en su primer libro (vv. 257-296) y que es una clara visión del orden nuevo pacífico que el César se disponía a instaurar en el mundo romano [152], está escrita, sin duda, bajo la impresión del triunfo de Octaviano en el año 29 a. C. y de la clausura de las puertas del templo de Jano en ese mismo año. Si tenemos en cuenta que, cuando Virgilio muere en el año 19 a. C., deja la *Eneida* inacabada, convendremos en que la tradición biográfica virgiliana, que atribuye once años a la composición del poema [153], se apro-

---

[150] *VSD* 31. Cf. J. L. Vidal, «Presenza de Virgilio nella cultura catalana», *La fortuna di Virgilio,* Nápoles, 1986, 417-449, esp. pág. 432. No obstante, Macrobio *(Sat.* 1, 24, 11; v. *infra,* n. 168) nos ha conservado una respuesta negativa de Virgilio, a la que quizá haya que conceder el mismo crédito que a la noticia transmitida por la *VSD.*

[151] V. *supra,* pág. 12 y n. 5.

[152] Cf. R. Rieks, «Vergils Dichtung als Zeugnis und Deutung der römischen Geschichte», *ANRW* II 31, 2, Berlín - Nueva York, 1981, 728-868, pág. 851.

[153] *VSD* 26, *Aeneida XI perfecit annis; VS, Aeneidem... scripsit annis undecim; VF* 100-101, *...bisena uolumina sacro / formauit donata duci trieteride quarta.* Ya hemos escrito más arriba de ciertas reservas con respecto a estos datos (v. pág. 59).

xima bastante a estos datos históricos. El mencionado discurso de Júpiter a Venus sobre la futura grandeza de los descendientes de Eneas, es decir, el pueblo romano, es uno de los tres lugares «programáticos» de la *Eneida,* en los que Virgilio *sub specie poeseos* se libra a una grandiosa visión histórica de Roma y de Augusto; los otros dos son el desfile de las almas de los héroes en los Campos Elíseos (VI 756-892) y la descripción del escudo de Eneas (VIII 626-731) [154]. Pero la presencia inmanente del príncipe domina todo el poema, como ya advertían los comentaristas antiguos [155]. Lo que P. Grimal ha llamado «conversión» [156] del antiguo antoniano que era Virgilio a Augusto está ya presente en el proemio del libro tercero de las *Geórgicas,* pero es sobre todo a partir de la batalla de Accio, presentada en la *Eneida,* de acuerdo con un motivo fundamental de la propaganda augústea, como un triunfo de los valores luminosos de la tradición romana frente a la oscura amenaza del Oriente [157] —personificado, a propósito, en Cleopatra, *nefas Aegyptia coniunx (En.* VIII 688), y no en Marco Antonio, romano al fin y vencedor otrora de aquella barbarie, *uictor ab Aurorae populis et litore rubro (En.* VIII 686)—, cuando Virgilio se hace un decidido partida-

---

[154] Sobre la presencia de la historia de Roma en la poesía de Virgilio es fundamental el ensayo de Rieks citada arriba (n. 152), a cuyas páginas remitimos a propósito de esos tres lugares que hemos llamado programáticos (pp. 828 y sigs., 750 y 812-815, respectivamente).

[155] Por ejemplo Servio, *ad Aen. praef.: intentio Vergilii haec est, Homerum imitari et Augustum laudare a parentibus.*

[156] P. Grimal, «Invidia infelix et la 'conversion' de Virgile», *Hommages à J. Bayet* [= Coll. Latomus, 70], Bruselas, 1964, págs. 242-254.

[157] No sólo Virgilio, sino casi todos los grandes poetas de su época se hicieron eco de ese tema fundamental de la propaganda augústea. V. F. Wurzel, *Der Krieg gegen Antonius und Kleopatra in der Darstellung der augusteischen Dichter,* Tesis Heidelberg, 1939 (Leipzig, 1941).

rio y portavoz poético de la labor restauradora de Augusto, de la «revolución romana» [158]. La primera tarea de ese proceso era la pacificación, o mejor, la imposición de la *pax Romana.* Hay una precisa sintonía espiritual entre la relevancia con que Augusto se refiere a esa empresa, concebida como el resultado final del dominio romano sobre el mundo, en su propio escrito autobiográfico, las *Res gestae* [159], y el tono de los famosos versos de la *Eneida* en que Virgilio proclama a su vez la misión destinal del pueblo romano:

tu regere imperio populos, Romane, memento,
haec tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos [160].

La *Eneida* es también —y sobre todo— poema augústeo, o mejor, el poema augústeo por excelencia en el sentido de que en ella «la exaltación de Augusto como señor de

[158] V. W. C. Korfmacher, «Vergil, spokesman for the Augustan reforms», *CJ* 51 (1955/56), 329-334.

[159] Imp. Caes. Aug., *Res gest.* 13, «*Ianum Quirinum, quem clausum esse maiores nostri uoluerunt cum per totum imperium populi Romani terra marique esset parta uictoriis pax ... ter me principe senatus claudendum esse censuit*» («el templo de Jano Quirino, que nuestros mayores quisieron estuviera cerrado cuando por todo el imperio del pueblo romano, en tierra y mar, estuviera establecida por la victoria la paz ... en tres ocasiones durante mi principado decretó el senado que debía cerrarse»).

[160] «Mas tu misión recuerda tú, romano: / regir a las naciones con tu imperio, / (ésas tus artes) imponer al mundo / el uso de la paz, darla al vencido, / y arrollar al soberbio que la estorbe» *(En.* VI 851-853, trad. Espinosa Pólit). Sobre el sentido providencial y religioso que para Virgilio —y para Augusto— tenía esa misión, v. F. Klingner, «Virgil und die römische Idee des Friedens», *Römische Geisteswelt,* Munich, [4]1961, 600-630.

la guerra y de la paz llega a solemne consagración»[161]. De ahí la atención y casi ansiedad con que el príncipe asistía a la gestación del gran poema épico, tanto si estaba ausente, empeñado en lejanas guerras, como desde la misma Roma.

Desgraciadamente, aparte de los testimonios ya mencionados de Propercio y del propio Augusto, casi nada sabemos de estos años en que Virgilio trabajaba en su última obra. La *VSD* —en un pasaje cuya autenticidad suetoniana nadie ha puesto en duda—, inmediatamente después de informarnos de la carta de Augusto a Virgilio, prosigue: «Pero no fue sino mucho más tarde y sólo después de tener acabado el argumento cuando [Virgilio] leyó [a Augusto] tres libros completos: el segundo, el cuarto y el sexto; este último, además, provocando una notable emoción en Octavia quien, como estuviera presente en la lectura, al llegar a aquellos versos acerca de su hijo 'tú serás Marcelo', se dice que se desmayó y a duras penas volvió en sí»[162]. Marcelo, el hijo de Octavia, la hermana de Augusto, murió en otoño del año 23 a. C. Es plausible pensar ante el patetismo del relato que el dolor por su pérdida era todavía reciente cuando transcurría la escena anteriormente descrita, de manera que podemos suponer que poco después del año 23 por lo menos tres libros de la *Eneida* estaban ya acabados[163]. Es todo lo que podemos precisar sobre los tiempos de la composición del poema.

---

[161] G. Vitucci, *s. u.* «Augusto», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 405-411, p. 409.

[162] *VSD* 32.

[163] El testimonio de Servio *(ad Aen.* IV 323, VI 861) da, en cambio, los libros tercero, cuarto y sexto. Pero es difícil pensar que el tercer libro, el menos elaborado de todos los de la *Eneida,* estuviera en aquella selección hecha por Virgilio en honor del César. Cf. G. Brugnoli, *s. u.* «Marcello», *Enc. V.* III, Roma, 1987, págs. 362-370, esp. pág. 368.

¿Cuál fue el alcance de la constante atención de Augusto a la creación de la *Eneida?* ¿Hubo una intervención o intervenciones del príncipe y fueron más o menos solícitamente escuchadas por el poeta? Estas preguntas apuntan a una polémica famosa en la crítica virgiliana. Ya nos referimos en su lugar [164] a la independencia de Virgilio con relación a los poderosos de sus tiempos de juventud y no hay motivo para opinar ahora de distinta manera. Pero parece haber sido difícil para una parte de la crítica moderna aceptar una comunidad de ideas entre el príncipe y el poeta, incluso se ha llegado hasta ver en éste poco más que a un poeta «áulico», un propagandista [165]. La polémica —en la que el prejuicio romántico de la concepción del artista como «outsider» ha jugado más de una mala pasada— ha transcendido el ámbito de la filología y se ha convertido a veces en una auténtica disputa ideológica [166]. Si hubiera que terciar en ella, lo más prudente

[164] V. *supra,* págs. 60 y sig.

[165] Consideremos, si es lícito ejemplificar con un personaje de ficción literaria, las terribles palabras de Naphta, el genial y retorcido personaje de *La montaña mágica,* de Thomas Mann, referidas a Virgilio: «Constituía un prejuicio del gran Dante ... eso de rodear de tanta solemnidad a ese mediocre versificador... ¿Qué tenía de particular ese laureado cortesano, ese lamedor de suelas de la casa Juliana, ese literato de metrópoli y polemista de aparato, desprovisto de la menor chispa creadora, cuya alma, si la poseía, era seguramente de segunda mano, y que no había sido, en manera alguna, poeta, sino un francés de peluca empolvada de la época de Augusto?» (cap. VI, trad. de M. Verdaguer). Como todo el mundo sabe, el desdichado y atormentado Naphta, profesor de latín, por cierto, en la novela, acaba suicidándose.

[166] La bibliografía sobre las relaciones entre Augusto y Virgilio está recogida en W. Suerbaum, «Hundert Jahre ...» (cit. en n. 52), págs. 47-50. Un lúcido tratamiento de la cuestión puede verse en el trabajo de Rieks citado en n. 152 y, de forma específica, en la síntesis de V. Pöschl, «Vergil und Augustus», *ANRW* II 31.2, Berlín - Nueva York,

sería arriesgarse a pecar de ingenuo y aceptar que se produjo con naturalidad una progresiva comunidad espiritual entre dos hombres empeñados, desde muy diferentes perspectivas, en un mismo proyecto «romano»: «El encuentro entre las dos almas, por tantos aspectos tan diversas, de Augusto y de Virgilio, fue tan pleno que excluye —por decirlo del modo más claro— que el poeta hubiera puesto su pluma a servicio y vendido su corazón. El enorme trabajo de Eneas para dar vida un día a Roma y a su pueblo se transforma en el epos virgiliano en la prefiguración de la actividad infatigable desplegada por Augusto para la edificación de la nueva Roma», ha escrito con acierto G. Vitucci [167]. Y, de hecho, los ejemplos de lo que ese mismo autor ha llamado «consonancia de ideas y de afectos» entre aquellos dos hombres «(con)geniales» son abundantes: la lectura de las *Geórgicas* a Augusto en Atela —justo cuando aquél, libres sus manos de toda traba por la reciente victoria de Accio, acometía la «revolución romana»—, la insistencia afectuosa de las cartas del César, como la mencionada escrita durante la guerra cántabra, la posible respuesta negativa de Virgilio, no por modesta y cortés menos franca para con el amigo que en ese momento era ya el amo del mundo [168], no sólo son difícilmente concebibles

1981, 707-727. Una visión especialmente aguda de la posición de Virgilio con respecto a la restauración augústea es la que da A. García Calvo en el ensayo introductorio, de indispensable lectura, a su *Virgilio*, Madrid, 1976, págs. 7-99, esp. 86-88.

[167] G. Vitucci, *s. u.* «Augusto», *Enc. V.* I, Roma, 1984, págs. 405-411, pág. 409.

[168] Que las cartas de Augusto a Virgilio a propósito de la composición de la *Eneida* fueron numerosas nos lo atestigua Macrobio, quien habla al respecto de *frequentes ... litteras* recibidas por Virgilio del César (*Sat.* 1, 24, 11). En el mismo lugar nos ha transmitido la aludida respues-

sin aquella comunidad o consonancia espiritual, sino que no se explican más que en el seno de una especial relación entre los dos hombres, de mutuo respeto y, al mismo tiempo, de franca amistad y familiaridad. Son las cualidades que se condensan, por ejemplo, en el corto y expresivo billete de Augusto a Virgilio, escrito quizá después que el poeta se hubiera alejado con demasiada modestia del lado del príncipie, y del que el gramático Prisciano nos da esta noticia: *Caesar ad Vergilium: Excucurristi a Neapoli* [169]. No gustaba el poeta, como ya se ha visto, de la vida en Roma y siempre prefirió la tranquilidad de su retiro campano; pero ese alejamiento, tan acorde además con su modestia [170], nunca significó ni mengua en su trato familiar con Augusto, ni olvido por parte del pueblo que lo reconocía como su poeta; así lo expresó con feliz concisión el autor del *Diálogo de los oradores:* «prefiero el seguro y tranquilo alejamiento de Virgilio, que, sin embargo, ni le privó del favor del divino Augusto, ni de la fama entre el pueblo romano» [171]. Virgilio, al igual que hizo con Me-

ta negativa de Virgilio a Augusto: «Por lo que hace a mi Eneas, si, ¡por Hércules!, tuviera algo digno de tus oídos, te lo enviaría con mucho gusto; pero la empresa comenzada es tan grande que casi me parece una locura haberla acometido, sobre todo cuando, como sabes, estoy dedicando a esa obra otros estudios mucho más importantes».

[169] «César a Virgilio: te escapaste corriendo de Nápoles» (Prisc., *Inst.* X 43 [= *Grammatici Latini,* rec. H. Keil, II, Leipzig, 1855, pág. 533, 13]).

[170] Suetonio se refiere por lo menos dos veces a estas preferencias de Virgilio: *VSD* 11, «en su hablar y en su sentir consta que fue tan honesto que ... si en Roma, a donde iba muy rara vez, era visto en público, cuando le seguían y daban muestras de conocerlo, buscaba refugio en la casa más cercana»; 13, «tuvo una casa en Roma ... aunque pasaba la mayor parte del tiempo en su retiro de Campania». Cf. *supra,* pág. 63.

[171] *Dial. de or.* 13.

cenas, dio muestras de su consideración familiar y de su amistad para con Augusto nombrándolo heredero de una cuarta parte de sus bienes [172]. Ciertamente correspondía con ello a la generosidad de su amigo y patrono máximo, pero a este mismo y al pueblo romano ya les había dejado en vida un legado incomparable, como con toda justicia se complace en decir Focas en sus curiosos hexámetros biográficos:

his auctus meritis cum digna repetere uellet,
inuenit carmen, quo munera uincere posset:
praedia dat Caesar, quorum breuis usus habendi,
obtulit hic laudes, quas saecula nulla silescunt [173].

Quisiéramos saber algo de esos años de madurez de Virgilio, la época en que Nápoles, la «dulce Parténope», según él se complacía en decirnos [174], le vio componer hasta su perfección las *Geórgicas* y gestar en seguida con esfuerzo y ventura grandes la epopeya de la *Eneida*. También los biógrafos virgilianos sintieron aquel deseo y la tradición suetoniana nos ha conservado una descripción de Virgilio en pleno trabajo que, como ha señalado K. Büchner, se remonta a una fuente bien informada, probablemente el llamado «Libro de los amigos de Virgilio» [175]: «Cuando

---

[172] *VSD* 37, *Heredes fecit ... ex quarta* [*parte*] *Augustum;* VP, *decessit in Calabria ... heredibus Augusto et Maecenate cum Proculo fratre.*

[173] «Colmado por estas mercedes, como quisiera compensarlas dignamente, ideó un poema que pudiera sobrepasar aquellos favores: tierras le da el césar, mas es breve el disfrute de tenerlas, le ofreció él la gloria, que ningún siglo pasa en silencio» *(VF* 90-93).

[174] V. *supra,* pág. 48 y n. 97.

[175] K. BÜCHNER, *Virgilio,* págs. 25-26. Cf. *supra,* pág. 18 y n. 20. No compartimos el escepticismo de Paratore, el único, que sepamos, que no acepta la antigüedad, es decir, la paternidad suetoniana de estos da-

escribía las Geórgicas se nos cuenta que componía todas las mañanas muchos versos; tenía la costumbre de dictarlos y durante todo el día los condensaba en algunos versos, diciendo, no sin razón, que daba a luz su poema a la manera de la osa y que lo perfeccionaba lamiéndolo. La Eneida primero la redactó en prosa y la dividió en doce libros; se puso a componerlos uno a uno, según le dictaba su gusto y sin reparar nada en el orden. Y para que ningún obstáculo se opusiera a su inspiración, dejó pasajes sin acabar, a otros les dio, por decirlo así, un soporte de versos provisionales que interponía, según decía en broma, a guisa de puntales para sostener la obra hasta que llegaran sólidas columnas» [176].

La convención de la biografía antigua exigía un retrato físico y moral del biografiado. Suetonio describe así a Virgilio en su «akmé», es decir en los años de madurez, que corresponden según vimos a los de la composición de la *Eneida:* «Era grande de cuerpo y de talla, de tez morena, aspecto de campesino y una salud delicada; pues padecía a menudo del estómago, de la garganta y de dolor de cabeza; incluso escupía sangre a menudo» [177]. Aunque en la Antigüedad se hicieron muchos retratos de Virgilio, ninguno da las garantías de autenticidad suficientes como para que podamos verificar la descripción suetoniana. Si el mosaico de Hadrumetum, al que nos referíamos en cabeza de estas

---

tos, sino que los considera interpolados por gramáticos tardíos. V. E. Paratore, *Una nuova ricostruzione del 'De Poetis' de Suetonio,* Bari, 1950, págs. 231-251; *contra* B. Rieks, «Vergils Dichtung ...», págs. 756-757.

[176] *VSD* 22-24.

[177] *VSD* 8. A. García Calvo ha hecho de la «condición morbosa» de Virgilio una de las claves de su personalísima interpretación del poeta y su poesía. A. García Calvo, *Virgilio* (cit. en n. 166), págs. 7-17.

páginas y que es el de fines del siglo III, nos ha conservado una imagen que concuerda satisfactoriamente con aquella, es con toda probabilidad porque el artista se ha basado en los datos proporcionados por la biografía suetoniana [178]. En cuanto al retrato moral, de la curiosa mezcla —muy del gusto de Suetonio— de rasgos de aceptable credibilidad y de anécdotas cercanas al puro chisme que nos ofrece la *VSD* [179] quizá podamos sacar la imagen de un hombre

---

[178] Cf. K. Bayer, *Vergil-Viten* (cit. en n. 7), p. 670. Sobre retratos de Virgilio puede verse la síntesis de W. H. Gross, «Porträt», *s. u.* «Vergilius», en *Der Kleine Pauly* V, Munich, 1975, 1200-1201, y la bibliografía que da W. Suerbaum, «Hundert Jahre...» (cit. en n. 52), págs. 355-356. Entre nosotros merece destacarse A. Balil, «Sobre iconografía de Virgilio», *EClás* 7 (1962/63), 89-94.

[179] *VSD* 9-11, «Comía y bebía muy poco; sentía gran inclinación hacia los muchachos, de entre los cuales quiso sobre todo a Cebes y a Alejandro; éste, a quien llama Alexis en la segunda égloga de las Bucólicas, se lo había dado a él Asinio Polión; uno y otro eran cultivados y Cebes, además, poeta. Se divulgó que también había tenido relaciones con Plocia Hieria. Pero Asconio Pediano afirma que la misma Plocia tiempo después, ya de edad avanzada, acostumbraba a contar que Virgilio había sido invitado, era cierto, por Vario a gozar de ella en común, pero que había rehusado con gran obstinación. En cuanto al resto de su vida, en su hablar y en su sentir, consta fue tan honesto que en Nápoles la gente le llamaba 'Parthenias' ['la Doncellita'], y que si en Roma, a donde iba muy rara vez, era visto en público, cuando le seguían y daban muestras de conocerlo, buscaba refugio en la casa más cercana»; 15-16, «actuó ante los tribunales solamente una vez y no volvió a hacerlo ninguna más porque cuando peroraba era premioso y casi parecía un ignorante...»; sin embargo (28) «recitaba con voz agradable y con un encanto que provocaba admiración». En el primer grupo de noticias aparece expresa la interpretación alegórica de la propia obra de Virgilio y quizá la exégesis más o menos fantástica de su propio nombre (que sugiere *uirgo,* correspondiente al griego *párthenos).* Cf. para una y otra cosa E. Diehl, *Die Vitae...* (cit. en n. 18), págs. 10-12, y E. Horstein, «Vergilius Parthenías», *WS* 70 (1957), 148-152, respectivamente.

sobrio y aplicado conscientemente al trabajo poético, sensible a la belleza y a la amistad y especialmente feliz con el trato de quienes las encarnaban a un tiempo, celoso de su intimidad y casi exageradamente remiso a abandonarla, pues, tímido y gozoso de su fructífera soledad, se encontraba a gusto en ella, acompañado, a lo sumo, de sus íntimos: «no era perfectamente feliz más que en compañía de su corazón, en la soledad, allí donde se sienten las voces misteriosas y nacen los sublimes recogimientos y las grandes inspiraciones», ha escrito G. Caiati [180].

El viaje a Grecia y la muerte de Virgilio

Entrado el año 19 a. C., la primera redacción de toda la *Eneida* y, en una gran parte del poema, también la definitiva estaban acabadas. Faltaba la última lima, la de la perfección. El libro tercero sobre todo, el que narra el deambular de Eneas por el Mediterráneo griego, distaba de satisfacer al autor. Virgilio quería ver con sus ojos aquellos pasajes, recorrer Grecia y Asia Menor durante tres años, revisar el itinerario de Eneas resiguiendo los caminos —del mar y de la tierra— que había recorrido el héroe troyano. Y luego, corregir, corregir hasta dotar a la *Eneida* de aquel acabamiento y perfección que, desde las *Geórgicas* —«the best Poem of the best Poet», según la famosa expresión de Dryden—, eran adquisición irreversible de su arte. Sólo entonces se sentiría en paz con su misión o destino poético y podría dedicarse plenamente a la filosofía, la vocación prematuramente abordada en sus años mozos [181] y que só-

[180] G. Caiati, *Vita di Virgilio,* Padua, 1952, pág. 3.

[181] Véase *supra,* págs. 45-46 y n. 91.

lo ahora, rebasada la madurez, se abría ante Virgilio en toda su vasta y profunda perspectiva. Esos eran los proyectos del poeta [182].

A todo esto Virgilio tenía ya más de cincuenta años, su salud era delicada y la estación —en pleno centro del verano— nada aconsejable para viajar. Sus amigos —Horacio a la cabeza, si a este momento se refiere su famoso *propempticon* a Virgilio [183]— intentaron probablemente disuadirlo. No lo consiguieron: Virgilio partió sin más dilación de Brindis en agosto del 19 a. C. El programa de su viaje debía de comprender los venerables lugares de la Grecia continental y de las islas, así como las costas asiáticas de la Jonia. Pero de todo este ambicioso plan bien poco iba a poder realizar. No había hecho más que llegar a Atenas cuando, al encontrarse allí con Augusto que volvía de Oriente y se encaminaba a Roma, decide no proseguir el viaje y volver con el príncipe. Antes quiere por lo menos conocer la ciudad de Mégara, la patria del poeta Teognis, no lejana de Atenas. La visitó bajo un sol tórrido, *feruentissimo sole,* dice la *Vida* suetoniana, e inmediatamente su delicada salud se resintió: Virgilio enfermó y las molestias del viaje, que no se interrumpió, agravaron su estado. Cuando desembarcó en Brindis, pocos días antes del veintiuno de septiembre, llevaba en su rostro la sombra de la muerte [184]. Una angustia suprema vino

---

[182] Nos inspiramos evidentemente en *VSD* 35, lugar cuya autenticidad suetoniana casi ningún filólogo —Paratore es la importante excepción— ha discutido.

[183] Véase *supra,* pág. 73 y n. 142.

[184] Cf. *VF* 105-106: *... ut Calabros tetigit, liuore nocenti / Parcarum uehemens laxauit corpora morbus* («cuando tocó tierra en Calabria, una grave enfermedad dejó sus miembros exangües con la funesta lividez que es signo de las Parcas»).

a sumarse a la de la mortal enfermedad: la *Eneida* estaba incompleta; el fruto de once años de trabajo, inmaduro; el poema de Roma y de Augusto, inconcluso. En sus últimos momentos —nos dice la tradición biográfica— pidió con insistencia el manuscrito para quemarlo. No se trataba del delirio de la enfermedad. De hecho antes de partir para Grecia había encargado a Vario que, si algo le ocurría durante el viaje, arrojara la *Eneida* al fuego; a lo cual Vario se negó terminantemente. Es posible que tan drástica última voluntad no pasara a registrarse por escrito en su testamento [185], pero lo que sí aparecía en éste era el legado de los escritos de Virgilio a sus amigos Vario y Tuca, con la condición de que no publicaran aquello que él no había publicado [186]. Quizá Virgilio comprendió angustiado en su lecho de muerte que el príncipe no iba a consentir que se cumpliera esa mandato y que la epopeya de los romanos no viera la luz. Y no se equivocaba: la *Eneida* fue publicada

[185] En verdad hay una cierta contradicción entre dos noticias de la *VSD* casi sucesivas, en la primera se afirma la voluntad comunicada a Vario de quemar la *Eneida: ut si quid sibi* [*Virgilio*] *accidisset, Aeneida combureret (VSD* 39); mientras que en la segunda se menciona, puede que literalmente, la disposición testamentaria de que Vario y Tuca heredaran los escritos del poeta con la condición de que *ne quid ederent, quod non a se editum esset (VSD* 40). El pasaje ha merecido una larga discusión que puede seguirse viendo en los comentarios *ad loc.* en las ediciones de Rostagni y Bayer, así como en Paratore, *Una nuova ricostruzione* ... cit., págs. 170-180.

[186] W. A. Camps, *An Introduction to Vergil's Aeneid,* Oxford, 1969, pág. 119, ha señalado con acierto la ambigüedad del texto citado en último lugar en la nota inmediatamente anterior: *quod non a se editum esset* puede significar tanto «lo que no había sido publicado por él» como «lo que no habría sido publicado por él». En el último caso, ni Augusto mandando editar la *Eneida,* ni Vario (o Vario y Tuca) haciéndolo vulneraban necesariamente la letra del testamento de Virgilio.

póstumamente *auctore Augusto (VSD* 41) por Vario —o por Vario y Tuca—, quien sin embargo procedió con piadosa veneración, editándola prácticamente sin correción alguna, tal como la había dejado la mano desfalleciente de Virgilio y como ha llegado hasta nosotros.

¿Por qué quiso Virgilio quemar la *Eneida* o, al menos, que no se publicara? Es posible que la exigencia de plenitud y perfección artísticas del poeta no consintiera en imaginar su obra publicada imperfecta, sin la última lima [187]. Pero se ha apuntado a razones más profundas. ¿Se sintió Virgilio al final de su vida decepcionado por la política de Augusto y quiso tardíamente evitar que el príncipe utilizara su poema como un fabuloso monumento propagandístico? Tal «arrepentimiento» final corroboraría la opinión de quienes han visto en Virgilio al apologista *sub specie poesseos* de la política de Augusto y del imperialismo romano [188]. ¿Sintió Virgilio que había «fracasado» [189] en su misión poética, que el poema que, en su lectura más

---

[187] Entre las «imperfecciones» de la *Eneida,* que prueban ciertamente la honestidad de su o sus editores póstumos, cuentan en primer lugar los famosos versos inacabados (cincuenta y ocho, en total), la falta de elaboración del libro tercero, los lugares donde la crítica filológica ha rastreado la presencia de los famosos *tibicines* provisionales *(VSD* 23, cf. *supra,* pág. 84 y n. 176) que nunca llegaron a ser sustituidos por *columnae* definitivas, etc. Ver inventario y discusión en K. BÜCHNER, *Virgilio,* págs. 524-526, y en K. BAYER, *Vergil-Viten,* págs. 678-679.

[188] Cf. I. Trencsényi-Waldapfel, «Das Bild der Zukunft in der Aeneis», *StudClas* 3 (1961), 281-304 *(non uidi,* cit. por B. RIEKS, «Vergils Dichtung...» cit. pág. 828). *Contra* A. MICHEL, «Virgile et la politique impériale: un courtisan ou un philosophe?», H. BARDON-R. VERDIÈRE (eds.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile,* Leiden, 1971, págs. 212-245; RIEKS, *ibid,* págs. 852.

[189] Así se lo pregunta K. QUINN, «Did Virgil fail?», J. R. C. MARTYN (ed.), *Cicero and Vergil,* Amsterdam, 1972, 192-206.

profunda, ambicionaba como respuesta a los interrogantes perpetuos de la condición humana se quedaba en una espléndida construcción de seductora —y engañosa— belleza formal [190]?

No parece, sin embargo, que sean los esfuerzos y conjeturas de los filólogos los que vayan a desvelar los pensamientos, la angustia, las intenciones del genio que moría hace dos mil años en Brindis. Eso quizá le estuvo reservado, por medio de un genial diálogo intemporal —como le habría gustado decir a Dilthey—, a otro poeta. En 1945 publicaba Hermann Broch su novela *Der Tod des Vergil,* una de las obras capitales de la literatura alemana —y europea— de este siglo [191]. Broch recera en una prosa inmensa y abrumadoramente ensimismada y poética los últimos días de Virgilio en Brindis, «decidido a hacer destruir la propia obra precisamente en la conciencia de su poética (pero sólo poética) perfección y después plegado a otra voluntad por afirmarse en él un más alto valor» [192]. Pero al lado de su elucidación, también consciente y atormentada, del pensamiento agónico de Virgilio —y, al mismo tiempo, de su propia meditación de la muerte— es posible, como ha indagado P. M. Lützeler, que Broch nos haya dado, inconscientemente, una clave profunda para comprender la angustia de Virgilio y la suya propia. Lützeler, que ha seguido la génesis de la novela y ha estudiado especialmente la utilización en ella de los materiales virgilianos y de la tradición virgiliana, ha señalado cómo Broch decla-

---

[190] Cf. M. Giebel, *Vergil* (cit. en n. 52), pág. 120.

[191] La novela vio la luz primero en su traducción inglesa, cuidadosamente revisada por el autor, en Nueva York en 1945 y en 1947, en alemán, en Zurich. Hay trad. esp., *La muerte de Virgilio,* Madrid, 1979.

[192] L. Quatrocchi, *s. u.* «Broch», en *Enc. V.* I, Roma, 1984, 536-537, espec. pág. 537.

raba que su obra, aparecida por cierto tras diez años de trabajo, habría necesitado todavía tres años más de él y quizá ni siquiera así hubiera debido de ser publicada [193]. Pero H. Broch publicó su libro y Virgilio, a pesar de que nadie le entregó sus escritos cuando los reclamaba para quemarlos, no tomó en su última voluntad ninguna decisión formal sobre la *Eneida* [194]. Un impulso mayor se sobrepuso a la acuciante autoexigencia de la pura conciencia artística, un impulso profundamente sentido sólo a las puertas de la eternidad. Estas se abrieron para Virgilio el día veintiuno de septiembre del año diecinueve antes de Cristo.

El drama se había desarrollado en Brindis y la piedad de las generaciones posteriores para con el poeta de Roma ha querido que hasta hoy sobreviva en aquella ciudad una leyenda que conoce y sitúa la «casa de Virgilio» [195]. Las cenizas del poeta fueron trasladadas a Nápoles y enterradas al borde del camino que llevaba a Pozzuoli, a poco menos de dos millas de la ciudad, no lejos del retiro de Posilipo que tanto amó Virgilio en los años cruciales de su juventud [196]. Quiere la tradición que sobre su tumba

[193] Lützeler ha recogido en la correspondencia mantenida por Broch durante los años de gestación y, más tarde, de primera difusión de su novela repetidas declaraciones del propio Broch en ese sentido. Cf. P. M. LÜTZELER (ed.), *Materialien zu Hermann Broch 'Der Tod des Vergil'*, Francfort, 1976, págs. 206-208 (cartas del 17.3.1940 y del 4.4.1940), por ejemplo. GEIBEL *(Vergil*, pág. 139 y n. 178) nos recuerda al respecto que también Kafka quería que sus manuscritos, por no estar todavía listos para la publicación, fueran destruidos tras su muerte y que fue su editor, Max Brod, quien lo impidió.

[194] Cf. *VSD* 39, *uerum nemine offerente, nihil quidem nominatim de ea cauit.*

[195] V. G. ROMA, *La casa di Virgilio in Brindisi*, Brindisi, 1981.

[196] La tumba de Virgilio nunca pudo estar en el columbario que se yergue en la ciudad de Nápoles en el recinto arqueológico conocido como

se grabara el dístico que, escrito sin duda por alguno de los amigos íntimos del poeta, merece ser obra del propio Virgilio, tal es la modestia y la evocadora concisión de sus versos:

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Parthenope; cecini pascua rura duces [197].

LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE VIRGILIO

Virgilio es un caso egregio también por lo que hace al proceso de transmisión de sus obras. Una magnitud de tal orden —observa con justeza L. D. Reynolds— «tiene su propio y singular destino y éste ha alcanzado en algunos aspectos a las muchas maneras en que sus poemas han sido transmitidos a la posteridad» [198]. Conservamos en primer lugar cerca de 780 códices manuscritos de Virgilio [199], a la cabeza de los cuales se encuentran siete impresionantes ejemplares de venerable antigüedad y monumental escritura; aunque apenas son relevantes para la constitución del texto, deben citarse a continuación los numerosos fragmen-

---

crypta Neapolitana. Esa identificación procede de una tradición de origen culto que ha merecido una larga bibliografía, coronada por ahora por el documentado libro de M. Capasso, *Il sepulcro di Virgilio*, Nápoles, 1983.

[197] «Mantua me dio la luz, Calabria me arrebató, me tiene ahora Parténope; canté pastos, campos, caudillos».

[198] L. D. R[EYNOLDS], «Virgil», en L. D. REYNOLDS (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1983, 433-436, pág. 433.

[199] La cifra en M. GEYMONAT, *s. v.* «codici», *Enc. V.*, Roma, I, 1984, 831-838, pág. 831.

tos papiráceos que recogen versos virgilianos [200]. Ademas de eso, las obras de Virgilio generaron una nutrida tradición indirecta de sí mismas, es decir, la constituida por citas de muy diversa extensión de sus versos, transmitidas por gramáticos y comentadores ya desde los tiempos mismos en que vivía el poeta [201]. Para hacerse una idea de la importancia de esta tradición será suficiente afirmar que, si todos los manuscritos de Virgilio se hubieran perdido, gracias a ella tendríamos, no obstante, un testimonio extenso y significativo de su obra, superior, en cualquier caso al que tenemos, por ejemplo, de los poetas latinos arcaicos, sobre los cuales los filólogos disertan y construyen abundantes y extensas monografías. Ocurre con Virgilio que los manuscritos medievales —los más antiguos que tenemos para la inmensa mayor parte de los clásicos latinos— son casi innecesarios para la constitución de su texto y deben más bien ser estudiados, junto con la riquísima y variada exégesis que los acompaña o que se produjo en torno a ellos, como exponente de su varia fortuna y pervivencia. La tradición del texto de Virgilio es, en fin, tan rica, densa y multiforme y, en consecuencia, tan intrincada que justifica plenamente la cita del poeta mismo con que Sir Roger Mynors abría la *Praefatio* de su edición oxoniense, el texto «standard» de Virgilio en nuestros días: *itur in antiquam siluam* [202].

---

[200] Vid. ahora A. PETRUCCI, *s. v.* «papiri», *Enc. V.*, Roma, III, 1987, 964-965, con bibliografía.

[201] Virgilio fue un clásico ya en vida. Sabemos por SUETONIO *(De gramm.* 16) que Quinto Cecilio Epirota, quien abrió escuela de gramática en Roma con posterioridad al año 26 a. C., explicaba en ella las obras del mantuano.

[202] *Aen.* VI 179. Cf. *P. Vergili Maronis Opera,* rec. R. A. B. MYNORS, Oxford, 1969 [=1972], pág. V.

Los imponentes propileos de esa selva antigua están constituidos por los *uetustissimi libri* escritos todavía al final de la Antigüedad en letra capital rústica, las *litterae Vergilianae* de los medievales. Estos venerables códices reciben las siguientes siglas y denominaciones:

M = *Florentinus Laurentianus* 39, 1, también llamado *Mediceus*. Del siglo v. Escrito en Italia. Contiene una suscripción en la que Turcio Rufio Aproniano Asterio (cónsul en 494) declara haberlo corregido en Roma. Estuvo en Bobbio hasta 1467, año en que fue trasladado a Roma, probablemente por manos del abad benedictino Gregorio de Crema. En 1471 lo utilizó Pomponio Leto para su comentario a Virgilio, y entre 1500 y 1521 estuvo depositado en la Biblioteca Vaticana. Fue en ese momento cuando se separó del códice un folio, que sigue conservándose en ella como apéndice al Virgilio Vaticano, *F.* El manuscrito se custodia actualmente en la Biblioteca Medícea-Laurenciana de Florencia y es el más ilustre de los códices virgilianos que han llegado hasta nosotros [203].

P = *Vaticanus Palatinus Latinus* 1631, *olim Lauresheimensis*. De finales del siglo v o principios del vi. Escrito en Italia. Sabemos que desde el siglo ix se custodiaba en la Abadía de Lorsch y allí lo consultó todavía el cosmógrafo Sebastian Münster (1489-1522), quien lo consideraba autógrafo del propio Virgilio. Hacia 1556 pasó a la Biblioteca Palatina de Heidelberg y de allí a la Biblioteca Vaticana en 1623 [204].

---

[203] Un facsímil completo con un magnífico estudio preliminar en E. Rostagno, *Il codice Mediceo di Virgilio della R. Biblioteca Laurenziana di Firenze con illustrazione storico-paleografica*, Roma, 1931.

[204] Hay edición facsímil del códice: R. Sabbadini, *Codicis Vergiliani qui Palatinus appellatur reliquiae quam simillime expressae*, París, 1929.

R = *Vaticanus Latinus* 3867, llamado *codex Romanus.* De principios del siglo VI. Escrito en Italia, probablemente en Ravenna, pero estuvo en la Abadía de Saint-Denis, en París, por lo menos desde época carolingia. Allí sirvió de modelo para una copia que contenía las *Bucólicas* y el final de la *Eneida,* copia que actualmente aparece dividida entre dos manuscritos, uno conservado en Berna *(Bernensis* 172) y otro en París *(Parisinus Lat.* 7929). El auxilio de ambos nos permite suplir el códice romano allá donde está mutilado o corrupto. En el pontificado de Sixto IV el manuscrito *R* pasó a la Biblioteca Vaticana, donde uno de los primeros en utilizarlo fue Angelo Poliziano en 1484, y allí se custodia en nuestros días. Está ornado con numerosas y bellas miniaturas, entre las cuales destaca un famoso retrato de Virgilio [205].

Aunque cada uno de los tres manuscritos anteriormente mencionados, *M, P,* y *R,* ha sufrido la pérdida de algunas páginas, juntos contienen el grueso de la obra de Virgilio y sobre ellos recae el peso del trabajo del editor virgiliano. En la práctica, como luego veremos, éste suele decidir entre dar preeminencia al códice Medíceo *(M)* o al Palatino *(P),* utilizando el Romano en los pocos lugares donde presentan lagunas aquellos dos, muy pocos si tenemos en cuenta que al Medíceo le faltan sólo las primeras cinco églogas y la mitad de la sexta, y que las más amplias lagu-

---

[205] Una edición facsimilar de todas las páginas miniadas y de algunas de las de texto fue publicada por F. EHRLE, *Picturae ornamenta, complura scripturae specimina codicis Vatic. 3867, qui codex Vergilii Romanus audit, phototypice expressa,* Roma, 1902. No hemos podido manejar la reciente edición facsimilar completa *'Vergilius Romanus'. Codice Vaticano Latino 3867,* Milán, 1986, acompañada de un volumen de estudios editado por I. LANA.

nas del Palatino se suplen con su apógrafo, el *Guelferbytanus Gudianus Latinus* 2.° 70 *(g)*, del siglo IX (como las del Romano con el suyo, el *Bernensis* 172 *[a]*, también del siglo IX). Sin embargo, no son menos antiguos ni venerables que los códices *M*, *P* y *R* los cuatro siguientes, cuya menor importancia para la constitución del texto viene dada sólo por lo muy fragmentario de su estado actual:

F = *Vaticanus Latinus* 3225, conocido como *schedae Vaticanae* o *schedae Fuluianae Vaticanae*. Escrito hacia el final del siglo IV en Italia, probablemente en Roma. Se trata de un códice preciosísimo, enriquecido por cincuenta miniaturas que han permitido a los codicólogos y a los historiadores del arte considerarlo como un auténtico ejemplar de lujo, realizado por un copista profesional de un taller romano, y les ha llevado a desechar la hipótesis, sostenida durante mucho tiempo, de un origen hispánico del manuscrito [206]. A mediados del siglo XV sabemos que esta-

---

[206] Fue nada menos que R. SABBADINI —en su artículo «Il codice virgiliano F», *RFIC* 46 (1918), 397-410, esp. pág. 399— quien defendió el origen español, y concretamente catalán, del Virgilio vaticano. A su autoridad se acogen todavía, entre nosotros, J. L. MORALEJO, «Sobre Virgilio en el alto medioevo hispano», *Secció catalana* (cit. en nota 59), págs. 31-51, esp. 31; J. JUAN, «Apunts sobre l'origen del *Bembinus* de Terenci», *El teatre grec i romà (VIIIè Simposi de la Societat Espanyola d'Estudis Clàssics. Secció Catalana. Reus... 1985)*, Barcelona, 1986, págs. 79-83, esp. 82 s. No obstante, ya en 1954 R. BIANCHI BANDINELLI («Virgilio Vaticanus 3225 e Iliade Ambrosiana», *Nederland Kunsthistorisch Jaarboek* 5 [1954], 225-240) demostraba que, por el lujo y perfección de las miniaturas y especialmente por las abundantes iluminaciones en oro, había que pensar en un origen romano del manuscrito *F* y esa tesis parece imponerse entre los codicólogos, como puede verse en A. PRATESI, «Osservazioni paleografiche (e non) sui *Codices Vergiliani antiquiores*», *Atti del Convegno mondiale scientifico di studi su Virgilio (Mantova-Roma-Napoli, 1981)*, Milán, vol. II, 1984, págs. 220-232, esp. 230 s.

ba en posesión de este códice o, al menos, que lo tuvo en sus manos Gioviano Pontano. Después perteneció a la familia Bembo y posteriormente a Fulvio Orsini, cuyo nombre todavía ostenta. Desde 1600 se conserva en la Biblioteca Apostólica Vaticana [207].

V = *Veronensis* XL (38). Del siglo v. Escrito en Italia del Norte o quizá en la Galia, pero reescrito, en todo caso, en Luxeuil en el siglo VII. Se trata de un palimpsesto: sobre el texto virgiliano se reescribieron los *Moralia in Job* de San Gregorio Magno. El códice se encuentra en Verona ya desde el siglo IX y es el que está enriquecido por los importantes escolios virgilianos designados por su primer editor, el cardenal Mai en 1818, como *Scholia Veronensia.*

A = *Vaticanus Latinus* 3256 (4 folios) más *Berolinensis Latinus* 2.°, 416 (3 folios), conocido como *codex Augusteus.* De la primera mitad del siglo VI. Escrito en Italia, casi sin duda en área romana. La parte berlinesa de este códice fragmentario fue adquirida en subasta por la Staatsbibliothek de Berlín en 1862. El monumental aspecto externo del manuscrito, escrito en una magnífica capital *quadrata,* fue probablemente la causa de que se le atribuyera el haber pertenecido al propio Augusto. Al margen de esta legendaria datación ha sido tenido durante mucho tiempo

---

[207] Edición facsimilar al cuidado de F. EHRLE, *Fragmenta et picturae Vergiliana codicis Vaticani Latini 3225 phototypice expressa consilio et opera Bibliothecae Vaticanae,* Roma, 1899 [^{2}1930, ^{3}1945], hoy superada por la magnífica reproducción en color al cuidado de D. H. WRIGHT, *Vergilius Vaticanus,* Graz, 1980. Sobre los aspectos ornamentales e iconográficos del manuscrito es fundamental la monografía de TH. B. STEVENSON, *Miniature decoration in the Vatican Virgil. A Study in late antiquity iconography,* Tubinga, 1983.

por escrito en el siglo IV, posición que defiende todavía C. Nordenfalk [208].

G = *Sangallensis* 1394. De principios del siglo VI. Escrito en Italia. Contiene doce fragmentos de las obras de Virgilio, lujosamente ornamentados y escritos en capital *quadrata*. Al menos esos fragmentos se conservaban ya en Saint Gall en los siglos XII y XIII, épocas en las que sobre algunos de sus folios se reescribieron textos sagrados, y seguían estando en 1461, cuando se usaron para encuadernar otros manuscritos. Hacia fines del XVIII se reconoció su unidad y fueron compilados. Así los manejó ya Heyne, el primer filólogo en reparar sobre su valor e importancia.

Entre los *codices antiquiores* suelen mencionarse por los últimos editores de Virgilio otros dos que, si bien son claramente posteriores a los grandes manuscritos tardoantiguos citados, todavía son precarolinos. Se trata de los códices *m* y *p:*

m = *Monacensis Latinus* 29005, 18. Escrito en la segunda mitad del siglo VIII en el norte de Italia. Es el más antiguo de los manuscritos medievales de Virgilio [209].

p = *Parisinus Latinus* 7906. Escrito a fines del siglo VIII en el oeste de Alemania, probablemente, según Geymonat, en el área de Lorsch [210].

---

[208] C. NORDENFALK ha cuidado la magnífica edición facsimilar del manuscrito: *Vergilius Augusteus,* Graz, 1976. Con anterioridad a ésta se contaba con la preparada por R. SABBADINI, *Codicis Vergiliani qui Augusteus appellatur reliquiae quam simillime expresae,* Turín, 1926.

[209] Fue colacionado por GEYMONAT en su edición, *P. Vergili Maronis Opera... rec.* M. GEYMONAT, Turín («Corpus Parauianum»), 1973; véanse las págs. XII y XX.

[210] Colacionado por R. A. B. MYNORS en su edición oxoniense, *P. Vergili Maronis Opera recognouit...* R. A. B. MYNORS, Oxford, 1969 [^{2}1972]. Mynors colacionó también un fragmento que se desgajó de *p*

El interés de estos dos últimos manuscritos radica en que probablemente son apógrafos copiados de códices antiguos escritos en letra capital, similares a los arriba descritos. Esa condición se da también en algunos de los manuscritos plenamente medievales —carolinos y poscarolinos— que son selectivamente tenidos en cuenta por los editores, como es el caso, especialmente preeminente de los apógrafos del Palatino y del Romano arriba mencionados. Pero con ellos pasaríamos, por decirlo con palabras muy acertadas de Reynolds, de la *antiqua silua* a una *inmensa silua* [211] y, además inextricable. Para nuestro propósito será suficiente recordar lo que ya decíamos, a saber, que la historia del texto de Virgilio en la Edad Media pertenece más al capítulo de su varia fortuna que al de la crítica textual estricta.

Lo vario y rico de esa fortuna ya en los tiempos antiguos, incluso poco después de la muerte de Virgilio, queda atestiguado de manera especialmente interesante por los fragmentos papiráceos —algo más de veinte, escalonados desde el siglo I al V d. C.— que en los últimos decenios se han extraído de las arenas de Egipto y de Palestina y que contienen textos virgilianos, generalmente de cortas dimensiones, y muchas veces de marcado aspecto escolar: versos de Virgilio repetidos varias veces como ejercicio o con una traducción griega al lado, lo que atestigua la difusión de la obra del poeta en Oriente del Imperio [212]. Son,

---

y que fue encontrado en Basilea por M. Binder, para ser luego reintegrado al resto del códice parisino.

[211] REYNOLDS, «Virgil» (cit. en nota 198), pág. 435.

[212] Cf. R. A. PACK, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt,* Ann Arbor, Michigan, 1965, núms. 2935-2952; R. SEIDER, «Beiträge zur Geschichte und Paläographie der antiken Vergilhandschriften», *Studien zum antiken Epos,* ed. H. GÖRGEMANNS-E. A. SCHMIDT,

sin duda, hermosas ruinas que, como ha escrito oportunamente el editor virgiliano M. Geymonat, «nos perraro ad textum Vergilianum emendandum adiuuant...: maximi contra momenti sunt ad studia Vergiliana apud antiquos illustranda»[213].

Por si todos estos testimonios directos del texto de Virgilio no fueran suficientes, ha llegado hasta nosotros una riquísima tradición indirecta que se remonta, como ya hemos visto, a la época misma del poeta. La filología virgiliana comienza muy temprano, alrededor del año 26 a. C., cuando Q. Cecilio Epirota empezó a ocuparse de Virgilio en clase. A partir de este momento y hasta el fin de la Antigüedad una pléyade de editores, comentaristas, gramáticos, escoliastas avalan con su autoridad centenares de pasos virgilianos. Bastantes de ellos poseyeron un elevado sentido crítico y leyeron —o creyeron leer— a Virgilio en condiciones óptimas de fiabilidad. Desde Aulo Gelio —en el siglo II de nuestra era— hasta la masa de comentarios de los siglos IV y V nos encontramos con hombres que hablan de ejemplares *optimi, antiquissimi, manu ipsius [= Vergilii] correcti, ex domo atque familia Vergilii,* etc.[214]. En algunas ocasiones sin el testimonio de esta tradición indirecta no tendríamos la seguridad de hallarnos ante el buen texto de Virgilio, pero, en otras, la discordancia entre testimonios igualmente respetables hace imposible una

Meisenheim am Glan, 1976, págs. 129-172, láms. IV-XVI. Véase, *supra,* nota 200.

[213] Véase edición citada en n. 209, pág. XII, nota 3.

[214] Véase ahora el importante libro de S. Timpanaro, *Per la storia della filologia virgiliana antica,* Roma, 1986, en pugna muchas veces con las conclusiones referentes a Virgilio de J. E. G. Zetzel, *Latin Textual Criticism in the Antiquity,* Nueva York, 1981.

elección segura. Este hecho apunta a la existencia ya en la Antigüedad de tradiciones diversas, prácticamente irreductibles, dotadas cada una de sus propias y distintas correcciones, distintas porque son «verdaderas y propias colaciones de otros ejemplares ahora perdidos» [215]. La utilización de la tradición indirecta en la edición del texto virgiliano es, por tanto, un trabajo delicado, en el que hay que resolver cuidadosamente caso por caso, precisamente por el muy alto grado de fiabilidad que tienen tradiciones encontradas, y en el que el riesgo de aceptar por buenas auténticas —aunque no burdas, desde luego— interpolaciones es muy alto [216].

El editor del texto de Virgilio puede, por todo lo dicho, encontrarse perplejo [217]. De un lado se encuentra prácticamente reducido a dos códices fundamentales *M* y *P*, no sólo por el carácter bastante más fragmentario de todos los demás códices mayores, sino porque las leçciones de estos últimos revelan «una esencial uniformidad de base» (Paratore) del texto, un texto que por eso aparece dotado de unas garantías de corrección y fidelidad auténticamente excepcionales. Tanto es así que filólogos tan eminentes como Pasquali han mantenido que la tradición del texto virgilia-

[215] M. GEYMONAT, «codici» (cit. en n. 199), pág. 831. Naturalmente también gran parte de los críticos virgilianos antiguos pueden jugarnos con sus errores auténticas malas pasadas. Véase, por ejemplo, G. P. GOOLD, «Servius and the Helen episode», *HSPh,* 74 (1970), 101-168.

[216] Cf. G. S. ROMANELLI, *Interpolazioni e contradizioni nel testo dell'Eneide,* Roma, 1975.

[217] Seguimos en estas conclusiones a E. PARATORE, «Introduzione», en *Virgilio. Eneide,* Milán («Fondazione Lorenzo Valla»), I, 1978, págs. LIX-LX, y a M. GEYMONAT, «codici» (cit. en nota 199), pág. 832. Ya antes G. PASQUALI, *Storia della tradizione e critica del testo,* Florencia, [2]1952, pág. 21.

no se remontaría —al menos para algunos libros de la *Eneida*— a la primera edición que cuidaron Vario y Tuca. Pero, por otra parte, es imposible trazar un *stemma* de esa tradición: los venerables manuscritos antiguos que poseemos no nos permiten remontarnos a un antecesor común de ellos anterior al siglo III o IV a. C., es decir, antes de la codificación. Precisamente por eso, incluso para una obra transmitida en tan buenas condiciones, la *diuinatio*, la conjetura, sigue siendo algunas veces necesaria y, desde luego, muy difícil: *tantae molis erat...*

Entre los años 1468 y 1469 Giovanni Andrea de Bussi, erudito humanista y obispo de Aleria, cuidó la *editio princeps* de las obras de Virgilio, que salió de las planchas romanas de los prototipógrafos Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz [218] e iba dedicada al papa Paulo II. Desde entonces hasta la que podemos considerar primera edición verdaderamente crítica de Virgilio, la de Otto Ribbeck (de 1859 a 1868, en Leipzig [219]), los anales de las ediciones virgilianas, por decirlo con la expresión de quien los recogió y escribió hasta el año 1850, G. Mambelli [220], constituyen casi una historia de los progresos de la crítica textual y de la ecdótica de los clásicos, pero también —y quizá sobre todo— constituyen como el cañamazo posible de una historia de la cultura europea: hasta tal punto la labor y la genialidad, la desidia y la rutina, de los genios y los

---

[218] *Virgilii Opera et Catalecta,* Romae per CONRADUM SUUEYNHEYM et ARNOLDUS PANNARTZ, in domo Petri et Francisci de Maximis [s. d.].

[219] *P. Vergili Maronis Opera...* rec. O. RIBBECK, Leipzig (Teubner), 1859-1868 (^{2}1894-1896, reimpresa en Hildesheim, 1966).

[220] G. MAMBELLI, *Gli annali delle edizione virgiliane,* Florencia, 1954. Véase también, del mismo autor y para el período de 1900 a 1936, *Gli studi virgiliani nel secolo XX,* 2 vols., Florencia, 1940.

menos genios que se han ocupado de Virgilio, así como las excelencias y carencias de sus tiempos, sus culturas, sus religiones y sus ideologías, han dejado huella en el rico aparato de dedicatorias, prólogos, comentarios, escolios y notas con que han acompañado el texto límpido del mantuano (y huella mucho más sutil han dejado de sí mismos y de sus circunstancias con sus propias elecciones, sus lecturas y conjeturas, testimonio muchas veces de su ciencia o nesciencia, pero también de su libertad de espíritu o de sus prejuicios). De esos anales, entre los términos fijados, permítasenos entresacar aquí sólo un nombre, el de Juan Luis de la Cerda, el máximo virgilianista español de todos los tiempos y, desde luego, el más seguido, aprovechado, saqueado por sus sucesores [221]. Tras diversas ediciones parciales, La Cerda dio a luz en Lyon, entre 1612 y 1619, su edición completa de Virgilio, espléndida obra en tres gruesos volúmenes *in folio.* El monumental comentario abarca por igual aspectos lingüísticos, literarios, históricos, mitológicos; sus referencias a las fuentes griegas y latinas y a los comentarios medievales y humanísticos son riquísimas; y todo ello está al servicio de un texto virgiliano «casi siempre acertado» [222]; la obra de La Cerda, en fin, sigue siendo instrumento imprescindible para la filología virgiliana actual, como demuestra su utilización real —y no la simple cita ritual— en los comentarios y estudios modernos [223].

---

[221] Falta una monografía sobre La Cerda. La breve nota *s. u.* «Cerda», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, pág. 740, recoge una escasa bibliografía esencial. Hay que añadir el inédito J. A. Izquierdo, *Virgilio en el siglo XVII en España,* Tesis, Valladolid, 1990, vol. I, págs. 85-165.

[222] J. Gil, «Studi filologici ed edizioni», *s. u.* «Spagna», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, 953-956, págs. 955. El breve análisis de Gil es excelente.

[223] Véase, por ejemplo, K. Büchner, *Virgilio,* cit., pág. 600; W. F.

Otón Ribbeck fue el primero que realizó una verdadera y rigurosa colación de manuscritos virgilianos, incluidos algunos de los códices medievales, recogió los testimonios de la tradición indirecta y dio amplia cuenta de las conjeturas producidas por siglos de filología virgiliana. Ribbeck decidió anteponer las lecturas de *P* a las de *M,* rompiendo así con una tradición casi inamovible desde que la fundamentó el prestigioso texto elzeviriano de Nicolás Heinsius (Amsterdam, 1664), y esta decisión ha pesado en las ediciones de Virgilio hasta hoy mismo. Desgraciadamente Ribbeck participaba intensamente del hipercriticismo de la filología alemana de su tiempo, lo que le llevó a alteraciones del orden de los versos recibido y a atétesis que no pueden justificarse y, además, prestó insuficiente atención a las bases paleográficas de la edición [224]. R. Sabbadini, el emi-

---

Jackson Knight, *Roman Vergil,* Harmondsworth, 1966 [Londres, [1]1944], pág. 381; E. Coleiro, *An Introduction to Vergil's Bucolics...,* cit., *passim.*

[224] Los filólogos de tradición «latina», especialmente los franceses, fueron implacables con los defectos de Ribbeck. Véase qué peculiarmente los describe —y los exagera— P. Lejay (F. Plessis - P. Lejay, *Oeuvres de Virgile... L'Énéide,* París, 1919, págs. LXXXVIII-LXXXIX): «Ce savant (1827-1898) appartenait à la génération qui a fait l'Allemagne de 1870; il avait l'intelligence pénétrante et l'imagination systématique. Son texte de Virgile est un des pires qu'on ait jamais imprimés... Médiocre paléographe, comme la plupart des philologues allemands, Ribbeck attache, par exemple, de l'intérêt aux séparations accidentelles qui se produisent dans l'écriture continue des mss en capitale; il s'arrête à des signes de ponctuation, qui ne peuvent être un élément traditionnel; il lit mal ... Les autres peuples ont laissé l'Allemagne établir sa préponderance sur le domaine des études anciennes, comme sur beaucoup d'autres. Au bout de près d'un siècle de philologie germanisée, les manuscrits de Virgile ne sont pas encore collationnés». Por la misma época en que Lejay se expresaba así las potencias aliadas, vencedoras, habían impuesto a Alemania la paz de Versalles cuyas desastrosas consecuencias tanto tendría que padecer Europa.

nente filólogo y virgilianista italiano, volvió a dar la primacía al códice Medíceo en su edición de la *Eneida* [225], pero después fue modificando progresivamente su postura en una serie de trabajos publicados en los años veinte [226], hasta dar su monumental *editio Romana* [227], en la que adoptó el criterio ribbeckiano de la preeminencia del códice Palatino, sin aceptar, naturalmente, los ya para entonces superados criterios ecdóticos de Ribbeck [228]. La convergencia de dos filólogos y dos escuelas tan distintas en la mayor valoración de *P* aseguró a ese criterio un dominio «dictatorial» [229] durante bastante tiempo. No obstante, ya en 1932 G. Funaioli [230] había defendido la autoridad no menor del Medíceo basándose en el examen de las ocasiones —prácticamente las mismas en cuanto al número— en que es el Palatino el que ofrece lecturas incorrectas. En definitiva, demostraba la ya aludida y en la práctica insuperable limitación del editor de Virgilio: que no hay posibilidades de conciliar *M* y *P*, ni de reducirlos a *stemma*. Precisamente por eso el valor de las ediciones de L. Castiglioni y de M. Geymonat, que en 1945 y 1973 sustituyeron, respectivamente, a la de Sabbadini en el «Corpus Parauia-

---

[225] Turín («Corpus Parauianum»), 1918-1919.

[226] Véase G. Mambelli, *Gli studi virgiliani nel secolo XX*, II, Florencia, 1940, n.os 2874-2889, págs. 372-385.

[227] *P. Vergili Maronis Opera*, 2 vols., Roma («Scriptores Graeci et Latini iussu Beniti Mussolini consilio R. Academiae Lynceorum editi»), 1930 [²1937].

[228] W. Janell, quien revisó la edición de Ribbeck en 1920 y 1930 (Leipzig [Teubner]), ya la había depurado en gran manera de esos defectos.

[229] La expresión es de E. Paratore, *Virgilio. Eneide*, Milán («Fondazione Lorenzo Valla»), I, 1978, pág. LXII.

[230] En el artículo «Il valore del Mediceo nella tradizione manoscritta di Virgilio», recogido más tarde en *Studi di letteratura antica*, Bolonia, II, 1, 1947, págs. 363-386.

num», así como el de la oxoniense de Mynors, de 1969, estriba sobre todo —aparte del provechoso uso que Mynors hizo de los manuscritos carolingios y Geymonat de los testimonios papiráceos— en su común decisión de examinar las discordancias entre Medíceo y Palatino caso por caso, renunciando a una pretendida solución mecánica del contencioso de las relaciones entre los dos códices [231]. El último e ilustre editor de la *Eneida,* E. Paratore, da ciertamente en el clavo cuando, prosiguiendo en esa misma dirección, señala la «ardua problemática» del editor que se enfrenta al texto virgiliano y la «descorazonadora improbabilidad» de que su trabajo pueda atenerse a las reglas, aparentemente imperturbables, de la filología postlachmanniana [232].

NOTAS SOBRE LA PERVIVENCIA DE VIRGILIO EN LA TRADICIÓN LITERARIA

(CON ESPECIAL ATENCIÓN A LAS *BUCÓLICAS* Y A LAS *GEÓRGICAS)*

Al comienzo de uno de los más sugestivos ensayos que se han escrito en español para intentar, como gustaba de decir su autor, «hacer nuestro a Virgilio», al comienzo del librito *Virgilio y nosotros,* el veterano virgilianista Javier de Echave se dirigía sin más al lector y le advertía: «Escri-

---

[231] Así ha procedido también entre nosotros el editor de la obra completa —incluye la *Appendix Vergiliana—* de Virgilio, MIQUEL DOLÇ, quien entre 1956 y 1978 dio el texto y la traducción catalana de las *Bucólicas* (1956), *Geórgicas* (1963) y de la *Eneida* (I-IV, 1972-1978) en la «Fundació Bernat Metge» de Barcelona. Cf. su explícito criterio ecdótico en *Eneida,* I, Barcelona, 1972, págs. 69-70.

[232] Véase *op. cit.* en nota 229, pág. LXIII.

be en cabeza de un pliego el nombre de Virgilio. Si no es el más grande que existe, ten por cierto que es el más nuestro de toda la antigüedad anterior a Cristo. Tenía nuestra misma alma» [233]. Quizá esa forma tan intensa de decir las cosas, «tenía nuestra misma alma», no es la más corriente en el discurso que se quiere teórico-literario, pero probablemente ninguna otra da razón de forma más pregnante, y al mismo tiempo inspirada, del fabuloso fenómeno de la pervivencia virgiliana: ningún poeta ha ejercido, es cierto, una influencia tan varia e inmensa sobre la posteridad como Virgilio. Y, además de grande, esa influencia fue inmediata —todavía en vida del poeta, como se ha visto— e intensa. No es posible en estas páginas —ni, probablemente, en algunos centenares más de ellas— trazar el resumen y balance de esa varia fortuna. Y no precisamente por falta de estudios parciales o monografías previos. A los muchos que ya habían producido los críticos europeos y americanos —sobre todo con ocasión del bimilenario del nacimiento de Virgilio— se han de sumar los todavía más numerosos que en todo el mundo civilizado han surgido en torno a la conmemoración del bimilenario de la muerte del poeta, cuando el tema de la pervivencia virgiliana ha sido el preferido por legiones de «scholars», quizá porque tenían la convicción o la sospecha de que sobre Virgilio mismo estaba todo dicho [234]. Da una idea,

---

[233] JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio y nosotros. El libro de Troya,* Barcelona, 1964, pág. 9.

[234] Damos a continuación una lista, que no pretende ser completa, de los escritos conmemorativos virgilianos dedicados fundamentalmente a la pervivencia del poeta (el primero de ellos es, en rigor, de fecha anterior al bimilenario):

Présence de Virgile. Actes du Colloque ... Décembre 1976 (Paris - Tours) [= *Caesarodunum* XIII bis, 1978], París, 1978.

en fin, de la dificultad de realizar una síntesis sobre la pervivencia de Virgilio el hecho de que podemos afirmar que la mejor sigue siendo «el Comparetti», es decir el inmarcesible libro de Domenico Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo* [235], quizá el mejor fruto de la filología clásica italiana del siglo pasado.

Virgilio nell'arte e nella cultura europea (Roma, Biblioteca Naz. Centrale), Roma, 1981.

La fortuna di Virgilio nei secoli. Atti del Colloquium Vergilianum (Catania, 1981), Roma, 1982.

Virgilio e noi, Génova, 1982.

Virgilio tra noi, Avallino, 1982.

R. D. Williams - T. S. Pattie, *Virgil. His poetry through the Ages,* Londres (British Library), 1982.

Virgil and His Influence in Britain. An Exhibition to celebrate the 2000th Anniversary of Virgil's Death (Cambridge Univ. Library, 1982), Cambridge, *s. d.*

Vergil 2000 Jahre. Rezeption in Literatur, Musik und Kunst, Bamberg, 1982-1983.

Ch. Martindale (ed.), *Virgil and His Influence. Bimillenial Studies,* Bristol, 1984.

Lectures médiévales de Virgile (École Française de Rome), París, 1985.

R. A. Cardwell - J. Hamillton (eds.), *Virgil in a Cultural Tradition: Essays to celebrate the Bimillenium,* Nottingham, 1986.

J. D. Bernard, *Vergil at 2000: Conmemorative Essays on the Poet and his Influence,* Nueva York, 1986.

La Fortuna di Virgilio, Nápoles, 1986.

Muy útil es el repaso que da a diversas conmemoraciones virgilianas A. Wlosok, «Bimillenarium Vergilianum, 1981-1982 (1983). Wissenschaftliche Kongresse, Symposien, Tagungen, Vortragsreiher, Jubiläumsband—ein Überblick», *Gnomon* 57 (1985), 127-134; y, entre nosotros, J. Oroz, «Virgilio en España: Ecos del Bimilenario», *Helmantica* 33 (1982), 571-579, así como J. Martínez Gázquez, «Memoria del bimilenario de Virgilio», *Faventia* 7/1 (1985), 131-133.

[235] D. Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo,* 2 vols., Livorno, 1872 [nueva ed. por G. Pasquali, Florencia, 1937-1941 (con reimpresiones hasta la fecha)].

Destaca lo primero en el vasto panorama de la pervivencia virgiliana la varia y múltiple manera en que se ha ejercido. Ya Comparetti había dividido su libro en dos grandes partes, una dedicada a la tradición literaria de Virgilio (hasta Dante) y otra a Virgilio en la leyenda popular, pues, fiel en ello al más puro romanticismo filológico, creía que ambos aspectos estaban netamente separados. La investigación posterior, en cambio, ha demostrado con cuánta frecuencia las leyendas virgilianas no sólo no hunden sus raíces en una vagorosa tradición popular, sino que se remontan a orígenes tan literarios y cultos como las propias *Vitae Vergilianae*[236]. No sólo múltiples sino inextricablemente entremezclados son los «Virgilios» que han sobrevivido al paso de los siglos. Está primero el Virgilio auténtico, el Poeta de Roma, o, si se prefiere, su obra, cultivada, asimilada, imitada, emulada; en ese sentido el virgilianismo ha podido ser plásticamente definido como una enfermedad crónica, concretamente como esa «cotal sorte di 'influenza' contagiosa, alla quale non v'ha secolo, anzi non vi ha scrittore della letteratura romana imperiale che, poco o molto, non sia soggiaciuto»[237], palabras cuya virtualidad puede, desde luego, extenderse prácticamente a toda la poesía bucólica, rural y épica de Occidente. Esa obra de Virgilio desde los comienzos mismos de su difusión va perdiendo su unidad en manos de gramáticos, rétores, mitógrafos, los cuales entran a saco en ella como en un repertorio de *exempla,* proverbios, refranes, *adagia,* que, ci-

---

[236] Cf. *supra* pág. 31. Pasquali en su prólogo a la nueva edición de Comparetti nos advierte claramente de los riesgos de la visión romántica de este último, *op. cit.* en la nota anterior, I, págs. XXIII-XXVIII.

[237] L. VALMAGGI, «Il 'Virgilianismo' nella letteratura romana», *RFIC* 18 (1890), 365-399, pág. 365.

tados de segunda, tercera y enésima mano van a nutrir la larguísima cadena de los manuales durante veinte siglos; es el Virgilio *auctor,* la autoridad de Virgilio. Algo más tarde, pero todavía en la Antigüedad, de la persona y la obra auténticas de Virgilio emanan y adquieren vida por separado el nombre, la fama de Virgilio, primero recordado en sus aspectos más fundamentados de la realidad, su prestigio como poeta de la plenitud augústea, como cantor del epos romano, y progresivamente transformado en otros tantos Virgilios cada vez menos parecidos a Publio Virgilio Marón: así ocurre con el Virgilio filósofo, omnisciente, mago, profeta y hasta aventurero. Ese Virgilio fabuloso parece casi desplazar al poeta de Roma a partir de los postreros siglos de la Antigüedad y durante la Edad Media, pero sólo parece: bajo la figura legendaria cuyas múltiples transformaciones estudió magníficamente Comparetti, subyace siempre el poeta; es éste, «l'altissimo poeta» quien le sale al encuentro a Dante —al principio de la Comedia verdaderamente divina— el Viernes Santo del año 1300. Y Dante no lo hubiera conocido, no lo hubiera tenido como maestro de poesía, sin una larga tradición anterior, literaria y culta (aunque también es posible que no hubiera sido su guía a través del Infierno y el Purgatorio si, entremezclada con aquella tradición, no hubiera mantenido su vigencia la otra, la legendaria).

En vida de Virgilio las *Bucólicas* y las *Geórgicas* habían alcanzado ya la categoría de textos clásicos, esto es, se explicaban en la escuela. Hemos visto que las primeras fueron con frecuencia escenificadas y que Virgilio fue objeto en el teatro de ovaciones de ordinario reservadas al príncipe y sabemos, en fin, de las muestras continuas de respeto y admiración que el poeta mereció entre el pueblo romano. Todo eso habla bien a las claras del éxito y de la transcen-

dencia inmediata de sus obras. Naturalmente no podían faltarle a Virgilio envidiosos y enemigos, como aquel Numitorio que escribió unos *Antibucolica,* parodiando neciamente las *Bucólicas* y aquel otro que se chanceaba de versos de las *Geórgicas* (VSD 43). Tampoco la *Eneida* se salvó de estos ataques, a pesar de la expectación con que se seguía su alumbramiento y del entusiasmo con que fue aceptada tan pronto se publicó póstumamente, testimoniado elocuentemente por las citas del poema encontradas en gran abundancia en las paredes de las termas, en Roma, o en las calles de Pompeya, muchas veces «graffiti» rápida y popularmente escritos [238]. Ese refrendo popular, que ya nunca le iba a faltar a Virgilio, hace todavía más ridículos los intentos de desprestigiarlo debidos a los *obtrectatores Vergilii* de que nos habla la *Vida* suetonio-donatiana: «Contra la *Eneida* está también el libro de Carvilio Píctor titulado *Aeneidomastix* [«Azote de la *Eneida*»]. M. Vipsanio [Agripa] llamaba a Virgilio protegido de Mecenas e inventor de una nueva forma de afectación, no ampulosa ni lánguida, sino conseguida con palabras comunes y, por lo tanto, oculta. Herenio recogió únicamente los defectos de Virgilio y Perelio Fausto sus plagios. Sin embargo, los ocho volúmenes de *Homoiotétes* [«Semejanzas»] de Q. Octavio Avito contienen además los versos que imitó y los lugares de donde los sacó» (VSD 44-45). Contra toda esta caterva

[238] M. GIGANTE, *Civiltà delle forme letterarie nell'antica Pompei,* Nápoles, 1979, esp. págs. 163-183, dedicadas a la fortuna de Virgilio en las inscripciones pompeyanas, tratadas monográficamente más tarde por S. FERRARO, *La presenza di Virgilio nei graffiti pompeiani,* Nápoles, 1982. Véase también M. GIGANTE, art. cit. en nota 98. Sobre la presencia —importantísima— de Virgilio en la poesía epigráfica, véase el gran estudio de P. HOOGMA, *Der Einfluss Vergils auf die Carmina Latina Epigraphica,* Amsterdam, 1959.

escribió a mediados del siglo I d. C. Asconio Pediano su libro *Contra los detractores de Virgilio,* libro que, por otra parte, no parece que fuera muy necesario: Virgilio estaba firmemente asentado en la escuela y en la cultura, hasta el punto de que el intento de Calígula de acabar con sus obras —así como con las de Tito Livio— fue tenido como prueba definitiva de su locura [239]. Con todo, es posible que en los cenáculos literarios la propia grandeza de Virgilio hallara una auténtica incomprensión, cuando no envidia. El propio Agripa, como hemos visto, parecía no apreciar la obra del poeta. Por otra parte no puede menos que extrañar el silencio sobre Virgilio en los años inmediatamente posteriores a su muerte, de la que ni Ovidio, ni siquiera Horacio, dicen ni media palabra, como si sobre aquél se hubiera cernido una «espesa sombra de olvido» [240]. Si realmente hubo un «dimenticatoio» de Virgilio, en todo caso duró poco y ya en la época de Nerón su prestigio se deja notar con fuerza. Es en esos tiempos cuando se produce un movimiento que trata de continuar la poesía bucólica en la estela del mantuano. Calpurnio Sículo y las dos églogas encontradas en un manuscrito de Einsiedeln, cuyo desconocido autor imita las *Bucólicas* tercera y cuarta de Virgilio, inauguran la poesía pastoral europea que toma a Virgilio —no directamente a Teócrito— como indiscutible modelo del género [241], pero también inauguran

[239] SUET., *Cal.* 34, 2.

[240] Así M. DOLÇ, *Apèndix Virgiliana,* I, Barcelona («Fundació Bernat Metge»), pág. 8. Dolç llega a afimar que «la envidia y el odio acompañaron a Virgilio incluso después de su muerte... Tendrían que pasar unos sesenta años de silencio para que Virgilio empiece su interminable peregrinación, gloriosa como ninguna otra, a través de las ciudades vivas del mundo» *(Retorno a la Roma clásica,* Madrid, 1972, pág. 47).

[241] Sobre esa tradición y sus prolongaciones en la literatura española

la serie de imitaciones cuyo «virgilianismo» no compensa la pobreza de inspiración, ni la incapacidad de estos poetas de segunda clase para aprender en el modelo «el sentido y la importancia de las expresiones clásicas, de sus efectos y de su inimitabilidad» [242]. Por la misma época L. Junio Moderato Columela, hispanorromano de Cádiz, en su obra sobre la agricultura *(De re rustica)* utiliza como fuente las *Geórgicas* virgilianas, pero hace algo mucho más transcendente: acogiéndose al pretexto de que el propio Virgilio no había tratado en su poema del cuidado de los jardines y que expresamente había dejado el tema para otros [243], Columela decide elaborar en forma poética el libro X de su obra *(De cultu hortorum)* y así inicia a su vez la larga cadena de la poesía didáctica sobre el campo y la agricultura, que va a imitar durante decenas de siglos el modelo inmarcesible de las *Geórgicas*. En Columela —como por lo demás en casi toda la poesía geórgica postvirgiliana— tampoco el cuidado de la expresión y la reverencia hacia el modelo logran emular la perfección formal y la inspiración de Virgilio en su más elaborado poema [244].

Donde más intensa se da la imitación virgiliana dentro de la literatura de las épocas claudia y flavia es, desde lue-

---

contamos con la importante tesis de V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid (Universidad Complutense), 1980.

[242] K. BÜCHNER, *Virgilio*, cit., pág. 576. Para la pastoral postvirgiliana véase R. VERDIÈRE, «La bucolique postvirgilienne», *Eos* 56 (1966), 161-185, y la edición, con traducción y comentario, de D. KORZENIEWSKI, *Hirtengedichte aus Neronischer Zeit*, Darmstadt, 1971.

[243] VIRG., *G.* IV 148.

[244] Sobre el libro X de Columela véase E. DE SAINT-DENIS, *Collumele. De l'agriculture. Livre X (De l'horticulture)*, París, 1969; Id., «Collumele, miroir de Virgile», *Vergiliana. Recherches sur Virgile* (eds. H. BARDON - R. VERDIÈRE), Leiden, 1971, págs. 328-343.

go, en la poesía épica —de la que aquí no nos ocuparemos—, pero la influencia de Virgilio es también importante en la prosa y en el teatro y, concretamente, en Séneca y Tácito. Séneca, quien llama a Virgilio *uirum dissertissimum, maximum uatem,* y quien lo considera inmortal [245], muestra, al igual que Tácito, en sus escritos en prosa —una prosa que precisamente a partir de Livio tiende a indiferenciar progresivamente su estilo y léxico del de la poesía— una clara impronta de Virgilio. No se trata sólo de las múltiples citas virgilianas que tan a menudo se engarzan con la propia expresión en sus cartas [246], sino de deudas importantes con Virgilio en el estilo y en el pensamiento mismo: ideas capitales del filósofo, como, por ejemplo, las que expresa en el *De clementia* acerca del imperio romano sobre el mundo, tienen una indudable influencia de Virgilio —en el ejemplo propuesto, del libro IV de las *Geórgicas,* con la descripción de la comunidad de las abejas [247]— y muchos de los rasgos expresivos del teatro de Séneca proceden también de él. Tácito, por su parte —aceptado que sea suyo el «Diálogo de los oradores»—, consagra a Virgilio los capítulos 12 y 13 de esa obra y en el estilo de su prosa histórica muestra cuánto debe al vocabulario virgiliano y cómo ha aprendido en Virgilio el

[245] Sen., *Dial.* 8, 1, 4; 10, 9, 2; *Epist.* 21, 5.

[246] Cf. J. L. Vidal, «Sobre reminiscencias de Virgilio en la literatura de la época claudia», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos (Sevilla... 1981),* II, Madrid, 1983, págs. 236-243, con bibliografía en nota 10, a la que hay que añadir J. M. André, «La présence de Virgile chez Sénèque. Zones d'ombre et de lumière», *Helmantica* 33 (1982), 219-233.

[247] Cf. H. Dahlmann, *Der Bienenstaat in Vergils Georgica* [= *Abh. der... Akad. der Wiss. Mainz,* 10, 1954], Wiesbaden, 1954.

uso pregnante de las palabras unas veces y una magistral ambigüedad en otras ocasiones [248].

Cuando Quintiliano en su *Institutio oratoria* coloca a Virgilio inmediatamente después de Homero [249] en el programa de los estudios liberales que allí configura y cuya vigencia desafiaría los siglos, lo convierte definitivamente en clásico para el resto de la historia de la educación y, por tanto, de la cultura. Incluso el arcaísmo de la época de Adriano y su efímera moda de preferir Lucilio a Horacio o Catón a Cicerón, no llegó a conseguir que Ennio se antepusiera a Virgilio. A autores tan representativos de la época como son Aulo Gelio y Floro debemos muestras importantes de virgilianismo como es la conservación de noticias muy interesantes sobre la vida y obra del poeta en las *Noches áticas* de Aulo Gelio o la discusión sobre en cuál de los saberes o disciplinas era más excelente Virgilio, como aparece en el opúsculo *Vergilius orator an poeta* de Floro.

Desde este momento es la escuela el ámbito donde se ejerce y se propaga la influencia de Virgilio. En Virgilio aprendían los romanos la *grammatica* y la *rhetorica* y, por tanto, todas las disciplinas —desde la gramática en el sentido actual de la palabra, o la lingüística, hasta la oratoria y la filosofía— que iban a conformar en el futuro la edu-

---

[248] El «virgilianismo» del estilo tacíteo ya fue puesto de relieve con frecuencia por H. Draeger en su todavía indispensable *Über Syntax und Stil des Tacitus,* Leipzig, [3]1882 y ha sido más recientemente estudiado por R. T. S. Baxter en su tesis *Virgil's influence on Tacitus,* Stanford Univ., 1968, y en artículos periódicamente aparecidos en *Classical Philology.*

[249] Quint., 10, 1, 95: *Itaque et apud illos* [los griegos] *Homerus, sic apud nos Vergilius... omnium eius generis poetarum Graecorum nostrorumque haud dubie proximus.*

cación de Europa. Sobre todo desde la Antigüedad tardía poseemos un gran número de noticias sobre, y de muestras de, ejercicios escolares en torno a la obra de Virgilio: prosificaciones, desarrollos de *themata* o *loci* virgilianos, argumentos en versos de las obras o de partes de las obras, etc. [250]. Pero con la gramática y la retórica empapadas de Virgilio sólo se ponían los cimientos de la devoción por el poeta. Es sobre todo la actividad filológica de los comentadores —emprendida en principio con mentalidad «científica», antes de que los excesos de la «interpretación alegórica» se impusieran— aquello sobre lo que descansa el auge del virgilianismo. Ha llegado hasta nosotros una parte de los comentarios a Virgilio [251], la suficiente para hacernos ver con claridad hasta qué punto en la tardía Antigüedad y en la Edad Media en el saber sobre Virgilio se comprende casi todo el saber universal. La tradición de estos comentarios se prolonga durante todo el Medievo y enlaza con la actividad de los humanistas del Renacimiento y, en cierta manera, con la actividad filológica moderna [252]. Sólo si se tiene en debida cuenta esta labor incansable y transmitida de maestros a discípulos puede explicarse —tras casi tres siglos de atonía espiritual y literaria— el

---

[250] Remitimos a las referencias a Virgilio en los índices de la obra clásica de H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité,* París, [7]1976 (hay trad. española editada en Buenos Aires).

[251] De ellos hemos dado cuenta más arriba al estudiar las *Vitae Vergilianae,* que solían preceder a los comentarios propiamente dichos. Véase *supra,* páginas 13 sig.

[252] Sobre los comentarios virgilianos, véase la bibliografía citada al hablar de las *Vitae Vergilianae.* Dos apretadas y valiosas síntesis son la de H. HOLTORF, *P. Vergilius Maro. Die grossen Gedichte.* I. *Einleitung. Bucolica,* Francfort - Munich, 1959, págs. 86-87, y la de K. BÜCHNER, *Virgilio,* cit., págs. 581-588.

reflorecimiento del virgilianismo, que es lo mismo que decir de la gran literatura pagana, que ocurre alrededor del año 400 d. C. El escritor en que se hace más patente es Macrobio, en cuyos *Saturnalia* la gramática y el «gran mundo» patricio vuelven a encontrarse y Virgilio pasa a ser considerado algo así como la Biblia de las personas cultas, lo que, ciertamente no es otra cosa que atribuirle aquel saber universal de que hemos hablado. En Macrobio y en los comentaristas que éste leía —Servio, Elio Donato, Tiberio Claudio Donato—, aunque Virgilio todavía es entendido en su estricta y elevada dimensión poética, ya encontramos amalgamada la consideración de Virgilio como maestro de poesía y de estilo junto con la de conocedor del derecho, de la disciplina augural, de la filosofía y de la retórica, en suma, como dotado de esa omnisciencia con cuyo halo pasaría a la Edad Media aquel a quien Dante llamó «quel savio gentil che tutto seppe».

Si es en la poesía, tanto pagana como cristiana, donde, como veremos, más intensamente se manifiesta la influencia de Virgilio *in bonam partem,* también es en ella —o, en la escritura en verso: que sea o no poesía es otro problema— donde se plasman las consecuencias negativas —estéticamente negativas, por lo menos— de la familiaridad con, o mejor, de la saturación de Virgilio en todas las etapas de la educación, situación que produjo frutos tan pintorescos —si no disparatados— como los centones [253]. El juego literario de hacer centones consistía en

[253] Sobre los centones en general véase G. SALANITRO, *Osidio Geta. Medea ... con un profilo della poesia centonaria greco-latina,* Roma, 1981; R. LAMACCHIA, *s. u.* «cento», *Enc. V.,* I, Roma, 1984, págs. 733-737; J. L. VIDAL, «Observaciones sobre centones virgilianos de tema cristiano», *BIEH* 7/2 (1972), 53-64.

componer con versos o fragmentos de verso de un autor dado, generalmente un clásico de indiscutida autoridad como Homero, los trágicos griegos, Virgilio, una obra nueva —igual que entrecosiendo harapos de la más diversa procedencia se fabricaba un «centón» de trapos, por ejemplo, una cortina o un cobertor o un manto [254]—. La gracia del juego estaba en que la nueva obra fuera, en contenido y tono, lo más diferente posible de aquella que había proporcionado el «material». La época helenística había producido buen número de «Homerocentones», generalmente de asunto lúdico y, con mucha frecuencia, paródico. Los admiradores de Virgilio no podían consentir que ni en eso fuera menor que Homero y se lanzaron a componer también «Virgiliocentones» semejantes a los helenísticos. La antología conocida como *Anthologia Salmasiana* conserva algunos centones de ese tipo [255], pero la mejor muestra del género es el *Cento Nuptialis* de Ausonio, que se atiene efectivamente al tono festivo —y, en su caso, obsceno— de esos pasatiempos literarios. Pero los entusiastas virgilianistas no se quedaron ahí. Al contrario, se tomaron el asunto en serio y se pusieron a componer centones con pretensiones de gran estilo, trágicos, épicos, bucólicos, didácticos, etc., auténticos pastiches algunas veces apenas inteligibles. Por lo que sabemos abrió el fuego un tal Hosidio Geta, contemporáneo de Tertuliano, de quien nos ha llegado una tragedia en «Virgiliocentón», nada menos que una *Medea* [256]. Pero igual que en el terreno de

---

[254] Cf. J. L. VIDAL, «Sobre el nombre del centón en griego y en latín», *AFFB,* 4, 1978, págs. 145-153.

[255] Los conserva en la que todavía es su edición «standard», la de A. RIESE, *Anthologia Latina* I 1, Leipzig (Teubner), ^{2}1894, n.ºs 7-17, pero no así en la edición de Shaleckton-Bailey, en curso de publicación.

[256] Ha merecido los honores de una edición teubneriana: R. LAMAC-

la verdadera poesía latina tardía, también en éste los cristianos iban a despuntar.

Una vez que el cristianismo, primero tolerado, luego consolidado y finalmente imperante, decidió que su expresión poética no siguiera el apenas intentado —por Comodiano— camino de la himnodia popular y adoptó las formas de la poesía pagana para los nuevos contenidos cristianos, Virgilio pasó a ser el modelo de la poesía cristiana y algo más, fue «cristianizado» él mismo. Este proceso, uno de los más apasionantes en la historia de la fortuna del poeta, se apoyaba por un lado en el prestigio inmenso que Virgilio tenía entre los poetas cristianos, romanos cultos al fin, alumnos de la misma y única escuela pagana y, por tanto, en la temprana creencia de que Virgilio había sido algo así como un cristiano «avant la lettre» y no sólo en el sentido de que su alma (definida todavía hoy con acierto como *naturaliter christiana),* su sensibilidad para lo humano y lo religioso presagiaba la del cristianismo que en aquel momento se disponía a iluminar el mundo, sino en uno más intenso y concreto: Virgilio habría sido —como la Sibila, cuya mención recoge la misma liturgia de la Iglesia católica— un profeta de Cristo, su mensaje estaría alegóricamente encerrado en la misteriosa *Bucólica* cuarta, la del anunciado niño providencial, que no sería otro que el mismo Cristo [257]. La protesta de algunos

CHIA, *Medea, cento Vergilianus,* Leipzig, 1981, además de la citada en la nota 253.

[257] La interpretación alegórica —pagana y cristiana— de la égloga cuarta ha merecido una inmensa bibliografía. Sigue siendo capital el libro de J. CARCOPINO, *Virgile et le mystère de la IVe Églogue,* París, 1930. Una síntesis de las interpretaciones cristianas la da S. BENKO, «Virgil's Fourth Eclogue in Christian Interpretation», *ANRW,* II 31.1, Berlín - Nueva York, 1980, págs. 646-705.

espíritus sensatos, como el de san Jerónimo, contra ese afán de «cristianización» a todo precio de Virgilio no parece que consiguiera muchos frutos: nada menos que el emperador Constantino dirigiéndose en ocasión solemne *ad coetum sanctorum,* esto es, a un sínodo de obispos, introduce en su discurso la cuarta *Bucólica* citándola en esa clave mesiánica. Conservamos la traducción al griego de ese discurso, inserta en la historia de Constantino escrita por Eusebio de Cesarea, quien en su versión de la égloga se las arregla para potenciar precisamente los aspectos mesiánicos que interesaba resaltar al emperador [258]. Por lo demás el mismo san Jerónimo, así como san Agustín, admiran a Virgilio como al poeta por excelencia, lo citan con frecuencia en sus escritos y les viene especialmente a la memoria en momentos patéticos y culminantes de sus propias vidas.

Después de la época neroniana la poesía bucólica postvirgiliana había dado todavía un fruto tardío en las cuatro églogas de Nemesiano quien, a fines del siglo III, aparece como el último poeta bucólico pagano [259]. Pero el género bucólico reverdecerá con interesantes mutaciones en una serie de autores, datados a partir de finales del siglo IV, que procuran utilizar los recursos de la poesía pastoril y, más concretamente, de la bucólica virgiliana para arropar una temática cristiana. Se trata del género conocido como «bucólica cristiana» [260]. En ese género se integran la poe-

---

[258] Cf. C. MONTELEONE, *L'egloga quarta da Virgilio a Costantino. Critica del testo e ideiologia,* Manduria, 1975.

[259] Edición de P. VOLPILHAC, *Némesien. Oeuvres,* París, 1975. Cf. R. VERDIÈRE, *Prolégomènes à Nemesianus,* Leiden, 1974.

[260] Así lo denomina su principal estudioso W. SCHMID, «Tityrus christianus. Probleme religiöser Hirtendichtung an der Wende vom vierten

sía de Paulino de Nola, el curioso *carmen* de Severo Santo o Endelquio *De mortibus boum* [261], pero también centones virgilianos como el conocido como *Versus ad gratiam Domini,* atribuido a un tal Pomponio [262]. En estos *carmina* se consuma, además, algo que ya se venía perfilando en la bucólica postvirgiliana, la asimilación de motivos propiamente pastorales y «arcádicos» con los geórgicos [263]. Los poetas cristianos fueron especialmente receptivos a la afinidad entre esos dos tipos de elementos y los trataron conjuntamente [264] y combinándolos también con otros temas. Así Paulino de Nola utiliza a veces la forma de idilio pastoril para describir una escena casi realista por su tono de cotidianeidad rural [265]; Endelequio, bajo la forma de un diálogo pastoril, desarrolla un típico tema geórgico, la narración de una epizootia, que cesará por la intervención milagrosa del signo de la cruz [266]; y en el centón *Versus*

---

zum fünften Jahrhundert», *RhM* 96 (1953), 101-165; Id., *s. u.* «Bukolik», *Reallexikon für Antike und Christentum,* II, Stuttgart, 1954, págs. 786-800; cf. J. L. Vidal, «Observaciones...» citado en nota 253, pág. 61.

[261] Edición con traducción y comentarios en D. Korzeniewski, *Hirtengedichte aus spätrömischer und karolingischer Zeit,* Darmstadt, 1976, págs. 57-71.

[262] Cf. J. L. Vidal, «La technique de composition du Centon virgilien *Versus ad gratiam Domini siue Tityrus (Anth. Lat.* 719 a Riese)», *Rev. des Étud. Augustiniennes* 29/3-4 (1983), 233-256.

[263] R. Kettemann, *Bukolik und Georgik. Sudien zu ihrer Affinität bei Vergil und später,* Heidelberg, 1977, especialmente el capítulo V «Vergils Georgica und nachvergilische Bukolik», págs. 99-130. Cf. V. Cristóbal, *op. cit.* en nota 241, págs. 594-613.

[264] Cf. M. L. Ricci, «Motivi arcadici in alcuni centoni virgiliani cristiani», *Atti del Convegno Virgiliano sul bimillenario delle Georgiche (Napoli... 1975),* Nápoles, 1977, págs. 489-496, esp. 493 sigs.

[265] Cf. P. Ketemann, *op. cit.,* págs. 120-122.

[266] Cf. Ketemann, *op. cit.,* págs. 116-120.

ad gratiam Domini el elemento bucólico, concretamente la forma dialogada, es apenas una excusa para desarrollar un discurso de naturaleza didáctica y teológica [267]. Como se ve los cristianos eligieron decididamente el centón virgiliano como forma adecuada (?) para contenidos tan serios como los apologéticos y doctrinales, caso del centón *Versus ad gratiam Domini* o de los centones dedicados al misterio de la Encarnación [268] o al de la Eucaristía [269].

Todos estos esforzados secuaces de Virgilio del final de la antigüedad romana conocían y seguían la teoría de los «tres estilos» o «caracteres» de la poesía —*humilis, medius, grandiloquus* en la terminología de Servio— de los que, por supuesto, las tres obras de Virgilio tomadas por su orden cronológico eran respectivamente los ejemplos canónicos. Todo esto se representaba por medio de un esquema gráfico de círculos concéntricos, la famosa *Rota Vergili* [270]. A esa teoría de los estilos se ajustarán los escolares medievales en sus composiciones poéticas de una forma en cierto modo automática: elegido el estilo, la obra virgiliana correspondiente será el paradigma a seguir. En algunas composiciones pertenecientes a autores del llamado renacimiento carolingio se ha querido ver otras tantas muestras del primer estilo y, consecuentemente, del género

---

[267] Cf. W. Schmid, «Tityrus...», cit. en nota 260, pág. 110; R. Ketemann, *op. cit.*, pág. 110 y nota 45; J. L. Vidal, «La technique...», cit. en nota 262, págs. 240-241.

[268] *De Verbi Incarnatione*, ed. C. Schenkl, *Poetae Christiani Minores*, Viena *(CSEL* 16, 1), 1888, págs. 615-620.

[269] *De Ecclesia*, ed. Schenkl, *op. cit.*, págs. 621-627. Cf. J. L. Vidal, «Christiana Vergiliana I: Vergilius Eucharistiae cantor», *Actes del VIè Simposi*, cit. en nota 234, págs. 207-216.

[270] A. Fontán, «Virgilio, los estilos y la *Rota Vergili*», recogido en *Humanismo romano*, Barcelona, 1974, págs. 94-99.

bucólico [271]. Eso es cierto probablemente en el caso de las dos *Églogas* de Modoino [272], cuyas imitaciones de Virgilio, en primer lugar, pero también de Calpurnio Sículo y de Nemesiano las colocan en la estela de la bucólica postvirgiliana, pero no parece que procedimientos tales como la disposición dialogada puramente externa o el uso de la alegoría, que ciertamente hallan su lugar en las composiciones de las que tratamos, sean suficientes para colocarlas en la tradición bucólica postvirgiliana. Para G. Brugnoli el género bucólico desaparece en la Edad Media hasta su redescubrimiento con Dante, Petrarca y Boccaccio; es más, según ese autor, «después de Endelequio el género bucólico calla» [273]. Hay, no obstante, una excepción, las cuatro églogas de un problemático Marco (o Marcio) Valerio, autor probablemente del siglo XII del cual ni el nombre mismo conocemos con seguridad, compuestas con un razonable conocimiento del Virgilio bucólico [274].

Cuando Casiodoro, al recomendar, en un pasaje de sus *Institutiones* [275], al monje que *nec humanis nec diuinis litteris perfecte possit erudiri* que no desdeñe las labores del campo, se apoya en la autoridad de un pasaje de las *Geórgicas* de Virgilio,

---

[271] Véase la lista en G. BRUGNOLI, «La tradizione letteraria medievale», *s. u.* «Bucoliche», *Enc. V.*, I, Roma, 1984, págs. 576-580, donde se discute además la justeza de la adscripción al género bucólico de tales composiciones.

[272] Ed. D. KORZENIEWSKI, *op. cit.* en nota 259, págs. 73-101.

[273] G. BRUGNOLI, *op. cit.*, pág. 580. Sin embargo, véase V. CRISTÓBAL, *op. cit.* en nota 241, págs. 84-93.

[274] Ed. de FRANCO MUNARI, Florencia, 1970. Cf. A. SALVATORE, «Le Bucoliche di Marco Valerio», *La Fortuna di Virgilio*, cit. en nota 234, págs. 71-106.

[275] CASIOD., *Instit.* 1, 28, 5.

sin has ne possim naturae accedere partis,
frigidus obstiterit circum praecordia sanguis,
rura mihi et rigui placeant in uallibus amnes[276],

nos está dando una de las claves que explican la pervivencia del poema en la Edad Media[277]. Es lo que las *Geórgicas* tenían, a ojos de los lectores medievales, de didáctico e incluso de común con los escritores técnicos de agricultura —inmediatamente después de la cita Casiodoro menciona a Columela—, lo que las hacía especialmente estimables. Pero no eran precisamente los *clerici* del círculo carolingio o los autores eclesiásticos posteriores los que se sentían concernidos por esa llamada al trabajo de los campos y desde luego no ocupan los pasajes geórgicos parte alguna reseñable de sus obras. Por eso es de notar que uno de los más ilustres autores del siglo IX, Walafrido Estrabón, compusiera un *De cultu hortorum* (comúnmente conocido como *Hortulus)* cuyos más de cuatrocientos hexámetros son de factura casi virgiliana y cuya inspiración arranca de las *Geórgicas.* Sin embargo, la tradición geórgica hasta el siglo XIII es tan escasa como la bucólica: el *Hortulus* es el único poema que se coloca en la estela de las *Geórgicas* virgiliana desde la tardía antigüedad hasta aquel siglo. Eso no significa que las *Geórgicas* no fueran conocidas: basta

[276] «Mas si llegar no puedo a los misterios / de la Naturaleza, por faltarme / vital calor que al corazón aliente, / que entonces mi ilusión sean los campos, / las vertientes que riegan las cañadas», VIRG., *G.* II 483-485 (trad. Espinosa Pólit). Casiodoro cita los dos últimos versos.

[277] Para este tema seguimos la excelente exposición de L. P. WILKINSON, «The 'Georgics' in After Times», págs. 270-313 (esp. 273 sigs.) de su libro *The Georgics of Virgil. A critical Survey*, Cambridge, 1969 [reimpr. 1978].

echar un vistazo al aparato de fuentes que los *Poetae Aeui Carolini* presentan en la monumental edición histórica germana —por no hablar de los códices carolingios y postcarolingios que contienen las *Geórgicas*— para asegurarnos de la presencia del poema virgiliano de la tierra, presencia menor que la de las *Bucólicas,* el poema que abría las obras mayores de Virgilio, y, claro está, que la de la *Eneida,* el más cercano al carácter narrativo y heroico —o, al menos, laudatorio— de la mayor parte de las obras de los poetas carolingios y posteriores. La tradición geórgica se mantuvo más calladamente. La vemos emerger en el florecimiento de la Escolástica, concretamente en un escritor tan importante como Juan de Salisbury (1120-1180) [278] y, desde luego, no cabe duda de que en la escuela las *Geórgicas* no dejaron de ser leídas. De esta manera se mantuvo el hilo conductor que llega hasta su redescubrimiento con el Humanismo.

La presencia de Virgilio en la cosmovisión filosófica y poética que se encuentra en la *Divina Comedia* es, sin duda, la culminación de la tradición cristiana y virgiliana de la Edad Media europea. Pero —ya se ha dicho— Dante es al mismo tiempo nuevo o renovador en la medida en que rescata —y, en cierto modo, entrega, al Humanismo que está en puertas— al Virgilio histórico, el poeta de Roma, el que le enseñó «lo bello stil» que honor le diera, el que es «delli altri poeti onore e lume». En el género bucólico ese rescate lo lleva a cabo con las dos *Eclogae,* escritas en 1319.

Virgilio llena con su presencia y su nombre la literatura del Humanismo y el Renacimiento italianos, la escrita en

[278] Así lo ha demostrado L. P. WILKINSON, *loc. laud.*, págs. 287-290.

latín, por supuesto, y también la cada vez más importante literatura escrita en vulgar [279]. Fue el poeta por excelencia para Petrarca. Éste, plenamente decidido a renovar los géneros de la poesía clásica, escribe un *Bucolicum carmen* (1357), doce églogas en las que resurge la estructura virgiliana de la composición, lo que no había llegado a conseguir Dante, cuyas *Eglogae* mantenían todavía con un cierto medievalismo la forma de la espístola literaria. Pero así como Petrarca abre con el *Bucolicum carmen* la bucólica renovada y con el *Africa* el poema épico renovado, no parece que sintiera la necesidad de hacer lo propio con la geórgica, por más que apreciaba las de Virgilio —*ingeniosum et iucundum opus* las llama en una ocasión *(Fam.* 23, 12, 32)— y las cita con frecuencia. El desinterés de Petrarca y, en general, de los humanistas italianos por la vida rural —Maffeo Vegio confiesa abiertamente, tras una forzada estancia en el campo, su absoluto desagrado por la manera de vivir que Virgilio elogia en las *Geórgicas*— no impide que su influencia crezca en la literatura de la segunda mitad del siglo xv. En 1483 A. Poliziano compone su *Rusticus,* un poema de 570 hexámetros latinos destinado a ser leído públicamente como prólogo a sus propias lecturas de Hesíodo y de Virgilio. Su éxito es en gran parte determinante de la afición en la Italia del xvi por el poema didáctico latino, cuyo máximo exponente es una obra completamente virgiliana en sus hexámetros y en muchas de sus características, pero lo menos virgiliana que pueda pensarse en cuanto al contenido. Se trata del poema *Syphilis* o *De morbo Gallico,* de Girolamo Fracastoro, publicado

[279] Fundamental a este respecto es el libro de D. ZABUGHIN, *Virgilio nel Rinascimento italiano da Dante a Torquato Tasso,* 2 vols., Bolonia, 1921-1923.

en 1530 y que tuvo un éxito y una difusión espectaculares [280].

El bucolismo firmemente renovado en la literatura humanística latina por Dante, Boccaccio y, sobre todo, por Petrarca se consagra definitivamente en la literatura europea gracias no a un poema, sino a una novela, la *Arcadia* de Jacopo de Sannazaro, publicada en 1504 en su versión definitiva. La *Arcadia* no sólo es la más conocida y difundida de todas las obras escritas en vulgar del «Quattrocento», sino que marca el nuevo camino que seguirá la literatura pastoril europea y singularmente la española en la que la novela pastoril imita fielmente al prototipo italiano del género. Desde luego la influencia de Virgilio es soberana en la *Arcadia* [281], en la que se renuevan todos los tópicos que desde Teócrito y principalmente desde Virgilio constituyen el bucolismo. Sannazaro hereda esa tradición a la que imprime un giro que será determinante: «Sannazaro, escribe A. Greco, quiso renovar los principios canónicos de la tradición humanística, sustituyendo la concepción heroica del hombre por la aspiración a un mundo de paz y de ensoñadora melaconlía, con un arte refinadísimo, ...concurriendo en modo determinante a renovar el culto de Virgilio» [282].

La entrada de Virgilio en la literatura española se produce a través de Dante y del humanismo italiano: Boccaccio, de manera muy importante Petrarca [283] y, como ya

---

280 Cf. H. H. Huxley, «Syphilides Musae. Fracastoro's use of Virgil», *Proceedings of the Classical Association,* 72, 1975, pág. 16 [sumario].

281 U. Toens, «Sannàzaros Arcadia. Wirkung und Wandlung der vergilischen Eklogen», *A & A* 23 (1977), 143-161.

282 A. Greco, *s. u.* «Sannazaro», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, 674-676, pág. 675.

283 Véase ahora M. P. Manero, *Introducción al estudio del petrarquismo en España,* Barcelona, 1987.

se ha dicho, Sannazaro [284]. Así lo ha descrito Javier de Echave: «Había entrado Virgilio en nuestras letras como en tierra y morada propia ya en la mitad del siglo xv, de la mano de su férvido admirador y conocedor acabado, el gran virgilista, como entonces es llamado, el poeta cordobés Juan de Mena. Pasajes hay en el *Laberinto de la Fortuna* en que el cordobés se diría se entrega a aquella gozosa porfía de emulación, *retractatio,* al uso entre los escritores latinos del siglo de Augusto. La otra mano en su firme entrada en nuestras letras se la da por la misma fecha el segundo gran ingenio de nuestro primer Renacimiento, Don Íñigo López de Mendoza. En las estancias de la *Comedieta de Ponça* aflora un elemento nuevo hasta entonces en la poesía castellana, el encarecimiento de la vida del campo a la manera de Virgilio... Unos años antes, en el 1428, había dado cima a su versión de la *Eneida* en lengua castellana... Don Enrique de Villena» [285].

---

[284] Falta un *Virgilio en España.* Esa ausencia ha sido puesta de relieve por quienes han trabajado en aspectos de ese gran y prometedor tema. Así M. Dolç, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile,* cit. en nota 234, 541-547, pág. 541; Id., «Fortuna di Virgilio nelle terre ispaniche», *La Fortuna di Virgilio,* cit. ibid., 391-415, pág. 393; J. L. Vidal, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», ibid., 418-449, págs. 421-422; M. Morreale, «Letteratura castigliana», *s. u.* «Spagna», *Enc. V.,* IV, Roma, 1988, 953-875, pág. 967. De estos trabajos, así como de V. Cristóbal, *Virgilio y la temática bucólica...,* cit. en nota 241, págs. 98-122, nos declaramos ampliamente deudores en la síntesis que sigue, desde luego incompleta y referida sólo a la literatura castellana (para la catalana puede verse M. Dolç, *Virgili i nosaltres,* Valencia, 1958; J. Medina, «Virgili en la literatura catalana», *Faventia* 1/1 (1979), 47-62; J. L. Vidal, trabajo citado en esta misma nota; Id., «Letteratura catalana», *s. u.* «Spagna», cit. en esta misma nota, págs. 972-975).

[285] J. de Echave-Sustaeta, *Virgilio y nosotros,* Barcelona, 1964, pág. 107.

A Juan del Encina (1468-1529) cabe el mérito de iniciar a un tiempo la traducción y la imitación de las *Bucólicas* virgilianas con su adaptación de las mismas (1496), cuya influencia desborda los límites del género para ejercerse incluso sobre el teatro a consecuencia de la versión dialogada que da de las primeras ocho. Pero lo determinante en la difusión del nuevo bucolismo es la influencia en España de la *Arcadia* de Sannazaro [286]. Así se ve ya en el primero y más excelso representante de la tradición bucólica, Garcilaso de la Vega, cuyas *Églogas* están henchidas de virgilianismo. Fernando de Herrera, en su vertiente de comentador de la obra de Garcilaso y exquisito conocedor de Virgilio él mismo, Luis Barahona de Soto, Francisco de la Torre (si es él el autor de las ocho églogas conocidas como *Bucólicas del Tajo),* Juan de Arguijo, son otros tantos representantes de la corriente poética que incorpora el virgilianismo tal como lo habían impulsado los humanistas italianos. Perfecto conocedor de esa tendencia, a la que él mismo no es ajeno, Fray Luis de León, como traductor de las *Bucólicas* y de los dos primeros libros de las *Geórgicas,* pero sobre todo como poeta él mismo, virgiliano y horaciano, imprime al culto del clasicismo una dirección teológica, la que lo transforma en el humanismo cristiano del renacimiento español, del que Fray Luis es el máximo poeta. Por otra parte el bucolismo virgiliano aparece alguna vez en el Romancero [287], siguiendo una tradición cuyo

---

[286] Véase para el tema de la fortuna de la *Arcadia* en la literatura española G. Caravacci, «Letteratura spagnola», *s. u.* «Arcadia», cit. en nota 282, págs. 276-277; así como M. J. Bayo, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento,* Madrid, ^{2}1970.

[287] Véase ahora G. di Stefano, *s. u.* «Romancero», *Enc. V.,* IV, Roma, 1988, págs. 556-558.

antecedente puede encontrarse en la entrada, ya a mediados del siglo XV, de los motivos bucólicos en la poesía cortés de los *Cancioneros*, como en el llamado *de Baena* (1445). Aunque la presencia de clichés bucólicos llega hasta los romances artísticos del Barroco, es el Virgilio épico y el de la leyenda el que, dado el carácter eminentemente narrativo del romance, aparece con más frecuencia en el Romancero [288]. En cambio al arcadismo le estaba reservada una especial fortuna en una manifestación en prosa, la novela. Una serie de *Arcadias* españolas constituyen un género, la novela pastoril, que, aunque estructurado sobre la trama narrativa, se impregna de una atmósfera bucólica: el pasaje idealizado, los pastores, los diálogos típicos de la tradición bucólica desde Teócrito y Virgilio, un *tempo* o, mejor, un estatismo idílico, todo esto no puede faltar en la novela pastoril. El género se inaugura en España con la *Diana* de Jorge de Montemayor (Valencia, 1559), que quiere ser conscientemente continuada por Gil Polo con su *Diana enamorada* (Valencia, 1564). En 1528 Fray B. Ponce intenta una trasposición «a lo divino» de la novela pastoril con su *Clara Diana a lo divino* y en 1598 Lope de Vega, como si quisiera rendir homenaje al fundador del género, titula *Arcadia* su novela pastoril. Así hasta completar una plétora de «arcadistas» en los que la influencia directa de Virgilio y la inspiración es cada vez más desmayada y el estilo cada vez más adocenado.

Las *Geórgicas* habían merecido la atención de comentaristas y traductores desde la edición zaragozana de las mismas por Juan de Sobrarias (1515) y las versiones de Fray Luis de León y Juan de Guzmán. Pero en el terreno

[288] Para esos temas véase J. DE ECHAVE, *Virgilio y nosotros*, cit., págs. 114-150.

de la creación literaria no llegan a ejercer la influencia de la bucólica —y no digamos de la épica— virgiliana, por más que en el arcadismo se vuelve a dar la ya conocida asimilación de motivos propiamente geórgicos con los bucólicos. En cambio —y de acuerdo con una tradición cuyos más remotos antecedentes hay que buscarlos, como hemos visto, al principio del Medievo— son especialmente apreciadas las *Geórgicas* como fuente para la literatura técnica, como las utiliza Gabriel Alonso de Herrera en su *Obra de Agricultura* (Alcalá, 1513) o Alonso Carrillo de Córdoba quien, en su obra *Caballeriza de Córdoba* (Córdoba, 1625), dedica en la práctica los dos primeros capítulos a comentar el paso virgiliano de la cría de los potros *(G.* III 179-218).

La dignificación de lo útil que propone la Ilustración y, concretamente, el prestigio que recupera el tratar del trabajo de los campos contribuyen a revitalizar el Virgilio geórgico en el siglo XVIII. El agrarismo ilustrado, tal como aparece, por ejemplo, en la obra de Trigueros y en la de Jovellanos, se cuida de mantener una vertiente literaria y didáctica que tiene en las *Geórgicas* su modelo [289]. No fueron ajenos a esta preocupación, aunque su obra se sitúa generalmente en el campo de la lírica, los poetas neoclásicos que, como Juan Meléndez Valdés («Batilo») en su romance *Los segadores* y en otras poesías, exaltan la vida del campo. Pero Meléndez Valdés, como otro representan-

[289] La tradición de la poesía didáctica y concretamente geórgica escrita en latín, impulsada en la Italia del siglo XVI, tiene continuación —en latín o en vulgar— en Europa y hasta en el Nuevo Mundo. A Méjico está consagrada una de las mejores obras latinas del género, la *Rusticatio Mexicana* del jesuita expulso Rafael Landívar (Bolonia, ^{2}1782; edición moderna a cargo de O. VALDÉS, Méjico, ^{2}1965).

te de la escuela salmantina, el P. José Iglesias de la Casa, se vuelve directamente hacia las *Bucólicas* como modelo y fuente de inspiración. Así lo vemos en las ocho *Églogas* del P. Iglesias, alguna de ellas, como la primera, casi traducción de otra virgiliana (la segunda), y en gran parte de composiciones de Meléndez Valdés, en las que los nombres (por ejemplo, *La paloma de Filis),* los motivos (la caída de las sombras desde los montes al atardecer) y las reminiscencias son de clara raigambre virgiliana.

Podría creerse que los tiempos optimistas de la Ilustración y del neoclasicismo literario fueran los últimos propicios para el cultivo del poema pastoril y rural. Por eso sorprende que, cien años después del florecimiento de la escuela poética neoclásica y de nuevo en los campos de Salamanca y de la Extremadura, resonaran, al final del siglo que se llamó «del Progreso», los acentos sencillos y conmovedores de la poesía de José María Gabriel y Galán (1870-1905), una poesía rural, directamente inspirada por la vida en los campos, pero no ajena a la tradición literaria clásica, como ha ponderado justamente Virgilio Bejarano [290].

En nuestro siglo la filología virgiliana ha llegado en cantidad y calidad a cotas difícilmente superables. Pero no podríamos decir que los poetas hayan encontrado en las *Bucólicas* y en las *Geórgicas* una fuente predilecta y solicitada de inspiración [291]. No podía ser de otra manera.

---

[290] V. Bejarano, «Un tema clásico en la poesía de Gabriel y Galán», *BIEH,* 6/1 (1972), 113-124.

[291] No obstante Vicente Cristóbal ha espigado con gran diligencia la permanencia de «lo bucólico y la bucólica en la poesía española de nuestro tiempo», en Juan Ramón, Cernuda, Aleixandre. Cf. V. Cristóbal, *Virgilio y la temática bucólica...,* cit., págs. 112-117.

De todos los Virgilios posibles nuestro azaroso tiempo ha necesitado actualizar, con intensidad y belleza sobrecogedoras, el de la deseperanza y la angustia: Virgilio ha vuelto a morir, no en Brindis, bajo la gran sombra de Augusto, pero sí en las páginas intemporales de Hermann Broch quien, para exorcizar la barbarie más grande de nuestra época, encontró refugio y asilo en la recreación de la vida, la obra y, sobre todo, la muerte de Publio Virgilio Marón *.

---

* Una buena parte del presente trabajo se realizó gracias a una estancia en la «Fondation Hardt» (Vandoeuvres - Ginebra). Séame permitido agradecer vivamente la hospitalidad de esa institución y de su selecta biblioteca.

BIBLIOGRAFÍA

La inmensidad de la bibliografía virgiliana convierte prácticamente en arbitraria toda elección. Afortunadamente poseemos magníficos instrumentos bibliográficos exclusivamente dedicados a Virgilio y el virgilianismo, lo cual aconseja limitar nuestra elección preferentemente —aunque no exclusivamente, para que incluso sin ayuda de aquellos instrumentos no desconozca el lector los estudios fundamentales sobre Virgilio publicados en este siglo— a las obras recientes no recogidas en esos repertorios. Este hecho, así como el de que en las notas a pie de página ya se ha citado una buena parte de la bibliografía referente a puntos concretos de la investigación virgiliana, nos ha permitido cierto tipo de exclusiones —por ejemplo, la de prácticamente todos los trabajos que no son propiamente libros, sino artículos de revistas y similares— que de otro modo hubieran sido difícilmente aceptables. Por motivos prácticos, además, la presente bibliografía intenta circunscribirse a los trabajos sobre Virgilio y su obra en general, de una parte y, de otra, a los que se refieren de manera específica a las *Bucólicas* y a las *Geórgicas,* ya que la bibliografía sobre la *Eneida* se recogerá en un próximo volumen.

I) VIRGILIO Y SU OBRA EN GENERAL

1) *Repertorios bibliográficos*

F. PEETERS, *A Bibliography of Vergil,* Nueva York, 1933 [reimpr., Roma, 1975].

G. MAMBELLI, *Gli studi virgiliani nel secolo XX,* 2 vols., Florencia, 1944.

W. SUERBAUM, «Hundert Jahre Vergil-Forschung: Eine systematische Arbeitsbibliographie mit besonderer Berücksichtigung der Aeneis», *ANRW,* II 31, 1, Berlín - Nueva York, págs. 3-358 (hasta 1975).

M. T. MORANO RANDO, *Bibliografía Virgiliana (1937-1960),* Génova, 1987.

La revista *Classical World* publicó resúmenes críticos de los trabajos virgilianos, debidos a G. E. DUCKWORTH de 1940 a 1963 y a A. G. MCKAY de 1964 a 1973; ahora están recogidos en *The Classical World Bibliography of Vergil,* Nueva York, 1978. La revista *Vergilius* (órgano de la *Vergilian society of America,* Universidad de Maryland, Estados Unidos) ha publicado los resúmenes críticos de A. G. MCKAY con periodicidad anual desde el vol. 3 (1962/63) hasta el último, por el momento, el 35 (1989). Con periodicidad irregular han ido apareciendo en el *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* las recensiones de V. PÖSCHL bajo el título «Der Forschungsbericht Vergil» (desde el vol. 6 [1953]).

2) *Enciclopedias*

Enciclopedia Virgiliana, Roma, I (1984), II (1985), III (1987), IV (1988), V (en curso de publicación).

3) *Ediciones*

Las ediciones completas más importantes han sido citadas en la «Introducción», *supra,* págs. 104-106.

4) *Traducciones al español*

Repertorio y estudios críticos de las traducciones de Virgilio al español pueden verse en M. Menéndez Pelayo, «Traductores de las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio» (1884) y «Traductores españoles de la *Eneida,* apuntes bibliográficos» (1879), trabajos recogidos en *Bibliografía Hispano Latina Clásica,* vol. VIII, págs. 194-397, y vol. IX, págs. 7-330, Santander, 1952; así como en los diversos prólogos y estudios preliminares de M. A. Caro a sus traducciones de Virgilio, ahora recogidos en la compilación M. A. Caro, *Estudios virgilianos,* 2 vols., Bogotá, 1985. Pueden consultarse también los artículos de M. Dolç, «Presencia de Virgilio en España», *Présence de Virgile* (cit. *supra,* nota 234), págs. 541-557 y «Fortuna di Virgilio nelle terre ispaniche», *La Fortuna di Virgilio* (cit. ibid.), págs. 391-415.

Entre las traducciones modernas de toda la obra de Virgilio pueden citarse las de E. de Ochoa (Madrid, 1869, con muchas reproducciones posteriores), L. Riber (Madrid, 1941, íd.), M. Olivar (Barcelona, 1951), E. Gómez de Miguel (Madrid, 1961) y M. Querol (Barcelona, 1968, reimpr. 1979), todas ellas en prosa, así como las traducciones en verso de M. A. Caro (Bogotá, 1873-1876, varias veces reproducida) y de A. Espinosa Pólit (Méjico, 1961).

5) *Léxicos, concordancias, índices*

H. Merguet, *Lexicon zu Vergilius mit Angabe sämtlicher Stellen,* Leipzig, 1909 (reimpresión, Hildesheim, 1960).

M. N. Wetmore, *Index Verborum Vergilianus,* New Haven, [2]1930 (reimpresión, Hildesheim - Darmstadt, 1961).

W. Ott, *Rückläufiger Wortindex zu Vergil. Bucolica, Georgica, Aeneis,* Tubinga, 1974.

H. H. Warwick, *A Vergil Concordance,* Minneápolis, 1975.

M. Wacht, *Lemmatisierter Index zu Vergil mit Statistischen Anhängen zu Sprache und Metrik* [5 microfichas], Núremberg, 1979.

D. FASCIANO, *Virgile. Concordance. I Églogues, Géorgiques, Énéide; II Appendix Vergiliana,* Roma - Montréal, 1982.

6) *Estudios.*

6. 1) Estudios de conjunto

C. A. SAINTE-BEUVE, *Étude sur Virgile,* París, 1857 [^{3}1878] (trad. esp. [La España Moderna], *s. a.).*
W. Y. SELLAR, *The Roman Poets of the Augustan Age: I Virgil,* Oxford, 1877 [^{3}1897, reimpresión 1929].
A. BELLESORT, *Virgile. Son oeuvre et son temps,* París, 1920 (con muchas reimpresiones; trad. esp., Madrid, 1965).
T. FRANK, *Virgil. A biography,* Nueva York, 1922 (reimpr. 1965).
TH. HAECKER, *Vergil, Vater des Abendlandes,* Leipzig, 1931 (con muchas reimpresiones, trad. esp., Madrid, 1946).
A. ESPINOSA PÓLIT, *Virgilio. El poeta y su misión providencial,* Quito, 1932.
W. F. JACKSON KNIGHT, *Roman Vergil,* Londres, 1944 [Harmondsworth, 1966].
T. S. ELIOT, *What is a classic?,* Londres, 1944 (reproducido y traducido muchas veces).
E. PARATORE, *Virgilio,* Roma, 1945 [Florencia, ^{3}1961].
J. DE ECHAVE-SUSTAETA, *Virgilio,* Barcelona, 1947.
A. M. GUILLEMIN, *Virgile: poète, artiste et penseur,* París, 1951 (trad. esp. Buenos Aires, 1968).
J. PERRET, *Virgile, l'homme et l'oeuvre,* París, 1952 (nueva ed. 1965).
K. BÜCHNER, *P. Vergilius Maro, der Dichter der Römer,* Stuttgart, 1955 (véase *supra,* nota 63; trad. italiana, Brescia, ^{1}1963, ^{2}1986, cit. *supra,* nota 19).
H. OPPERMANN (ed.), *Wege zu Vergil. Drei Jarzehnte Begegnungen in Dichtung und Wissenschaft,* Darmstadt, 1963 [^{2}1975].
B. OTIS, *Virgil. A Study in Civilized Poetry,* Oxford, 1963.
J. P. BRISSON, *Virgile, son temps et le nôtre,* París, 1966.
ST. COMMAGER (ed.), *Virgil. A Collection of Critical Essays,* New Jersey, 1966.

P. F. DISTLER, *Vergil and Vergiliana,* Chicago, 1966 (escolar, pero excelente).
F. KLINGNER, *Virgil: Bucolica. Georgica. Aeneis,* Zurich - Stuttgart, 1967.
R. D. WILLIAMS, *Virgil,* Oxford, 1967 (es un «Survey» virgiliano).
D. R. DUDLEY (ed.), *Virgil,* Londres, 1969.
H. BARDON - R. VERDIÈRE (eds.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile,* Leiden, 1971.
A. GARCÍA CALVO, *Virgilio,* Madrid, 1976.
A. J. BOYLE, *The Chaonian Dove. Studies in the Eclogues, Georgics and the Aeneid of Virgil* [= *Mnemosyne,* Suppl. 94], Leiden, 1986.

6.2) Estudios sobre el arte y la poética virgiliana

F. X. M. J. ROIRON, *Études sur l'imagination auditive chez Virgile,* París, 1908.
R. HEINZE, *Virgils epische Technik,* Leipzig - Berlín, [3]1915.
H. W. PRESCOTT, *The Development of Virgil's Art,* Chicago, 1927 [reimpr., Nueva York, 1963].
E. K. RAND, *The Magical Art of Vergil,* Cambridge, Mass., 1931 [reimpr., Hamden, Conn., 1966].
R. W. CRUTTWELL, *Virgil's Mind at Work,* Nueva York, 1947 [reimpr. 1961].
F. CUPAIUOLO, *Tra poesia e poetica. Su alcuni aspetti culturali della poesia latina nell'età augustea,* Nápoles, 1966.
S. STABRYLA, *Latin Tragedy in Virgil's Poetry* [= *Krakowie Prace Kom. filol. klas.,* 10], Wroclaw, 1970.
M. WIGODSKY, *Vergil and Early Latin Poetry* [= *Hermes Einzelschr.,* 24], Wiesbaden, 1972.
J. GONZÁLEZ VÁZQUEZ, *La imagen en la poesía de Virgilio,* Granada, 1976.
G. B. CONTE, *Il genere e i suoi confini. Cinque studi sulla poesia di Virgilio,* Turín, 1980.
W. W. BRIGGS, JR., *Narrative and Simile from the Georgics in the Aeneid* [= *Mnemosyne,* Suppl. 58], Leiden, 1980.

6.3) Pensamiento, ideología y religión de Virgilio

C. Bayle, *Religion in Virgil,* Oxford, 1953.
P. Boyancé, *La religion en Virgile,* París, 1963.
J. Oroz Reta, «La postura religiosa de Virgilio», *Helmantica* 25 (1974), 83-179.
W. Pötscher, *Vergil und die göttlichen Mächte: Aspekte seiner Weltanschauung,* [= *Spudasmata,* 35], Nueva York, 1977.
A. Thornton, *The Living Universe: Gods and Men in Virgil's Aeneid,* Leiden [*Mnemosyne,* Suppl. 46], 1977.
R. J. Clark, *Catabasis: Vergil and the Wisdom Tradition,* Amsterdam, 1979.

6.4) Lengua, estilo, métrica virgilianos

J. de Echave-Sustaeta, *Estilística virgiliana,* Barcelona, 1950.
L. Rubio, «La lengua y el estilo de Virgilio», *EClás* 11 (1967), 355-375.
G. E. Duckworth, *Vergil and Classical Hexameter Poetry,* Ann Arbor, 1969.
H. Raabe, *Plurima mortis imago. Vergleichende Interpretationen zur Bildersprache Vergils* [= *Zetemata,* 39], Munich, 1974.
D. H. Garrison, *The language of Vergil: An Introduction to the Poetry of the Aeneid,* Nueva York - Berna - Francfort, 1984.

6.5) Historia y crítica textuales virgilianas

Véase en la «Introducción» el apartado «La transmisión del texto de Virgilio», *supra,* págs. 92-106. Entre las obras allí citadas conviene destacar:

L. D. R[eynolds], «Virgil», en L. D. Reynolds (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics,* Oxford, 1983, págs. 433-436.
S. Timpanaro, *Per la storia della filologia virgiliana antica,* Roma, 1986.

II) LAS *BUCÓLICAS*

1) *Repertorios bibliográficos*

W. W. BRIGGS, JR., «A Bibliography of Virgil's 'Eclogues' (1927-1977)», *ANRW*, II 31.2, Berlín - Nueva York, 1981, págs. 1267-1357.

2) *Ediciones*

Prescindiendo de las englobadas en las ediciones de todo Virgilio, de entre las anteriores al repertorio de Briggs o recogidas en él hay que recordar las de T. E. PAGE, Londres, 1898 (junto con las *Geórgicas)* [con muchas reimpresiones]; A. TOVAR, Madrid, 1936 [^{2}1951]; DE SAINT-DENIS, París, 1942 (nueva ed. 1967); M. DOLÇ, Barcelona, 1956 (véase *supra,* nota 231); H. HOLTORF, Friburgo - Munich, 1959; J. PERRET, París, 1961 [^{2}1970]; A. J. BOYLE, Melbourne, 1976. De entre las recientes citaremos:

R. COLEMAN, *Vergil. Eclogues,* Cambridge, 1977.

E. COLEIRO, *An Introduction to Vergil's Eclogues with a Critical Edition of the Text,* Amsterdam, 1979.

3) *Traducciones al español*

Además de las contenidas en las traducciones de toda la obra de Virgilio (cf. *supra,* I, 4), pueden destacarse las de R. BONIFAZ NUÑO, Méjico, 1967 (con el texto latino); A. GARCÍA CALVO, *op. cit.,* págs. 115-166; y B. SEGURA, Madrid, 1981 (junto con las *Geórgicas).*

4) *Léxicos, concordancias, índices*

R. LECROMPE, *Virgile. Bucoliques: Index Verborum. Relevés statistiques,* Hildesheim, 1970.

5. *Estudios*

A. CARTAULT, *Étude sur les Bucoliques de Virgile,* París, 1897.

J. HUBAUX, *Le réalisme dans les Bucoliques de Virgile,* Lieja, 1927.

L. HERRMANN, *Les masques et les visages dans les Bucoliques de Virgile,* Bruselas, 1930 [París, ²1938].

H. J. ROSE, *The Eclogues of Vergil,* Berkeley, 1942.

P. MAURY, «Le secret de Virgile et l'architecture des Bucoliques», *Lettres d'humanité,* 3 (1944), 71-147.

B. SNELL, «Arkadien, die Entdeckung einer geistigen Landschaft», *A & A,* 1 (1945), 26-31 (repr. en Id., *Die Entdeckung des Geistes,* Hamburgo, ²1948, págs. 268-293; trad. esp. cit. en nota 100).

E. L. BROWN, *Numeri Vergiliani. Studies in 'Eclogues' and 'Georgics'* [Coll. Latomus, 63], Bruselas - Berchem, 1963.

V. PÖSCHL, *Die Hirtendichtung Virgils,* Heidelberg, 1964.

T. G. ROSENMEYER, *The green cabinet. Theocritus and the European pastoral lyric,* Berkeley, 1969.

M. C. J. PUTNAM, *Virgil's pastoral art: Studies in the Eclogues,* Princeton, 1970.

E. A. SCHMIDT, *Poetische Reflexion. Vergils Bukolik,* Munich, 1972.

W. BERG, *Early Virgil,* Londres, 1974.

E. W. LEACH, *Vergil's Eclogues: Landscapes of Experience,* Ithaca, Nueva York, 1974.

E. A. SCHMIDT, *Zur Chronologie der Eklogen Vergils* [= *Sitzungsb. der Heidelberg Akad. der Wiss.,* 1974, 6], Heidelberg, 1974.

A. J. BOYLE (ed.), *Ancient Pastoral. Ramus Essays on Greek and Roman pastoral poetry,* Berwick, Victoria, 1975.

R. KETTEMAN, *Bukolik und Georgik. Studien zu ihrer Affinität bei Vergil und später,* Heidelberg, 1977.

J. VAN SICKLE, *The Design of Virgil's Bucolics,* Roma, 1978.

E. COLEIRO (véase apartado II, 2).

P. J. ALPERS, *The Singer of the Eclogues,* Berkeley, 1979.

M. GIGANTE (ed.), *Lecturae Vergilianae*. I. *Le Bucoliche,* Nápoles, 1981.

CH. SEGAL, *Poetry and Myth in Ancient Pastoral: Essays on Theocritus and Virgil,* Princeton, 1981.

A. A. NASCIMENTO - J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE, *Nicolas Trivet Anglico. Comentario a las Bucólicas de Virgilio,* Santiago de Compostela, 1984.

AA.VV., *s. u.* «Bucoliche», *Enc. V.,* I, Roma, 1984, págs. 540-582.

III) LAS *GEÓRGICAS*

1) *Repertorios bibliográficos*

W. SUERBAUM, «Spezialbibliographie zu Vergils Georgica», *ANRW,* II 31.1, Berlín - Nueva York, 1980, págs. 395-499 (hasta 1975).

2) *Ediciones*

Prescindiendo de las englobadas en las ediciones completas de Virgilio, entre las que se encuentran ya recogidas en el repertorio de SUERBAUM pueden recordarse las de T. E. PAGE (junto con las *Bucólicas,* véase *supra,* apartado II, 2); DE SAINT DENIS, París, 1956 [²1960]; W. RICHTER, Munich, 1957; M. DOLÇ, Barcelona, 1963 (véase *supra,* nota 231). De entre las más recientes cabe destacar:

M. ERREN, *P. Vergilius Maro, Georgica,* I, Heidelberg, 1985.

R. F. THOMAS, *Virgil. Georgics,* 2 vols., Cambridge, 1988.

3) *Traducciones al español*

Véanse las que se integran en las traducciones de la obra completa de Virgilio, de las que se da cuenta en el apartado I, 4,

y las publicadas junto con la traducción de las *Bucólicas* (apartado II. 3).

4) *Léxico, concordancias, índices*

W. Ott, *Metrysche Analysen zu Vergil Georgica.* I. *Analysen und Übersichten;* II. *Indices,* Tubinga, 1976.

5) *Estudios*

P. D'Hérouville, *À la campagne avec Virgile,* París, [2]1930.
H. Dahlmann, *Der Bienenstaat in Vergils Georgica* [*Abh. der Geistes- u. Sozialwiss., Akad. der Wiss. in Mainz,* 10, 1954], Wiesbaden, 1954.
E. L. Brown (véase apartado II, 5).
F. Klingner, *Vergils Georgica. Über das Landleben,* Zurich, 1963.
A. Abbe, *The plants of Virgil's «Georgics»,* Nueva York, 1965.
W. Frentz, *Mythologisches in Vergils Georgica* [= *Beiträge zur Klass. Philol.,* 21], Meisenheim am Glan, 1967.
L. P. Wilkinson, *The Georgics of Virgil. A critical survey,* Cambridge, 1969 [reimpr. 1978].
K. D. White, *Roman farming,* Ithaca, Nueva York, 1970.
V. Buchheit, *Der Anspruch des Dichters in Vergils Georgica,* Darmstadt, 1972.
F. Moya del Baño, «Orfeo y Eurídice en el *Culex* y en las *Geórgicas*», *CFC,* 4 (1972), 187-211.
A. Ruiz de Elvira, «El contenido ideológico del *labor omnia uicit*», *CFC,* 3 (1972), 9-33.
Atti del Convegno Virgiliano sul Bimillenario delle Georgiche (Napoli, 1975), Nápoles, 1977.
R. Kettemann, véase apartado II, 5.
T. Oksaka, *Studien zum Verständnis der Einheit und der Bedeutung von Vergils Georgica,* Helsinki, 1978.
A. Salvatore, *Scienza e poesia in Roma. Varrone e Virgilio,* Nápoles, 1978.

A. BOYLE (ed.), *Virgil's Ascraean Song. Ramus Essays on the Georgics,* Berwick, Victoria, 1979.

M. C. J. PUTNAM, *Virgil's poem of the earth. Studies in the Georgics,* Princeton, 1979.

J. HERMES, *C. Cornelius Gallus und Vergil. Das Problem der Umarbeitung des vierten Georgica-Buches,* Tesis [Munster, 1977], Munster, 1980.

P. A. JOHNSTON, *Vergil's agricultural Golden Age. A study of the Georgics,* Leiden, 1980.

G. B. MILES, *Virgil's Georgics. A new interpretation,* Berkeley - Los Ángeles, 1980.

E. W. SPOFFORD, *The social poetry of the Georgics,* Nueva York, 1981.

M. GIGANTE (ed.), *Lecturae Vergilianae.* II *Le Georgiche,* Nápoles, 1982.

AA. VV., *s. u.* «Georgiche», *Enc. V.,* III, Roma, 1987, págs. 666-698.

D. O. ROSS, *Virgil's elements. Physics and poetry in the Georgics,* Princeton, 1987.

IV) PERVIVENCIA DE VIRGILIO

Falta todavía una gran obra de conjunto. De referencia continúan siendo:

D. COMPARETTI, *Virgilio nel Medio Evo,* 2 vols., Livorno, 1872 [nueva ed. por G. Pasquali, Florencia, 1937-1941, con reimpresiones hasta la fecha].

V. ZABUGHIN, *Virgilio nel Rinascimento italiano da Dante a Torquato Tasso,* 2 vols., Bolonia, 1921-1923.

H. LOHMEYER, *Vergil im deutschen Geistesleben bis auf Notker III,* Berlín, 1930.

J. W. SPARGO, *Virgil the necromancer. Studies in Virgilian Legends,* Cambridge, Mass., 1934.

Son valiosas las siguientes síntesis:

W. F. JACKSON KNIGHT, «Vergil and After», cap. 7 de *Roman Vergil,* Harmondsworth, 1966 [Londres, [1]1944], págs. 342-361.

K. BÜCHNER, «Fortuna e tradizione», parte 3.ª de *Virgilio,* ed. italiana, Brescia, [2]1986 [primera ed. alemana Stuttgart, 1955], págs. 573-605.

H. HOLTORF, «Das Nachleben Vergils», en su libro *P. Vergilius Maro. Die grossen Gedichte.* I. *Einleitung, Bucolica,* Francfort - Munich, 1959, págs. 72-111.

Para las *Bucólicas* es importante (sobre todo para la antigüedad clásica y tardía y para la literatura española):

V. CRISTÓBAL, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica,* Madrid, 1980.

Para las *Geórgicas* contamos con

D. L. DURLING, *Georgic tradition in English poetry,* Nueva York, 1935 [reimpr. 1963] y

J. CHALKER, *The English georgic. A study in the development of a form,* Londres, 1969, ambos estudios son muy útiles y superan el marco que indican sus títulos. Es excelente la síntesis de

L. P. WILKINSON, «The 'Georgics' in After Times», cap. X del libro *The Georgics of Virgil. A critical Survey,* Cambridge, 1969 [reimpr. 1978], págs. 270-313.

Las anteriores referencias han de ser completadas con la bibliografía que se ha dado en el capítulo dedicado a la «Pervivencia de Virgilio en la tradición literaria», especialmente con los recientes estudios que se citan en la nota 234.

Por lo que hace a Virgilio en España véase el apartado I, 4, de esta «Bibliografía» así como los siguientes trabajos, todos ellos citados ya en las notas:

J. DE ECHAVE-SUSTAETA, «Influencia de Virgilio», en el libro *Virgilio,* Barcelona, 1947, págs. 270-290.

—, «Virgilio en España», en el libro *Virgilio y nosotros,* Barcelona, 1964, págs. 107-168.

M. J. BAYO, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento,* Madrid, [2]1970.

M. DOLÇ, artículos citados en I, 4.

J. GIL - M. MORREALE - J. L. VIDAL, *s. u.* «Spagna», *Enc. V.*, IV, Roma, 1988, págs. 953-975.

Sobre Virgilio en la cultura y literatura catalanas han escrito:

M. DOLÇ, *Virgili i nosaltres,* Valencia, 1958.

J. MEDINA, «Virgili en la literatura catalana», *Faventia,* 1/1, 1979, págs. 47-62.

J. L. VIDAL, «Presenza di Virgilio nella cultura catalana», *La Fortuna di Virgilio,* Nápoles, 1986, págs. 418-449.

J. L. VIDAL, «Letteratura catalana» en el art. «Spagna» de la *Enciclopedia Virgiliana,* arriba citado, págs. 972-975.

GEÓRGICAS

INTRODUCCIÓN

1. *Cronología de las «Geórgicas»*

Como consecuencia, al parecer, de la pérdida de las posesiones rurales de Virgilio en su localidad de origen, Andes, tiene lugar el traslado definitivo del poeta a la ciudad de Roma el año 39 a. C., y posteriormente, en la primavera del 38, a Nápoles.

Si en los años precedentes, cuando compuso las *Bucólicas,* no estuvo desasistido de amigos y protectores —Asinio Polión, Alfeno Varo y Cornelio Galo, nombrados triúnviros para el reparto de tierras, que le impulsaron a cantar el género pastoril—, ahora, en la nueva andadura poética y personal en Roma y Nápoles, amplió el número y la calidad de protectores y de amigos.

Casi no hay biografía virgiliana que no haga referencia a ello en los términos más elogiosos. Así se expresa Donato [1]: *Deinde (edidit) Georgica in honorem Maecenatis, qui sibi mediocriter adhuc noto operam tulisset* («después publicó las Geórgicas en honor de Mecenas, que le había ayudado aunque le era todavía poco conocido»).

---

[1] *Vergilii Vita Donatiana,* 70-72, *Vitae Vergilianae;* ed. I. BRUMMER, Leipzig, B. G. Teubner, 1933.

El orden de la composición está también habitualmente reseñado en las *Vitae: pastores primo, deinde agricolas canit et ad ultimum bellatores,* sin que tampoco falte el tiempo invertido en cada una de las obras: *bucolica triennio, georgica VII, Aeneida XI perfecit annis* («tres años para las *Bucólicas,* siete para las *Geórgicas* y once para la *Eneida»)* .

¿De qué años se trata? También es bastante concorde la opinión de críticos y de estudiosos modernos del poeta sobre la distribución de esos años concretos en la biografía de Virgilio, siguiendo los testimonios antiguos de las *Vitae.*

Así, los tres años de las *Bucólicas,* como hemos visto, se reparten entre el 42 y el 39 (29-32 de la vida de Virgilio, si partimos de 71 como fecha de su nacimiento); los siete de las *Geórgicas,* del 37 al 30 (34-41), y, finalmente, los once de la *Eneida,* del 30 al 19 a. C. (41-52, final de la vida del poeta).

Si ponemos nuestra atención en los siete años dedicados a la composición de las *Geórgicas* y calculando teóricamente los días transcurridos, unos 2.500, podríamos deducir que toca aproximadamente a verso por día la labor creadora del poeta. Claro es que no sería esta la realidad, pero no se apartaría mucho esta consideración teórica, del sentido perfeccionista que le atribuyen todos sus biógrafos, al hablar de la labor de lima y pulimento a que sometería continuamente sus versos, comparando este trabajo al del lamido incesante de la osa sobre la tierna piel del osezno, en busca de remodelación estética inacabable.

Si el término final, el año 30, parece fuera de toda duda, puesto que son coincidentes los datos de varias *Vitae,* entre ellas la de Donato (91-95) y la *Bernensis* (12), al consignar que Virgilio leyó las *Geórgicas* a Octavio el año 29, en la ciudad de Atela, al volver el futuro Príncipe de Orien-

te, no resulta tan concorde la fecha tradicional del inicio de la composición del poema didáctico, el año 37.

Para Pridik [2] los Libros I y II, primer bloque de la obra general, estarían terminados ya en el año 37, cuando aparece la obra de Varrón *De re rustica,* cuya influencia es clara en los Libros III y IV.

Sin embargo, creo que sigue siendo válida la razón que aporta Büchner [3] para fijar el comienzo de la obra sólo a partir del 37 a. C. y no antes de este año. El argumento lo proporcionaría el mismo Virgilio en *Geórgicas* II 161:

An memorem portus, Lucrinoque addita claustra
atque indignatum magnis stridoribus aequor,
Iulia qua ponto longe sonat unda refuso...?

[¿Recordaría yo los puertos, el dique añadido al lago Lucrino y el mar enojado con formidable estruendo allí donde la onda Julia, rechazado el mar, resuena a lo lejos...?]

El puerto Julio, señalado enfáticamente en plural por el poeta, fue levantado por Agripa cerca de Pozzuoli precisamente durante la guerra contra Sexto Pompeyo, segundo hijo de aquel célebre político republicano, el año 37 a. C., fecha o término, pues, *ante quem* no puede retrotraerse la composición, al menos, de los dos primeros libros de las *Geórgicas.*

---

[2] K. H. PRIDIK, «Vergils 'Georgica': Darstellung und Interpretation des Aufbaus», en *ANRW* II 31.1, págs. 500-548.

[3] K. BÜCHNER, *Virgilio,* Brescia, Paideia, 1963, pág. 369.

2. *Fuentes y contenido esencial de las «Geórgicas»*

Todos los críticos coinciden en afirmar de una manera general que Virgilio consultó todas las posibles fuentes, griegas y latinas, no sólo las de su misma época, sino también las de tiempos anteriores, y que no discriminó en su búsqueda de materiales y en su copiosa lectura el género puramente poético del exclusivamente técnico.

De todo ello resulta, aun sin haberse propuesto el poeta escribir un tratado de agricultura o de ganadería de carácter doctrinario, una erudita y abundante colección de datos muy apreciados por sus mismos contemporáneos y por las generaciones posteriores, que vieron en las *Geórgicas* una obra de utilidad práctica para la explotación agropecuaria del campo, en manos de un diligente labrador.

En suma, un eclecticismo de la mejor especie que ha sabido escoger con originalidad la flor y nata de cuanto ha leído y asimilado, para transformarlo en algo nuevo que confiere al poema un distintivo propio, hasta convertirlo, en frase de W. I. Sellar [4] «en la única obra del género literario didáctico que el mundo moderno gustaría de leer».

He aquí escuetamente los nombres concretos de sus fuentes:

Plinio nombra al filósofo Demócrito como fuente de Virgilio al determinar los días favorables para los trabajos del campo, señalados por la Luna (I 276-77).

---

[4] W. I. Sellar, *The Roman Poets of the Augustean Age: Virgil*, Oxford, 1897, pág. 184.

Quintiliano cita a Nicandro de Colofón (s. II a. C.) como maestro de Virgilio, en sus tres obras, *Teríacas,* conservada, y *Geórgicas* y *Melisúrgicas,* desaparecidas.

Aulo Gelio (s. II d. C.) en sus *Noctes Atticae* nos da a conocer una cita referente a Virgilio, al que nos presenta como espigando textos de Homero, Hesíodo, Apolonio, Partenio, Calímaco y Teócrito.

Macrobio (IV-V d. C.) en sus *Saturnales* contrapone a Teócrito, inspirador de la pastoral, frente a Hesíodo *ruralis operis auctorem.* Cita también a Arato (III a. C.) autor de la obra *Phaenomena,* en donde bebe Virgilio diversos signos y pronósticos de los tiempos convenientes al labrador.

Servio detalla con más amplitud diversas fuentes de las *Geórgicas:* Jenofonte, el africano Magón, Catón, Varrón y Cicerón, aunque no concretaremos los puntos de inspiración.

Además, Eratóstenes de Cirene (III a. C.) en su obra *Hermes* sobre Astronomía, Teofrasto en su *Historia de las plantas* y Aristóteles en su *Historia de los animales.*

Ateniéndonos ahora a los autores que podríamos considerar como auténticos modelos, objeto de la *imitatio* virgiliana, se reducirían simplemente a dos, uno griego y otro romano, Hesíodo y Lucrecio, aunque no nos detendremos en su análisis.

Pese a todas estas fuentes, Virgilio, dice Büchner [5],

no tiene intención alguna de enseñar la ciencia de la agricultura ni la agricultura es el objeto principal de su poesía: la vida sagrada que él encontraba en la *Saturnia tellus* como un resto de la edad de oro, y la vida en sí, en sus posibilidades y en sus grados, dolores y alegrías, esto es el verdadero objeto de su poesía, objeto precisamente que llena todo su poetizar y su sentir.

---

[5] *Op. cit.,* págs. 384-385.

Y más adelante:

En cuanto hombre Virgilio participa del estado de los conocimientos y, por consiguiente, de los errores de su época; en cuanto poeta ve en las cosas el eterno ordenamiento de la vida, una verdad íntima que eleva en su manera personal a imperecedera belleza. De este modo la poesía didáctica ha encontrado su forma definitiva.

Si éstos son acreedores, como deudores de Virgilio podemos contabilizar a Paladio, Plinio el Viejo y Columela, comentaristas, en cierta manera, de su obra.

Entre los escoliastas ocupa un puesto de honor Servio Mauro Honorato (IV d. C.), que en su *Comentario sobre Virgilio* ofrece una síntesis de otros comentarios anteriores y su propia aportación sobre los aspectos más variados referidos a nuestro poeta.

3. *Estructura de la composición de las «Geórgicas»: unidad y pluralidad*

Los cinco primeros versos del Libro I de las *Geórgicas*, a saber:

Quid faciat laetas segetes, quo sidere terram
vertere, Maecenas, ulmisque adiungere vites
conveniat, quae cura boum, qui cultus habendo
sit pecori, apibus quanta experientia parcis,
hinc canere incipiam.

[Qué es lo que hace fértiles las tierras, bajo qué constelación conviene alzar los campos y ayuntar las vides a los olmos, cuál es el cuidado de los bueyes, qué diligencia requiere la cría del ganado menor y

cuánta experiencia las económicas abejas, desde ahora, oh Mecenas, comenzaré a cantarte],

determinan con bastante claridad el plan que Virgilio ha trazado para la composición de su obra. Las expresiones *segetes* y *terram vertere* aluden a la agricultura propiamente dicha (Libro I); *ulmisque adiungere vites,* a la arboricultura (Libro II); *cura boum... cultus pecori,* al ganado mayor y menor (Libro III), y *apibus... parcis,* a la apicultura (Libro IV), y señalan de una manera inequívoca la clara división general de la obra en los cuatro apartados tradicionales.

Por otra parte, se ha querido distinguir con bastante fundamento la agrupación de los cuatro libros de dos en dos, a saber, los dos primeros abarcarían el mundo inanimado y el de las plantas, y los dos últimos el animado, representado con ventaja en el cuarto exclusivamente por las abejas. Es decir, constituye cada grupo una pequeña unidad dentro de la unidad general y superior de las *Geórgicas.*

Cada uno de estos dos grupos irían también marcados por un proemio y un final elogioso, determinados por nuestra parte de la siguiente manera:

Primer grupo. Proemio del Libro I: invocación a los dioses que tienen relación con el trabajo del campo (5-23), y a Octavio en especial, impulsor de estas ocupaciones (24-42).

Elogio final del Libro II: canto a la felicidad de los labradores, que ignoran su ventura (458-542).

Segundo grupo. Proemio del Libro III: invocación a los dioses protectores del ganado (1-11) y dedicación de

un templo a César cabe las orillas del Mincio, a la vez que anuncia una epopeya histórica (12-48).

Elogio final del Libro IV: canto a su amigo el poeta Cornelio Galo (1.ª edición), sustituido por el epilio del divino Aristeo, que había perdido sus abejas (2.ª mitad del Libro IV 317-558).

A estos elogios finales de los Libros II y IV (primero y segundo grupos) se contraponen los episodios dolorosos y tristes de los Libros I y III, con el anuncio de las señales premonitorias de la guerra civil, después de la muerte de César (463-514), y con la descripción del contagio pestilente que asoló la riqueza pecuaria de los Alpes, el Nórico y la ribera del Timavo (474-566), respectivamente.

Como síntesis general puede decirse que esta división de partes y esta variedad de temas tan poéticamente tocados y desarrollados no impide la unidad general de todo el poema didáctico. En la mente del poeta todo se subordina a su concepción personal del canto, que no es otra que el amor al campo, en el que se funden en perfecta conciliación lo grave y lo ligero, lo oscuro y lo claro, lo meramente didáctico y científico y lo exclusivamente lírico y poético.

También se ha discutido si el título y contenido verdadero de las *Geórgicas* corresponderían únicamente a los dos primeros libros. Es cierto que el verdadero título de las *Geórgicas* en latín es el de *Georgicon liber* y a continuación el número del libro correspondiente. La palabra *Georgicon* es el genitivo de plural de la forma griega *Georgiká* cuyo significado exacto es el de «cultivo de la tierra». En este sentido estricto sólo convendría el título a los dos primeros librcs, cuyo objeto son el cultivo de cereales y legumbres y el de la viticultura y oleicultura, preferentemente, en ambos cantos.

Pero como ha apuntado agudamente R. Martin en su artículo «Le problème des Géorgiques» [6], éstas se dividen esencialmente en dos grandes núcleos, cada uno de los cuales corresponde a una de las dos ramas de la economía rural: la agricultura propiamente dicha y la explotación del ganado mayor y menor y en la *experientia* de las económicas abejas, la *villatica pastio* tradicional romana, que si *in tenui labor at tenuis non gloria,* según el mismo poeta (Libro IV 6), «humilde es el argumento de mi empresa, pero no será humilde la gloria».

Por otra parte el aliento poético que recorre estos dos últimos libros de las *Geórgicas* no es nuevo en Virgilio, es el mismo que vimos vibrar a través de la naturaleza inanimada de los dos primeros cantos con el hombre siempre al fondo, pero bajo la tutela de los dioses.

Sólo que ahora, ante la naturaleza animada y más próxima al hombre, suben el tono y la emoción virgilianos hasta llegar a emocionarnos a veces como si de algo puramente humano se tratara. El poeta sabe conmoverse amorosa y melancólicamente ante los hitos fundamentales de la vida de los animales: el amor, la enfermedad y la muerte, como si fuesen, en expresión de Bellessort, «nuestros hermanos menores». La admiración sube de grados al tratar de las abejas, cuya vida comunitaria tanto se parece a la de la sociedad humana y particularmente a la romana.

Al hablar de la unidad y de la pluralidad de las *Geórgicas* no podemos menos, antes de dar por terminado este capítulo, de referirnos al problema de la segunda edición de las *Geórgicas,* con la modificación del largo episodio

[6] R. MARTIN, *Recherches sur les agronomes latins,* 2ème partie, *Virgile. Le problème des Géorgiques,* París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1971, pág. 119.

que precede a la *sphragís* o sello con que Virgilio rubrica la autenticidad de toda su obra (Libro IV 563-566).

El único testimonio fiable es el de Servio, que en dos ocasiones distintas nos habla de esta sustitución de un episodio por otro, sin que por otra parte nos haya quedado resto alguno de la primera edición que pudiera confirmarlo.

La primera cita corresponde al comentario sobre la Égloga X 1, dedicada por Virgilio a su amigo el poeta elegíaco Cornelio Galo. La segunda, al primer comentario de Servio al Libro IV de las *Geórgicas,* donde claramente afirma que *laudes Galli habuit locus ille qui nunc Orphei continet fabulam, quae inserta est postquam irato Augusto Gallus occisus est.* Es decir, que Virgilio sustituyó las alabanzas reales a su amigo Galo por el mito de los amores de Orfeo a su tristemente enamorada Eurídice.

4. *La significación literaria de las «Geórgicas»*

El objetivo o la finalidad de la obra lo ha sintetizado acertadamente E. de Saint-Denis [7] al señalar como móvil del poeta el de contribuir por su parte a la renovación de la vida pública en sus aspectos económicos y sociales, trastornados como consecuencia de las crueles y devastadoras guerras civiles a lo largo de casi todo el siglo I a. C.

Esta intención personal instando al cultivo del campo se conjugaría perfectamente con la política oficial del Príncipe, animada entusiásticamente, por una parte, por el patronazgo literario de Mecenas a favor de Virgilio y, por otra, por la colaboración oficial de aquél con el programa de Octavio.

---

[7] VIRGILE, *Géorgiques,* París, «B. Lettres», 1956, págs. VII y VIII de la Introducción.

Más concretamente todavía, Virgilio, desde su modesta posición social, se propondría, sin confesarlo, enseñar deleitando a tantos nuevos agricultores que cambiaron la espada por el arado al asentarse por orden superior en tierras para ellos desconocidas, y también a aquellos otros que, después de la batalla definitiva de Actium, con el producto de su botín de guerra adquirieron posesiones que no sabían explotar.

Porque Virgilio no se dirige a los grandes latifundistas o terratenientes que junto con las guerras civiles contribuyeron a la crisis económica de Italia. Más bien parece que se propone adoctrinar poéticamente a los medianos y pequeños propietarios, amos y servidores de lo suyo al mismo tiempo, que no necesitan capataces o *vilici,* ni enjambres o *examina* de esclavos, sino que abarcan modestamente toda la explotación mixta agropecuaria y contribuyen así a elevar la riqueza material y la satisfacción moral y espiritual de toda Italia.

K. Büchner [8] pasa revista a los diversos juicios de valor que los críticos han formulado sobre el sentido literario de las *Geórgicas.* Está claro que la belleza poética está muy por encima de su valor científico, cuya ordenación sistemática, propia de toda ciencia, es difícil, por no decir imposible, de determinar. O en todo caso el principio que puede reconocerse es una norma de carácter estilístico: la *variatio* o diversa formulación de los contenidos temáticos, lo que ha inducido a Burck [9] a calificarla de obra ingeniosamente construida.

Dos son los rasgos fundamentales que observa Büchner. Primero, que interesa más la forma que el fondo. Se-

[8] *Op. cit.,* págs. 308 y ss.

[9] E. Burck, «Die Komposition von Vergils Georgica», *Hermes,* 64, 1929, págs. 279 y s.

gundo, que aquélla se convierte en una composición polifónica cuyo contenido se diluye en variedad temática, a veces fragmentada, incompleta, entrecruzada, desordenada, de acuerdo con el simbolismo de toda poesía auténtica, que quiere comunicar al hombre el sentimiento de belleza que embarga al poeta.

Esta es la razón fundamental de la permanencia y de la aceptación continua de esta obra virgiliana. Si la poesía didáctica se limitase exclusivamente, en manos de Virgilio, a exponer ordenadamente la ciencia de la agricultura de su época, estaría sometida a las leyes de la transformación y del progreso, por lo que quedaría, en poco tiempo acaso, anticuada y olvidada, como la de tantas obras poéticas didácticas, que no interesan ya más que al estudioso especialista de la historia de la ciencia o al de la historia de la literatura antigua. Pero al ser la forma, la belleza, el arte lo primario, tiene su obra asegurada ya para siempre la perennidad.

Es también interesante, por otra parte, la valoración ética del trabajo, *labor,* que confiere al poema un sentido superior. Nos ha parecido que nada mejor para ello que ofrecer, con leves aportaciones por nuestra parte, una síntesis del concienzudo estudio de R. Martin en su obra citada ya en esta Introducción [10].

Frente a la concepción griega del trabajo como *pónos,* sufrimiento o castigo, venganza de Zeus engañado por Prometeo, y frente a la teoría hebraica de redención, además, de una culpa que hace recobrar la dignidad perdida, Virgilio reconoce en el esfuerzo humano una necesidad vital buena en sí misma, una finalidad o *télos* que sólo puede proporcionar al hombre bienes y felicidad:

[10] *Op. cit.,* cap. III, «La doctrina del trabajo», págs. 185-209.

Pater ipse colendi
haud facilem esse viam voluit, primusque per artem
movit agros, curis acuens mortalia corda,
nec torpere gravi passus sua regna veterno (I 121-124).

[El mismo Júpiter quiso que no fuese sencillo el procedimiento del cultivo y fue el primero que, impulsando con cuidados los espíritus de los hombres, determinó el arte de la agricultura y no consintió que sus reinos se estancasen en la indolente pereza].

La felicidad de la edad de oro perdida se recupera así, en buena medida, mediante el esfuerzo personal del hombre, pasando de un «bonheur» o felicidad estática y pasiva, a una «joie» o alegría dinámica y activa, que estimula continuamente a alcanzar el progreso, fuente de felicidad.

Es un pensamiento original de Virgilio en la forma y en el fondo, que encierra dentro de sí el tránsito de la moral del *otium* a la ética del *labor,* de la estética de las *Bucólicas* al sentido moralista de las *Geórgicas,* de una felicidad que no se disfruta, a la satisfacción personal compartida con todos.

Es asimismo curiosa y atrayente la observación del pensador Mounier [11] citado por R. Martin, al descubrir en el pensamiento virgiliano la coincidencia con el pensamiento cristiano de mayor actualidad:

Desde el comienzo Dios ha puesto en el hombre una ley de actividad, no como de castigo y de sufrimiento, sino como de ejercicio y de instrucción. El carácter penoso del trabajo está neutralizado por la alegría del combate. Interiormente en el trabajo-castigo merecido por Adán, la reflexión cristiana contemporánea descu-

[11] E. Mounier, *La petite peur du siècle,* tomo III, pág. 309 de sus *Obras Completas.* Citado por R. Martin, *op. cit.,* pág. 197.

bre una dialéctica de la liberación. Nosotros no queremos un mundo feliz, nosotros queremos un mundo humano.

5. *Traducciones españolas de las «Geórgicas»*

Dentro de las lenguas hispánicas es digna de consignarse la traducción de las *Geórgicas* al catalán en la Colección «Bernat Metge», Barcelona, 1963, hecha por el catedrático de latín de la Universidad Autónoma de Madrid, Miguel Dolç.

También el gallego goza de una traducción de todas las *Geórgicas* hecha por A. Gómez Ledo, en Santiago de Compostela en 1964, con el título de *Os catro libros das Xeorxigas, verquidos á lingoa galega.*

La recensión de todas las traducciones de nuestro autor al español, especialmente a partir de la invención de la imprenta hasta nuestros días, está prácticamente elaborada y publicada hace ya bastantes años. Solamente haría falta añadir las que han aparecido en los últimos sesenta o setenta años. Nos referimos al estudio bibliográfico sobre las traducciones españolas de Virgilio, realizado por Menéndez Pelayo como prólogo del tomo XX de la Biblioteca Clásica, *Églogas y Geórgicas* (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1924), con el título de *Traducciones de las Églogas y las Geórgicas de Virgilio.*

Anteriormente había aparecido el estudio referente a los traductores de la *Eneida,* en la misma colección.

Ciñéndonos a las traducciones totales o parciales de las *Geórgicas,* éstas son las siguientes:

1) Episodio de la *lucha de los toros,* correspondiente al Libro III de las *Geórgicas,* en octavas reales, por el Maes-

tro Juan de Mal-Lara. Lo inserta Herrera en las *Anotaciones a Garci-Lasso.*

2) En la misma obra de Herrera cita dos pasajes del Libro IV traducidos en verso por el Maestro Diego Girón.

3) Herrera, en la obra citada, traduce fragmentos del Libro IV, «de su propia cosecha».

4) Fray Luis de León tradujo el primer libro de las *Geórgicas* y una parte del segundo (poco más de doscientos versos), en octavas reales. Dentro de la excesiva libertad con que en aquella época se traducían los clásicos, alienta en los versos de Fray Luis el hálito poético de su autor.

5) *Las Geórgicas de P. Virgilio Marón... nuevamente traducidas en nuestra lengua castellana en verso suelto,* por Juan de Guzmán, Catedrático de la villa de Pontevedra. Año de 1586.

6) Traducción de todo Virgilio en prosa por el Maestro Diego López.

7) Traducción de las *Geórgicas* por autor anónimo del siglo XVII o XVIII, en estrofas de seis versos, endecasílabos y heptasílabos, alternando. Mayans la atribuyó a Fray Luis y la incluyó en el Tomo I de su edición de todo Virgilio. Menéndez Pelayo niega esta paternidad.

8) Traducción en verso de todo Virgilio en cuatro tomos. El primero comprende las *Églogas* y las *Geórgicas.* En Méjico, por José Rafael Larrañaga, en 1787. Es acaso la primera traducción que se imprimió en el Nuevo Mundo.

9) Luzán en su *Poética* introduce algún trozo de las *Geórgicas* traducido en verso; no se sabe si corresponde a una traducción completa de la que no se tienen noticias.

10) *Las Geórgicas de Marón Virgilio en castellano por Benito Pérez.* En Oviedo, año 1819. El manuscrito autógrafo lo poseyó Menéndez Pelayo y lo donó a su Biblioteca santanderina. El autor de este trabajo lo publicó en 1982

con el siguiente título: *Las Geórgicas de Publio Virgilio Marón,* traducción inédita en verso por Benito Pérez Valdés, introducción, transcripción y notas por Tomás de la Ascensión Recio García (catedrático de latín del Instituto de Bachillerato «Alfonso II» de Oviedo), Instituto «Bernaldo de Quirós», Mieres del Camino, 1982.

11) Traducción de las *Geórgicas* en octavas reales por Manuel Pérez del Camino, en Santander, año 1876, acompañada del original latino, cuyas pruebas corrigió personalmente M. Pelayo.

12) El episodio de Orfeo y Eurídice (Libro IV) fue traducido en octavas reales por el magistrado D. Manuel de Urbina y Daoíz y publicado en *El Artista,* periódico de 1835.

13) *Las Bucólicas y Geórgicas de Virgilio,* traducidas en verso endecasílabo por el Padre Fray Mateo Amo, O. P. Van acompañadas del texto latino. Manila, 1858.

14) *Las Geórgicas de Virgilio traducidas en verso castellano por Juan de Arona, Pedro Paz-Soldán.* El primero de estos nombres es el seudónimo del segundo. Lima, 1876. El volumen primero contiene solamente el Libro I de las *Geórgicas* y algún breve fragmento de los demás cantos.

15) *Obras completas de P. Virgilio Marón traducidas al castellano* (en prosa) por Eugenio de Ochoa. Madrid, 1869. Ha sido la más reeditada de las traducciones modernas, aunque a juicio de Menéndez Pelayo no es muy castiza.

16) El poeta García Tassara introduce en sus *Poesías* la traducción en verso del episodio relativo a la alabanza de la vida del campo, perteneciente al Libro II de las *Geórgicas.*

17) Menéndez Pelayo alaba la traducción de las *Geórgicas* en verso suelto hecha por el Duque de Villahermosa,

D. Marcelino de Aragón, que espera, dice, ver pronto la luz pública, como efectivamente ocurrió en 1881, Madrid.

Igualmente ocurre con la traducción de Ramón de Císcar, leída en la Academia de Buenas Letras de Barcelona y publicada en esta misma ciudad en el mismo año de 1881.

18) Finalmente la traducción de todo Virgilio en verso castellano por Miguel Antonio Caro, Bogotá, 1873, cuyo tomo I comprende las *Églogas* y *Geórgicas* y que es la que se publica en el tomo XX de la Biblioteca Clásica.

A juicio del recensor, la versión del poeta y erudito colombiano constituye un monumento de gloria para nuestra lengua.

Posteriormente a las traduciones reseñadas merecen citarse la del humanista mallorquín, Lorenzo Riber, *Obras completas* de Virgilio y Horacio, en un solo tomo, M. Aguilar - Editor, Madrid, 1941, varias veces reimpresa, con prólogos, interpretaciones y comentos. Más literaria que filológica, con indudable sabor humanista y arcaizante del idioma.

Otra es la debida a Emilio Gómez de Miguel, *Virgilio. Obras completas,* Madrid, Editorial Ibérica, 1961.

Una más es la titulada *Virgilio - Obras completas.* Traducción, introducción, prólogos y notas de Marcial Olivar, Lic. en Filosofía y Letras, ex-profesor de la Escuela de Bibliotecarios de Barcelona, edición ilustrada, Montaner y Simón S. A., Barcelona, reimpresión, 1967.

La *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* nos ha brindado la Introducción, versión rítmica y notas, de Rubén Bonifaz Nuño, junto con el texto latino de las *Geórgicas,* Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

El padre jesuita A. Espinosa Pólit, ecuatoriano, autor de *Virgilio. El poeta y su misión providencial,* nos ha rega-

lado también la traducción, en verso castellano, de Virgilio, en la Editorial IUS, S. A., Méjico, 1961.

La desaparecida «Colección Clásicos LABOR» de esta editorial, publicó en 1974 un tomo dedicado a Virgilio, obra del insigne virgilianista español Javier de Echave-Sustaeta. Por lo que se refiere a las *Geórgicas,* aparte de la Introducción correspondiente, tradujo en versión rítmica de gran calidad los episodios relativos a *El canto a Italia* y al *Elogio a la vida del campo* del Libro II, y al breve relato sobre *El anciano de Coricio* y a la más extensa fábula de Aristeo y Cirene, pertenecientes ambos al Libro IV.

Para terminar esta presentación de traducciones totales o parciales de las *Geórgicas* nos referiremos al libro *Virgilio* de Agustín García Calvo (Ediciones Júcar, 1976), en el que inserta la traducción rítmica de todo el Libro IV, acompañada de un Apéndice para la lectura de este mismo libro. Junto a innegables méritos de interpretación y de versión, aparecen retorcidas construcciones y violento uso del hipérbaton que desfiguran el original virgiliano. También contiene amplia bibliografía.

6. *Bibliografía*

Concretándonos al caso de las *Geórgicas,* tanto por lo que se refiere al argumento o contenido temático de la obra como a la calidad artística o literaria de la misma, detallaremos brevemente las obras o trabajos de relativa actualidad que contienen estudios de interés sobre aquéllas.

a) *Obras de conjunto*

J. Bayet, «Les premières *Géorgiques* de Virgile», *Mélanges de Littérature Latine,* Roma, 1967, págs. 197-242.

A. BELLESSORT, *Virgilio. Su obra y su tiempo* [trad. D. PLÁCIDO], Madrid, Tecnos, 1965. (Dedica varios capítulos a las *Geórgicas.)*

K. BÜCHNER, *Virgilio* [trad. M. BONARIA], Brescia, Paideia, 1963. (El capítulo V está dedicado a las *Geórgicas.* Amplia bibliografía al final de la obra.)

C. A. DISANDRO, «Las *Geórgicas* de Virgilio. Estudio de su estructura poética», *Bol. Acad. Argentina de Letras* 21 (1956), 517-601, 22 (1957), 51-107, 175-230, 467-511.

A. M. GUILLEMIN, *Virgile. Poète, artiste et penseur = Virgilio. Poeta, artista y pensador* [trad. E. J. PRIETO], Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1960. (La segunda parte, «Bajo el signo de Hesíodo, está dedicada a las *Geórgicas.)*

F. KLINGNER, «Über das Lob des Landlebens in Vergils *Georgica*», *Hermes* 66 (1931), 159-189.

—, *Vergils Georgica. Über das Landleben,* Zurich, 1963.

G. B. MILES, *Virgil's Georgics a new interpretation,* Los Ángeles-Londres, 1980.

B. OTIS, *Vergil. A Study in civilized Poetry,* Oxford, 1963. (El capítulo IV está dedicado a las *Geórgicas.)*

E. PARATORE, *Virgilio,* Florencia, G. C. Sansoni Editore, 1954. (Dedica a las *Geórgicas* las págs. 177-282.)

—, *Introduzione alle «Georgiche»,* Palermo, 1938.

Un repertorio bibliográfico completo se encuentra en

W. SUERBAUM, «Spezialbibliographie zu Vergils *Georgica*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 31, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1980, 395-499.

L. P. WILKINSON, *The Georgics of Virgil. A critical survey,* Cambridge, Univ. Press, 1969. (Estudio amplio, documentado y fundamental.)

b) *Obras de estudios parciales*

Diversos son los trabajos dedicados a algunos aspectos concretos sobre las *Geórgicas,* pero nos limitaremos a consignar los que consideramos de mayor relieve y transcendencia.

E. ABBE, *The plants of Virgils Georgics,* Nueva York, Ithaca, 1965.

H. BARDON, R. VERDIÈRE (edd.), *Vergiliana. Recherches sur Virgile,* Leiden, E. J. Brill, 1971. (Recoge diversos trabajos sobre Virgilio y las *Geórgicas* correspondientes a distintos autores.)

R. BILLIARD, *La vigne dans l'Antiquité,* Lyon, 1913.

—, *L'agriculture dans l'antiquité d'aprés les Géorgiques de Virgile,* París, 1928.

M. DOLÇ, *Retorno a la Roma clásica,* Madrid, Editorial Prensa Española, 1972. (Es digno de mención el capítulo «Política agraria y poesía en Virgilio».)

J. DE ECHAVE, «Acotaciones al estilo de las *Geórgicas*», *Helmántica* XII (1961), 5-26.

E. HERNÁNDEZ VISTA, «Los toros bajo el imperio de Venus. Estudio estilístico de *Geórgicas* III 209-241», *Estudios Clásicos* XII (1968), 497-514.

L. HERRMANN, «Le quatrième livre des Géorgiques et les abeilles d'Actium», *Revue des Études Anciennes* 33 (1931), 219-224.

P. D'HÉROUVILLE, *À la campagne avec Virgile,* París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1930.

R. MARTIN, *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales,* París, 1971. (La segunda parte está dedicada a Virgilio en tres capítulos de gran interés y originalidad.)

F. MOYA DEL BAÑO, «Orfeo y Eurídice en el *Culex* y en las *Geórgicas*», *Cuadernos de Filología Clásica* 4 (1972), 187-211.

E. NORDEN, «Orpheus und Eurydike. Ein nachträgliches Gedenkblatt für Vergil», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften,* 22 (1934), 626-683.

P. WUILLEUMIER, «Virgile et le vieillard de Tarente», *Revue des Études Latines* (1930), 325-340.

7. *Edición crítica base y discrepancias*

Varias han sido las ediciones críticas consultadas previamente al trabajo de la traducción española.

Por simple orden cronológico de publicación las consignamos a continuación:

1) P. Lejay, *Virgile. Les Géorgiques,* París, Librairie Hachette, 1914. (Texto latino con introducción y notas.)
2) G. Ianell, *P. Vergili Maronis Opera,* Leipzig, Teubner, 1930.
3) R. Sabbadini, *P. Vergili Maronis Opera: Bucolica et Georgica* (vol. I), Roma, 1930.
4) A. Colonna, *P. Vergili Maronis Georgica,* Turín, Chiantore, 1946. (En la «Praefatio» alude a la edición de todo Virgilio por R. Sabbadini, citada antes, impresa en Roma en 1930, con motivo del bimilenario de Virgilio, «la mejor de todas y en verdad digna del poeta mantuano», en frase de A. Colonna.)
5) E. de Saint-Denis, *Virgile. Géorgiques,* París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1956. (Introducción, texto latino y traducción con notas complementarias. Mejora la traducción de H. Goelzer, de 1926, de esta misma Colección.)
6) R. A. B. Mynors, *P. Vergili Maronis Opera,* Oxford, 1969.

La edición crítica que nos ha servido de base para la traducción española ha sido la consignada con el número 5 en la relación anterior. Sin embargo nos apartamos de ella y aceptamos otra en los siguientes pasajes:

	Saint-Denis	Lectura adoptada
Libro I		
50	*Ac* prius.	*At* prius (Lejay, Ianell)
91	Seu durat magis *vias* et venas	Seu durat magis et venas... (las demás)
101-102	Agricolae: hiberno laetissimae pulvere farra, / laetus ager: nullo tantum se Mysia cultu / ...	Agricolae: hiberno laetissimae pulvere farra. / Laetus ager nullo tantum se Mysia cultu / ... (Lejay)

	Saint-Denis	Lectura adoptada
Libro I		
135	*et* silicis	*ut* silicis (las demás)
157	falce premes *umbras*	falces premes *umbram* (Lejay, Colonna)
513	addunt *in spatia*	addunt *se spatio* (Lejay)
Libro II		
71	*castaneae* fagus	*castaneas* fagus (Lejay)
82	*miraturque* novas frondes...	*mirata estque* novas frondes... (Lejay, Colonna Mynors)
196	aut *ovium fetum...*	aut *fetus ovium...* (Lejay)
443	Navigiis pinos, domibus *cedrosque* cupressosque.	Navigiis pinos, domibus cedrumque cupressosque (las demás)
488	o qui me gelidis *in vallibus.*	o qui me gelidis *convallibus* (Lejay, Colonna, Mynors)
531	Corporaque agresti *nudat* praedura *palaestra.*	Corporaque agresti *nudant* praedura *palaestrae* (Lejay, Ianell, Colonna, Mynors)
542	...*fumantia* solvere colla.	...*spumantia* solvere colla (Lejay)
Libro IV		
112	Ipse, thymum *pinosque* ferens de montibus altis.	Ipse thymum *tinosque* ferens de montibus altis (las demás)
141	...illi tiliae atque uberrima *pinus.*	...illi tiliae atque uberrima *tinus* (Lejay, Ianell, Mynors)
173	...gemit impositis incudibus *antrum.*	...gemit impositis incudibus *Aetna* (las demás)

	SAINT-DENIS	LECTURA ADOPTADA
LIBRO IV		
230	*ora fove*	*ore fave* (LEJAY)
368-369-370		368-370-369 (las demás)
449	venimus hinc *lapsis*	venimus hinc *lassis* (LEJAY, IANELL, SABBADINI, MYNORS)
545-547-546		545-546-547 (las demás).

LIBRO I

SINOPSIS

1-42: *Dedicatoria e invocación.*

1-5: Dedicatoria de toda la obra a Mecenas, al mismo tiempo que describe brevemente el contenido de cada uno de los cuatro libros de las *Geórgicas.*

6-42: Invocación a los dioses protectores de la agricultura, nombrados directamente o mediante perífrasis: Líber, Ceres, Faunos, Dríades, Neptuno, Aristeo, Pan, Minerva, Triptólemo, Silvano y, en general, todos los dioses y diosas cuyo servicio es proteger los campos. Finalmente invoca a Augusto, a la sazón reinante en Roma, pero a quien espera, a su elección, un puesto en el consejo de los dioses: de la tierra, del mar o de los cielos.

43-203: *Trabajos variados de los campos: observaciones previas, consejos prácticos, herramientas útiles.*

43-49: Al llegar la primavera deben comenzar las labores del campo. Cuatro son las que éste requiere durante el año.

50-70: Antes de nada hay que observar el clima, la calidad de las tierras, distintas para cada cultivo, la época conveniente a cada labor según la exigencia del terreno.

71-99: Hay varios métodos de cultivo: descanso de la tierra por un año (año y vez), el régimen alterno (cereales y leguminosas) favorecido por el abono orgánico del graso estiércol o por cremación sobre el terreno de las delgadas cañas del rastrojo.

Beneficia a los campos el destripado de terrones y su allanamiento, como también el corte perpendicular de los surcos trazados verticalmente.

100-117: Veranos húmedos, serenos inviernos. Irrigación de las tierras agostadas. «Despuntado» de la mies tierna viciosa para asegurar una buena granazón. Drenaje y saneamiento de las tierras encharcadas.

118-159: Los enemigos que acechan al labrador, estimulados por Júpiter y Ceres para cultivar racionalmente los campos: las aves, los reptiles, los lobos, las plantas parásitas, las semillas nocivas, la sombra perjudicial, poética y desordenadamente enumerados.

160-175: Las armas de los rudos campesinos: reja, arado, carros, trillos, rastros, harnero... preparados de antemano. Fabricación detallada del arado.

176-203: Otros preceptos que vienen ya de antiguo: construcción segura y maciza de la era, al abrigo de las alimañas subterráneas. Presagios sacados de la floración del almendro. Selección y cuidado de las semillas, que, no obstante, ¡misterios de la naturaleza! a veces degeneran.

204-463: *Trabajos propios de cada estación, del día y de la noche. Fenómenos presagiados de la observación del cielo y de los astros, de la naturaleza animada e inanimada.*

204-230: Estrellas y constelaciones que indican el momento de sembrar diferentes semillas: la cebada, el lino, la adormidera, las habas, la alfalfa, el mijo, el trigo, la arveja, el guisante, la lenteja.

231-258: Descripción de las cinco zonas celestes. De acuerdo con la observación de las constelaciones se pueden predecir

las épocas de la siega y de la siembra, y el tiempo propicio para la navegación.

259-275: Los días de lluvia y los días de fiesta son buena ocasión para determinados trabajos.

276-286: La Luna ha determinado en su curso los días favorables o desfavorables para algunas actividades.

287-310: Hay trabajos más hacederos por la noche; otros, de madrugada; los hay propios del verano, pero el invierno no es totalmente inactivo para el incansable labrador.

311-337: Observación de las constelaciones para predecir en todo tiempo las tempestades de agua y los huracanes y las tormentas en las que el padre Júpiter blande el rayo y hace temblar la tierra.

338-350: Preciso es, ante todo, dar culto a los dioses, pero en particular a Ceres, entrada ya la primavera, en una gran fiesta en torno de las nuevas mieses.

351-423: El mismo Júpiter ha dispuesto con señales ciertas el tiempo futuro: la borrasca que se desata en el mar, el vendaval de tierra, las aguas torrenciales. También será fácil adivinar los días de sol y de cielo despejado: indicios claros muestran la Luna, las aves marinas, las de tierra, los animales domésticos.

424-437: Pronósticos de la Luna: agua, vientos, calma.

438-463: Pronósticos del Sol: lluvia, tormenta de granizo, viento, tiempo despejado, al levantarse y al ocultarse en las olas del Océano.

464-514: *Calamidades presentes y súplica final de paz.*

464-497: El Sol anunció la guerra civil a los romanos y las desgracias que se desencadenaron a la muerte violenta de César. También dieron pronósticos en el mismo sentido la tierra, el mar, los perros y las aves, el Etna humeante, la Germania, los Alpes y los ríos y hasta las entrañas de las víctimas.

498-514: Súplica final a los Dioses Indígetes de Roma para que el joven príncipe restaure la paz y reine sobre los campos desolados.

Qué es lo que hace fértiles las tierras, bajo qué constelación conviene alzar los campos y ayuntar las vides a los olmos [1], cuál es el cuidado de los bueyes, qué diligencia requiere la cría del ganado menor y cuánta experiencia las económicas abejas, desde ahora, oh Mecenas, comenzaré a cantarte.

Vosotras, oh lumbreras esclarecidas del universo, que guiáis el año deslizado a través del cielo, y tú, Líber [2], y tú, nutricia Ceres, si es cierto que por regalo vuestro cambió la tierra la bellota caonia [3] por la gruesa espiga y mezcló el agua del Aqueloo [4] con el mosto de la recién hallada uva, y vosotros, Faunos, divinidades protectoras

---

[1] Costumbre muy de Italia, a la que aludirá el poeta en las *Geórgicas* con frecuencia, que consiste en hacer trepar la vid por el tronco y ramas laterales del árbol, sobre todo del olmo, en forma de pisos escalonados, siguiendo un orden.

[2] Sobrenombre de Baco, dios del vino.

[3] Llama a la bellota «caonia», como en otra parte aplica este epíteto a las palomas, porque los caonios fueron el pueblo que habitó Dodona, ciudad del Epiro, país del noroeste de Grecia, de extensos bosques de encinas, cuyo fruto, al decir de los poetas, fue la primitiva comida de los hombres.

[4] El río Aqueloo, en Etolia, región al sur del Epiro. Quiere significar el poeta el agua, en general, primera de las bebidas de los hombres, sólo más tarde sustituida por el vino, aun así empleado en Grecia únicamente mezclado con aquélla. Según una tradición la invención del vino se localizaba también en Etolia.

de los campesinos, traed también la danza, Faunos, lo mismo que vosotras, doncellas Dríades, que vuestros dones canto [5].

Y tú, Neptuno [6], en cuyo honor la tierra herida por tu gran tridente brotó al punto el relinchante caballo, y, tú, habitante de los bosques [7], en cuyo honor trescientos novillos blancos como la nieve pacen los fértiles sotos de Cea; tú, también, Pan [8], guardián de ovejas, abandona el bosque paterno y los valles del Liceo, y si te causan algún cuidado tus campos ménalos, ven a mí, propicio, oh Tegeo, y tú lo mismo, Minerva [9], que descubriste la oliva,

---

[5] Divinidades campestres. Los primeros, los Faunos, favorecen a los rebaños; las segundas, las Dríades, según su nombre indica, las encinas y árboles en general. Los animales son el objeto del Libro III de las *Geórgicas;* los árboles del II.

[6] Alude el poeta a la conocida fábula del debate entre Neptuno y Minerva para dar un nombre a la ciudad de Atenas; en presencia de Júpiter hizo saltar Neptuno con un golpe de su tridente el caballo y Minerva (Palas Atenea), hiriendo la tierra con su lanza, el olivo. En el Libro III hablará el poeta de la cría del caballo.

[7] Sin citarlo expresamente por su nombre, llama *cultor nemorum,* cultivador y habitante de los bosques, al pastor Aristeo, hijo de Apolo y Cirene, al que dedicará un bellísimo episodio en el Libro IV, a propósito de la invención de las abejas. Aunque nacido en Tesalia vivió en la isla de Cea, situada en el mar Egeo, dedicado a la agricultura y a la ganadería.

[8] Pan, dios de la naturaleza entera, particularmente de los pastores y rebaños. Su representación era a la vez divina y animal: cuernos, como rayos, en la frente; rostro de eterna y resplandeciente juventud; el tronco de su cuerpo cubierto con una piel de venado; ásperas piernas simbolizando plantas y animales, y, finalmente, pezuñas de cabra.

Su patria era la Arcadia, donde los montes Ménalo y Liceo delimitan el valle del Alfeo y donde se halla Tegea, residencia habitual del dios.

[9] Minerva, diosa de las armas y de las letras, nacida armada del cerebro de Júpiter por un hachazo de Vulcano. Nació sin concurso de mujer

y tú niño [10], inventor del corvo arado; y tú, Silvano [11], que llevas un tierno ciprés arrancado de raíz. Vosotros dioses y diosas todos, cuyo servicio es proteger los campos y alimentar sus frutos espontáneos y hacer caer desde el cielo a los sembrados abundante lluvia.

Y tú, por fin, oh César [12], tú, de quien no sabemos qué asamblea de los dioses tiene reservado un puesto; ya

---

para indicar, según Marciano, que la Prudencia, de la que esta diosa es protectora, es sólo propia del varón, de acuerdo con aquellos versos:

Quam de patre ferunt sine matris foedere natam,
provida consilium, quod nescit curia matrum.

[Dicen que nació Minerva de padre sólo, sin maternal concurso, previsora de consejos, que ignora la multitud de las mujeres.]

[10] Triptólemo, hijo de Celeo, en Eleusis. En su casa fue recibida hospitalariamente Deméter (Ceres), que iba en busca de su hija Prosérpina, raptada por Plutón. En recompensa crió al niño Triptólemo y le enseñó el arte de sembrar semillas, que después transmitió a los demás hombres.

[11] Silvano, como Fauno, amigo de pastores y rebaños, pero principalmente de los bosques, y *tutor finium,* guardían de los mojones o, linderos en los campos, como lo llama Horacio.

Alude Virgilio, al citar el ciprés, al hecho de que, muerto Cipariso, niño muy amado de Silvano, lo convirtió en árbol, que por consuelo llevaba siempre al hombro.

[12] Invoca a César como a una divinidad, sin saber todavía en qué reino del universo ha de reinar como tal: en la *tierra,* ceñido con el mirto consagrado a Venus, progenitora de los Julos; en el *mar,* llegando a ser yerno de Tetis, esposa del Océano y madre de las Oceánidas, por medio de un matrimonio verificado según una de las formas antiguas del derecho romano: por compra, *per aes et libram;* o finalmente en el *cielo,* como un astro, en los meses Quinctilis y Sextilis, llamados más tarde, en honor de César y de Augusto, Julio y Agosto, respectivamente, entre las constelaciones «Virgo», significada por Erígone, la hija de Ícaro, muerta de dolor a la muerte de su padre y colocada en el cielo, y las Pinzas o Brazos del Escorpión (Quelas), distintos del Escorpión propiamente dicho, y que luego tomaron el nombre de Libra o Balanza.

También los antiguos creían que los nacidos bajo este signo de Libra

quieras visitar ciudades y cuidar las tierras y te reciba entonces la tierra toda como autor de los frutos y moderador del tiempo, ceñidas tus sienes del materno mirto; o si te presentas como dios del mar inmenso y adorando solamente los marineros tu deidad, a ti te sirva la más remota de las tierras, Tule, y Tetis te compre para yerno por el mar entero; o si bien prefieres añadirte como nuevo astro a los meses largos, en el espacio libre entre Erígone y las Quelas que la siguen (pues el ardiente Escorpión estrecha ya en tu honor sus brazos y te ha dejado una parte del firmamento más que suficiente): sea cual fuere tu destino (pues ni el Tártaro te espera como rey, ni de ti se apodere tan cruel pasión de reinar, aunque Grecia admire los Campos Elíseis y Prosérpina no atienda a seguir el llamamiento de su madre), suaviza mi tarea y favorece mi audaz empresa y, compadeciéndote conmigo de los labradores, que ignoran su camino, señálame la ruta y acostúmbrate ya mismo a ser invocado con plegarias.

Al llegar la primavera, cuando el hielo se derrite en los nevados montes y la gleba se convierte en polvo al so-

---

y Escorpión eran de ánimo belicoso y grandes guerreros: *in bellum ardentes animos... et multo gaudentem sanguine civem.*

En el *infierno* no debe haber lugar para Octavio, significado aquél por el Tártaro, conjunto de las moradas de ultratumba, cuyo rey era Plutón y la reina Prosérpina, raptada por éste de las praderas de Sicilia, en donde se hallaba cogiendo flores acompañada de su madre Ceres. En vano ésta la llama para que deje el reino infernal, pues ella se obstina en seguir allí al lado de su esposo.

Otra tradición hace a Júpiter sentenciar que la doncella resida seis meses en la tierra con su madre y otros seis en el infierno con su esposo, claro indicio, según muchos, de la reversión anual de la Naturaleza viva.

Tule es el nombre de una isla situada en el extremo noroccidental del mundo entonces conocido, citada ya por Píteas, pero de difícil localización.

plo del viento Céfiro [13], empiece, a mi parecer, ya entonces el buey a gemir bajo el peso del arado hundido y resplandezca la reja gastada por el surco. Aquella tierra solamente satisfará al avaro labrador que haya sentido dos veces los rigores del sol y dos los de los fríos: sus abundantes mieses logran hundir siempre los graneros [14].

Pero antes de roturar con el hierro un campo primerizo conviene conocer los vientos dominantes y la acostumbrada variedad del clima, las atávicas disposiciones del terreno y su tradicional cultivo y qué fruto produce y cuál rechaza cada una de las tierras. Esta es buena para cereales, la otra sazona mejor las vides; los árboles frutales crecen en otra parte y allí verdece naturalmente la hierba.

---

[13] El Céfiro es un viento del oeste, llamado «Favonio» entre los latinos, porque «favorece» el nacimiento de la primavera, cuyo comienzo entre los romanos tenía lugar el día cuatro de los idus de febrero.

Horacio alude a este viento en la Oda IV del libro I:

Solvitur acris hiems grata vice veris et Favonii,

que tradujo Fray Luis de León:

«Ya comienza el invierno riguroso
a templar el furor con la venida
de Favonio suave y amoroso...»

[14] Cuatro labores exige aquí Virgilio para que pueda esperarse de la tierra con razón abundante cosecha. No todas eran prescritas por otros escritores romanos de Agricultura, como Varrón y Columela, ni tampoco todas son frecuentes en la práctica. La primera, cuando el Sol está en el signo de Libra, en el equinoccio de otoño, antes de la operación de la siembra, *exercete, viri, tauros,* dirá luego el poeta; la segunda, a la que alude en los versos que comentamos, al empezar la primavera, conocida con el nombre de «alza» por los labradores, por considerarse en realidad como la primera, para levantar la rastrojera (estas dos cercanas a la época del invierno); las otras dos siguientes son propias del comienzo del verano: *iterare* y *tertiare,* «binar» y «terciar» en el lenguaje de nuestros campesinos.

¿No ves cómo el monte Tmolo nos envía el oloroso azafrán, la India el marfil y los afeminados sabeos sus inciensos y, en cambio, los desnudos cálibes el hierro, el Ponto el castóreo fétido y el Epiro las yeguas que cosechan palmas en la Élide? [15].

Desde el momento mismo en que Deucalión [16] arrojó sobre la desnuda tierra las piedras de donde brotaron los hombres, empedernida raza, al punto impuso la naturaleza a lugares determinados leyes ciertas y eternas normas. Pues, ea, labren los robustos bueyes la tierra gruesa desde los primeros meses del año y el polvoriento estío cueza los terrones extendidos con los rayos en toda su pujanza; mas, si la tierra es floja, será bastante removerla en delgados

---

[15] El Tmolo es un monte de Lidia (Asia Menor), al sur de Sardes. Los sabeos, afeminados como todo pueblo meridional u oriental en concepto de los romanos, habitaban la Arabia Feliz.

Los cálibes eran un pueblo de la costa sudeste del mar Negro.

El «castóreo» es una sustancia medicinal que ya utilizaban los pueblos antiguos, originada por dos bolsas situadas a cada lado de los órganos genitales, masculinos y femeninos, del castor y que desembocan en el prepucio y en la vagina, respectivamente. Curiosas observaciones nos dan los escritores clásicos sobre este animal, algunas, como las de Plinio (Libro XXXII, 3), muy atinadas y exactas.

El Epiro, situado, como hemos dicho, al noroeste de Grecia, era un país montañoso y célebre por sus caballos, que corrían en los juegos olímpicos de Élide, ciudad regada por el Peneo en el Peloponeso.

Las yeguas, aunque menos fuertes que los caballos, tienen más elasticidad en sus miembros y de aquí su ligereza reconocida en la antigüedad, que por mano de Pausanias nos dejó consignadas anécdotas sobre su velocidad y educación para la carrera.

[16] También el mundo clásico creyó en un diluvio universal como castigo divino a la humanidad prevaricadora. De él sólo se salvaron Deucalión y Pirra sobre la cima del Parnaso. Para repoblar la tierra, obedeciendo al oráculo de Delfos, arrojaron piedras tras de sí, que se convertían en hombres.

surcos hacia el Arturo [17]; no sea que las hierbas perjudiquen en aquélla los lozanos frutos y la arena estéril absorba en ésta su humedad escasa.

También harás que descansen tus campos ya segados por un año, y la tierra así inactiva se fortifique con el abandono; o si prefieres, siembra, al cambiar el tiempo, el dorado trigo allí donde antes arrancaste legumbres lozanas de temblorosa vaina, o el fruto delicado de la arveja y las frágiles cañas del amargo altramuz, que forman sonoroso bosque.

El lino, en cambio, quema la tierra, y lo mismo la avena y la adormidera henchida de sueño leteo [18]. Pero, sin embargo, el trabajo es fácil en un régimen alterno de cultivos, con tal de que no te cause vergüenza saturar el árido suelo de graso estiércol y arrojar la ceniza inmunda por los campos agotados.

Así también con el cambio de cultivos descansa el campo y aun sin labores presenta la tierra cierto agradable aspecto. Frecuentemente causó también provecho quemar el suelo estéril y encender en crepitantes llamas las delgadas cañas del rastrojo, ya sea que las tierras toman con esto fuerzas ocultas y fecundo abono, o que les consume el fuego todo el exceso y hace expeler una humedad dañosa, o que aquel calor abra abundantes poros y ocultos respiraderos, por donde llega el jugo a las nuevas plantas, o porque endurece y comprime las abiertas venas para impedir

[17] Arturo: estrella situada, como su nombre indica, a la cola de la Osa Mayor, en la constelación del Boyero. Se levanta o aparece en la primera quincena de septiembre, época del comienzo de las labores.

[18] La adormidera disuelta en líquidos produce el olvido, al igual que las aguas del río Leteo del infierno, que hacen olvidar a los que las beben su vida terrenal anterior. Solución ingeniosa y a la vez profunda para explicar la felicidad absoluta de los bienaventurados.

así la penetración de la fina lluvia y que el duro rigor del sol violento o el frío penetrante del Bóreas las queme [19].

Además beneficia mucho a los campos aquél que rompe los terrones improductivos con los rastrillos y el que arrastra sobre ellos zarzos de mimbre; con ojos complacientes lo mira desde el elevado Olimpo la rubia Ceres, y lo mismo aquél que, volviendo de nuevo el arado, corta de través los lomos que levantó rectos sobre la planicie y ejercita sin parar la tierra y sobre los campos manda.

Pedid, labradores, veranos húmedos y serenos inviernos, que con el polvoriento invierno hay abundante trigo. Así la Misia, campiña fértil, sin cultivo alguno se envanece igual y el mismo Gárgaro admira sus propias cosechas [20].

¿Qué decir de aquél que, esparcida la semilla, pone mano en el terreno y allana los montones de la seca arena y después lleva el agua a los sembrados en dóciles corrientes y, cuando el campo agostado aridece al secarse las hierbas, he aquí que hace saltar la onda de la escarpada cima a través de pendiente sendero?; al caer el agua por las guijas lisas produce un ronco murmullo y refresca con sus golpes el campo seco. ¿Y qué diré del que hace pacer la viciosa mies en tierna hierba, al punto en que el sembrado se levanta sobre el lomo de los surcos, para evitar que la caña se tumbe luego al peso de las espigas llenas? ¿Y qué

[19] Bóreas, el más célebre de los vientos, que habitaba en la región de Tracia, de aspecto desértico y de clima duro, en una caverna del monte Hemos. Se le representaba como un viejo barbudo, con alas y vestido de corta túnica.

[20] La Misia es una región extensa de Asia Menor, entre la Propóntide, el mar Egeo, Lidia y Frigia. Se dividía en dos: Mysia Minor y Mysia Maior. Era una comarca muy fértil, que por disfrutar del clima que Virgilio solicita para los labradores producía abundantes cosechas.

El Gárgaro es la cima de la cordillera del Ida, a cuyo pie meridional se levantaba la ciudad de Gárgara, en el golfo Adramiteno.

del que seca con arena bebedora la humedad estancada en charcos, sobre todo si en los dudosos meses el río se desata caudaloso y anega todo por doquier con el arrastrado limo, formando en las hondonadas lagunas que exhalan una tibia humedad?

Y a pesar de que hombres y ganado hayan practicado estos trabajos, sin cesar de revolver la tierra, todavía causan daño el insaciable ganso y las grullas estrimonias [21] y la achicoria de raíz amarga o la nociva sombra. El mismo Júpiter quiso que no fuese sencillo el procedimiento del cultivo y fue el primero que, impulsando con cuidados los espíritus de los hombres, determinó el arte de la agricultura y no consintió que sus reinos se estancasen con la indolente pereza.

Antes de Júpiter ningún labrador cultivaba la tierra, ni era lícito tampoco amojonar ni dividir un campo por linderos; disfrutaban en común la tierra y ésta producía por sí misma de todo con más liberalidad sin pedirlo nadie [22]. Él fue quien puso la ponzoña venenosa en las negras serpientes y ordenó a los lobos hacer presa y a removerse el mar y sacudió la miel de las hojas [23] y ocultó el fuego y secó los arroyos de vino, que corría por do-

[21] Llama a las grullas «estrimonias» por venir durante el invierno a Grecia desde la comarca regada por el río Estrimón, hoy Strouma, que nace en el monte Hemo y desemboca en el golfo de su nombre, al norte de la Calcídica, en Tracia.

[22] Alusión a la Edad de Oro, en la que la humanidad vivía libre de dolor y de sufrimientos, de guerras y de trabajos, bajo el reinado de Cronos o Saturno. Su destronamiento por Zeus o Júpiter trajo a los hombres la necesidad del esfuerzo y del cultivo racional de la tierra. Explicación mítica del trabajo humano frente a la teoría racional de Lucrecio, que lo fundamenta en las necesidades naturales del hombre.

[23] En la *Bucólica* IV 30, alude a lo mismo: *et durae quercus sudabunt roscida mella:* «y las duras encinas destilarán el rocío de la miel».

quier, con el fin de que la necesidad, por el continuo ejercicio, originase poco a poco variedad de artes y en los surcos buscase la planta del trigo e hiciese brotar de las venas del pedernal el escondido fuego. Entonces los ríos, por primera vez, sintieron sobre sí los troncos excavados del aliso, entonces el marinero redujo a número los astros y les dio los nombres de Pléyades, Híades y la brillante Osa, hija de Licaón [24]. Entonces se inventó cazar a lazo las fieras, engañar los pájaros con liga y cercar de perros las espesas selvas. Ya un segundo, escudriñando el hondo, hiere con la red el anchuroso río y otro arrastra por el mar los mojados linos. De entonces data el hierro rígido y la sierra de sonido agudo, pues los primeros hombres hendían con cuñas la fibrosa madera. Entonces aparecieron los variados oficios. Todo lo venció el extremado trabajo y la necesidad que aprieta en circunstancias duras.

Ceres fue la primera que enseñó a los mortales a voltear la tierra con el hierro, cuando empezaban a faltar las bellotas y los madroños del sagrado bosque y Dodona [25] negaba su alimento. Después también el trigo sufrió nuevo castigo: el anublo nocivo [26] que consume las espigas y el

[24] Pléyades, constelación de siete estrellas, a la espalda del Toro, cuyo nacimiento o aparición, del 22 de abril al 10 de mayo, marcaba el comienzo de la navegación.

Híades, constelación también de siete estrellas, a la cabeza del Toro, cuya aparición (16 de mayo al 9 de junio) y su ocultación u ocaso (2 al 14 de noviembre) eran considerados como presagio de lluvia. La Osa Mayor guiaba la navegación entre los antiguos. La mitología la hacía hija de Licaón, rey de la Arcadia, con el nombre de Calixto, que violada por Júpiter fue cambiada en Osa por Juno y colocada en el cielo por el padre de los dioses.

[25] Dodona. Véase nota 3.

[26] *Robigo* en latín, que corresponde a un hongo parásito, «tizón» o «roya», vulgarmente conocido en algunas partes con el nombre de «anu-

pelado cardo que se eriza sobre los campos. Perecen los sembrados y crece en su lugar la áspera maleza, el lampazo y el abrojo, y en medio de vistosas mieses sobresalen la cizaña estéril y las avenas locas.

Por lo tanto, si no persigues sin tregua la hierba con los rastros y espantas con ruidos a las aves, levantas, guadaña en mano, el tapiz que cubre el campo e invocas con súplicas la lluvia, ¡ay!, en vano contemplarás el grueso montón de trigo ajeno y tendrás que acallar solitario el hambre, sacudiendo la encina de los bosques.

También hay que nombrar las armas propias de los rudos campesinos, sin las cuales ni pudieron sembrarse ni crecer las mieses: la reja y, en primer lugar, el pesado roble del corvo arado y los carros de la madre eleusina [27], lentos en moverse, y los trillos, las rastreras y rastros de

---

blo» o «añublo» y que los romanos, como hacían con todas las fuerzas de la naturaleza que desconocían, lo consideraban como un espíritu maligno, ofreciéndole una fiesta propiciatoria el 25 de abril. Esta ceremonia pagana se cristianizó en la tradicional Letanía Mayor de San Marcos, que se cantaba durante la procesión alrededor de los campos, bendiciéndose éstos al final.

Tal vez también, con un mismo significado religioso y para ahuyentar el peligro sobre las mieses, desde la fiesta cristiana de la Invención de la Santa Cruz, día 3 de mayo, hasta la Exaltación de la Santa Cruz, 14 de septiembre, sea costumbre en algunas regiones de Castilla repicar las campanas al toque de mediodía, llamando las gentes a este toque el «anublo».

[27] Se refiere a Ceres, Deméter entre los griegos, «madre de la tierra» según el significado de su nombre. En Eleusis, aldea del Ática, muy cercana a Atenas, se celebraban sus misterios y en ellos la imagen de la diosa era llevada en procesión en carros rústicos durante la noche en medio de un entusiasmo delirante de la muchedumbre. Estas fiestas las fundó Triptólemo, al venir de recorrer la tierra enseñando a los hombres la agricultura por orden de Ceres. Era hijo de Celeo, según dijimos (véase nota 10).

excesivo peso; además el tosco ajuar de mimbres de Celeo, los zarzos de madroño y el harnero místico de Iaco [28]; aperos todos que, mucho antes de usarlos, has de tener, atento, en previsión, si quieres en destino la debida gloria del divino campo.

Sin pérdida de tiempo se doma, flexible, un olmo en el bosque con gran fuerza para cama y recibe la forma del curvo arado; se adapta al tronco, a partir de la raíz, el timón de ocho pies de largo, dos orejeras y un dental de doble revés. Se corta también con anterioridad para yugo un delgado tilo y una elevada haya para esteva, que, puesta atrás, haga girar las ruedas bajas; el humo examina la dureza de la madera, colgada al fuego.

Podría referirte muchos preceptos de los antiguos, si me atiendes y no te cansa conocer minúsculos cuidados. Ante todas las cosas la era debe allanarse con pesado cilindro y cimentarla con la mano y hacerla maciza con greda pegajosa, por que las hierbas no la cubran y acabe deshecha en polvo y mil plagas burlen tu trabajo. Frecuentemente el pequeño ratón construyó sus galerías bajo tierra y las convirtió en granero, o los ciegos topos cavaron su manida y en los agujeros fue hallado el sapo y cuantos bichos raros la tierra cría: el gorgojo, que devora un vasto montón de trigo, y la hormiga, que teme la vejez necesitada.

Observa también siempre cuando el almendro en el bosque se vista de flores y doblegue sus olorosas ramas; si

---

[28] Iaco, hermano de Ceres. En las fiestas Tesmoforias de Atenas, en las que sólo participaban mujeres de reconocida distinción y previamente purificadas, la imagen de Iaco, coronada de mirto y con una antorcha en la mano, presidía la procesión de las iniciadas, camino de Atenas a Eleusis. Llevaban éstas en sus cabezas canastillas con diversos objetos, entre ellos un harnero, que separa el grano de la paja, símbolo de la purificación.

el fruto en esperanza es abundante, colmados también serán los trigos y la trilla será grande con los calores fuertes; pero si la sombra es muy densa por la abundancia excesiva del follaje, en vano trillará la era las cañas, gruesas sólo por la paja.

Yo he visto asimismo a muchos que preparaban, al sembrar, el grano y lo rociaban antes con salitre mezclado con negro alpechín, con el fin de que las vainas engañosas encerrasen un fruto mayor y se apresurase su reblandecimiento al fuego, aunque fuese escaso. He visto también semillas seleccionadas largo tiempo y con mucho esfuerzo probadas, que sin embargo degeneraban, si la mano del hombre no separaba todos los años con los dedos una a una las más grandes [29]. ¡Ir así de mal en peor todas las cosas por fuerza del destino y volver atrás empeoradas! No de otra manera que el que empuja a duras penas con los remos su barquilla remontando la corriente y, si le ocurre aflojar los brazos, lo arrebata al punto el cauce lanzándolo a la deriva.

También debemos observar la constelación del Arturo y la época de las Cabrillas y la resplandeciente Serpiente [30], no de otro modo que los que son llevados a su patria a

---

[29] Puede entenderse en el sentido de la teoría de los antiguos, consignada por Teofrasto, según la cual se producía una evolución retrógrada de las semillas, llegando el trigo a convertirse en cizaña o en la planta llamada avena loca.

[30] Ya determinamos la situación astronómica del Arturo, que se oculta, según Columela, el 29 de octubre (véase nota 17).

Las Cabrillas son dos estrellas de la constelación del Cochero, que aparecen alrededor del equinoccio de otoño y anuncian tempestades.

La Serpiente Austral o Hidra brilla en el mes de febrero. La cita tiene un carácter general, pues todas las constelaciones deben ser observadas.

través de borrascosos mares acechan el Ponto Euxino y las bocas de Abidos, productor de ostras [31]. Cuando la Libra haya igualado las horas del día y las del sueño y separa ya la mitad del orbe entre luz y sombras [32], poned los bueyes al trabajo, labradores, y sembrad en los campos la cebada [33] hasta las lluvias finales del intratable invierno. Es el tiempo también de cubrir con tierra la semilla del lino y la adormidera consagrada a Ceres [34] y de inclinarse ya mismo sobre el arado, mientras lo permite el suelo, seco todavía, y las nubes quedan en suspenso.

La siembra de las habas es en primavera; entonces también a ti, alfalfa de la Media [35], te reciben los sueltos surcos y para el mijo llega el anual cuidado, en el tiempo en que el blanco Toro abre el año con sus cuernos de oro y el Can se esconde, retirándose ante la grupa del astro [36].

---

[31] En el Helesponto, región situada a la entrada de la Propóntide o mar de Mármara. En la costa de Asia está Abidos, patria de Leandro, y en la de Europa, Sestos, patria de Hero. A estos dos jóvenes ha de referirse de nuevo en la *Geórgica* III 258.

[32] El equinoccio de otoño tiene lugar cuando el Sol está en el signo de Libra.

[33] El poeta pone en el verso la palabra *hordea,* que no puede traducirse más que por cebada, pero, según la crítica antigua, ha de entenderse que lo hizo por una necesidad métrica y que la interpretación auténtica exige traducirla mejor por trigo.

[34] La adormidera es planta consagrada a Ceres, pues por su cualidad de producir el olvido había adormecido las tristezas y penas de la diosa, tras el rapto de su hija Prosérpina.

[35] La mielga, cultivada en prados artificiales y llamada alfalfa, fue conocida en Grecia a partir de las Guerras Médicas como importada de Persia, según afirma Plinio (*Naturalis Historia* XVIII 144).

[36] El Sol entra en la constelación del Toro a mediados de abril, época de la siembra del mijo, por lo que bien puede decirse que «abre» el año, ya que según la etimología vulgar del mes de abril, consignada por Va-

Pero si preparas la tierra con vistas a una cosecha de trigo y de gruesa espelta y te afanas sólo por la espiga, antes las Pléyades, hijas de Atlas, se te oculten mañaneras [37] y la constelación de Gnossos, de brillante Corona [38], se retire, que deposites en los surcos las semillas que les corresponden y que te apresures a confiar la esperanza del año a la repelente tierra.

Muchos comenzaron el trabajo antes de ocultarse la estrella Maya [39], pero la esperada cosecha los burló con espigas vanas. Mas si tú siembras la arveja y el vil guisante y no desdeñas cultivar la lenteja de Pelusio [40], señales claras te enviará el Boyero al ocultarse [41]: comienza y hasta la mitad del invierno prosigue la sementera.

---

rrón, en este mes *ver omnia aperit* «la primavera abre todas las cosas».

El Can Mayor, cuya estrella principal es Sirio, se esconde el 30 de abril, según Columela, y la grupa del astro ante la cual se oculta, es la del Toro, que cuando ascendía sobre el horizonte, parecía que reculaba delante del Can.

[37] Las Pléyades o Atlántidas, hijas del gigante Atlas, que sostenía con sus espaldas el peso del Universo. A la muerte de aquéllas fueron colocadas en número de siete en el Cielo, formando una constelación que se ocultaba por la mañana el día 8 de noviembre, según el testimonio de Columela.

[38] Gnossos, ciudad de Creta, de la que era rey Minos. Su hija Ariadna, desposada con Baco, fue obsequiada por Vulcano con una corona de oro y piedras preciosas, que su esposo, en prenda de fidelidad, arrojó al Cielo quedando convertida en brillantes estrellas.

Su ocaso, a primeros de noviembre, marcaba el comienzo del invierno.

[39] Maya, una de las más conocidas Pléyades o Atlántidas, madre de Mercurio.

[40] Equivalente a egipcia, puesto que Pelusio es una ciudad situada en la desembocadura oriental del Nilo y, por otra parte, en Egipto precisamente se desarrolló el cultivo de la lenteja.

[41] Constelación del Boyero, una de cuyas estrellas es Arturo (véanse notas 17 y 30).

Esta es la razón de que el dorado sol rija, recorriendo cada año las doce constelaciones del cielo, el firmamento repartido en zonas determinadas. Cinco zonas ocupan el cielo: una de ellas roja siempre por el sol resplandeciente y abrasada de continuo por su fuego. Alrededor de ésta se extienden a derecha e izquierda dos zonas extremas, obscuras, de espeso hielo y de negras lluvias. Entre éstas y la del medio, por regalo de los dioses fueron concedidas dos a los míseros mortales y un camino ha sido trazado entre ambas por donde el orden de las constelaciones girase oblicuamente [42].

Como el cielo se levanta, elevado hacia la Escitia y las alturas de los montes Rífeos, así se abaja, inclinado, hacia los Austros de la Libia [43]. Este polo siempre está sobre nuestras cabezas, pero al otro lo contemplan a nuestros pies la negra Estigia y la morada profunda de los Manes [44].

El inmenso Dragón se desliza bajo nuestro polo en sinuoso giro y, a la manera de un río, alrededor y entre las dos Osas, las Osas que esquivan bañarse en la llanura del Océano [45]. Bajo el otro polo, según dicen, o la intempesti-

[42] Ha descrito el poeta las zonas del Cielo, equivalentes a las de la Tierra. El camino que señala, por el que giran las constelaciones, es la Eclíptica, que corta al Ecuador formando un ángulo de 23,5°.

[43] La descripción que hace el poeta es conforme a la impresión de los habitantes de nuestro hemisferio norte. Escitia es una región poco determinada, correspondiente a la Rusia meridional, cuyos montes Rífeos son citados con frecuencia sin precisar más que sus vientos fríos y huracanados. Libia era en la antigüedad el nombre de África, la tercera parte del mundo conocido.

[44] El otro polo es el sur, visible a nuestos pies desde la laguna Estigia, donde están los Manes o almas de los muertos.

[45] La constelación del polo norte es la conocida con el nombre de

va noche reina en silencio eterno y densas tinieblas se extienden por la noche, o la Aurora les llega de nosotros provocando el día, y cuando el sol al levantarse nos manda el resuello de sus jadeantes caballos, enciende el rojo Véspero allá abajo el crepúsculo de la tarde.

Según estas observaciones podemos predecir, aun en un cielo dudoso, las estaciones favorables, de aquí también la época de la siega y el tiempo de la siembra, y cuándo convenga impeler con los remos el inseguro mar, cuándo echar al agua las equipadas flotas, o derribar el pino en las selvas a su debido tiempo. No en vano observamos la puesta y salida de los astros y el año repartido por igual en cuatro estaciones diferentes.

Si en algún tiempo la fría lluvia retiene en su casa al labrador, es ocasión de hacer holgadamente muchas cosas que tendrían luego que ser improvisadas bajo un cielo sereno. El labrador aguza la dura punta de la embotada reja, de troncos de árbol excava las barricas, o empega los ganados o numera sus montones. Otros afilan las estacas y las horcas de dos ganchos y preparan las ligaduras amerinas para la flexible vid [46].

Mientras, téjase la sencilla canastilla con mimbres de zarza; tostad mientras al fuego las semillas, machacadlas ahora con una piedra. Pues aun en los mismos días de fiesta las leyes humanas y divinas permiten hacer algunas cosas. No hay escrúpulo religioso que prohíba sangrar las balsas, cercar con una valla los sembrados, armar tram-

---

Serpiente o Dragón, cuya cola se mueve entre la Grande y la Pequeña Osa, que están siempre sobre el horizonte, sin llegar nunca a bañarse en las aguas del río-Océano, según la concepción geográfica de Homero.

[46] Ameria es una aldea de Umbría. Según Columela hay tres géneros de sauces: el griego, el gálico y el sabino. Este último, que muchos llaman amerino, es de mimbres delgadas y rojas.

pas a los pájaros, dar fuego a las zarzas y zambullir el rebaño balador en agua que lo cure. Con frecuencia un hombre que arrea un borriquillo de paso lento carga a las costillas de él un pellejo de aceite, o frutas de escaso precio y, al volver a casa, trae de la ciudad una muela picada o una masa de negra pez.

La misma Luna ha establecido en orden diferente otros días favorables para los trabajos [47]. Evita el quinto; el pálido Orco y las Euménides nacieron aquel día [48]. También entonces en un abominable alumbramiento la tierra lanza afuera a Ceo y a Iápeto y al cruel Tifeo y a los hermanos, conjurados para descuajar el Cielo. Por tres veces intentaron poner encima del Pelión el Osa, según se sabe, y rodar sobre el Osa el frondoso Olimpo; y tres veces el padre Júpiter derribó con el rayo los hacinados montes [49]. El decimoséptimo día se tiene por favorable para plantar vides

[47] Lo mismo que el Sol preside el curso del año, así también la Luna la distribución de los días en el mes. La observación de estos hechos es vulgar y de carácter supersticioso.

[48] Orco es el dios de la muerte entre los romanos y el lugar mismo de los muertos. Las Euménides o Furias son las divinidades encargadas de ejecutar las venganzas y de impulsar el remordimiento en la conciencia de los culpables.

Estos versos parecen estar inspirados en un texto dudoso de Hesíodo, en el que habla de Horco, dios del juramento, y de las Erinnias o Euménides que rodearon el nacimiento de aquél. La 5.ª luna ó 5.º día lunar se tiene, pues, por nefasto para una actividad provechosa.

[49] Ceo, Iápeto y Tifeo son los Titanes, confundidos frecuentemente con los Gigantes. Los dos primeros, hijos de la Tierra y de Urano; el tercero, Tifeo, de la Tierra y del Tártaro. Todos ellos intentaron destronar a Júpiter del Cielo acumulando montaña sobre montaña: Pelión, Osa y Olimpo, las tres en Tesalia.

Los hermanos que no cita son Oto y Efialto, hijos de Neptuno y de Ifimedea. También quisieron escalar el Cielo, pero fueron aniquilados por Apolo.

y domar los bueyes cogidos a lazo y poner nuevos lizos a la tela. El noveno día es preferible para que los esclavos huyan y, en cambio, es perjudicial a los ladrones.

Muchos trabajos se presentan más hacederos durante la noche fresca, o cuando el lucero matutino cubre las tierras de rocío al salir el sol. Por la noche se siegan mejor las cañas sin espiga, por la noche los secos prados; no falta en las noches la suavizante humedad. Otro vela también las noches junto al fuego de invernal candela y talla en forma de espiga las teas con un hierro aguzado. Mientras tanto, aliviando su esposa con el canto la larga tarea, recorre la tela con el resonante peine, o cociendo al fuego el dulce mosto le suprime el agua y espuma con hojas la superficie líquida de la trepidante caldera [50].

Mas el dorado trigo se corta con los calores fuertes y con los calores fuertes trilla la era las tostadas mieses. Ara desnudo, desnudo siembra [51]. El invierno hace perezoso al labrador. Durante los fríos disfrutan ordinariamente los labradores de lo que allegaron y con alegría se regalan entre ellos con festines. Les invita el regocijante invierno y les alivia los cuidados. A la manera que, cuando las naves cargadas han tocado ya puerto, colocan alegres los marineros coronas en la popa. A pesar de esto es también la ocasión entonces de varear las bellotas de la encina y las bayas del laurel y la oliva y el fruto, rojo como sangre,

---

[50] Columela en el libro XII de su *Agricultura,* capítulos XIX, XX y XXI, describe extensamente la preparación del arrope, a la que brevemente alude aquí Virgilio. Se le reduce el agua a fuego lento y con juncos o ramas provistas de hojas se le da vueltas y se le espuma, echándole a la vez plantas aromáticas.

[51] Este viejo aforismo agrícola debe entenderse en el sentido de que la temperatura deba permitir al labrador andar desnudo, simplemente vestido con un ceñidor.

de los mirtos; de tender lazos a las grullas y redes a los ciervos y de perseguir las liebres orejudas; es el momento de herir los gamos restallando en el aire la cuerda de estopa de la honda baleárica [52], cuando la nieve yace en ventisqueros y los ríos arrastran témpanos de hielo.

¿Qué diré yo de las tempestades y constelaciones del otoño y de las cosas que deben prever los hombres cuando ya el día es más corto y más templado el calor? ¿O cuando la primavera se precipita en lluvia, cuando ya se eriza el campo de espigadas mieses y el trigo, todavía en leche, se hincha sobre la verde caña? Muchas veces cuando el amo hacía entrar a los segadores en los dorados campos y recogían ya las cebadas de frágil caña, he visto yo chocar todos los vientos en combates tales que arrancaban de raíz las cargadas mieses lanzándolas al aire, de forma que en negro torbellino las llevaba el huracán como liviana caña y voladoras pajas.

Con frecuencia también aparece en el cielo un inmenso reguero de aguas y, acumuladas desde lo alto las nubes, engruesan la horrible tempestad con sombrías lluvias; se precipita la más alta región del éter e inunda el aguacero los fértiles sembrados y los trabajos de los bueyes; llénanse las fosas y con ruido aumentan las cuencas de los ríos y brama el mar al removerse sus abismos. El mismo Júpiter, en medio de la nubosa noche, lanza con su diestra los brillantes rayos, a cuya sacudida tiembla la tierra entera; al punto las fieras han huido y entre las gentes el espanto que acobarda se ha apoderado de los mortales corazones. El dios, mientras, hiere con su ardiente rayo ya el monte

[52] Era proverbial la destreza de los habitantes de las islas Baleares al disparar la honda. Los baleáricos llegaron a constituir una fuerza armada especializada en el ejército romano.

Atos, o el Ródope, o las cumbres acroceraunias [53]; los Austros redoblan su furor y la lluvia arrecia y el poderoso huracán ruge aquí y allá en bosques y riberas.

Recelándote de estos males, observa los meses del cielo y las constelaciones; a dónde se retira la fría estrella de Saturno [54] y qué círculos traza errante en el cielo el astro de Cilene [55].

Pero ante todo, da culto a los dioses y cumple cada año el rito a la gran Ceres oficiando sobre la lozana hierba, cuando ha tocado a su fin el largo invierno, entrada ya la serena primavera. En esta época están gordos los corderos y los vinos entonces se enmollecen, entonces el sueño es dulce y en las montañas la sombra espesa. Que la campesina mocedad se te una a ti para adorar a Ceres, en cuyo honor exprime los panales de miel en leche y vino dulce y por tres veces que la víctima propicia vaya en procesión alrededor de las mieses nuevas, que la acompañen con regocijo la gente y el coro entero y con gritos llamen a Ceres a sus casas y que nadie meta la hoz en las espigas sazonadas, antes de que, en honor de Ceres,

[53] Atos, montaña de Macedonia, en el promontorio más septentrional de la península Calcídica. El Ródope en Tracia y las cumbres Acroceraunias en el promontorio del mismo nombre al norte del Epiro, entre el Adriático y el Jónico. Estos tres montes representan, como a menudo ocurre en Virgilio, todas las montañas en general.

[54] Situado por los antiguos en los confines del Cielo, el planeta Saturno recibía tenuemente los rayos del Sol y de aquí el epíteto de frío.

[55] El astro de Cilene es Mercurio, pues este dios nació en la cima del monte Cilene, en Arcadia. Su revolución es la más corta, pero traza gran número de revoluciones, por lo que toca a numerosos astros.

Según la situación de los astros era la influencia que ejercían sobre la tierra.

ceñida la frente con corona de encina, dance en desordenados movimientos y pronuncie los himnos de ritual [56].

Y para que pudiésemos aprender todo esto con señales ciertas, los calores y las lluvias y los vientos que acarrean fríos, el mismo Júpiter ha dispuesto qué signo daría la Luna cada mes, bajo qué señal se apaciguasen los Austros, qué indicio, muchas veces observado, haría a los labradores tener cabe sus cabañas los ganados.

Al punto, al levantarse los vientos, o empiezan, agitadas, las olas del mar a hincharse y un ronco ruido llega de las cimas de los montes, o el choque de las olas en la orilla resuena a lo lejos y el murmullo de los bosques aumenta sin cesar. Ya las olas con dificultad se abstienen de las corvas naves, cuando los somormujos vuelven raudos volando del medio de la líquida llanura y desde el litoral se escuchan sus graznidos, y cuando las gaviotas marineras juegan en la arena y la garza abandona sus lagunas acostumbradas y emprende el vuelo sobre la elevada nube.

Muchas veces también, cuando amenaza el viento, verás que las estrellas caen precipitadas desde el cielo y que, detrás de ellas, en las sombras de la noche, una larga cola de blancas llamas aparece; con frecuencia también observarás revolotear la ligera paja y formar remoli-

[56] Se trata de dos fiestas distintas. La 1.ª, «entrada ya la primavera», corresponde a la conocida con el nombre de *Ambarvalia*, que consistía fundamentalmente en una procesión religiosa de la víctima y de los asistentes alrededor de los campos, cuya finalidad era la purificación *(lustratio)* de los mismos. Es propia del culto familiar en el que el oficiante y sacerdote es el mismo campesino.

La 2.ª, «antes de meter la hoz en las espigas sazonadas», también en honor de Ceres, iba acompañada del sacrificio de una cerda de inauguración *(porca praecidanea)* y de una ofrenda de las primicias del campo *(praemetium)*. La danza era tosca y gesticulante.

nos las hojas al caer, o nadar las plumas jugando entre ellas a ras del agua. Pero cuando el rayo cae del lado del crudo Bóreas y truena la morada del Euro y del Céfiro, nada todo el campo con las hondonadas llenas y en el mar todo marinero repliega sus velas húmedas [57].

La lluvia no perjudicó nunca a los hombres sin advertirlo o, cuando aquélla sobreviene, las grullas la huyen en los aires hacia los profundos valles, o levantando la cabeza al cielo la novilla aspiró las auras con sus anchas narices, o la golondrina voló en torno del estanque con chirriantes gritos y las ranas cantaron en los charcos sus antiguas quejas. Frecuentemente también, trillando la hormiga su sendero estrecho, sacó los huevos de su apartado abrigo, o el arco inmenso absorbió las aguas [58] y al retirarse del pasto, en columna larga, el escuadrón de los cuervos graznó batiendo las alas fuertemente.

Ya las aves del mar, de variado plumaje, y las que en estanques de agua dulce escudriñan alrededor las praderas asiáticas del Caístro [59], esparcen a porfía en sus espaldas abundantes abluciones, a veces se les ve ofrecer a las olas su cabeza, correr otras hacia el agua y, sin parar, arder locamente en deseos de bañarse. Entonces también la importuna corneja llama a la lluvia a pleno grito y a solas

[57] La tempestad es segura cuando truena por los cuatro puntos cardinales descritos incompletamente aquí, pero que Arato en sus *Fenómenos* los designa por los nombres de los vientos Bóreas o Septentrión al norte, Euro o Volturno al sureste, Céfiro o Favonio al oeste y Noto o Austro al sur.

[58] Según una creencia popular, confirmada por diferentes autores de la antigüedad, el Arco-Iris absorbía las aguas del mar y de los continentes y las devolvía luego en forma de lluvias.

[59] El Caístro es un río de Lidia, que nace al pie del monte Tmolo y desemboca cerca de Éfeso, después de haber regado la llanura pantanosa asiática.

recorre sosegada la seca arena. Y las doncellas, aun en la noche, hilando su tarea, no desconocieron la proximidad del mal tiempo, cuando veían chisporrotear el aceite en la encendida lámpara de arcilla y que sobre la pavesa se formaba un hongo blando.

Ni menos fácil te será, en medio todavía de la lluvia, adivinar los días de sol y un cielo sin nubes y conocerlos con señales ciertas. Porque entonces no aparece amortiguado el fulgor de las estrellas, ni la Luna se levanta, deudora de los rayos del Sol, su hermano, ni nubes como finos vellones de lana son arrastradas por el cielo; los alciones amados de Tetis no extienden en el litoral sus alas al sol tibio [60], y los inmundos cerdos no sueñan en derramar con el hocico los manojos para soltarlos. Pero las nieblas se dirigen más hacia los hondos y sobre el campo se recuestan, y la lechuza, observando la puesta del sol desde elevada cima, ejecuta en vano sus cantos de la tarde. En las alturas de un aire transparente aparece Niso y por el cabello de púrpura es castigada Escila; por donde quiera que ella, huyendo, rasga con sus alas el ligero viento, he aquí a Niso, su enemigo encarnizado, que la persigue por los aires con estridente grito; por donde se levanta Niso hacia los aires, ella, huyendo apresurada, rompe con su vuelo el ligero éter [61].

---

[60] Según creían los antiguos, el alción hacía el nido sobre el mar y de aquí su nombre griego compuesto, que significa «incubador en el mar».

Como toda ave marítima, era amada de Tetis, una de las Nereidas, madre de Aquiles. El alción era el símbolo de la paz y de la tranquilidad y por eso la denominación de días alcionos a los de calma en el mar, en los que se suponía que el ave incubaba sobre el agua. Eran éstos los siete días que preceden y los siete que siguen al solsticio de invierno.

[61] Niso y Escila personifican al gavilán y a la alondra, respectivamente. Según Ovidio *(Metamorfosis* VIII 1-151) y Virgilio, si éste es el autor

Entonces los cuervos, apretando las gargantas, redoblan por tres y cuatro veces sus graznidos claros y, muchas veces, en sus moradas altas, alegres, con no sé qué dulzura desacostumbrada, hacen ruido entre ellos en las hojas y se recrean, pasadas ya las lluvias, en volver a ver sus tiernos hijos y sus dulces nidos. No obran así, al menos yo lo creo, porque tengan una inteligencia comunicada por los dioses, o por el destino una previsión más penetrante de las cosas, sino que, cuando el estado del cielo y la humedad inestable de la atmósfera se han modificado y Júpiter, mojado por los Austros [62], espesa lo que hace poco era líquido y aclara lo que era denso, se cambian las disposiciones del alma y los pechos sienten ahora unas emociones, diferentes de aquéllas que sentían al tiempo en que el viento empujaba las nubes; de aquí el concierto de las aves en los campos y la alegría del rebaño y el graznido de triunfo de los cuervos.

Pero si observares atentamente el presuroso Sol y las fases regulares de la Luna, jamás te engañará el tiempo del mañana, ni te dejarás sorprender por las insidias de una noche serena.

Tan pronto como la Luna recoge sus fuegos renacientes, si el aire obscuro que rodea sus cuernos obscureciese el astro, una lluvia abundante vendrá sobre labradores y sobre el mar; pero si sacase al rostro el rubor de virgen,

del poemita *Ciris*, Niso fue rey de Mégara y de su roja cabellera dependía la suerte de la ciudad. Su hija Escila, prendada de aquel cabello, lo cortó y se lo regaló a Minos, su amante, sitiador de Mégara. Éste la desdeñó y la mandó atar al timón de su bajel. En castigo de su traición huye siempre por los aires del furor de su padre, convertido en gavilán, mientras ella se metamorfoseó en alondra.

[62] Júpiter es el aire personificado por su dios y mojado por el viento sur, el Noto, el más lluvioso de todos.

habrá viento, que el viento enrojece siempre la dorada Febe. Mas si al cuerto día de la luna nueva, pues éste es el signo más seguro, recorre clara el cielo y con afilados cuernos, el siguiente día, todo entero, y los que después de él sigan hasta acabar el mes, carecerán de lluvia y vientos, y los marineros que se han salvado cumplirán sobre la orilla los votos ofrecidos a Glauco, a Panopea y a Melicertes, hijo de Ino [63].

El Sol también, al levantarse y cuando se oculte en las olas, dará señales; pronósticos seguros siguen al Sol, que los produce al amanecer y al aparecer en la tarde las estrellas. Cuando al nacer aquél con manchas salpicase su salida y, escondido debajo de la nube, ocultase el centro de su disco, no dudes de la lluvia, porque de alta mar amenaza el Noto, siniestro para los árboles y el campo y los ganados. O si, al aparecer el astro, los rayos se expanden divergentes entre espesas nubes, o bien la Aurora se levanta pálida dejando el azafranado lecho de Titón [64], ¡ay! con dificultad entonces el pámpano defenderá los racimos ya maduros; ¡tan abundante es el hórrido granizo que rebota crepitando en los tejados!

---

[63] Todos son dioses del mar. Glauco, pescador de Beocia, arrojado al mar y convertido en dios. Panopea, una de las cincuenta Nereidas. Melicertes es hijo de Ino y de Atamante, rey de Tebas. Acompañando aquél a su madre, estando loco Atamante, se precipitaron madre e hijo en el mar y posteriormente Neptuno los convirtió en divinidades protectoras de los marineros.

Los tres pronósticos obtenidos de la Luna, obscura o pálida, roja o clara, los condensó así un hexámetro latino:

Pallida luna pluit, rubicunda flat, alba serenat.

[64] La Aurora se enamoró locamente del joven Titón, hijo de Laomedonte de Troya. Pidió para él la inmortalidad y la obtuvo, pero se olvidó de pedir la eterna juventud, por lo que, viejo ya, fue metamorfoseado en cigarra, símbolo de la decrepitud.

También convendrá tener presente mucho más esto, cuando ya el Sol se retira del cielo, después de recorrerlo, pues con frecuencia vemos que colores diversos vagan por su cara: el azul-obscuro anuncia la lluvia, el rojo al Euro. Pero si su brillante fuego se comienza a mezclar de manchas, entonces verás a la naturaleza entera agitarse por el viento y por las nubes de agua; no habrá quien en noche tal me decida a arriesgarme en alta mar y a desatar de tierra la maroma. Por el contrario, si, cuando conduce el Sol al día y cuando lo oculta ya llevado, su disco es luminoso, te espantarán en vano las densas nubes y verás en vano la selva agitarse al soplo del Aquilón que aclara el cielo.

Finalmente, qué traiga consigo la tarde en su final, de dónde empuje el viento las nubes claras, en qué piense el húmedo Austro, el Sol sobre ello te dará señales. Al Sol, ¿quién se atrevería a llamarlo mentiroso? En verdad es él quien con frecuencia nos advierte los ocultos tumultos que amenazan y que el engaño y las guerras fermentan en secreto. Él es también quien, extinguido César [65], se compadeció de Roma, cubriendo su brillante cabeza de obscura herrumbre y provocando el temor de una noche eterna a una generación impía. Aunque en aquel tiempo la tierra y las llanuras del mar y las perras de mal augurio y las siniestras aves daban también pronósticos.

---

[65] Describe los fenómenos que siguieron a la muerte de César, ocurrida el día de los idus de marzo del año 44 a. C. Varios autores latinos describen esto mismo, pero sólo Ovidio y Lucano los señalan como ocurridos antes de la muerte del gran político romano.

Unos son prodigios de la naturaleza, otros calamidades públicas y discordias civiles, cuya veracidad está atestiguada por el mismo Cicerón, que en sus *Filípicas* hizo de estos prodigios un arma contra Antonio. Consta, en efecto, que hubo un eclipse de Sol, a la muerte del Dictador, que por prolongarse demasiado provocó el temor de una noche eterna a aquella generación impía.

¡Cuántas veces contemplamos al Etna rebosante de fuego y humo, abiertas sus hornazas, desbordarse hirviente sobre los campos de los Cíclopes y rodar globos de fuego y rocas derretidas! [66]. La Germania escuchó por todo el ámbito del cielo el ruido de las armas; con sacudidas nunca vistas los Alpes temblaron. Una poderosa voz se dejó también oír por todas partes en el silencio de los bosques y fantasmas de palidez extraña se vieron al acercarse las tinieblas de la noche y, ¡prodigio indecible!, hablaron las bestias. La corriente de los ríos se detiene y la tierra se abre en diferentes sitios y el marfil llora en los templos afligido, y los bronces se cubren de sudor. El Erídano, rey de los ríos [67], arrastra selvas que remueve en furioso torbellino, y a través de toda la llanura arrastró establos y ganados. En la misma época las fibras no cesaron de aparecer amenazadoras en las vísceras de siniestro presagio [68], ni de manar sangre los pozos, ni las ciudades, edificadas sobre alturas, de resonar durante la noche con el aullido de los lobos. Jamás se vieron caer en mayor número los rayos por un cielo despejado, ni tan frecuentemente brillaron los cometas funestos.

Por eso los campos de Filipos contemplaron por segunda vez el choque mutuo de los ejércitos romanos con igua-

---

[66] Los Cíclopes, seres fabulosos de un solo ojo en medio de la frente, aparecen en diversas leyendas de la mitología greco-latina. A los que aquí se refiere Virgilio vivían en Sicilia, al lado del Etna, donde trabajaban como obreros de Vulcano, dedicados a labrar armaduras para dioses y héroes.

[67] El Erídano es un río que con frecuencia citan los autores griegos y latinos como un tanto legendario y como el mayor del Occidente, que comúnmente se identifica con el Po.

[68] Estas vísceras son el bazo, el estómago, los riñones, el corazón, el pulmón, la hiel y el hígado, cuya observación e interpretación estaban a cargo de los arúspices.

les armas y pareció justo a los dioses empapar dos veces con sangre nuestra la Ematia y las vastas llanuras del Hemo [69]. Sin duda llegará un tiempo en que el labrador, trabajando sobre aquellos campos la tierra con el corvo arado, hallará las armas carcomidas por la herrumbre áspera, o con los pesados rastros golpeará cascos vacíos y contemplará, admirado, sobre las abiertas tumbas gigantescas osamentas.

¡Dioses Indígetes de la patría y, tú, Rómulo, y tú, Madre Vesta [70], que cuidas del etrusco Tíber y del Palatino romano [71], no impidáis, al menos, que este joven venga en socorro de un mundo arruinado! Desde hace demasiado tiempo purgamos con nuestra sangre el perjurio de Laomedonte, rey de Troya [72]; tiempo hace que la morada re-

---

[69] Aunque la lucha entre Octavio y Antonio de una parte, y Bruto y Casio, asesinos de César, por otra, en Filipos (42 a. C.) cerca de la costa, en Tracia, se considera como una sola batalla, dice aquí Virgilio «por segunda vez», por unir en su mente a ésta la batalla de Farsalia (48 a. C.), en la que venció César a Pompeyo, pues ambas localidades pertenencen a la provincia romana de Macedonia, conocida poéticamente con el nombre de Hematia. El Hemo es una cadena montañosa de Tracia, que la separa de Mesia.

[70] *Indígetes* son los dioses nacionales o patrios, opuestos a los *novensides* o introducidos en Roma del exterior. Como tales nombra a Rómulo, identificado con Quirino (divinidad primitiva de los romanos) a finales de la República, y Vesta, diosa del hogar de la ciudad, pues en su templo se guardaban los Penates y el Palladium traídos por Eneas de Troya, por lo que Roma se consideraba como una continuación de aquélla.

[71] El Tíber es etrusco en su curso superior y en su orilla derecha. El Palatino es el monte en cuya cima se edificó la primitiva ciudad de Rómulo, la *Roma quadrata,* ahora restaurada y en donde tenía su palacio Augusto, el joven a que aquí se refiere Virgilio.

[72] Por ser los romanos descendientes, según la tradición, de los troyanos se consideraban también, como pueblo, expuestos a la venganza de los dioses por el perjurio de Laomedonte, rey de Troya, que en dos oca-

gia de los Cielos, oh César, te nos envidia aquí y se lamenta de que procures los triunfos concedidos por los hombres; es que entre ellos se ha trastocado la ley divina de lo justo y de lo injusto; tantas guerras hay por todo el mundo, formas tan variadas presenta el crimen; no hay para el arado honor alguno digno, arrancados los colonos de los campos, presentan éstos un aspecto desolado y las curvas hoces se funden para espadas rígidas.

Por una parte provoca el Éufrates la guerra, por otra la Germania [73]; las ciudades próximas, rompiendo sus propias treguas, levantan las armas; el impío Marte se enfurece por la tierra entera: a la manera que, cuando las cuadrigas se lanzaron fuera de las barreras, se entregan al campo y, tirando inútilmente de la brida, es arrastrado por los caballos el auriga y el carro no obedece ya a las riendas.

---

siones no cumplió su promesa. La primera con Apolo y Neptuno, que le ayudaron a levantar las murallas de la ciudad, y la segunda con Hércules, que libró de la muerte a su hija Hesíone.

[73] Cita al río Éufrates por el pueblo de los partos al que sirve de límite, belicoso y enemigo encarnizado de Roma.

Germania, amenaza continua sobre el Imperio, defendida por la barrera natural del Rin y del Danubio. Hasta el año 29 a. C. no se consiguió la pacificación de ambas fronteras, cerrando por este motivo Octavio el templo de Jano, después de haber obtenido los honores del tercer triunfo.

Además de las guerras en el exterior, se conocen levantamientos de unas ciudades itálicas contra otras, provocadas por las disensiones favorecidas en las guerras civiles anteriores.

LIBRO II

SIPNOSIS

1-8: Invocación a Baco, protector de la viña, a la que está en especial dedicado este 2.° Libro.

9-21: Medios naturales de la reproducción de los árboles.

22-34: Procedimientos descubiertos por la experiencia humana para dicha reproducción.

35-38: ¡Manos a la obra, labradores!

39-46: Invitación a Mecenas a que participe en la tarea comenzada.

47-82: Mejora de los medios naturales de cultivo: el injerto y el transplante. Diversas clases del primero.

83-108: Variedades de un mismo árbol, en especial del olivo y de la vid, que producen frutos de distinta calidad.

109-135: No todas las tierras pueden producir todas las especies: éstas varían de acuerdo con el clima y el terreno.

136-176: Canto a Italia, con la que no puede competir región alguna ni en hombres ni en riquezas.

177-225: Caracteres de los terrenos: cada uno exige un tipo de cultivo. Tierras aptas para el olivo; suelo para vides; regiones adecuadas a la cría del ganado; tierra negra y roturos, frumentarias; el erial estéril sólo produce raquíticas plantas melíferas; la rica Capua, olivífera y vinífera.

226-258: Señales para reconocer la naturaleza del suelo: sencillos experimentos o productos espontáneos.

259-297: Plantación de la vid. Un vivero para los árboles, soporte futuro del viñedo. Disposición de las plantas tanto en cuesta como en tierra llana. Comparación con la legión desplegada en orden de batalla. La profundidad de las hoyas.

298-314: Otras precauciones: no plantes avellanos entre las cepas, ni el acebuche en medio de las calles, que puede provocar terrible incendio.

315-321: La mejor época para plantar la viña es la primavera o el otoño.

322-345: Himno a la primavera: renovación de la naturaleza entera, recuerdo periódico del origen remoto del universo.

346-370: Cuidados que exige la nueva planta: abono, defensa de las lluvias torrenciales, aporcado de la tierra, cañas y varas sobre las que trepar la vid; la poda a tiempo.

371-396: Peligros que se ciernen sobre el viñedo: el ataque de los animales, sobre todo del macho cabrío, que en castigo es inmolado a Baco, originando así los juegos escénicos, tanto en Grecia como en Roma.

397-419: El ciclo anual exige repetir todos los cuidados al viñedo. Trabajos propios del invierno. No hay descanso para el viñador.

420-457: El cultivo del olivo es menos exigente que el de la vid; lo mismo el de los árboles frutales y los bosques poblados de especies forestales, tan útiles al hombre y menos perjudiciales que los dones de Baco.

458-540: Canto a la vida campestre, que desconoce su ventura. Súplica a las Musas para que inicien al poeta en los arcanos de la Naturaleza o, al menos, le permitan vivir en la campiña. Calma y sosiego de la vida campesina, alejada de riesgos y pesares, fiel a la tradición antigua.

541-542: Fin del canto segundo.

Hasta aquí, del cultivo de los campos y de las constelaciones del cielo; ahora a ti te cantaré, oh Baco, y contigo también, los brotes tiernos de los bosques y el retoño del olivo, que crece lentamente. Ven aquí, tú, oh padre Leneo [1] (que en este libro todo está lleno de tus dones, en tu honor, cargado de pámpanos de otoño, florece el huerto, la vendimia espuma hasta los bordes las rebosantes cubas), aquí ven, padre Leneo, y, descalzándote los coturnos, tíñete conmigo del nuevo mosto las desnudas piernas [2].

Primeramente, los medios naturales para la reproducción de los árboles son diversos, pues unos, sin ser forzados por los hombres, ellos mismos espontáneamente crecen y cubren por doquier los campos y las riberas tortuosas de los ríos, como la cimbreante mimbre, las flexibles retamas, el álamo y los sauces grisáceos de follaje verde [3].

---

[1] Por ser este dios Baco el protector de las viñas y de los árboles frutales en general. Se le llama también Leneo, que los griegos aplicaron a Dionisos, por referirse este epíteto a la palabra griega *lēnós,* que significa lagar.

[2] Los coturnos a que se refiere Virgilio no son el calzado tradicional griego, propio también de la tragedia, sino un calzado alto, propio de cazadores, que cubría las piernas por las pantorrillas *(crura).*

[3] El sauce, efectivamente, es pálido y verde en sus hojas, verde el haz y el envés pálido. «Verdicano», como dice la traducción de M. Antonio Caro.

Otros, sin embargo, nacen de simiente desprendida, como los elevados castaños y la carrasca, que en honor de Júpiter se cubre, la que más del bosque, de verde hoja, y la encina consultada por los griegos como oráculo [4]. De las raíces de otros pulula espeso bosque de retoños, como los cerezos y los olmos; también el laurel del Parnaso [5] se levanta de pequeño bajo la sombra inmensa de su madre. Éstos fueron los procedimientos que la naturaleza dio al principio; merced a ellos verdece todo linaje de árboles silvestres y los que producen fruto y los sagrados bosques.

Existen otros (medios) que la experiencia misma ha descubierto en su progreso. Éste, arrancando del cuerpo tierno de las madres las plantas, las depositó en las hoyas alineadas; el otro entierra los retoños en el campo, después de haberlos tallado en forma de estaca hendida cuatro veces, o de rodrigón de afilada punta.

Otros árboles desean sus mugrones curvados en forma de arco y sus planteles vivos enterrados en su propia tierra; otros no precisan de raíz y el podador no duda en devolver a la tierra las ramas de la copa.

Aún más, lo que es maravilloso, cortado un tronco, saca raíz el olivo del leño seco y con frecuencia vemos convertirse, sin daño para el árbol, las ramas de uno en las ramas de otro y, transformado el peral, producir manzanas debidas al injerto y la endrina de pétreo hueso enrojecer en los ciruelos.

[4] El estremecimiento de las hojas y el arrullo de las palomas en el bosque de encinas de Dodona fueron, desde los tiempos de Homero, tenidos por los griegos como oráculo.

[5] Monte que domina Delfos, santuario en honor de Apolo en la Fócida, a quien estaba consagrado el laurel por haberse metamorfoseado en este árbol Dafne, su amada.

Por lo cual, ea, labradores, aprended las formas convenientes de cultivo, según las especies, y haced agradables los frutos silvestres, cultivándolos, y no dejéis las tierras inactivas; agrada plantar la viña sobre el monte Ismaro [6] y vestir de olivos el Taburno extenso [7]. Y tú, Mecenas, gloria mía y con razón la parte más grande de mi fama, asísteme y recorre, junto conmigo, la tarea comenzada y boga desplegando velas sobre un mar sin obstáculos. No sueño en encerrar todad las cosas en mis versos, no, aunque yo tuviera cien lenguas, bocas ciento y una voz de hierro. Favoréceme y explora la orilla del litoral vecino; la tierra está a la mano; no te detendré aquí con versos de fingido argumento, en rodeos y exordios largos.

Los árboles que se levantan por su propio natural a los confines de la luz no producen ciertamente frutos, pero crecen espesos y robustos, porque la fuerza de la naturaleza les alimenta el suelo. Con todo, si alguien también los injertase o transplantándolos los confiara a hoyas bien dispuestas, se despojarían al punto de su natural silvestre y a fuerza de atenciones se adaptarían sin tardanza a todos los procedimienstos imaginables de cultivo.

También el árbol que sale estéril de lo más bajo de las raíces podría hacer lo mismo, con tal de que se le transplante por un campo espacioso; ahora, el elevado follaje y las ramas de su madre lo cubren con la sombra y le arrebatan, mientras crece, el fruto y lo abrasan cuando intenta producirlo.

---

[6] El monte Ismaro situado en la costa meridional de Tracia. Sus faldas estaban plantadas de viñedos, que daban un vino muy apreciado. Con este vino embriagó Ulises al Cíclope, según cuenta la *Odisea* (Canto IX, verso 40).

[7] Cadena montañosa entre el Samnio y Apulia, célebre por sus plantaciones de olivos.

Por último, el árbol que ha nacido de arrojada semilla crece lentamente y no ha de hacer sombra sino a tardíos nietos; los frutos degeneran, perdiendo sus primitivos jugos, y la viña lleva racimos desmenguados, pasto de las aves.

Es natural que a todos los árboles se les ha de aplicar un trabajo sin descanso, todos han de ser transplantados en hoyas bien dispuestas y, a fuerza de atenciones, domeñados. Pero se advierte que el olivo responde mejor, plantado de una cepa; la viña, de un mugrón; de gruesa estaca el mirto de Pafos [8]. De plantas nacen los duros avellanos, así como el gigantesco fresno, el árbol cuyo follaje umbroso proporcionó a Hércules su corona [9], y la encina de Júpiter Caonio [10], y de la misma forma nace la alta palma y el abeto, destinado a ver los peligros del mar.

En cambio el áspero madroño es injertado en yema de nogal y los estériles plátanos produjeron manzanos poderosos, castaños las hayas y el quejigo encaneció con la blanca flor del peral y los cerdos cascaron la bellota debajo de los olmos [11].

Ya se trate de injertos o de escudo, no es única la técnica. Pues por aquella parte por donde las yemas brotan en medio de la corteza y rompen sus delgadas túnicas, en

---

[8] Venus, nacida del mar, según una leyenda, como nace el mirto en sus riberas. Llama al mirto «pafio», o de Pafos porque en Pafos, de la isla de Chipre, tenía un célebre santuario Venus.

[9] Al salir de los infiernos Hércules, vencedor del Can Cérbero, se ciñó la frente de una corona de álamo blanco.

[10] Véanse las notas 3 del Libro I y 4 del II. Caonia es una región del Epiro, en cuya ciudad de Dodona era particularmente adorado Júpiter.

[11] Virgilio se hace eco de las teorías de los antiguos, recogidas por Columela en el capítulo XI de su libro V sobre la *Agricultura,* donde se opone a los que sólo admiten la posibilidad del injerto entre especies semejantes. La ciencia moderna ratifica esta opinión. Sólo las especies vegetales próximas permiten un injerto seguro.

el mismo nudo se hace una estrecha muesca y en ella se prende un pimpollo de árbol extraño y se le enseña a desarrollarse en el líber húmedo. O por el contrario, se cortan trozos lisos y se abre con las cuñas en lo macizo abertura profunda, donde se meten púas de árbol fértil; no pasa mucho tiempo sin que el árbol se dirija gigantesco al cielo con ramas fértiles, admirado de su fronda nueva y de sus extraños frutos.

Además no es única la especie, ni para los robustos olmos ni para el sauce y el loto, ni para los cipreses del monte Ida [12]; ni el graso olivo nace presentando un mismo aspecto, y así hay la oliva orcades, las alargadas y la pausia, de amarga baya [13]; lo mismo ocurre con las frutas y vergeles de Alcínoo [14], ni a los mismos brotes pertenecen las peras de Crustumium [15] o de Siria, ni las gruesas verdinales. La vendimia que cuelga de nuestros árboles no es la misma que cosecha Lesbos del sarmiento de Metimna [16].

---

[12] Ida, cadena montañosa de la isla de Creta, donde el ciprés crecía en abundancia, por haberse convertido en este árbol el joven Cipariso, amado de Apolo. El dios decide que el ciprés sea símbolo del luto y propio de los cementerios.

[13] Da Virgilio tres variedades de aceituna. Catón y Varrón mencionan siete y Columela diez. La orcades u orquites es ovalada; la alargada es la especie que el poeta denomina *radii,* y la pausia es, según Columela, la más agradable al paladar y la que mejor aceite produce, estando verde.

[14] Los jardines o vergeles de Alcínoo los describe Homero en la *Odisea* (Canto VII 112). Era Alcínoo rey de los feacios, habitantes de la isla de Corcira (Corfú). Allí llegó a nado el náufrago Ulises, hospedándose en el palacio de Alcínoo, cuyos jardines producían en todo tiempo las flores más bellas y las más sabrosas frutas.

[15] Crustumium o Crustumerium es una pequeña aldea del Lacio, al norte de esta región, sobre la orilla izquierda del Tíber, célebre por sus peras.

[16] Metimna es una ciudad de la isla de Lesbos, en su costa meridional, en el mar Egeo.

Hay vides de Tassos [17], las hay de blancos racimos del lago Mareótide [18], propias éstas para tierras fuertes y para un suelo más flojo aquéllas; existe también la psitia, apropiada para vino dulce, y la fina lágeos [19], que algún día atacará los pies y se trabará la lengua; las de color de púrpura y las tempranas y tú, rética [20], que no sé en qué forma cantarte, mas no por eso rivalices con las bodegas de Falerno [21]. Faltan todavía las cepas amíneas, de vino de mucho cuerpo, en cuyo honor se levanta el Tmolo y el mismo Faneo, rey de los viñedos [22]; mas ninguna como la pequeña argitis [23], con quien no se podría competir ni en cantidad de vino ni en tan larga duración.

---

[17] Tasos, ciudad del mismo nombre que la isla, situada frente a la costa de Tracia.

[18] Era célebre el vino cosechado en la ciudad de Marea, cerca de Alejandría, junto al lago Mareótide. Se distinguía por su dulzura y sabor perfumado.

[19] Psitia y Lágeos son nombres de vinos griegos, citados por los autores cómicos.

[20] Rética es una especie cultivada en los alrededores de Verona y que producía un vino muy apreciado por Augusto y por Tiberio. Su nombre indica que era originaria de la Retia, en los Alpes Réticos, al norte de la Galia Cisalpina.

[21] El Falerno es un vino muy citado por Horacio, al que, entre los muchos que nombra, le concede el primer rango. El viñedo se extendía por el llamado «Campo Falerno», al pie del monte Másico, en la Campania.

[22] Así llamadas del poblado Amínea, en la región de la Campania. Con sus vides no pueden competir tampoco las del monte Tmolo de Lidia (Asia Menor), ni las que visten el promontorio de Faneo, al sur de la isla de Quíos, que dan un exquisito vino, aun hoy muy apreciado.

[23] Argitis: tal vez venga esta palabra de *argós,* blanco, significando entonces una especie de vid que producía vino blanco, de la que se conocerían dos clases, grande y pequeña.

Otros relacionan la palabra con la ciudad de Argos, capital de la Argólide, en el Peloponeso, o con la montañosa Arges, ciudad del Epiro.

No sabría yo pasarte en silencio a ti, rodia [24], tan bien recibida por los dioses en las segundas mesas, ni a ti, bumaste [25], de abultados racimos. Pero ni contar podría la variedad de especies, ni cuáles son sus nombres, y de hecho a nada conduciría calcularlas. Quien pretendiera saberlo, saber también querría los granos de arena que en las playas del mar de Libia revuelve el Céfiro, o conocer el número de olas que llegan al litoral jónico, cuando azota el Euro con más violencia sobre los navíos.

Además, no todas las tierras pueden producir todas las especies. En las orillas de los ríos nacen los sauces; los alisos en las ciénagas espesas; sobre las rocosas montañas los estériles quejigos; las riberas se gozan con plantaciones de mirtos; finalmente Baco ama las colinas y los tejos el Aquilón y los fríos. Considera también el mundo sujeto a los cultivadores que habitan sus extremas lindes, aquí las moradas de los árabes, que miran a la Aurora, allá los pintados gelonos [26]: cada árbol tiene su patria. Sólo la India produce el negro ébano, los sabeos [27], solos, tienen la rama que da incienso. ¿Para qué recordarte el bálsamo destilado de olorosa madera y las bayas de la

---

[24] De Rodas, con cuyo vino se hacían las libaciones a los dioses en las «segundas mesas» de los romanos, el «symposion» de los griegos.

[25] Bumaste: así llamada a causa de la forma de sus granos, pues según Plinio *(N. H.* XIV 15) *tument vero mammarum modo bumasti,* «se hinchan a manera de tetas». Bumaste, en efecto, significa en griego «tetas de vaca» *(boumastos).*

[26] Gelonos, pueblo difícil de localizar geográficamente. Parecen situarse en esta época al norte de la Dacia, parte de la Escitia antigua, moderna Ucrania. Los llama «pintados» por tener la costumbre de tatuarse.

[27] Los sabeos, pueblo situado en la región sudoeste de la Arabia, llamada Feliz, aproximadamente el Yemen actual. Exportaba incienso. Su lujo y afeminamiento eran legendarios entre los romanos.

acacia, que nunca se marchita? [28]. ¿Para qué los bosques de Etiopía, que blanquean de suave lana, y cómo los chinos arrancan con peines de las hojas los finos copos? [29]. ¿O las selvas que cría la India cerca del río-Océano, golfo postrero del universo [30], donde saeta alguna pudo alcanzar con su vuelo el aire que rodea la elevada copa? Sin embargo aquella gente es muy diestra, una vez que ha tomado el carcaj.

La Media produce los jugos ácidos y el sabor persistente del saludable limón, en comparación del cual ningún remedio hay más enérgico ni expele mejor de los miembros el negro veneno, cuando las crueles madrastras emponzoñaron las bebidas, mezclando hierbas y maléficos conjuros. El árbol mismo es muy grande y por su aspecto parecido al laurel en todo y, si no despidiese a lo lejos un olor muy diferente, laurel sería; las hojas resisten el embate de todos los vientos, la flora es la más tenaz de todas; los medos se sirven de él para sus bocas y alientos fétidos y curan el asma de los viejos.

Pero ni la tierra de los medos, tan rica en bosques, ni el hermoso Ganges, ni el Hermo de aguas turbias por

[28] La acacia a que se refiere Virgilio es la llamada por Linneo: *mimosa nilotica,* originaria de la región del Nilo, que producía unas bayas o bolas de goma.

[29] La lana de Etiopía es el algodón, que se produce en la India Oriental y en el África Tropical.

Los seres, que traducimos por chinos, habitaban una región situada al oeste de la China actual, llamada Sérica, al norte de la India. Creían los antiguos que la seda era un producto vegetal con el que fabricaban los chinos sus preciosos tejidos, que llegaban al Imperio Romano a través de Samarkanda.

[30] La India extragangética que conocían los romanos, unida a la vez por Virgilio a la teoría homérica de la existencia del río-Océano, que rodeaba toda la tierra.

el oro [31], podrían competir en alabanzas con Italia, ni tampoco Bactra [32], ni los indos, ni la Pancaya toda entera, cubierta de turíferas arenas [33].

Esta tierra no la labraron toros que resoplaban por sus narices fuego, recibiendo como semilla los dientes de un horrible dragón, ni se erizó con mieses de cascos y pesadas lanzas de guerreros [34], sino que se llenó toda ella de espigas gruesas y del licor de Baco, del monte Másico [35]; la cubren los olivos y los espléndidos rebaños. De un lado el corcel guerrero, con la cabeza en alto, se lanza a la llanura; de otro, oh Clitumno, tus blancos rebaños y el toro, víctima grande, bañados muchas veces en tus sagradas aguas, han llevado a los templos de los dioses los triunfos romanos [36]. Aquí reina una primavera eterna

[31] El Hermo es un río de Lidia, en Asia Menor. El Pactolo, pequeño afluente del Hermo por la margen izquierda, riega Sardes y era el más conocido en la antigüedad por sus pepitas de oro.

[32] Bactra o Zariaspa, capital de la Bactriana, hoy Balkh, en el Turquestán.

[33] Pancaya, isla fabulosa de Arabia, nacida a las mentes romanas por el filósofo Evémero con motivo de las grandes conquistas de Alejandro el Grande.

[34] Alude el poeta a la leyenda de Jasón, cuyos principales datos quedan reflejados en estos versos. En efecto Jasón, príncipe griego de Tesalia, se embarcó en la nave Argos para conquistar el vellocino de oro, escondido en la región de la Cólquida (Mar Negro). Se le sometió a una prueba, que consistió en uncir dos toros, de cascos de bronce y que vomitaban fuego, para labrar un campo de semillas de diente de dragón, de las que brotaron una raza de hombres guerreros que se abalanzaron sobre Jasón. Éste los despedazó.

[35] Véase la nota 21 de este mismo libro II.

[36] El Clitumno es un río de la Umbría, afluente del Tíber por la izquierda. El triunfador romano llegaba al Capitolio llevado en un carro tirado por corceles blancos y en el sacrificio inmolaba toros también blan-

y el verano existe en los meses a él ajenos; dos veces al año hay crías nuevas y dos veces los árboles dan fruto. Y sin embargo, están ausentes los furiosos tigres y la raza cruel de los leones y el acónito no engaña a los desgraciados que lo cogen; ni la escamosa sierpe arrastra sobre el suelo sus inmensas roscas, ni se contrae en espiral en tan prolongado espacio [37]. Añade tantas ilustres ciudades y las obras públicas conseguidas con gran trabajo, tantas plazas fuertes construidas por mano de hombre sobre abruptas rocas y los ríos que corren al pie de antiguas murallas. ¿Sería preciso recordar al mar que baña nuestro país al norte y al que lo baña al sur? ¿O acaso los grandes lagos? ¿O a ti, Larius, el mayor de todos, y a ti, Bénaco, que te levantas con olas y bramido como un mar? [38]. ¿Recordaría yo los puertos, el dique añadido al lago Lucrino y el mar enojado con formidable estruendo allí donde la onda Julia, rechazado el mar, resuena a lo lejos y donde el oleaje del Tirreno penetra hasta las aguas del Averno? [39].

---

cos, llamados *victima,* para distinguirla de *hostia,* palabra con la que designa al ganado menor.

Según Plinio (II 230) ciertas aguas tenían la propiedad de volver blanco a los ganados que las abrevaban.

[37] Aunque Virgilio no exprese las regiones por sus nombres, eran conocidas entre los romanos: Armenia, como tierra de tigres; Numidia, de leones; el Ponto como productor de plantas venenosas, y Egipto, criadora de serpientes.

[38] Mare Superum o Adriático y Mare Inferum o Tirreno; Norte y Sur, respectivamente, considerados desde Roma.

El lago Larius es el lago Como, el más pequeño de los tres grandes lagos septentrionales de Italia, pero el más profundo de ellos. En cambio el Bénaco, Garda actual, en la Galia Cisalpina (Transpadana) es el mayor de todos.

[39] El puerto único a que alude es el llamado «Portus Iulius», construido por Agripa en la bahía de Bayas, el año 37 a. C., por la unión

Esta misma tierra nos mostró en sus venas arroyos de plata y minas de cobre y de ella fluyó abundante el oro. Ella fue la que ha sacado a la luz una raza robusta de hombres, los marsos y la juventud sabélica, y el lígur, acostumbrado a la fatiga, y los volscos, armados de dardo corto [40]; ella, los Decios, Marios y los grandes Camilos, los Escipiones, endurecidos por la guerra, y a ti, César, el más grande de todos, que, vencedor ya en los confines extremos del Asia, arrojas ahora de las fortalezas de Roma al indio acobardado [41]. Salve, oh tierra de Saturno [42], gran nutridora de mieses, fecunda engendradora de héroes; en tu honor emprendo asuntos de alabanza y arte antiguos y,

---

del pequeño lago Lucrino (célebre por sus ostras y en cuyo emplazamiento se alza hoy la montaña «monte Nuovo», debido a una erupción volcánica del año 1538) y del lago Averno, en el interior de las tierras. Ambos se comunicaban con el mar, pero se construyó un gran dique para reforzar el Lucrino contra los embates del Tirreno. La flota podía penetrar desde el mar hasta el Averno, unido por un canal al lago Lucrino. Después se abandonó este puerto y la flota se estacionó en Miseno.

Bayas y Miseno son ciudades cerca de Puteoli, al oeste de Nápoles.

[40] Marsos y sabinos o sabelios, pueblos al norte del Lacio, cuyo valor guerrero está atestiguado en multitud de pasajes de Horacio, Cicerón y Livio.

Los ligures habitaban la región montañosa de la Liguria, y fueron rudos enemigos que Roma tardó en someter al yugo de su imperio.

Los volscos, pueblo del Lacio, poseían como arma el *veru,* especie de chuzo o dardo corto.

[41] Después de la batalla naval de Actium (31 a. C.) contra Antonio y Cleopatra, Octavio llevó la guerra hasta el Éufrates, pacificando el Oriente y recibiendo en Samos (invierno del 30 al 29 a. C.) una embajada de los indios, todo lo cual lo interpreta Virgilio como una victoria definitiva del Occidente sobre el Oriente.

[42] Italia es la tierra de Saturno, porque arrojado del Cielo por Júpiter se refugió en el Lacio, en donde enseñó a sus habitantes la agricultura.

osando abrir las sagradas fuentes, canto el poema de Ascra [43] a través de las ciudades romanas.

Ahora es la ocasión de hablar sobre los caracteres de los terrenos: cuál es la virtud de cada uno, cuál el color y qué naturaleza tienen en orden a los diversos frutos. Primeramente las tierras ingratas y los collados estériles, donde abundan la delgada arcilla y los guijarros sobre campos de maleza, producen fácilmente un bosque de olivos duraderos, a Palas consagrados. La prueba es que en la misma región crece abundante el acebuche y el campo está cubierto de silvestres bayas. Pero el suelo que es fuerte y empapado de suave humor, y el campo de hierbas cubierto y de gran fertilidad, cual es el que solemos contemplar muchas veces en el hondo de un valle excavado en la montaña (donde se deslizan los ríos desde las elevadas rocas arrastrando fecundante limo), y lo mismo el suelo que se levanta orientado al Austro y cría el helecho, odiado por el corvo arado, éste tal será el que un día te proporcionará robustas vides, que manarán abundante vino, éste es en uvas fértil, fértil en vino, cual es el que libamos en páteras de oro, cuando el grueso Tirreno ha soplado en su flauta de marfil junto a las aras y ofrendamos las entrañas humeantes sobre platos que se encorvan bajo el peso [44].

Pero si, por el contrario, te lleva el deseo más a criar ganado mayor y los becerros, o bien recentales de ovejas o las cabras, que agostan los sembrados, busca los sotos

---

[43] Virgilio se ha inspirado para su obra en *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo, natural de Ascra, en Beocia (Grecia).

[44] Los flautistas que intervenían en los sacrificios y que engrasaban las víctimas eran etruscos o tirrenos. *Obesus Etruscus,* como dice Catulo.

y las regiones apartadas de la fértil Tarento [45] y un campo igual al que arrebataron a mi infortunada Mantua [46], que cría en su río, rico en hierbas, cisnes blancos como la nieve; no faltarán a tus rebaños ni las cristalinas fuentes ni los pastos, y cuanto pazcan los ganados en los largos días, tanto el fresco rocío devolverá durante la breve noche.

En general la tierra renegrida y la que aparece gruesa bajo la reja hundida y cuyo suelo es suelto (pues al labrar esto es lo que queremos conseguir) es muy buena para trigo; no hay campo alguno del que puedas contemplar mayor número de carros que llevar a casa, tirados por bueyes de contenido andar; o también aquélla de la que el labrador airado arrancó una selva de maleza, abatió el bosque estéril durante muchos años y desenterró desde sus raíces profundas las antiguas manidas de las aves; abandonando sus nidos, emprendieron aquéllas el vuelo a las alturas, pero el campo, hasta ahora inculto, brilló bajo la oprimida reja.

En cuanto a la estéril glera de un costanero campo, apenas si es cierto que proporciona a las abejas el romero y las humildes casias; la escabrosa toba y la greda, roída por reptiles negros, atestiguan que no hay tierra alguna como ellas para dar a las serpientes agradable mantenimiento y ofrecerles tortuosos escondrijos.

La tierra que exhala ligera niebla y flotantes vapores y embebe la humedad y, cuando quiere, la despide ella misma de su seno, y la que se viste siempre con el césped

[45] Era celebrada la región tarentina por su fertilidad y a esta cualidad se referirá el poeta en el Libro IV 126, de las *Geórgicas*.

[46] Con ello alude el poeta a los sucesos de la privación de su patrimonio familiar en su nativa Mantua, regada por el Mincio. Las Églogas 1.ª y 9.ª exponen poéticamente la usurpación de sus tierras en favor de los veteranos de Antonio y Octavio.

naturalmente verde y no ataca a la reja con orín ni herrumbre ácida, esta tierra te entrelazará las lozanas vides a los olmos, ésta es fértil en aceite; tú la hallarás, cultivándola, apta para el ganado menor y que aguanta la corva reja. Tal es la que labra la rica Capua y la región que linda con el monte Vesubio y la del río Clanio, tan funesto para la desierta Acerras [47].

Ahora te diré con qué señales podrás reconocer cada una de estas tierras. Si tú quieres saber si es endeble, o de una densidad poco ordinaria, puesto que una es favorable al trigo, la otra a Baco, la más densa a Ceres, la más floja al Liberador [48], elegirás ante todo, a simple vista, un lugar donde mandarás excavar profunda fosa en terreno firme y la llenarás de nuevo con toda la tierra, allanando con los pies las someras arenas. Si menguaran éstas, es que el suelo es flojo, pero conveniente para ganado menor y las nutricias vides; mas si, por el contrario, se resiste la tierra a llenar su hueco y rebosa, después de cubierto el hoyo, el suelo es denso: espera de él terrones macizos y gruesos lomos y rompe la tierra con novillos vigorosos.

Por otra parte, la tierra salitrosa y que tradicionalmente se denomina amarga (en ella no se producen frutos, ni se suaviza arándola, ni conserva a Baco sus nativas cuali-

[47] Clanio es un riachuelo de la Campania, que nace cerca de Nola y cuyas inundaciones convirtieron en un erial la vecina ciudad de Acerras.

El monte Vesubio (en el poema Vesevo), antes de la célebre erupción del año 79 d. C. que destruyó Pompeya y Herculano, aparecía como un volcán apagado, con sus laderas cubiertas de abundante vegetación.

[48] Liberador, otro sobrenombre de Baco, *Liber* entre los romanos. El nombre latino que le da el poeta: *Lyaeus,* derivado del griego *Lyaios* está emparentado con el verbo *lyo,* desatar, aludiendo a la facilidad con que el dios del vino «libera» al que lo bebe en demasía de cuidados y preocupaciones.

dades, ni a las frutas su renombre), ofrecerá la siguiente prueba: descuelga de los ahumados techos cestos de espesa mimbre y coladeras de lagares; en ellos echa un poco de aquella salada tierra y apriétala hasta el borde, vertiendo agua dulce de las fuentes; en efecto, saldrá con fuerza toda el agua y por entre las mimbres se filtrarán gruesas gotas, pero el gusto te dará clara señal y el amargor torcerá con mueca triste las bocas de los catadores.

Igualmente la tierra que es fuerte la conocemos de esta manera: por más que se la haga pasar de una mano a otra, jamás se desmenuza, sino que al modo de la pez, se adhiere a los dedos de quien la tiene.

La que es húmeda cría las hierbas demasiado altas y de por sí es fecunda en demasía. ¡Ah!, ¡que no sea ella demasiado fértil, ni se muestre en exceso vigorosa a las primeras espigas!

La que es pesada, sin otra señal que su propio peso, se revela, y lo mismo la que es floja. Es fácil distinguir a simple vista la que es negra y el color que tiene cada una. Pero reconocer el dañoso frío eso es lo difícil; tan sólo los pinos y, a veces, los tejos venenosos o la hiedra negra descubren sus señales [49].

Con estas advertencias, acuérdate de hacer cocer la tierra, de deshacer, formando hoyas, las grandes montañas de terrones y de ofrecer al Aquilón las glebas volteadas, antes de que plantes la casta productiva de la vid. Los mejores campos son los de mullida tierra; a ello contribuyen los vientos, las heladas escarchas y también el robusto cavador, que remueve las yugadas labrantías.

---

[49] La baya del tejo no es perjudicial, si se come sin exceso, pero de ella se extrae una sustancia, *taxina,* que obra como un narcótico.

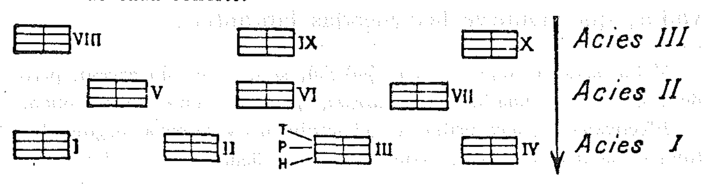
Efectivamente, hay hiedra de follaje obscuro y de bayas negras, distinta de la pálida o blanca con frutos amarillentos.

Mas, en previsión, los labradores a quienes no escapa vigilancia alguna buscan un sitio donde se disponga a los árboles de un vivero, semejante en todo al que luego deben ser transplantados en hileras, con el fin de que las plantas reconozcan rápidamente el cambio de su madre. Además, señalan [50] también en la corteza la orientación del cielo, para que cada planta tenga al transplantarla su primitiva posición, reciba los calores del mediodía por el mismo sitio y vuelva al polo norte, idéntica, la espalda; ¡tan grande es la fuerza de la costumbre cogida en la edad más tierna!

Indaga, lo primero, si es mejor plantar la viña sobre cuestas o en el llano. Si asignas a la vid un campo de tierra gruesa, planta espeso; si las cepas crecen apretadas, Baco es pródigo en racimos; mas, si se trata de un suelo recostado en tesos, o de cuestas empinadas, espacia las hileras; no obstante, cada senda, dispuestas las plantas cuidadosamente, forme un ángulo recto al cortar las líneas [50bis]. Así acontece muchas veces, cuando en medio de descomunal guerra, la legión, en columna larga, despliega sus cohortes y se detiene en marcha sobre una llanura descubierta; el

[50] Hacen una señal en la corteza para indicar la orientación que tenía la planta en el vivero y que ha de conservar después en el viñedo.

[50bis] La forma de la plantación de las vides a que se refiere Virgilio es la conocida tradicionalmente por «tresbolillo», en la que cada tres plantas formaban un triángulo equilátero o también una V, signo en la numeración romana de *quinque*, y de aquí el nombre italiano de *quincunx*. Era la misma disposición que usaba el ejército al distribuirse la legión para el combate en las tres líneas de *hastati, principes* y *triarii,* dentro de cada cohorte:



ejército en orden de batalla forma línea recta y la tierra entera por doquier ondula refulgente con el bronce, aún no se traba la batalla horrenda, sino que Marte vaga dudoso en medio de los dos ejércitos. La distancia toda de las calles esté en relación constante, no sólo para que la perspectiva recree simplemente el ánimo, sino porque en caso contrario la tierra no distribuirá a cada planta igual cantidad de fuerzas, ni las ramas podrán extenderse al aire libre.

Tal vez quieras saber la profundidad que conviene a las hoyas. Yo, por mi parte, me atrevería a confiar la cepa a un surco incluso poco hondo; el árbol se planta más profunda y enteramente en tierra, sobre todo la encina, que, cuanto su copa se extiende a la región del éter, tanto la raíz se dirige hacia el Tártaro [51]. Así pues, ni las tormentas, ni el embate de los vientos, ni las lluvias la descuajan; ella permanece imperturbable y ve pasar en su duración abundante descendencia y largas generaciones de hombres; extendiendo entonces a lo lejos por un lado y otro sus robustas ramas y sus vigorosos brazos, sostiene a su alrededor el tronco poderosa sombra.

Tus viñedos no estén orientados hacia el sol poniente; no plantes avellanos entre las cepas, ni elijas los pámpanos más altos, ni tales las ramas de la copa del árbol (¡tan grande es el apego de la viña por la tierra!); evita el cortar las ramas jóvenes con embotado hierro y no plantes en medio de las calles los troncos salvajes del acebuche [52]:

---

[51] El Tártaro, lugar subterráneo, equivalente entre los latinos al Infierno donde yacen los condenados a castigos eternos. Aquí metafóricamente, el fondo de la tierra.

[52] Efectivamente el olivo silvestre, según Teofrasto, es *pycnón kai liparón*, denso y grasiento, por lo que puede fácilmente arder.

pues, frecuentemente, descuidados los pastores, dejaron escapar el fuego, que, escondido al principio secretamente bajo la oleaginosa corteza, se apodera del tronco y, corriéndose hacia el elevado follaje, produjo en el cielo imponente estallido; después, prosiguiendo su curso, reina triunfante sobre las ramas y la elevada cima y envuelve la plantación entera con las llamas y, denso de oleoso humo, empuja al cielo una nube negra, sobre todo si la tempestad se abatió desde la altura sobre las selvas y el viento precipitándose arrecia los incendios. Después que ha tenido lugar esto, las cepas han perdido su vigor desde su tronco, ni, cortadas, pueden brotar de nuevo, ni por tanto reverdecer como antaño con la tierra que cubre sus raíces; el acebuche estéril las sobrevive con su follaje amargo.

Ni autor alguno tan avisado te persuada a remover la tierra endurecida por el soplo del Bóreas. El invierno aprisiona entonces los campos con el hielo, ni permite que, plantado el renuevo, se agarre al suelo la rígida raíz. La ocasión mejor para plantar la viña es cuando con la rosada primavera viene el ave de plumaje blanco [53], odiada por las largas culebras, o a los primeros fríos del otoño, cuando el sol devastador todavía no alcanza con sus caballos al invierno, pero el verano ya ha pasado.

La primavera es cabalmente la que da a las selvas y a los bosques su follaje; en la primavera se esponjan las tierras y reclaman las semillas reproductoras. Entonces el Padre Omnipotente, el Éter [54], desciende en forma de llu-

---

[53] Esta ave, así descrita, como fácilmente puede deducirse, es la cigüeña.

[54] El éter, la parte más sutil de la atmósfera, se identifica con Júpiter, dios del Cielo y causa de los cambios atmosféricos. En forma de lluvia verifica el himeneo con la Tierra, su esposa. Así lo consigna Lucrecio *(Lucr.,* I 250; II 992), de quien lo toma directamente Virgilio.

vias fecundantes al seno de su regocijada esposa y, unido a este vasto cuerpo, hace crecer poderosamente todos los gérmenes. Entonces resuenan con los cantos de las aves las apartadas florestas y el ganado reclama a Venus en fechas fijas; la nutricia tierra está brotando y al soplo tibio del Céfiro abren los campos sus entrañas; una tierna savia sobreabunda por doquier; los gérmenes se atreven a confiarse seguros a los rayos de un sol nuevo, ni teme el pámpano la llegada de los Austros, ni la lluvia traída del cielo en alas de furiosos Aquilones, sino que hace brotar sus yemas y despliega todas sus hojas. Persuadido estoy de que en el origen remoto de la formación del mundo no brillaron días diferentes, ni tuvieron distinto aspecto: aquello era primavera, la primavera que gozaba el universo entero, y los Euros refrenaban sus invernales soplos, cuando los animales, por vez primera, bebieron a raudales la luz y la estirpe terrena de los hombres sacó la cabeza de los campos [55], todavía duros, y las fieras fueron lanzadas a las selvas y al cielo las estrellas. Seres tan delicados no podrían soportar pruebas tales, si una paz tan duradera no se extendiese entre el frío y el calor y la dulzura del clima no acogiera a las tierras.

Además de esto, cualquier retoño que por el campo plantes, rocíalo con cieno graso y acuérdate de taparlo con capa espesa de tierra, o bien cubre la hoya con piedra pómez, o con escamosas conchas; las aguas se colarán así por los intersticios y un suave vapor penetrará hasta dentro y las plantas cobrarán vigor. También se han encontrado quienes sobre la tierra amontonaron piedras y el peso de una gran teja, defensa ésta contra las lluvias torren-

[55] Véase nota 16 del Libro I sobre el origen de los hombres, después del diluvio.

ciales y cuando la Canícula estival agrieta los campos relajados por la sequía [56].

Una vez puestas las plantas, sólo queda amontonar una y otra vez la tierra hasta los pies y manejar la dura azada de dos dientes, o bien remover el suelo hundiendo la reja y llevar de una parte a otra en medio de las cepas los novillos, que se resisten; luego, preparar las cañas lisas y las varas derechas y peladas, las estacas de fresno y las resistentes horcas, para que en su fortaleza se acostumbren los plantones a apoyarse y a desafiar los vientos y a trepar de piso en piso hasta la copa de los olmos [57].

Y mientras la tierna edad va desarrollándose con follaje nuevo, hay que respetar los brotes tiernos; y cuando el sarmiento se dirige lozano al aire, a rienda suelta lanzado en el libre espacio, no se puede todavía probar en la vid el filo de la hoz, sino que basta con arrancar las hojas con las manos huecas y aclararlas a intervalos.

Después, cuando ya la viña haya tomado impulso, abrazada a los olmos con sus potentes ramas, pela entonces su fronda, entonces sus brazos talla; antes, teme la vid al hierro; ahora por fin ejerce sin compasión tu imperio y refrena las ramas más salientes.

También hay que tejer setos y tener encerrado todo el ganado, sobre todo cuando el follaje es tierno e imprevisor de los riesgos, pues, además de los duros temporales y los ardientes soles, los búfalos salvajes y las testarudas cabras continuamente lo ultrajan y lo convierten en su pasto

[56] Es la constelación del Can Mayor (Canis o Sirius), que aparecía el 26 de julio, fecha del comienzo de la canícula estival.

[57] Véase la nota 1 al Libro I de las *Geórgicas*. Columela dedica varios capítulos del Libro IV a describir el método a que se refiere aquí Virgilio.

las ovejas y las ávidas novillas. Los fríos cuajados en blanca escarcha, o el estío, que se desploma pesado sobre los peñascos secos, no le perjudicaron tanto cuanto los rebaños aquellos y el veneno de su duro diente y la cicatriz marcada sobre el mordido tronco.

No por otro delito el cabrón es inmolado a Baco en todos los altares y los tradicionales juegos se representan en la escena y los hijos de Teseo establecieron premios a los hombres de talento, recorriendo aldeas y comarcas y, alegres mientras beben, saltaron en los floridos prados sobre los grasientos odres [58].

Y también los campesinos de la Ausonia, pueblo venido de Troya, se divierten con toscos versos y largas carcajadas y se ponen grotescas máscaras de cortezas huecas y a ti, Baco, te invocan con festivas canciones y en tu honor cuelgan de un elevado pino blandas figurillas. Desde entonces el viñedo entero se cubre de abundantes frutos, llénanse los valles cóncavos y los sotos hondos y por dondequiera que el dios paseó su cabeza coronada. Así pues, con arreglo al rito, celebraremos el honor debido a Baco con canciones patrias y le llevaremos platos de ofrendas y pasteles, y, traído del cuerno el cabrón destinado al

---

[58] El cabrón o macho cabrío sufre esta pena por haber destruido las viñas que Baco regaló a Ícaro para que enseñase a los hombres el modo de plantarlas. Los atenienses, hijos de Teseo, rey de Atenas y liberador del tributo de su patria al Minotauro, establecieron en la Olimpiada 61 el premio de un cabrón *(trágos)* al vencedor del concurso trágico.

Estos paseos de gente embriagada a través de aldeas y comarcas fueron el origen de la comedia ateniense, según lo indica la etimología de la palabra comedia, pero tanto este género como el de la tragedia están unidos al culto de Baco. El juego de los odres de piel de cabrón, celebrado en honor de Dionisos, a quien estaba consagrado este animal, se llamaba Ascolia, de *asjōliazein* = saltar a la pata coja.

sacrificio, estará de pie ante el altar y tostaremos sus grasas entrañas en asadores de avellano [59].

Todavía queda aquel otro trabajo destinado al cuidado de las vides y que nunca se termina: pues todo el suelo hay que roturarlo tres y cuatro veces cada año y destripar los terrones sin cesar con la azada vuelta y limpiar de follaje el viñedo entero. Las labores hechas retornan siguiendo un ciclo para los labradores y el año vuelve a su comienzo sobre sus mismos pasos. Y así, en el tiempo en que de la viña han caído las tardías hojas y el frío Aquilón ha despojado a las selvas su hermosura, entonces ya el infatigable viñador dispone sus cuidados para el año venidero y con la hoz curvada de Saturno la emprende con lo que queda de la viña, la excava, le da forma y la poda. Sé tú el primero en cavar el suelo, el primero en quemar los sarmientos amontonados fuera y el primero en poner al abrigo las estacas; pero vendimia el último. Dos veces la sombra de las hojas cubre las viñas, dos veces las hierbas alfombran la plantación con sus espesas breñas; uno y otro trabajo son penosos. Alaba los extensos campos, pero cultiva uno pequeño [60].

[59] Ausonia, nombre poético de toda Italia, derivado de Aurunci, pueblo guerrero del Lacio, límite con la Campania. Estas fiestas en honor de Baco eran principalmente dos, *Vinalia prima,* hacia el 23 de abril, y *Vinalia rustica,* el 19 de agosto. En ellas se gustaba el vino nuevo. El verso en que se expresaban debía de ser el saturnio, al que se hacía remontar el reinado legendario de Saturno en Italia. Ennio lo sustituyó por el hexámetro en la epopeya, pero perseveró aquél en el uso popular. Las figurillas, de cera o de lana, debían tener, en concepto de los romanos, una significación de atracción de la fecundidad hacia aquel sitio donde se colgaban balanceándose.

[60] Columela recoge esta misma sentencia de Virgilio, y los viejos romanos decían: «Mejor es sembrar menos y arar mejor».

Además de ésto, se cortan en el bosque las espinosas ramas del acebo y en la orilla de los ríos la caña, y el sauce, que crece sin cultivo, también exige sus cuidados. Ya están atadas las vides, ya la plantación ofrece el descanso a la podadera, ya el viñador canta el fin de sus trabajos, concluidas sus hileras, y, sin embargo, la tierra hay que atenderla de continuo y desterronar los tormos y temer a Júpiter, cuando las uvas están ya maduras.

Por el contrario, el olivo no exige cultivo alguno [61], ni echa de menos la corva podadera ni los tenaces rastrillos, si logró por fin adherirse al suelo y soportar los vientos. La tierra misma presta a las plantas, cuando se la abre con la corva azada, abundante jugo y, si se rotura con la reja, copiosos frutos. Así pues, cultiva tú el graso olivo, agradable a la Paz.

Del mismo modo, los árboles frutales, tan pronto como sintieron sus robustos troncos y en posesión de sus propias fuerzas, por natural impulso tienden rápidamente hacia los astros y no tienen necesidad de nuestra ayuda. Entonces también el bosque entero se carga con el nuevo fruto y las manidas de las aves, sin cultivo, colorean de sangrientas bayas, se pacen los citisos; la elevada selva da las teas que alimentan las hogueras de la noche y derraman luz.

¿Y aún dudan los hombres plantar árboles y dispensarles su cuidado? ¿Para qué seguir con elevadas cosas? Los sauces y las pequeñas retamas proporcionan también ellos follaje al ganado, o sombra a los pastores, cerca a los sembrados y a la miel pasto. Además, gusta contemplar el mon-

[61] El olivo no es exigente en su cultivo, en comparación con el que precisa la viña. Al menos así opinaban la mayor parte de los tratadistas romanos sobre agricultura.

te Cítoro de bojes ondulante [62] y los bosques de Naricia, que dan pez [63], agrada ver los campos libres de rastros y no expuestos a cuidado alguno de los hombres. Los mismos bosques estériles de la cima del Cáucaso, que los violentos Euros desmochan y barren sin cesar, producen cada uno sus productos, dan maderas útiles, pinos para navíos, cedro y cipreses para hacer las casas. De esos bosques tornearon los labradores radios para las ruedas, de ésos ruedas macizas para sus carros y colocaron encorvadas quillas en las naves. Los sauces abundan en varas cimbreantes, los olmos en hoja, mientras el mirto y el quejigo, propio para la guerra, dan los resistentes mangos de los dardos; los tejos se doblan para arcos de Iturea [64].

También es cierto que los delgados tilos o el boj, pulible por el torno, reciben nueva forma y se ahuecan con un hierro aguzado, y lo mismo el liviano álamo, arrojado al Po, flota sobre la torrencial corriente, y también las abejas esconden sus enjambres en las cortezas huecas y en el seno de la encina carcomida. Los dones de Baco, ¿qué beneficio, digno de ser igualmente celebrado, nos han proporcionado? Además Baco ha dado también motivos para el crimen; él fue el que sometió a la muerte a los Centauros enfurecidos, a Reto, y a Folo y a Hileo, que amenazaba con una enorme crátera a los lapitas [65].

---

[62] El Cítoro, monte de Paflagonia (Asia Menor), cercano a la costa del Ponto Euxino, célebre por sus extensos bosques de boj.

[63] Narico o Naricio, ciudad de la Lócrida en Grecia. De ella vinieron los colonos que fundaron Locri Epizephirii en el Bruttium, al sur de Italia. La pez procede de esta última ciudad, aunque la llama *naricia* por los bosques de la ciudad metropolitana.

[64] Iturea es una región al noroeste de Palestina, habitada por un pueblo de salteadores, que eran muy diestros en el manejo del arco.

[65] Los lapitas son un pueblo de Tesalia que, invitados junto con los Centauros a las bodas de Pirítoo, hijo del rey de los lapitas, y de Hipoda-

¡Oh labradores, en extremo afortunados, si conociesen su ventura! Para ellos, de su mismo seno, derrama la tierra con entera justicia, lejos de las opuestas armas, fácil mantenimiento. Si un elevado palacio de soberbias puertas no arroja por todas sus entradas la muchedumbre inmensa de los saludadores mañaneros [66], ni contemplan boquiabiertos las jambas incrustadas con bellas conchas de tortuga, las telas de oro recamadas y los bronces efireos [67], ni la blanca lana se disfraza con el veneno asirio [68], ni corrompe la canela [69] el aceite puro que utilizan, disfrutan, en cambio, de una paz libre de cuidados y de una vida que no sabe de engaños, rica de otros tesoros varios; gozan el descanso, al menos, en sus anchurosos campos, tienen grutas, lagos de agua clara, también frescos valles [70], mugidos de los bueyes y sueños dulces debajo de los

---

mía, riñeron descomunal batalla con estos monstruos, medio hombres, medio caballos, que habitaban las montañas y que se embriagaron durante el festín, lanzándose sobre las mujeres. Este suceso fue motivo de inspiración en la escultura y en la cerámica antiguas. Reto, Folo e Hileo son los nombres de algunos Centauros.

[66] Alude el poeta a la turba de clientes que iba todos los días muy de mañana a dar los buenos días a su amo y en busca del sustento cotidiano: *mane salutantum.*

[67] Efireos o de Efira, poético y antiguo nombre de Corinto. Su bronce y objetos con él fabricados eran famosísimos.

[68] Asiria por Siria, provincia romana de la que formaba parte Fenicia, de donde venía la púrpura a Roma. La llama «veneno» porque en el sentir del labrador que produce la lana, todo lo que la cambie, la envenena y corrompe.

[69] La canela procedente de la India y de Ceilán, que se utilizaba como perfume mezclada con el aceite puro.

[70] Los «frescos valles» están designados por Virgilio con el nombre genérico, en plural, de Tempe, valle celebérrimo en Tesalia, entre los montes Osa y Olimpo, regado por el Peneo, a la entrada del golfo Termaico.

árboles. Allí las selvas y guaridas de las fieras y una juventud al trabajo acostumbrada y con poco satisfecha, el culto de los dioses y la santidad de la familia; entre ellos recorrió sus postreros pasos la Justicia al abandonar la tierra [71].

Pero a mí, primeramente, antes que nada, me reciban las dulces Musas, a mí, que, herido de un amor sin límites, llevo sus sagradas prendas, y me muestren ellas las constelaciones y el curso de los astros, los variados eclipses del Sol y los desfallecimientos de la Luna; cuál es la causa de los terremotos, qué fuerza hinche los abismos del mar, rotos sus diques, y hace que sobre sus mismos senos de nuevo se sosieguen; por qué los soles del invierno se apresuren tanto a bañarse en el Océano, o qué barrera se oponga a las noches tardas en llegar [72]. Pero si mi sangre, corriendo fría alrededor de mi corazón, me impidiese poder acercarme a estos arcanos de la naturaleza [73], conténtenme al menos los campos y los arroyos que se desatan por los valles; ame yo sin gloria los ríos y las selvas. ¡Oh!, ¿en dónde las llanuras y el Esperqueo y el Taigeto, recorrido en sus orgías por las vírgenes laconias? ¡Oh!, ¿quién me detendría en los valles helados del Hemo y me cubriría con la sombra inmensa de sus ramas? [74].

[71] Es la virgen Astrea, en una mano la espada y en la otra una balanza, cubiertos los ojos con una venda y apoyada en un león, que simboliza la Justicia. En la tierra vivió en la Edad de Oro y ante los crímenes de los hombres se refugió en el Cielo, convertida en constelación. En la 4.ª Bucólica se refiere Virgilio también a ella.

[72] En el invierno se pone pronto el Sol; en cambio, durante el verano, tarda en llegar la noche.

[73] Empédocles ponía en la sangre que circula alrededor del corazón el órgano del pensamiento y de la inspiración poética. La sangre fría era el símbolo de un entendimiento torpe.

[74] El Espercio es un río de Tesalia, que desemboca en el golfo Malíaco. El Taigeto o Taigete es una cadena montañosa entre Mesenia y Laco-

¡Dichoso aquél que llegó a conocer las causas de las cosas y puso bajo sus pies los temores todos, la creencia en un destino inexorable y el estrepitoso ruido del Aqueronte avaro! [75]. ¡Pero también dichoso el que supo de los dioses de los campos, y de Pan y del viejo Silvano [76] y de las hermanas Ninfas! [77]. A ese tal, ni las fasces concedidas por el pueblo [78], ni la púrpura de los reyes le hicieron doblegarse, ni la discordia que subleva a los hermanos sin fe; o el dacio, que desciende desde el Istro conjurado [79], ni los negocios de Roma, ni los reinos destinados a perecer; ése no se dolió, compasivo, del pobre, ni envidió al que tiene. Los frutos que las ramas, los que los

---

nia, que llega hasta el cabo Ténaro. En sus faldas se levantaba un templo en honor de Baco, frecuentado sólo por las doncellas laconias.

El Hemo es la cadena montañosa perteneciente a los Balcanes, entre Tracia y Misia.

[75] La filosofía materialista de Lucrecio, a quien sigue aquí Virgilio, le inspira estos versos de índole filosófica e irreligiosa, negando la existencia del infierno, donde corre el Aqueronte, que no permite que se le vuelva a pasar, o que no devuelve la presa, por lo que merece el calificativo de «avaro». La reacción a estas ideas no se hace esperar por parte del mismo poeta.

[76] Véanse las notas 8 y 11 del Libro I.

[77] Las hermanas Ninfas son divinidades femeninas de la Naturaleza, hijas de Zeus y del Cielo, que lo poblaban todo, prestándole belleza y fertilidad.

[78] Las fasces son el símbolo del imperio o potestad militar, que consistían en un haz de varillas con un hacha, atado con unas cintas y llevado por los lictores, que en diferente número acompañaban a los magistrados superiores.

[79] Pueblo de la Dacia, región al norte del Danubio (Istro) y al este del mar Negro. Los dacios, tal vez en coalición con los getas, se conjuraron para invadir las regiones del sur, Misia y Tracia, poniendo en peligro aquellas partes del Imperio Romano. Al formarse la expedición solían beber agua en el Danubio, jurando no volver sino victoriosos.

mismos campos, sin cultivo, generosos produjeron, no tuvo más que cogerlos; ni vio las leyes inflexibles, la locura del foro, ni los archivos del pueblo.

Turban otros con los remos los ciegos mares y se lanzan, hierro en mano; así penetran en las cortes y palacios de los reyes. Éste se dirige a destruir el Estado y los desgraciados hogares, para beber en vaso de una gema y dormir sobre la púrpura de Sarra [80]; otro entierra sus riquezas y se acuesta cabe el oro soterrado; aquél queda atónito ante los Rostros [81], a éste otro el aplauso de la plebe y de los senadores, redoblado con afán por el graderío, lo ha dejado boquiabierto; se alegran los hermanos derramando sangre hermana y por el destierro truecan sus casas y sus dulces hogares buscando una patria situada bajo otro cielo.

El labrador abrió la tierra con el corvo arado; de aquí depende la labor del año, con él sustenta su terruño y sus tiernos hijos, con él la vacada y los serviciales novillos; y no hay descanso, mientras el año no superabunde en frutos o en crías de ganado o en gavillas de espigas a Ceres consagradas y cargue en abundancia los surcos la cosecha y hunda los graneros. El invierno ya ha llegado: se muele en los lagares la aceituna sicionia [82]; los puercos vuelven

[80] Ostro sarrano es la púrpura de Sarra, antiguo nombre de Tiro, en Fenicia, de donde ya dijimos se exportaba la púrpura a Roma.

[81] Los Rôstros eran la tribuna para los discursos, situada en el Foro. Se llamaba así por estar adornada con espolones de las naves, *rostrum* en latín, vencidas y capturadas por los romanos a los habitantes de Antium en el 338 a. C.

[82] Sicione, ciudad de la Argólide, junto al golfo de Corinto, que producía aceitunas de excelente calidad. Debe entenderse, al igual que en parecidos casos, como un epíteto de excelencia, para determinar cualquier tipo de aceituna.

hartos de bellota; la selva da madroños y el otoño deja caer sus variados frutos y allá arriba, en soleados peñascales, las tiernas uvas llegan a tempero. Mientras tanto los dulces hijos colgados al cuello disputan sus caricias, su casta casa es morada del pudor, las vacas cuelgan sus ubres cargadas de leche y sobre tupido césped los gordos cabritos luchan entre ellos con los cuernos enfrentados.

Él mismo solemniza los días de fiesta y, tendido sobre la hierba, donde se alza en medio el fuego y sus compañeros coronan la crátera, libando a ti, Leneo, te invoca y a los rabadanes del ganado les propone una competición de veloz flecha sobre un olmo y desnudan sus cuerpos endurecidos para una palestra campesina [83].

Esta vida practicaron en otro tiempo los antiguos sabinos; ésta, Remo y su hermano; así ciertamente se engrandeció la fuerte Etruria y Roma se convirtió en la maravilla del mundo y en única muralla abrazó siete colinas. Y aun muchos años antes de reinar el rey dicteo [84] y antes de que una estirpe impía se alimentase de novillos sacrificados [85], Saturno, en la edad de oro, vivió en la tierra tal género de vida; todavía no habían oído entonces el sonido de la trompeta, ni crepitar todavía las espadas forjadas sobre los duros yunques.

[83] Competición consistente en tirar flechas o venablos sobre un olmo, como blanco, o acaso, en interpretación más lógica, el blanco está colocado sobre el olmo

[84] Dicté es un monte de la isla de Creta, en una de cuyas grutas vivió Júpiter en su infancia. Este dios siguió a Saturno en su reinado dorado sobre la tierra.

[85] Verso inspirado en Arato. Según Varrón los antiguos tenían prohibido matar bueyes y alimentarse de sus carnes bajo pena de muerte.

Pero nosotros hemos recorrido una carrera de innumerables vueltas y ya es tiempo de desatar los cuellos espumeantes de nuestros corceles [86].

---

[86] Termina el poeta este canto con una metáfora sacada de las carreras del Circo, en el que los caballos recorren la arena sucesivas veces para volver finalmente al punto de partida.

LIBRO III

SINOPSIS

1-48: *Introducción.*

1-9: Invocación a la diosa Pales, al dios pastor Apolo y al Liceo, habitado por Pan, el dios por excelencia de los rebaños.

10-40: Promete el poeta introducir en Roma la poesía didáctica de Hesíodo y, considerándose vencedor en la tarea, construirá un templo de mármol junto al Mincio. En medio, la estatua de César, en cuyo honor se celebrarán solemnes juegos. Relieves y estatuas de Paros representarán las glorias del Príncipe y de Roma.

41-48: Son órdenes de Mecenas, no fáciles de cumplir. Luego cantará las ardientes batallas de César.

49-283: *El ganado mayor.*

49-71: Lo primero es elegir la novilla destinada a la reproducción: sus características. Ventajas de la primera edad, extensibles también a los hombres.

72-122: Elección del caballo-semental: su figura, su color y sus costumbres.

123-128: Cuidados que requiere el caballo-padre.

129-137: Ejercicios convenientes a las hembras para asegurar su fecundidad.

138-156: El cuidado de las futuras madres: prohibición de ejercicios violentos y necesidad de pastos tranquilos y abundantes. Hay que defender a la hembra preñada de la picadura del tábano cruel.

157-162: El cuidado de las crías: la marca a fuego y su clasificación de acuerdo con su futuro destino.

163-178: La doma de los becerros: ejercicios y alimentación.

179-208: La doma de los potros: ejercicios adecuados y alimentación conveniente.

209-241: Para asegurar la fuerza de los toros hay que apartarlos del aguijón de Venus. Descripción de una lucha de toros, enardecidos a la vista de una novilla.

242-265: El Amor es una fuerza universal que invade a todos los seres animados.

266-283: El furor amoroso es particularmente notable en las yeguas: su ingle destila el hipomanes.

284-473: *El ganado menor.*

284-294: El ganado menor: ovejas y cabras. En tema tan difícil de nuevo con la ayuda de Pales emprenderá el poeta la subida del Parnaso.

295-338: Orientación de los establos y alimentación en invierno de ovejas y de cabras.

La cría de cabras es productiva: cabritos, leche, barbas y cerdas de su piel. Su alimento en la época invernal.

Ambos rebaños pastorean libremente durante el verano: las primeras horas del día, la hora de la siesta, el atardecer.

339-348: La vida nómada de los pastores libios.

349-383: Contraposición de la vida pastoril en los pueblos de la Escitia: descripción del invierno y de las ocupaciones de los hombres, refugiados en cavernas junto al fuego.

384-393: La lana: elección de las hembras y del morueco.

394-403: Obtención de leche y queso y reserva de aquélla para el invierno.

404-413: El cuidado de los perros: guardián de los rebaños y compañero del hombre en la casa.

414-439: La lucha del campesino contra quelidros y serpientes que acechan los establos.

440-473: Las enfermedades del ganado ovino. Remedios eficaces: el baño y el ungüento de variadas sustancias, o mejor, la cirujía sobre la herida o el sacrificio del animal enfermo.

474-566: *La peste.*

474-566: Descripción de la epizootia que asoló para muchos años la región alpina de la Nórica y la llanura de Yapidia. Perecieron animales salvajes y domésticos: becerros, caballo, bueyes de labranza, lobos, gamos, peces, focas, víboras, hidros y aves del cielo.

Falló la ciencia. Sólo reina Tisífone con su cortejo de las Enfermedades y el Temor.

A ti también, gran Pales [1], cantaremos, y a ti, memorable Pastor de las orillas del Anfriso [2], y a vosotros, selvas y ríos del Liceo [3]. Los restantes temas que hubieran podido cautivar con la belleza de un poema las ociosas mentes son ya universalmente conocidos; ¿quién ignora al duro Euristeo [4] o los altares del destestable Busiris? [5]; ¿por quién no fue cantado el niño Hilas [6] y la latonia De-

---

[1] Pales, diosa de los ganados y pastores, muy celebrada en Roma el día 21 de abril de cada año, en la fiesta llamada *Palilia,* por coincidir con la fecha en que Roma, según la tradición, fue fundada, precisamente, por pastores en la cumbre del Palatino.

[2] Anfriso, riachuelo de Tesalia, donde Apolo, arrojado del Olimpo por su padre Júpiter por haber dado muerte a los Cíclopes, se vio obligado a guardar los rebaños de Admeto, rey de aquella región.

[3] El Liceo, monte de la Arcadia, región de pastores y, sobre todo, de Pan, divinidad protectora de los rebaños.

[4] Euristeo, rey de Argos, que impuso a Hércules los doce trabajos por mandato de la diosa Juno, y de aquí el calificativo de «duro».

[5] Busiris, hijo de Neptuno y de Libia, fue rey de Egipto, que hospedaba en su casa a los extranjeros y los sacrificaba luego en honor de Júpiter. Al querer hacer lo mismo con Hércules fue matado por éste.

[6] El niño Hilas, amado de Hércules por su singular belleza, participó en la expedición de los Argonautas, pero al bajarse a tierra a hacer provisión de agua, la corriente lo arrastró y las Ninfas lo raptaron.

los [7] e Hipodamía [8] y Pélope [9], reconocible por su hombro de marfil, enérgico para conducir corceles? Hay que intentar un camino por el que yo también pueda levantarme de la tierra y que mi nombre victorioso vuele de boca en boca de los hombres.

Yo seré el primero que, con tal de que me quede larga vida, al volver a mi patria, llevaré conmigo las Musas desde la cumbre Aonia [10]; yo el primero que te traiga, oh Mantua, las palmas idumeas [11] y sobre la llanura verde construiré un templo de mármol, junto a la corriente donde el caudaloso Mincio vaga en reposadas vueltas y teje sus riberas de tiernas cañas. En medio pondré yo a César, que

---

[7] Latona, esposa de Júpiter, dio a luz en la isla de Delos sobre el monte Cinto a Apolo y a Diana, con lo que recuerda el poeta todas las fábulas relativas a estos dioses.

[8] Hipodamía, hija de Enómao, rey de Élide, fue ofrecida en matrimonio por su padre a quien le venciera en la carrera de carros tirados por caballos, hijos del viento, obsequio de Poseidón a Enómao. La vida de este rey estaba ligada a su victoria, pues moriría el día que fuese vencido en la carrera y su hija se casara con el vencedor.

[9] Pélope, hijo de Tántalo, enamorado de Hipodamía, consiguió la victoria, habiendo sobornado antes a Mirtilo, el auriga de Enómao, que sustituyó con cera los clavos de las ruedas del carro del rey. Este mismo joven, Pélope, fue servido como comida en un banquete ofrecido por su padre Tántalo a los dioses. Al reconocer éstos el crimen se abstuvieron de comer, pero ya Ceres se había comido un hombro. Júpiter resucitó al joven y le restituyó el hombro, sustituyéndolo por un trozo de marfil.

Todas estas leyendas aludidas en las notas anteriores eran conocídisimas en aquella época y fueron objeto de cantos e himnos, compuestos principalmente por los poetas Calímaco, Apolonio de Rodas, Teócrito y Nicandro.

[10] Aonia, nombre antiguo de Beocia, donde está el monte Helicón, morada de las Musas, y la ciudad de Ascra, patria de Hesíodo.

[11] Idumea, país de Edón, al sur de Palestina, célebre por sus palmeras: *Iudaea inclyta palmis,* «Judea, famosa por sus palmas» (Pl., *N. H.* XIII 4, 6).

ocupará el templo. En su honor, vencedor yo y atrayendo las miradas por la púrpura de Tiro, daré la señal junto a la orilla a cien carros cuadriyugos. La Grecia entera, abandonando el Alfeo y los bosques de Molorco, disputará ante mí el premio de la carrera y del cesto de piel cruda [12].

Yo en persona, adornada mi cabeza con hojas de recortado olivo, llevaré las ofrendas. Ya, ahora mismo, siento placer en conducir a los templos las solemnes procesiones y en contemplar los novillos sacrificados o en cómo cambia el decorado al girar los bastidores y cómo los britanos levantan el purpúreo telón, bordados sobre él [13].

Sobre las puertas del templo, en oro y marfil macizos, representaré la batalla de los gangáridas [14] y las armas de Quirino victorioso [15], y en la otra hoja al Nilo de aguas

---

[12] De esta manera muestra Virgilio la preferencia de los juegos que promete, a los de Olimpia (Élide), a cuyo pie corre el Alfeo, que se celebraban cada cuatro años, y a los Nemeos, instituidos por Hércules cuando se refugió en casa del pastor Molorco, después de matar al león de Nemea, en la Argólida, que se celebraban cada dos años.

El templo, las estatuas y adornos escultóricos, los sacrificios religiosos y los juegos públicos que describe constituyen una alegoría, bajo la que se encubre este poema y el propósito de escribir la *Eneida,* a la gloria de Roma y de Augusto.

[13] El telón subía, entre los romanos, y no bajaba, como entre nosotros, para ocultar la escena al terminar la representación. Sobre él aparecían dibujados britanos de enorme corpulencia, que daban la impresión de levantar ellos mismos el telón. Por otra parte se adelanta a los deseos de Augusto, que sólo en el año 27 a. C. obtuvo la sumisión de aquellos pueblos.

[14] Los gangáridas son un pueblo de la desembocadura del Ganges, con lo que significa la India, que, si bien nunca fue dominada por Augusto, de allí vino la embajada que recibió el Príncipe en Samos el año 29 a. C.

[15] Quirino victorioso es el mismo Augusto divinizado reencarnando el genio del pueblo romano, personificado en el fundador de Roma, Rómulo, llamado después de su muerte, Quirino.

agitadas por la guerra y de corriente poderosa, y las columnas levantadas con el bronce de las naves [16]. Añadiré las ciudades del Asia sometidas y al Nifate rechazado y al parto, que confía en la huida y en las flechas que lanza por la espalda [17] y los dos trofeos valientemente arrebatados a opuestos enemigos y el doble triunfo sobre pueblos de una y otra orilla [18].

Se levantarán también mármoles de Paros, imágenes vivas, la estirpe de Asáraco y las glorias de la familia descendiente de Júpiter, el padre Tros y Apolo Cintio, fundador de Troya [19]. La impotente Envidia temerá a las Furias,

---

[16] El Nilo, por Egipto, centro de operaciones de Antonio y de Cleopatra. Con los espolones de las naves apresadas en la batalla de Actium hizo fundir Augusto cuatro columnas de bronce, que decoraban el Capitolio y que fueron todavía contempladas por Servio, el comentarista de Virgilio, a finales del siglo IV.

[17] El Nifate es un monte de Armenia, ceñido por los ríos Éufrates y Tigris, que representa la nación entera, como símbolo de la sumisión de este pueblo a Roma, en la campaña del 30 al 29 a. C.

El parto, singular colectivo, es el enemigo por antonomasia, en esta época, de los romanos, que combate simulando huir y volviendo de repente sobre el enemigo desprevenido. Augusto intervino en las luchas internas de este pueblo y recibió una embajada parta en Roma.

[18] Los dos trofeos y el doble triunfo sobre opuestos enemigos simbolizan el dominio completo sobre una y otra parte del Imperio Romano, desde la India hasta España, desde Bretaña y Germania hasta África.

[19] En el deseo de adular a Augusto cuenta Virgilio algunos de los progenitores de la familia Julia *(gens Iulia),* de la que pretendía descender Augusto por línea materna, después de su adopción por César, a saber: Julo, hijo de Eneas, Eneas hijo de Anquises, Anquises hijo de Capis, Capis hijo de Asáraco, Asáraco de Tros, Tros de Erictonio, Erictonio de Dárdano, Dárdano, el que fundó la ciudad de su nombre en el campo de la Tróade, hijo de Júpiter y de Electra.

Apolo, nacido sobre el Cinto, en la isla de Delos, ayudó a Neptuno a levantar las murallas de Troya. Todos estarán representados en mármol

a las obscuras aguas del Cocito, a las serpientes enroscadas alrededor de Ixión y a la enorme rueda y al peñasco insuperable [20].

Mientras tanto, recorramos las selvas y los inexplorados bosques de las Dríades. Órdenes tuyas no fáciles, Mecenas. Sin tu ayuda nada grande concibe la inteligencia. Ea, pues, rompe demoras perezosas; con grandes gritos el Citerón nos llama y los perros del Taigeto y Epidauro, domadora de caballos, y la voz remuge redoblada con el eco de los bosques [21].

Más tarde, sin embargo, me dispondré a cantar las ardientes batallas de César y a llevar su nombre en alas de la fama, por tantos años cuantos dista César de Titón, descendiente primero de su raza [22].

---

de Paros, isla de las Cícladas en el Egeo, y parecerán por su belleza y realismo imágenes vivas.

[20] La Envidia figurará como un bajorrelieve del templo, simbolizando el fin de las guerras civiles y de los enemigos de Augusto. Lanzada al Tártaro, allí contemplará a las Furias (nombre latino de las Euménides griegas), el Cocito, que con el Aqueronte forma la laguna Estigia, a Ixión, atado a una rueda que se mueve sin cesar y sujeto por fuertes roscas de serpientes, a Sísifo, finalmente, condenado a subir por toda la eternidad una roca a lo alto de una montaña, de donde vuelve a rodar siempre.

[21] El Citerón, cadena montañosa del sur de Beocia, que la separa del Ática y de Megárida, simboliza la vida pastoril por sus extensos bosques; el Taigeto, macizo montañoso de Laconia, célebre por sus perros, y Epidauro, ciudad de la Argólida, renombrada por sus caballos. Todo ello objeto de este libro, a cuya composición le invita el grito insistente de los animales.

[22] Titón, el esposo de la Aurora, de una vejez eterna, es por línea colateral familia de Augusto, puesto que fue hermano de Príamo, hijos ambos de Laomedonte de Troya.

Hija también de Príamo es Creúsa, esposa de Eneas y madre de Julo, fundador de la *Gens Iulia,* de la que desciende Augusto.

Ya sea el que, anhelando los premios de la palma olímpica, alimenta caballos, ya el que novillos robustos para el arado, lo principal es elegir el cuerpo de las madres. La estampa mejor de la novilla es la que tiene mirada torva, desproporcionada cabeza, dilatada cerviz y cuya gorja cuelga desde el morro a las rodillas; además, un largo flanco sin proporción alguna, grande todo, lo mismo el pie, y las orejas, velludas bajo los cuernos retorcidos hacia adentro. Ni me desagradaría que sobre su piel se extendiesen pintas blancas, o que rehusase el yugo y que a veces arremeta con los cuernos y sea parecida por su aspecto al toro y la que toda erguida barre al andar sus huellas con el extremo de la cola. La edad que permite soportar a Lucina [23] y los verdaderos himeneos acaba antes de los diez años y comienza después de los cuatro; otra edad ni es propia para la reproducción ni fuerte para el arado. Mientras tanto, cuando la pujante juventud perdura en los rebaños, da suelta a los machos, sé el primero en entregar a Venus tus ganados y, procreando, prepárate una generación de otra. La mejor edad para los míseros mortales huye siempre la primera; luego vienen las enfermedades y la triste vejez y el sufrimiento y nos arrebata finalmente sin piedad la inflexible muerte. Siempre tendrás madres cuyos cuerpos prefieras renovar; reemplázalas, pues, sin perder tiempo y, para no lamentar después las pérdidas, disponte de antemano y elige todos los años la cría para tu rebaño.

La misma selección existe también para el ganado caballar. Tú, ya mismo, a los que tengas destinados criar para la propagación de la especie, dedica tus cuidados prin-

[23] Lucina es la diosa que presidía los alumbramientos; aquí equivale metafóricamente a «parto». Lucina es sobrenombre de Juno.

cipales desde sus tiernos años. El potro que es de sangre generosa entra siempre en los campos gallardeando y avanza sus brazos en flexión. Es el primero que se atreve a ponerse en marcha y a vadear amenazadores ríos y a confiarse a un puente desconocido y no le espantan los falsos ruidos. Su cuello es alto y la cabeza fina, el vientre corto y la grupa recia y los músculos se abultan en su animoso pecho.

Son hermosos los bayos y los tordos, los de color más feo los blancos y cenicientos. Además, en oyendo a lo lejos el ruido de las armas, no acierta a mantenerse quieto, empina las orejas y sus miembros se estremecen y relinchando resuella por las narices el fuego concentrado. La crin es espesa y, sacudida, descansa sobre el hombro derecho, mas una espina doble se extiende por los lomos y escarba la tierra el casco y produce un sonido fuerte con su macizo cuerno. Tal fue el Cílaro, domado por las riendas de Pólux Amicleo [24], y tales los caballos de Marte en pareja uncidos [25] y el tiro del carro del gran Aquiles, que celebraron los poetas griegos [26]. Tal apareció Saturno mismo, cuando, a la llegada de su esposa, rápido extendió su crin sobre su cuello equino y llenó, al huir, el alto Pelión de un relincho agudo [27].

---

[24] Cílaro es el nombre del caballo de Cástor, hermano de Pólux (Dióscuros), hijos los dos de Leda, casada con Tíndaro en Amiclas, ciudad de Laconia. Aunque el caballo lo atribuye Virgilio a Pólux, Homero llama a Cástor «domador de caballos» y a Pólux «excelente en el pugilato».

[25] Dos son los caballos que según Homero se le reconocen a Marte, con los nombres de Dimos (el Espanto) y Fobos (el Temor), ambos de color rojo, como corresponde al dios de la guerra (*Ilíada* XV 119).

[26] La pareja que tiraba del carro de Aquiles, según Homero (*Ilíada* XVI 149), estaba formada por el Janto (el Rubio), y el Balio (el Moteado), hijos de la ligera yegua Podarga.

[27] Los amores de Saturno con Fílira, hija del Océano, fueron desagradablemente sorprendidos por Rea, esposa de Saturno. Éste se convir-

A este mismo caballo, cuando, o pesado por la enfermedad, o ya demasiado torpe por los años, desfallece, reténlo en la cuadra y sé considerado con su vejez en modo alguno vergonzosa. Demasiado viejo es frío para Venus y prolonga en vano una tarea ingrata y, si en alguna ocasión llegó al asalto, como ocurre a veces a un violento fuego, que arde en la paja pero sin fuerzas, así también inútilmente se enfurece. Así pues, notarás ante todo sus energías y su edad; además las otras cualidades y la casta de sus padres y qué sentimiento se apodera del vencido y cuál sea la gloria del que triunfa. ¿Acaso no ves esto, cuando en veloz competición se lanzaron los carros a la pista y vuelan disparados desde las barreras, cuando la esperanza enardecida de los jóvenes y una acuciante zozobra devora sus corazones exaltados? Ellos los hostigan restallando el látigo e, inclinados adelante, les aflojan las riendas, vuela el eje saltando chispas con la fuerza; tan pronto aparecen pegados al suelo, tan pronto levantados, conducidos en alto por el vacío espacio y remontando los aires; no hay tregua ni descanso, sino que se levanta una nube de rojiza arena; se humedecen con las espumas y resuello de aquellos que les siguen; tan grande es el amor de la gloria, tanto les preocupa la victoria.

Erictonio osó el primero uncir a un carro cuatro caballos y, triunfante, rápido, mantenerse firme sobre las ruedas [28]. Los lapitas peletronios [29], montados sobre el lomo,

---

tió en caballo. Fruto de estos amores fue Quirón, el Centauro, que ejerció la Medicina y fue preceptor de Hércules y de Aquiles.

El Pelión es un monte de Tesalia donde tuvo lugar la amorosa escena.

[28] Erictonio, llamado también Erecteo, fue rey de Atenas después del Anfictionado, e inventor de las cuadrigas, para ocultar en el carro la deformidad que sufría en sus piernas.

[29] Llama el poeta a los lapitas, peletronios, por habitar el valle Pele-

inventaron los frenos y las vueltas y enseñaron al jinete a brincar con el peso de las armas sobre el suelo y a galopar corveteando altivamente. Uno y otro ejercicio son iguales, por igual reclaman los domadores la juventud que el ardor de los ánimos y la rapidez de la carrera; aunque aquel otro haya puesto en fuga muchas veces a enemigos de vencida y se ufane como patria del Epiro y de la fuerte Micenas y haga remontar a Neptuno el origen mismo de su raza [30].

Aprovechando estas observaciones, están los ganaderos atentos al momento y ponen todos su cuidado en hinchar de fuerte lozanía el caballo que eligieron para jefe del rebaño y designaron como semental de la yeguada; le cortan hierbas florecientes y le sirven corrientes de aguas vivas y espelta, para que pueda vencer su dulce tarea y sus débiles hijos no acusen los ayunos de los padres.

En cuanto a las hembras, las enflaquecen y extenúan a voluntad y, cuando el placer ya conocido las reclama para comenzar los acoplamientos, niéganles follaje y las apartan de las fuentes; con frecuencia también las cansan con carreras y las fatigan al sol, cuando la era gime bajo el peso de las mieses machacadas y el naciente Céfiro hace aventar las ligeras pajas. Hacen esto para evitar que la excesiva gordura entorpezca demasiado el campo genital y obture los inertes surcos, sino que la hembra, ansiosa de Venus, recoja los gérmenes y los deposite en lo más hondo.

---

tronio en el Pelión (Tesalia). Tanto a ellos como a los Centauros se les atribuye la invención del freno de los caballos.

[30] El Epiro y Micenas, ciudad de la Argólida, eran célebres por sus excelentes caballos. Para la relación entre Neptuno y el caballo véase la nota 6 del Libro I.

Alternativamente acaba el cuidado de los padres y comienza el que se ha de dar a las madres. Cuando ellas, al término de la gestación, andan libres, nadie consienta que uncidas tiren de pesados carros, ni que saltando salven los caminos, ni que atraviesen los prados en ardiente carrera y naden sobre rápidas corrientes. Hazlas pacer en sotos solitarios y a lo largo de caudalosos ríos, donde haya musgo y una ribera toda de verde césped y las cuevas las abriguen y las rocas prolonguen su sombra.

Por los bosques del Sílaro y el Alburno que verdece de carrascas abunda un insecto alado, que los romanos llaman «asilo» y los griegos tradujeron por el nombre de «estro», intratable, de rechinante zumbido, que ahuyenta por las selvas al rebaño entero amedrentado; el aire, sacudido con los mugidos, se enfurece y lo mismo las selvas y la orilla del Tanagro seco [31].

Con este monstruo ejercitó en otro tiempo sus horribles venganzas Juno contra la novilla, hija de Ínaco, cuya muerte meditaba [32]. De éste también defenderás a las hembras preñadas, pues con los ardores del mediodía acosa con más fuerza, y apacenterás al rebaño al punto que nace el sol, o cuando las estrellas conducen a la noche.

Después de paridas, todo el cuidado se concentra en los becerros y, sin tardar, se graban a fuego las marcas y los nombres de los dueños y se designan los que se prefiere destinar a la reproducción, o reservar consagrados

[31] El Sílaro es un río que separa Campania de la Lucania y recibe por la margen izquierda el Tanagro. El Alburno es un monte de la última región citada.

[32] Io, hija de Ínaco, fue amada por Júpiter, que la metamorfoseó en novilla. Juno, esposa del padre de los dioses, no cesó de perseguir a su rival por medio de este insecto, hasta que en su huida llegó a Egipto, donde se convirtió en la diosa Isis.

al altar, o los que roturen la tierra y den vuelta al campo erizado de tormos desmenuzados. Los demás ganados se apacientan en medio de verdes herbazales.

Pero a los que tengas ordenados para la ocupación y el trabajo de los campos entrénalos ya desde becerros y prosigue la tarea de la doma, mientras los ánimos de los jóvenes son dóciles, mientras la edad es inconstante. Y desde el primer momento, ata a sus cuellos unos collares flojos de delgada mimbre; después, cuando ya sus cuellos libres se hayan acostumbrado a la servidumbre, úncelos en parejas, atados de collares verdaderos, y obliga a los novillos a andar al mismo paso y a que con frecuencia ya conduzcan ellos por el suelo carros vacíos y apenas dejen a flor de tierra marcadas las rodadas. Más tarde, rechine un eje de haya brillante bajo una pesada carga y un timón de bronce arrastre las ruedas unidas.

Mientras tanto, a esta juventud todavía no domada, no le cortarás con tu mano tan sólo hierbas, ni las flojas hojas de los sauces, ni la ova pantanosa, sino que también los alcaceles; ni, siguiendo la costumbre de nuestros padres, las vacas que han parido te llenarán de leche los níveos tarros, sino que gastarán sus ubres todas para sus dulces hijos.

Si, por el contrario, tu afición te lleva más a las guerras y a los fieros escuadrones, o a pasar rozando con las ruedas las márgenes del Alfeo que baña Pisa [33], y a conducir volando los carros en el bosque consagrado a Júpiter, la primera prueba del caballo es ver el brío y las armas de los guerreros y soportar el sonido del clarín y llevar una rueda, que rechina al arrastrarla, y escuchar en las ca-

---

[33] Pisa es una ciudad cerca de Olimpia, donde tenían lugar los famosos juegos.

ballerizas el choque de los frenos; entonces que se alegre más y más con los elogios cariñosos de su dueño y guste del sonido de la mano que palmotea su cerviz. Y que él se anime a estas pruebas, tan pronto como es arrancado de la ubre de su madre y, alternativamente, ofrezca su cabeza a los blandos cabestros, cuando todavía es débil y tembloroso e ignorante todavía de la vida.

Pero, cuando pasados ya tres años entrase el caballo en el cuarto estío, comience luego a ejecutar vueltas y a hacer sonar el suelo con sus acompasados pasos y doble alternativamente en círculo cada uno de los brazos y se asemeje al que va forzado, entonces que desafíe ya a los vientos a correr y que, volando por la llanura descubierta como si no tuviera riendas, apenas deje huellas en la superficie de la arena. Así se precipita desde los extremos hiperbóreos el denso Aquilón y disipa las tempestades de la Escitia y las nubes secas; entonces las altas mieses y los ondulantes campos empiezan a erizarse con los suaves vientos, las copas de la selva preludian un murmullo y extensas olas se precipitan sobre la orilla; vuela el Aquilón, barriendo a la vez en su huida los campos labrantíos y las líquidas llanuras [34].

Pero al caballo de que hablamos, o le rezumará el sudor, cubriendo la meta en la llanura de la Élide y recorriendo sus extensas pistas, y su boca arrojará sanguinolenta espuma, o mejor acaso llevará de su delicado cuello

---

[34] Escitia es una región septentrional situada al norte del Mar Negro. Los montes hiperbóreos, pertenecientes a la Escitia, son así llamados porque más allá de ellos sopla el Bóreas o Aquilón.

Élide es una región del Peloponeso, cuyas ciudades principales eran Pisa, Olimpia (véase nota 33) y Élide. Toda la región era sagrada, dedicada solamente a los juegos, y en la que estaban prohibidas actividades bélicas.

los carros de los belgas [35]. Solamente, por fin, a los ya domados deja que su cuerpo se desarrolle grande con vicioso alcacel, pues antes de la doma levantarán poderosos bríos y, si los reduces, se resistirán a soportar el flexible látigo y a obedecer el bocado duro.

Pero no hay arbitrio alguno que mejor asegure sus fuerzas, que apartarlos de Venus y de los aguijones del ciego amor, ya se trate de toros, ya te agrade más el cuidado de los caballos. Por esto es por lo que apartan a los toros lejos y en solitarios pastos, detrás de un monte que oculta la mirada y al otro lado de anchurosos ríos, o los guardan encerrados dentro, cabe pesebres rebosantes. Pues la vista de la hembra les quita las fuerzas poco a poco y los consume y no les deja ella ciertamente con sus dulces halagos acordarse de los bosques ni de los pastos y muchas veces obliga a sus soberbios amantes a competir entre ellos con los cuernos. La hermosa novilla pace en el espacioso bosque de Sila [36]; los toros, embistiéndose con gran fuerza, traban combate y se hieren repetidamente; una sangre negruzca baña sus cuerpos y empujan uno contra otro sus opuestos cuernos con impresionantes bramidos; resuenan las selvas y a lo lejos el Olimpo [37].

Ni es costumbre que los que han reñido compartan el mismo establo, sino que uno de ellos, el vencido, se marcha y se destierra lejos, en regiones desconocidas, gimiendo largamente su ignominia, las heridas que le dio el soberbio vencedor y, sobre todo, los amores que perdió sin poder

[35] Los carros de los belgas frecuentemente nombrados por César en su expedición a la Galia y a Bretaña, que luego penetraron en Italia como vehículos para viajes. El carro era de dos ruedas, tirados por dos caballos, usándose para la guerra entre los celtas con el nombre de *esseda*.

[36] Gran macizo montañoso cubierto de bosques, al sur de los Abruzos.

[37] El Olimpo, metafóricamente, por el cielo.

vengarse y, mirando sin parar su establo, se ha retirado del reino que dominaron sus abuelos.

Entonces, pues, todo el cuidado cifra en ejercitar sus fuerzas y entre peñascos duros pasa la noche echado sobre un lecho sin camas y se alimenta de erizadas hojas y de carrizo puntiagudo; pruébase a sí mismo y, luchando contra un tronco de árbol, aprende a servirse de los cuernos para ejercer su cólera y cansa al aire con sus embestidas y se ejercita para la lucha desparramando la arena.

Después, cuando ha condensado su vigor y recuperado sus fuerzas, levanta las enseñas y se lanza precipitado sobre el enemigo descuidado: al igual que la ola, que comienza a blanquear en medio del mar, y, según se extiende y cobra anchura, hincha sus senos y luego, volcándose hacia tierra, resuena con horroroso estruendo entre peñascos y cae deshecha tan alta como la montaña misma; pero de lo más profundo de la ola suben hirvientes remolinos y arroja del fondo a la superficie una negruzca arena.

Ciertamente los seres todos que viven en la tierra, hombres y fieras, los animales del mar, los ganados y aves de variados colores, se lanzan furiosamente hacia este fuego: el amor es el mismo para todos. En ninguna otra ocasión la leona, olvidada de sus cachorros, anduvo errante más furiosa por los campos, ni los deformes osos causaron por doquier tantas muertes y matanzas en las selvas; entonces es el jabalí feroz, entonces el tigre más cruel que nunca. ¡Ay! Con qué peligro entonces se camina por las llanuras solitarias de la Libia. ¿No ves acaso cómo un temblor conmueve el cuerpo entero de los caballos, si tan sólo el olor les trajo los efluvios conocidos? Y por eso, ni el hombre con los frenos ni con el látigo cruel, ni los peñascos y barranqueras, ni los ríos que se oponen a su paso los

detienen, aunque arrastren con sus aguas montañas descuajadas. El mismo jabalí sabélico [38] se lanza y aguza sus colmillos y escarba con los pies la tierra, se rasca las costillas contra un árbol y endurece sus espaldas para las heridas por uno y otro lado.

¿Qué pensar de aquel joven, a quien el irrefrenable amor mete en sus huesos violento fuego? En efecto, durante la ciega noche, cruza tardío a nado los mares agitados por la tempestad desencadenada; sobre su cabeza truena la inmensa puerta del cielo, y las olas, estrellándose contra las rocas, lo llaman hacia atrás; pero ni las desgracia de sus padres, ni la joven, que, si él muere, morirá también con cruel muerte, lo pueden detener [39]. ¿Qué decir de los pintados linces de Baco [40] y de la cruel raza de los lobos y de los perros? ¿Y qué de los ciervos, que, aunque tímidos, riñen sus batallas? Pero es un hecho conocido que el furor amoroso de las yeguas es el más sensible de todos y esta disposición se la concedió Venus misma, cuando las cuadrigas de Potnias despedazaron con sus quijadas los miembros de Glauco [41]. El amor las lleva al otro lado de

[38] Sabélico o perteneciente a una pequeña región cercana a los sabinos, célebre por sus montañas pobladas de caza, particularmente de jabalí.

[39] En la primera *Geórgica* se aludió ya a la patria de estos dos jóvenes, Leandro y Hero. Todas las noches Leandro atravesaba el Helesponto a nado desde Abidos para ver a su amada Hero, que vivía en Sestos a la otra orilla. Las olas arrojaron una mañana su cadáver a la orilla y su amada, presa de dolor, se precipitó al mar.

[40] Se representa a veces a este dios guiando un carro tirado por linces, tigres y panteras u otros animales parecidos, desde el monte Nisa de la India, donde había nacido, hasta Grecia.

[41] Glauco, hijo de Sísifo, criaba yeguas, alimentándolas con carne humana, en Potnias, cerca de Tebas, en Beocia. Para tenerlas más ligeras las apartaba de los machos, por lo que Venus les infundió una especie de locura que llevó a las yeguas a despedazar a su mismo dueño.

los montes Gárgaros [42] y tras las aguas del sonoroso Ascanio [43]; escalan las montañas y cruzan a nado los ríos y, al punto que la llama penetró en sus ávidas médulas, sobre todo en primavera, porque en la primavera vuelve a los huesos el calor, vueltas todas ellas de cara al Céfiro, se están sobre las rocas altas y reciben dentro de sí los suaves vientos y, frecuentemente, sin ayuntamiento alguno, fecundadas por el viento, lo que parece increíble, se dispersan en desordenada fuga a través de rocas y picachos y por encajonados valles, no adonde tú, Euro, naces, ni adonde sale el sol, sino hacia el Bóreas y el Cauro, o allí donde nace el sombrío Austro y entristece el cielo con su lluvioso frío [44]. Es entonces cuando un veneno viscoso, que los pastores con exacto nombre llaman hipomanes, se destila de su ingle; el hipomanes, que con frecuencia recogieron las malvadas madrastras y lo mezclaron con hierbas, pronunciando maléficos conjuros [45].

Pero huye entre tanto, huye el tiempo irrecuperable, mientras que del amor llevado me entretengo en cada pormenor. Sea lo dicho bastante para el ganado mayor; queda

---

[42] Véase nota 20 de la 1.ª *Geórgica.*

[43] Riachuelo de Frigia Minor, que desagua en el lago del mismo nombre en la Propóntide. Tanto el monte Gárgano como el río Ascanio quieren designar todo accidente geográfico, orográfico o fluvial lejano.

[44] Cita el poeta desordenadamente los vientos Céfiro, Euro, Bóreas, Cauro, y Austro, que soplan respectivamente por el Oeste, Sureste, Norte, Noroeste y Sur.

[45] Creencia antigua la de la fecundación de las yeguas por el viento. El «hipomanes», de *hippos,* caballo y *mainomai,* volverse loco, es palabra muy usada en la magia antigua, con la que se designa tanto el producto viscoso a que alude Virgilio, como una excrecencia en la frente de las crías recién nacidas y que las yeguas, todavía calenturientas, devoraban con ardor.

la otra parte de mi tema, tratar del ganado lanar y de las hirsutas cabras.

Este es un trabajo, pero esperad de aquí, animosos labradores, vuestra alabanza. No se me oculta en mi ánimo cuán gran empresa sea triunfar con las palabras de las dificultades de mi tema y prestar este honor a cosas tan pequeñas; pero una dulce afición me arrebata a través de las fragosidades desiertas del Parnaso; me gusta caminar por esas cumbres por donde nadie antes que yo dejó sus huellas, por la suave pendiente que conduce a la fuente Castalia [46]. Ahora, venerable Pales, ahora hay que cantar con poderosa voz [47].

Lo primero, ordeno que las ovejas, hasta que no vuelva de nuevo el frondoso estío, pasten la hierba en establos cómodos y que se extienda sobre el duro suelo espesa capa de paja y brazados de helechos, para evitar que la fría helada perjudique al ganado delicado y críe la roña y la deformante patera.

Después, pasando a otro asunto, mando que se den a las cabras ramas verdes de madroño y se les suministre agua fresca y abundante y que sus establos se pongan al abrigo de los vientos, al sol invernal, orientados al mediodía, en el tiempo en que el frío Acuario comienza a declinar y se derrama en lluvias al terminar el año [48].

---

[46] El Parnaso es un macizo montañoso cerca de Delfos en la Fócida (Grecia), dedicado a Apolo y a las Musas, donde se inspiraban poetas y músicos.

Castalia es la fuente que brotaba al noreste de Delfos, donde tenían lugar las purificaciones religiosas. Los poetas latinos la han hecho sinónimo de lugar de inspiración poética.

[47] Pales, diosa protectora, especialmente del ganado menor, objeto ahora de su canto (véase nota 1.ª de este Libro).

[48] El Sol en su recorrido entra en Acuario en el mes de enero y sale

Las cabras, por su parte, no han de ser atendidas por nosotros con menos diligencia. Su utilidad no nos será menor, aunque los vellones de Mileto se paguen a gran precio, teñidos a cocción con la púrpura de Tiro [49]; de ellas nace más abundante descendencia, de ellas se saca más cantidad de leche. Cuanto más la exprimida ubre hiciera espuma sobre el tarro, tanto más abundantes manarán los chorros de las tetas ordeñadas.

Y no por eso menos se cortarán las barbas que blanquean el mentón del chivo de Cínipe [50] y su bosque de cerdas, para uso de campamentos y para indumentaria de miserables marineros. Pastan las cabras en las selvas y las cumbres del Liceo las espinosas zarzas y la jara, que ama las alturas, y ellas mismas, acordándose, vuelven a su aprisco y conducen sus cabritos y apenas traspasan el umbral con sus cargadas ubres.

Así pues pondrás tanto mayor cuidado en apartarlas de los fríos y de los helados vientos, cuanto menos necesitan de las atenciones del hombre y les llevarás diligente el pasto y ramoso forraje y no les cerrarás los heniles durante el invierno entero.

Mas, por el contrario, cuando a la voz de los Céfiros el risueño estío eche hacia los bosques y los pastos uno

---

a mediados de febrero, fecha de abundantes lluvias. A partir de esta fecha comenzaba para los romanos la primavera.

[49] Aunque en la antigüedad tenían gran fama la lana de Mileto (Asia Menor), (en concepto de Plinio, la tercera), sin embargo el nombre propio sólo indica aquí excelencia. Las lanas se teñían introduciéndolas en un baño hirviendo de agua y púrpura de Tiro.

[50] Cínipe es el nombre de un pequeño río y valle del mismo nombre al este de Leptis Magna, en la Tripolitania, donde se criaban velludos chivos, cuyas cerdas se cortaban para tejer tiendas de campaña y vestidos de marineros.

y otro rebaño, obliguémosles a pastar los frescos campos al despuntar el lucero, mientras amanece el día, mientras el césped está blanco y el rocío, gustosísimo al rebaño, brilla sobre la tierna hierba.

Después, cuando la cuarta hora del día [51] haya despertado la sed y las ruidosas cigarras atruenen las arboledas con su canto, te ordenaré que lleves tus ganados a las pozas, o a los hondos estanques, para que beban el agua, que corre en canales de encina; mas en medio de los fuertes calores busca un valle umbroso donde la corpulenta encina de Júpiter, de antiguo tronco, extienda sus poderosas ramas, o donde un sombrío bosque de espeso chaparral cubra el suelo con su sagrada sombra; luego, al ponerse el sol, abrévalas de nuevo con poca agua y pástalas de nuevo, cuando templa el aire el fresco Véspero y la Luna, ya con el rocío, renueva las praderas y resuena el litoral con los cantos del alción y el espino con los trinos del jilguero [52].

¿Para qué seguir hablándote en mis versos de los pastores de Libia, de sus pastos y de sus aduares poblados de escasas tiendas? Muchas veces el rebaño pace sin interrupción día y noche y el mes entero y marcha sobre las vastas soledades del desierto sin encontrar refugio alguno, ¡tan grande es la extensión de la llanura! Todo lo lleva

[51] Teniendo en cuenta que los romanos dividían el día en doce horas de diferente duración, según las estaciones, puesto que aquél es el espacio de tiempo entre la salida y la puesta del Sol, la cuarta hora puede corresponder en el verano al espacio entre las nueve y media y las diez y media de la mañana.

[52] Alción es el nombre del pájaro «martín pescador». La leyenda que recoge este mito tiene diferentes versiones. La más vulgarizada es la que hace de Alcione, esposa de Ceix, quien al perder su vida en un naufragio obliga a su esposa a arrojarse al mar, siendo metamorfoseados ambos en alciones, símbolo del amor conyugal.

consigo el pastor africano, su hogar, sus dioses lares, las armas, el perro de Amiclas y la aljaba de Creta [53]; de la misma manera que vestido con las armas nacionales el resistente romano hace las marchas bajo el peso de un enorme equipo y, plantado el campamento, se presenta en perfecta formación ante el enemigo descuidado.

Pero no ocurre lo mismo en aquellas tierras que habitan los pueblos de la Escitia, donde está la laguna Meótida y el Istro arrastra en su corriente turbia rojizas arenas y por donde el Ródope, extendido hasta la mitad del polo, de nuevo retrocede [54]. Allí tienen los rebaños encerrados en los establos, no aparece allí ni hierba alguna sobre los campos, ni follaje en los árboles, sino que yace la tierra, en lo que la vista alcanza, informe bajo montones de nieve y gruesa capa de hielo, que llega a alcanzar hasta siete codos. Siempre el invierno, siempre los vientos Cauros soplando fríos. Por otra parte, el sol nunca jamás disipa las descoloridas sombras, ni cuando arrastrado por sus caballos se dirige a la más alta región del éter, ni cuando, lanzándose, baña su carro en la llanura rojiza del Océano. Se forma rápidamente en la corriente de los ríos una costra de hielo y el agua llega a soportar sobre su superficie ferradas ruedas y la que antes recibía naves, ahora recoge en su seno anchas carretas; los objetos de bronce saltan

---

[53] No sería fácil que un pastor africano llevase perro de Laconia, donde está la ciudad de Amiclas, y carcaj de Creta. Estos nombres, como tantas otras veces, son de carácter general y tienen un valor positivo de excelencia.

[54] Contrapone África, el sur del mundo conocido, con la Escitia, el norte, determinado imperfectamente por la laguna Meótida (Mar de Azof), el Istro (Danubio) y el Ródope, cordillera de Tracia, que se extiende de sur a norte y tuerce de nuevo hacia el este o región del mar, formando un gran arco.

en pedazos por doquier, los vestidos se quedan rígidos sobre el cuerpo y los vinos, antes líquidos, se cortan con el hacha y las lagunas se convierten totalmente en duro hielo y el hórrido carámbano se endurece sobre las desaliñadas barbas.

Mientras tanto, copiosamente nieva en toda la región del aire; perecen las bestias: los grandes cuerpos de los bueyes quedan inmóviles, cubiertos por la escarcha, y en apretado escuadrón los ciervos se paralizan abrumados por una nueva masa y apenas si descubren la punta de sus cuernos. No los acosan echándoles los perros ni con trampa alguna, ni asustándolos con el espantajo de plumas coloradas, sino que mientras empujan en vano con el pecho la montaña de nieve que les estorba el paso, acercándose a ellos los hieren con el hierro y los degüellan en medio de violentos bramidos y, alborozados, se los llevan a sus casas con gran grita.

Los hombres disfrutan los ocios de una vida tranquila en cavernas cavadas profundamente bajo tierra y arriman a los hogares montones de robles y olmos enteros y los arrojan al fuego. Aquí pasan en el juego las largas noches y, satisfechos, sustituyen el jugo de la vid por el caldo de la cebada fermentada y los ácidos frutos del serbal [55]. Así esta raza de hombres indómitos que vive bajo el hiperbóreo septentrión es azotada por el Euro, que sopla de los montes Rífeos [56], y cubre sus cuerpos con rojizas cerdas de animales.

[55] Alude a la cerveza obtenida del trigo o de la cebada fermentados, y al serbal, que produce un fruto áspero y ácido del que se puede obtener una bebida fermentada.

[56] Los montes Rífeos, pertenecientes a la Escitia, de donde sopla el viento Euro o del SE parecen estar localizados por Virgilio hacia la Rusia oriental.

Si te preocupa el esquileo de la lana, lo primero, lejos de ti una espinosa selva, los lampazos y el abrojo; huye los pastos gruesos y elige desde el primer momento hembras blancas de sedodo vellón. Pero al morueco, aunque su cuerpo sea todo blanco, si bajo el paladar húmedo descubres su lengua moteada de negro, recházalo, no sea que sombree con oscuras pintas los vellones de los recién nacidos, y, buscando alrededor de ti sobre tu abastecido campo, reemplázalo con otro.

Así con la ofrenda de un nevado vellón, si el hecho es digno de creerse, Pan, dios de la Arcadia, prendada, te sedujo a ti, oh Luna, llamándote a las interioridades de los bosques y tú no fuiste desdeñosa en contestarle [57].

Pero el que sienta amor por la leche, que lleve él mismo con sus propias manos a los pesebres cantueso y abundante meliloto y saladas hierbas. Con esto gustan más de abrevarse en corrientes aguas y retesan más sus ubres y devuelven en la leche el sabor oculto de la sal. Muchos hay que en creciendo los cabritos los apartan de sus madres y les guarnecen el morro con bozales ferrados. La leche que ordeñaron al venir la aurora y durante las horas del día la cuajan por la noche; mas la que se ordeña en tinieblas ya y al ponerse el sol la transportan en sus tarros al despuntar el día (pues va el pastor a las ciudades), o bien la adoban con un poco de sal y la reservan para el invierno.

No sean los perros el último de tus cuidados, sino que a los cachorros corredores de Esparta y al impetuoso Moloso aliméntalos a la vez con graso suero [58]; jamás, con

[57] Pan, enamorado de la Luna, la sedujo vestido de un blanco vellón de lana.

[58] Ya se aludió antes al perro de Amiclas, cerca de Esparta, en Laco-

guardianes tales, tendrás que temer para tus establos ni al ladrón nocturno ni las incursiones de los lobos ni las traiciones del no aplacado ibero [59]. Muchas veces también acosarás con la carrera a los tímidos onagros [60] y con los perros cazarás la liebre, con los perros los gamos; con frecuencia hostigarás con los ladridos de tu jauría a los jabalíes lanzados de sus salvajes revolcaderos y a través de elevados montes forzarás con gritería hacia tus redes a un corpulento ciervo.

Aprende también a quemar en tus establos la madera olorosa del cedro y a ahuyentar a los quelidros peligrosos con el olor del gálbano quemado. Frecuentemente la víbora, ponzoñosa si la tocas, se escondió bajo los no removidos pesebres, huyendo asustada de la luz, o la culebra, cruel azote de los bueyes, acostumbrada a deslizarse a la sombra de un abrigo y a esparcir el veneno en el rebaño, se acurrucó en el suelo. Coge piedras en la mano, toma un garrote, pastor, y cuando se yergue en amenazas e hincha su silbante cuello, derríbala; en su huida ya escondió bien honda en el agujero su tímida cabeza, mas las roscas de la mitad del cuerpo y los anillos del extremo de la cola

---

nia, de pequeña talla, cabeza fina y puntiaguda y flacos ijares, especie de lebrel.

El Moloso es originario del Epiro y es parecido al dogo, muy alabado por Lucano. Las dos clases servían tanto para la caza como para el cuidado de los rebaños.

[59] Aunque los iberos tenían fama de salteadores y de ladrones, al igual que antes los itureos (véase nota 64 del Libro II), están aquí citados en un sentido de excelencia o calidad, por no entrar en el hexámetro virgiliano la palabra *abigei*, que significa «ladrones de bestias».

[60] El onagro o asno salvaje, según indica su misma etimología, no se daba en Italia, pero sí en África y en Frigia y Licaonia (Asia), aduciéndolos aquí Virgilio como recurso poético.

se deshacen y lentamente arrastra sus vueltas el último repliegue.

Existe también en los bosques calabreses aquella malvada sierpe, que, cuando levanta el pecho, descubre su escamosa espalda y su largo vientre salpicado de grandes manchas [61]. Ésta, mientras brotan de sus fuentes los arroyos y las tierras están húmedas con la fresca primavera y los lluviosos Austros, vive en los estanques y, habitando sus orillas, sacia, cruel, su voracidad ansiosa con peces y con parleras ranas. Mas, después que se ha secado la laguna y las tierras se abren con el ardor del sol, salta sobre la tierra seca y, revolviendo sus llameantes ojos, se enfurece por los campos, exasperada por la sed y fuera de sí por el exceso del calor. No me apetezca entonces entregarme al dulce sueño a la intemperie, ni estar tumbado en la hierba en la ladera de un bosque, cuando despojada de su piel, renovada y brillante por la juventud, desenvuelve su rosca y, dejando en su guarida los viboreznos o los huevos, se empina al sol y vibra en sus fauces el triple dardo de su boca.

Te enseñaré también las causas y los síntomas de las enfermedades. La repugnante roña ataca a las ovejas, cuando la fría lluvia y el áspero invierno de blancas escarchas se les ha entrado en las carnes hasta lo vivo, o, cuando después de esquiladas, se les pegó el sucio sudor y desgarraron su piel los ásperos zarzales.

Por eso los pastores bañan el rebaño entero en corrientes de agua dulce y sumergen en un remolino el vellón

---

[61] Se refiere el poeta, sin nombrarla, a la serpiente llamada *chersydrus amphibius,* tan poética y exactamente descrita aquí por Virgilio. Su mismo nombre científico alude a su carácter anfibio: *jersos,* seco, y *hydōr,* agua.

húmedo del morueco y desciende luego impulsado a favor de la corriente; o bien, después de esquilado, untan su cuerpo con hez de aceite amargo, mezclado con espumas de plata, azufre virgen, resina del monte Ida y la grasienta cera, cebolla albarrana, eléboro de pesado olor y negro betún. Sin embargo, no hay más eficaz remedio de estos males que si alguien se aventuró a sajar con hierro los labios de la úlcera; estando oculto el mal se alimenta y vive, mientras el pastor se abstiene de aplicar a las heridas las manos que las curen, o, sentado, suplica a los dioses remedios más seguros.

Además, cuando el dolor, adentrándose en el meollo de los huesos del rebaño, muestra su violencia y una ardiente fiebre consume los miembros, la experiencia aconsejó que lo mejor es dar salida al fuego de la calentura, cortando la vena en lo más bajo de la pezuña y haciendo saltar la sangre. Así tienen por costumbre los bisaltas y el rudo gelono, cuando huye hacia el Ródope y a través de los desiertos de los getas y bebe leche cuajada mezclada con sangre de caballo [62].

Cuando veas desde lejos a una oveja que con frecuencia se retira a la agradable sombra, o que indolentemente mordisquea la punta de las hierbas y que sigue la última al rebaño, o, cuando pace, se tumba en medio del campo y ya tarde se retira sola al llegar la noche, ataja al punto el mal con el hierro, sin esperar a que el cruel contagio

---

[62] Los bisaltas eran un pueblo de Macedonia meridional, límite con la Calcídica. Los getas habitaban el bajo Danubio hasta el mar Negro, y cerca de ellos y más al norte los gelonos. Estos dos últimos pueblos estaban separados del Ródope, cordillera de Tracia, por el Danubio, y la extensa cordillera del Hemo, situada como una muralla en la orilla derecha del río.

cunda por el rebaño desprevenido. No se desencadena el huracán con tanta frecuencia por el mar impulsando la borrasca, cuanto se multiplica la epidemia en los rebaños; y las enfermedades no se ceban en una tras otra de las reses, sino que invaden de repente todas las majadas de verano, la esperanza del rebaño y al rebaño mismo, inficionando en su fuente la raza entera: de ello se daría cuenta el que aun ahora mismo, al cabo de los tiempos, contemple los elevados Alpes, las viviendas montañosas de la Nórica y las llanuras de Yapidia, regada por el Timavo, y vea los reinos de los pastores abandonados, y los bosques deshabitados por todos los contornos [63].

Aquí, por corrupción del aire se originó en otro tiempo un deplorable estado de la atmósfera, que, agravándose con toda la fuerza de los calores otoñales, entregó a la muerte toda especie de animales domésticos y salvajes y corrompió las aguas estancadas e inficionó los pastos con la peste [64]. Ni era uno solo el camino de la muerte, sino

---

[63] Los Alpes en que piensa Virgilio son los Cárnicos, que separan la Nórica (formada por las actuales regiones de Estiria, Carintia y Salzburgo) de la Galia Cisalpina. Es una región situada el sur del Danubio, entre la Retia y la Panonia.

La llanura de Yapidia, al noreste de la Iliria, frente a Aquileya, parte de la región actual de Venecia.

El Timavo es un pequeño arroyuelo cercano a esta última población, que desemboca directamente en el Adriático, entre Aquileya y Trieste.

[64] Describe el poeta la famosa epizootia que asoló completamente los establos de aquella región montañosa. Se ignora la fecha en que tuvo lugar, aunque parece, por la descripción, que fue reciente.

Los modelos de Virgilio fueron Tucídides y Lucrecio, que describieron con minuciosidad y realismo científico la célebre peste de Atenas. Nuestro poeta, en vez de hacerlo sobre un fondo humano, pinta sobre el telón de fondo de la naturaleza animal, con una sensibilidad tal que llega a conmovernos como si se tratase de hombres.

que cuando una fiebre ardiente introducida por todas las venas había reducido los miembros a un estado lastimoso, manaba a su vez abundante pus, que disolvía todos los huesos minados progresivamente por la enfermedad.

Muchas veces, estando de pie la víctima junto al altar en medio del sacrificio de los dioses, al tiempo que la ínfula de lana ciñe su cabeza con nívea cinta [65], se desplomó moribunda junto a los vacilantes sacrificadores, o si el sacerdote había inmolado antes con el hierro a alguna, no arden sus entrañas puestas sobre los altares, ni el adivino consultado puede dar la respuesta y apenas si los cuchillos, puestos bajo su cuello, se tiñen de sangre y si la superficie de la arena se ennegrece con algo de materia.

También en medio de abundante hierba mueren a manadas los becerros y entregan sus dulces vidas junto a los pesebres llenos; y también se apodera la rabia de los perros cariñosos y una tos anhelante sacude a los apestados cerdos y ahoga sus fauces tumefactas.

Desfallece, sin suerte en sus esfuerzos y descuidado de la hierba, el caballo vencedor y se aparta de las fuentes y golpea sin parar la tierra con el casco; cuelgan sus orejas e igualmente se extiende sobre su piel un vago sudor, frío cuando están a punto de morir; se seca la piel y al palparla resiste dura al tacto.

Estos son los síntomas que preceden a la muerte desde los primeros días. Si, por el contrario, el mal en su proceso comienza a recrudecerse, entonces ciertamente se les inflaman los ojos y sacan la respiración de lo más hondo del pecho, agravada a veces por un gemido, y dilatan lo

[65] La víctima quedaba consagrada a la divinidad desde que se ceñía su cabeza con la ínfula, banda o diadema, que quedaba sujeta por medio de cintas blancas, pendientes detrás de los cuernos.

más hondo de los ijares con prolongado hipo; una sangre negruzca se escapa por las narices y la lengua, áspera, oprime sus obstruidas fauces. Les sirvió de alivio echarles vino puro con un cuerno como embudo; este pareció el único medio de salvar a los que morían; luego, esto mismo era su perdición, pues, reanimados, ardían con más furia y ya en las ansias de la muerte (premien mejor los dioses a los piadosos y reserven a los enemigos delirio semejante), desgarraban ellos mismos sus miembros a pedazos con sus descarnados dientes.

Pero he aquí que resollando bajo el duro arado cae muerto el toro y arroja por la boca sangre mezclada con espuma, al tiempo que lanza los últimos gemidos. Triste, el labrador, desunciendo al otro novillo consternado por la muerte de su compañero, se marcha y deja el arado clavado a la mitad del surco. Ni las sombras de elevados bosques, ni la hierba tierna de los prados consiguen alegrarlos, ni tampoco el río, que más puro que el ámbar, rodando sobre piedras, se dirige a la llanura, sino que se les aflojan desde el hondo los costados y un estupor invade sus ojos inmóviles y su cerviz, agobiada por su peso, se inclina hacia la tierra. ¿De qué le aprovechan su trabajo y sus servicios? ¿De qué haber removido con la reja la pesada tierra? Y sin embargo, no fueron los dones másicos de Baco [66], ni los abundantes manjares los que les dañaron: se apacientan de hojas y del sustento de sencillas hierbas, su bebida son las fuentes cristalinas y los ríos de rápida corriente y jamás interrumpen los cuidados sus saludables sueños. En aquel tiempo, según dicen, en vano se buscaron por aquellas comarcas novillas para el culto de Juno y uros

[66] Los dones másicos de Baco son los vinos de calidad obtenidos de los viñedos al pie del monte Másico, en la Campania.

desiguales condujeron los carros con ofrendas a los elevados templos. Por eso los labradores abren penosamente la tierra con los rastros y con sus mismas uñas entierran las simientes y a través de elevados montes arrastran con el cuello estirado los rechinantes carros.

El lobo no espía el lugar de una emboscada alrededor de las majadas, ni ronda por la noche los rebaños; un cuidado más punzante lo sujeta; los tímidos gamos y los huidizos ciervos andan ahora errantes mezclados con los perros y alrededor de sus viviendas.

Sobre el borde de la orilla arrojan ya las olas, como cuerpos de náufragos, lo que cría el mar inmenso y toda especie de seres nadadores; las focas huyen a los ríos donde viven extrañadas. Muere también la víbora, en vano defendida por sus sinuosos escondrijos, y lo mismo las hidras, a las que el espanto encrespa sus escamas. Para las mismas aves es perjudicial el aire y al caer dejan ellas la vida bajo las altas nubes.

Además, de nada sirve ya el cambiar de pastos, y los remedios que se buscan perjudican; se dieron por vencidos los maestros en el arte, Quirón, hijo de Fílira, y Melampo Amitaonio [67]. La pálida Tisífone, escapada a la región de la luz desde las tinieblas de la Estigia, se enfurece y lleva por delante a las Enfermedades y al Temor y se engrandece levantando su cabeza de día en día más insaciable [68].

---

[67] En la nota 27 de esta misma *Geórgica* nos referimos ya a Quirón. Melampo, hijo de Amitaón, era un adivino que desencantó a las tres hijas de Preto, convertidas en novillas, y, en premio, se casó con la más hermosa. De nada sirven, pues, ni la medicina racional ni la religiosa.

[68] Una de las tres Furias, llamadas Alecto, Megera y Tisífone, que con una antorcha flamígera en una mano y un látigo en la otra azotaban sin cesar a los malhechores en el Tártaro. En este pasaje tal vez personifique a la peste que azota por doquier a los ganados.

Los ríos y sus orillas secas y las empinadas colinas resuenan con el balido de las ovejas y los mugidos repetidos. Y ya Tisífone extiende la matanza sobre manadas de animales y en los mismos establos amontona los cadáveres descompuestos por repugnante podredumbre, hasta que se aprende a cubrirlos de tierra y a esconderlos dentro de las fosas.

Porque ni la piel tenía aplicación alguna, ni las carnes puede nadie purificarlas con el agua, ni cocerlas al fuego, ni pueden tampoco esquilarse los vellones, carcomidos por el mal y la suciedad, ni tocar las telas sin que se pulvericen, y si con todo había probado alguien estos vestidos aborrecibles, unas pústulas ardientes y un sudor inmundo se pegaba a los infestos miembros, y sin que se esperase largo tiempo el fuego sagrado devoraba el cuerpo entero contagiado [69].

---

[69] Un clímax ha desarrollado Virgilio en este último trozo: 1) No se pueden esquilar los vellones. 2) Si se esquilan, la tela que de ellos se hilaba, se deshace en polvo. 3) Si, con todo, se hacen vestidos de esta tela, el contagio prende en aquellos que los llevan.

Es el «fuego sagrado» *(sacer ignis)* de los antiguos, que puede designar diversas enfermedades, pero que aquí se refiere a la erisipela gangrenosa o fuego de San Antón.

LIBRO IV

SINOPSIS

Invocación

1-7: Que Mecenas dirija también la mirada hacia esta parte de su obra: cantará el poeta el don divino de la miel y la vida admirable de las abejas. Invocación a Apolo.

PRIMERA PARTE. — *Vida de las abejas:* 8-280.

8-32: Elección del lugar para las colmenas.

33-50: Forma de las colmenas. Ayuda que puede prestarles el hombre.

51-87: Las abejas, al comenzar la primavera, salen a la pecorea; o bien enjambran; o tiene lugar en la región del aire un combate empeñado entre dos reyes y sus escuadrones respectivos.

88-102: Elección de uno de los dos reyes y de los súbditos que le siguen. Características para reconocer los mejores.

103-115: Forma de retener los enjambres desorientados: plante el apicultor a su lado un huerto florecido.

116-148: Digresión del poeta: cantaría, si el tiempo no le apremiase, los jardines de Pestum, o el que el viejo de Córico cultivó junto a Tarento, regada por el Galeso.

149-196: La república monárquica de las abejas: vida en común; división del trabajo; horas de salida y de regreso; sensibles a los cambios atmosféricos.

197-209: Propagación maravillosa de la especie. Riesgos que sufren por el bien común. Su vida no se prolonga más allá del séptimo verano, aunque la raza es inmortal.

210-218: Obediencia ciega de las abejas a su rey: cuidados y atenciones que le dispensan. Muerto el rey, el pacto se rompe.

219-227: Observando esta excepcional organización, afirmaron algunos que las abejas participan de la naturaleza divina, que, por otra parte, anima a todos los seres.

228-238: Prescripciones religiosas para castrar la colmena en dos épocas del año: primavera y otoño. La ira sin límites de las abejas.

239-250: Cuidados que requieren y peligros extensos que las acechan.

251-280: Síntomas de sus enfermedades. Remedios para curarlas.

SEGUNDA PARTE. — *El mito de Aristeo:* 281-558.

281-294: Si, con todo, la especie de las abejas ha llegado a desaparecer, el apicultor recurrirá al procedimiento del pastor Aristeo, tal como se practica en las orillas del Nilo.

295-314: Se sacrifica un toro y, encerrado en un recinto estrecho, se le deja corromper, hasta que de su cadáver putrefacto salga un nuevo enjambre de abejas.

315-386: Aristeo había perdido sus abejas. Angustiado invoca a su madre Cirene, que desde el fondo de las aguas, acompañada de las Ninfas, le llama hasta su lado. Penetra el joven hasta la húmeda mansión materna, donde su madre le expone el único remedio para su mal.

387-414: Que visite al adivino marino Proteo, acompañado de ella misma, que lo sujete cuando duerma y lo compela a responderle.

415-452: Viaje de madre e hijo bajo las ondas marinas. Llegada a la gruta de Proteo. Lucha con éste, que por fin se rinde y responde a la súplica de Aristeo.

453-466: Aristeo expía una gran culpa: la muerte que involuntariamente causó a Eurídice, esposa de Orfeo, que se vengó del pastor con la muerte de sus abejas.

467-493: Orfeo penetra en el reino de Plutón y con el canto de su lira aplaca a las sombras y a las divinidades infernales y obtiene la devolución de su esposa Eurídice.

Ésta, al mirarla su esposo antes de llegar a la región de la luz, se desvanece y se hunde de nuevo en el reino de las tinieblas.

494-506: Vano lamento de Eurídice.

507-527: Llanto de Orfeo, sin consuelo. Las mujeres de los Cícones, celosas del amor imposible de Orfeo a Eurídice, lo despedazan y arrojan su cuerpo al Ebro Eagrio.

528-547: Así Proteo. Cirene completa la revelación anterior: que Aristeo haga sacrificios a las Ninfas y abandone los cuerpos de los animales sacrificados a la putrefacción.

548-558: Aristeo cumple puntualmente el mandato de su madre: de las vísceras corrompidas de las víctimas salen bullendo incontables nubes de abejas.

Final de la obra:

559-566: Así cantaba Virgilio junto a la dulce Parténope, cuando César fulminaba el rayo de la guerra en la región del Éufrates.

Prosiguiendo cantaré el don divino de la miel, que baja de los cielos [1]: dirige tu mirada, oh Mecenas, también hacia esta parte. Voy a referir el espectáculo de pequeñas cosas que causarán tu admiración, magnánimos caudillos y, siguiendo un orden, las costumbres, aficiones, pueblos y combates de toda una nación. Mezquino es el argumento de mi empresa, pero no será mezquina la gloria, si al poeta las divinidades desfavorables no le impiden y si Apolo invocado le es propicio.

Primeramente hay que elegir para las abejas una morada y lugar fijo, donde ni los vientos tengan entrada (pues los vientos les impiden llevar a sus casas el pasto), ni las ovejas y los cabritos retozones trisquen entre las flores, o la ternera errante por el campo sacuda el rocío y tronche la hierba cuando crece.

Lejos también de las colmenas bien abastecidas los lagartos pintados en su escamosa espalda, los abejarucos y otras aves, y Procne, que trae el pecho señalado con sus sangrientas manos [2], porque lo devastan todo por doquier

[1] Es considerada la miel como don divino por creer los antiguos que era un rocío del cielo que luego recogían las abejas, o también por haberse alimentado Júpiter con este producto en la isla de Creta.

[2] Procne, casada con Tereo, de Creta, sirvió a su marido, ofendida por la injuria hecha a su hermana Filomela, los miembros de su hijo

y a las mismas abejas las atrapan al vuelo con el pico, comida dulce para sus crueles nidos. Pero que haya cristalinas fuentes y estanques que verdezcan con el musgo, y un arroyuelo que se deslice suavemente entre la hierba, y una palmera, o un acebuche corpulento, que den sombra al vestíbulo.

Así, cuando los reyes nuevos [3] salgan al frente de sus enjambres en la primavera, su estación propicia, y la juventud salida de los panales se divierta, la ribera cercana los invitará a retirarse del calor, y un árbol situado al paso les acogerá en su hospitalaria fronda.

En medio del agua, ya sea estancada o corriente, echa de través troncos de sauce y grandes piedras, para que puedan detenerse sobre apiñados puentes y extender sus alas al sol del verano, si, por casualidad, a las que se retardan las ha mojado el Euro, o, impetuoso, las ha sumergido en la corriente. Florezcan en contorno las casias verdes, los serpoles, cuyo perfume se nota desde lejos, y abundancia de ajedrea, de fuerte olor, y el violar beba en la fuente que lo riega.

Por lo que se refiere a las colmenas mismas, ya sea que las formes de cortezas ahuecadas y cosidas, o bien de tejas de flexible mimbre, que tengan estrechas las piqueras, pues el invierno hiela la miel con los fríos, lo mismo que el calor la vuelve líquida.

Ambos rigores han de temer de igual modo las abejas, pues no es en vano que en sus moradas tapan a porfía con cera los respiraderos más pequeños y cubren los res-

---

Itis, cuya sangre salpicó el pecho de su madre. Procne fue convertida en golondrina, a la que persigue sin cesar Tereo, convertido en gavilán. Filomela fue convertida en ruiseñor.

[3] Los antiguos creyeron que los jefes de la colmena eran machos y de aquí el nombre de «reyes».

quicios de propóleos y del jugo de las flores y guardan una cola, que recogieron para estos mismos menesteres, más blanda que la goma y que la pez del Ida frigio [4]. Muchas veces también, si la fama es verdadera, pusieron su hogar al abrigo, excavando guaridas bajo tierra, y fueron halladas en las oquedades de la piedra pómez y en la cavidad de un árbol carcomido. No obstante, tú también, protegiéndolas del frío en derredor unta con lodo blando las hendiduras de la colmena y echa por encima algunas ramas. No dejes el tejo [5] junto a sus viviendas, ni enrojezcas los cangrejos sobre el fuego [6], ni confíes en una laguna profunda, ni en los sitios donde el cieno emana olores fuertes, o donde las rocas huecas resuenan a una sacudida y el choque del sonido repercute con el eco.

Además de esto, luego que el sol dorado ha ahuyentado al invierno y lo ha reducido bajo tierra y despejó el cielo con las claridades del estío, al punto las abejas recorren selvas y florestas, recogen las brillantes flores y, ligeras, liban la superficie de las aguas; a partir de este momento, regocijadas con no sé qué dulcedumbre, atienden

---

[4] El monte Ida, como otras veces hemos dicho, estaba cubierto de pinos, que daban una resina muy estimada. Todos los procedimientos que ha nombrado el poeta para tapar las rendijas de la colmena, *cera, fucus, flores, gluten* son una misma materia, *propolis,* rojiza y olorosa, que con el aire se enducere. Las abejas lo obtienen en mayor cantidad de los árboles resinosos.

[5] El tejo, árbol muy comentado por los antiguos, del que afirman que envenena a los animales no rumiantes que comen sus hojas. En la *Geórgica* segunda nos referimos a sus bayas y a la sustancia *taxina.* En la *Bucólica* IX alude el poeta a los tejos de Córcega, que libados por las abejas proporcionaban a la miel un sabor amargo.

[6] La ceniza de los cangrejos obra como un remedio medicinal sobre la llaga viva. Su olor, según Plinio *(N. H.* XI, XIX), causa la muerte de las abejas.

a sus crías y a sus nidos; desde entonces elaboran con arte la cera nueva y amasan la consistente miel.

Después, cuando alzando la vista veas que el enjambre, salido ya de sus celdas, nada por el aire líquido del estío hacia las estrellas del cielo y admires su nube oscura impulsada por el viento, obsérvalas atentamente: se dirigen siempre a las aguas dulces y a un abrigo cubierto de follaje. Derrama tú en estos sitios los perfumes que te ordeno, toronjiles machacados y la hierba común de la cerinta; haz retiñir el bronce y sacude alrededor los címbalos de la Madre [7]; las abejas se posarán en los lugares preparados y ellas mismas, siguiendo su costumbre, se recogerán en lo más profundo de las cunas.

Mas si, por el contrario, saliesen a campaña, pues con frecuencia con alboroto grande una discordia se origina entre los reyes, y en seguida se puede adivinar con tiempo los ánimos de la muchedumbre y el ardor guerrero que estremece los corazones; porque aquel sonido marcial del ronco bronce reprende a las perezosas y se deja oír un ruido que recuerda el quebrado son de las trompetas. Entonces se agrupan temblorosas, agitan las alas y aguzan los dardos con sus trompas, disponen sus músculos y apiñadas junto a su rey y delante mismo del pretorio, se mezclan y provocan al enemigo con grandes gritos. Así pues, cuando disfrutan ya de una primavera despejada y de un cielo sin nubes, se lanzan fuera por las puertas, trábase el combate, un zumbido se produce en las alturas del empíreo,

---

[7] La Madre de los dioses o Gran Madre, por serlo de los principales de primer orden, Cibeles, era adorada en las montañas de Frigia. Sus sacerdotes, Curetes, Coribantes, etc., danzaban y tocaban en su honor tambores y címbalos. Según una práctica, aún usada ahora, se hacen sonar losas, una contra otra, campanillas o cencerros, y al son de ellos el enjambre de las abejas se detiene y posa en sitios apropiados.

confundidas se amontonan en grande redondel y caen precipitadas; no es el granizo más espeso en la región del aire, ni de la encina vareada llueven tan abundantes las bellotas. Los reyes mismos, en medio de los escuadrones y distinguibles por sus alas, ostentan un valor sin límites dentro de un reducido pecho, empeñados en no ceder hasta el momento en que el duro vencedor obligó al uno o al otro de los dos bandos a volver las espaldas en la fuga. Esta agitación de los espíritus y estos combates tan crueles los apacigua y reduce a calma un poco de polvo arrojado al aire [8].

Sin embargo, tan pronto como hayas apartado del combate a ambos capitanes, entrega a la muerte al que te pareció menos bueno, para que no te cause daño el superfluo; deja que el mejor reine en su vacante corte. Este será el que brille con ásperas motas de oro, pues los hay de dos especies, éste, el que es mejor, se distingue por su aspecto y porque brillan con un rojo vivo sus escamas; el otro es de pereza repugnante y arrastra sin gloria su abultado vientre.

Como cada uno de los dos reyes tiene distinto aspecto, así también los cuerpos de su gente: pues unas son feas y erizadas, como la saliva terrosa que el caminante sedien-

[8] Ha tenido lugar un fuerte anacoluto o corte de la construcción sintáctica del período. Empezó la prótasis u oración condicional: «Mas si, por el contrario, etc.», pero retenido el poeta por la imagen del combate descrito en una forma marcial, como si se tratara de un ejército de soldados, olvida la apódosis u oración principal o condicionada, que en forma independiente la propone al final: «Esta agitación de los espíritus, etc.». Nosotros respetamos el anacoluto original.

Aceptamos, por otra parte, el presente *quiescunt* de la apódosis (Teubner, Hachette), reducida ya a oración independiente, frente al futuro simple *quiescent* (B. Lettres, Colonna) en juego con el futuro anterior *exierint* de la prótasis.

to escupe de su reseca boca cuando viene andando sobre un lecho de polvo; resplandecen las otras y vibran de esplendor, brillando sus cuerpos salpicados con puntos simétricos de oro. Ésta es la mejor raza; de ella, en un tiempo fijo del año, sacarás una miel dulce, pero más que dulce, líquida y a propósito para corregir el sabor fuerte del vino [9].

Pero cuando los enjambres vuelan desorientados y se recrean por el cielo, desprecian sus panales y abandonan al frío sus colmenas, impedirás que sus volubles ánimos se entreguen a una inútil diversión. Ni te costará mucho el conseguirlo: quita tú las alas a los reyes; no pudiendo moverse ellos, nadie se atreverá a emprender el camino de los aires ni a arrancar del campamento las enseñas [10].

Los huertos perfumados con flores del color del azafrán las atraigan y Príapo, dios del Helesponto, que vigila a los ladrones y a las aves con su hoz de sauce, les dispense protección [11]. Y aquél que atiende a cuidados tales, que él mismo, trayendo de las montañas altas el tomillo y el laurel silvestre, los plante extensamente alrededor de las colmenas; que él ejercite sus manos en este trabajo duro; que él mismo hinque en el suelo las plantas fértiles y las riegue con aguas bienhechoras.

Y a la verdad, si yo no me encontrara ya al cabo final de mi tarea, dispuesto a recoger velas y a apresurarme a volver mi proa hacia la tierra, tal vez cantaría con qué

---

[9] La mezcla del vino con una quinta parte de miel, o en otras proporciones variables, se llama *mulsum*.

[10] Expresión militar que con frecuencia emplea Virgilio, aplicando a las abejas conceptos y costumbres propios sólo de los hombres.

[11] Príapo, dios de los jardines, de los que va a hablar ahora Virgilio, tenía un culto especial en Lampsaco, ciudad de la Tróade, en el Helesponto. Armado con su hoz de sauce servía de espantapájaros en los jardines.

cuidado, cultivándolos, se embellecen los fértiles jardines, y las rosaledas de Pesto [12], dos veces al año florecidas, y de qué modo las achicorias se gozan bebiendo en los arroyos y las riberas verdeantes con el apio y cómo sobre la hierba el retorcido cohombro ve crecer su vientre; ni pasaría en silencio el narciso, lento en formar su cabellera, ni el tallo del flexible acanto, ni la pálida hiedra, ni el mirto, que ama las riberas.

Pues yo me acuerdo que al pie de las torres de la encumbrada ciudad de Ébalo [13], por donde el negro Galeso riega los dorados campos, he visto a un viejo de Córico [14], que cultivaba unas pocas yugadas de tierra abandonada, cuyo suelo ni era productivo con el trabajo de los bueyes, ni apropiado a los rebaños, ni conveniente a Baco. Con todo, nuestro viejo, cultivando en medio de las zarzas espaciadas hortalizas y en torno de ellas blancos lirios y verbenas y adormidera comestible, igualaba en su altivez las riquezas de los reyes y cuando volvía a su casa, entrada ya la noche, cubría las mesas de manjares no comprados.

---

[12] La ciudad de Pesto, o Posidonia, en la Lucania, límite con Campania, era muy celebrada por sus rosas.

[13] Es Tarento, edificada, como toda ciudad antigua, sobre alturas, aunque ésta no sobrepasaba los 25 metros, aun con todo inexpugnable. La llama «ciudad de Ébalo», porque el lacedemonio Falanto la fundó, sustituyendo el epíteto lacedemonio por el nombre de Ébalo, rey legendario de Esparta. El Galeso es un arroyuelo cercano a Tarento.

[14] Córico, ciudad de Cilicia, junto al mar. Pasaban en la antigüedad los cilicios por ser hábiles horticultores, sobre todo delicados cultivadores del azafrán, que lo protegían de la intemperie con láminas de vidrio. Tal vez este viejo fuese oriundo de los cilicios que Pompeyo, vencedor de los piratas de Cilicia, había distribuido por la Calabria, repartiéndoles tierras pobres.

Siendo este jardinero buen apicultor, como luego dirá Virgilio, no es de extrañar que el jardín que cultiva esté sembrado de abundantes plantas melíferas.

Él era el primero en cortar la rosa en primavera y en coger los frutos en otoño y, cuando el triste invierno resquebrajaba incluso las piedras con el frío y el hielo detenía el curso de las aguas, pelaba entonces él la vegetación del flexible jacinto, reprochando lo tardío del verano y la pereza de los Céfiros. Así pues, él, antes que nadie, tenía en abundancia fecundas abejas y enjambres numerosos y, exprimiendo los panales, hacía salir de ellos la espumosa miel; poseía tilos y el frondosísimo laurel silvestre; y de cuantos frutos fértil el árbol se adornaba con flores nuevas, otros tantos tenía maduros en el otoño. Transplantó también él los olmos ya crecidos, a cordel, y el peral, muy duro, y los espinos que llevan ya ciruelas, y el plátano a punto de ofrecer sombra a los que beben. Pero, impedido por mis estrechos límites, paso por alto estos relatos y dejo a otros, después de mí, el cuidado de evocarlos.

Ahora, adelante, voy a referir el instinto que del mismo Júpiter recibieron las abejas en recompensa de que, siguiendo el sonido melodioso de los curetes y el ruido crepitante de sus bronces, alimentaron al rey del cielo en la cueva de Dicté [15]. Sólo las abejas tienen en común los hijos y en su ciudad indivisas las viviendas y pasan la vida sujetas a grandes leyes y ellas solas reconocen una patria y Penates inmutables y, teniendo presente el invierno venidero, se ejercitan trabajando en el verano y lo que allegaron lo ponen en reserva para todas.

---

[15] Ya aludimos en dos ocasiones anteriores a los curetes y a Dicté. Véase nota 83 del Libro II.

Aunque originarios de Frigia, donde tenía culto Cibeles, los curetes se establecieron en la isla de Creta, cerca del monte Dicté. Con el ruido de sus escudos y el sonido de los címbalos acallaron el llanto de Júpiter, siendo niño, en la cueva del monte referido, donde Cibeles lo había escondido para evitar que fuese hallado y devorado por Saturno.

Pues unas atienden al sustento y, según el acuerdo establecido, ejercen en los campos su trabajo; otras, dentro del recinto de sus celdas, echan los primeros cimientos de los panales con la lágrima del narciso y la goma pegajosa de la corteza, después cuelgan de ella una cera tenaz; otras hacen salir las crías ya crecidas, esperanza del linaje; otras espesan una miel muy pura e hinchen las celdas del límpido néctar. Hay a quienes tocó en suerte la guarda de las puertas y en turno observan las lluvias y las nubes del cielo, o reciben las cargas de las que llegan, o en escuadrón cerrado rechazan de las colmenas a los zánganos, rebaño perezoso.

Se trabaja febrilmente y las olorosas mieles rezuman a tomillo, de la misma manera que los Cíclopes cuando se esmeran en forjar los rayos con las blandas masas del metal; los unos, con los fuelles de piel de toro, reciben el aire y lo devuelven, los otros templan en un estanque los chirriantes bronces; el Etna se estremece bajo el peso de los yunques; levantan ellos alternadamente y a compás los brazos con gran fuerza y voltean el hierro con la mordiente tenaza [16]; así también, si se puede comparar lo pequeño con lo grande, el amor innato por allegar impulsa a las abejas cecropias, a cada una en su destino [17].

A las más viejas corresponde el cuidado de las colmenas, construir los panales y fabricar las artísticas celdillas;

---

[16] Una descripción más detallada y perfecta que ésta, acerca del trabajo de los Cíclopes, la hace Virgilio en el libro VIII de la *Eneida*. Como el trabajo de las abejas empieza en primavera, al igual que toda la naturaleza, que entonces brota de nuevo, así también los Cíclopes parece que siguen el orden de las cosas humanas.

[17] Abejas cecropias las llama Virgilio, por haber sido Cécrope el primer rey mitológico de Atenas. El monte Himeto, cerca de Atenas, en el Ática, alimentaba abejas que producían exquisita miel.

pero las más jóvenes se recogen fatigadas, entrada ya la noche, con las patas cargadas de tomillo: indistintamente pacen los madroños y los glaucos sauces y la casia y el rojo azafrán y el frondoso tilo y los oscuros jacintos. Para todas a la vez el descanso de las tareas y para todas a la vez el trabajo; por la mañana se precipitan fuera por las puertas, no hay tardanza alguna; de nuevo, cuando el lucero les advirtió que ya es hora de retirarse de los campos, después de haber libado, entonces se dirigen a sus celdas, entonces atienden a sus cuerpos; un ruido se produce y zumban alrededor de las piqueras y en el umbral de la colmena. Después, cuando ya se retiraron a sus lechos, aumenta el silencio con la noche y el sueño merecido se señorea de sus cansados miembros.

Pero cuando amenaza la lluvia no se alejan demasiado de sus viviendas, ni confían en el cielo, cuando los Euros se aproximan; sino que seguras al pie de las murallas de su casa, se proveen de agua en los alrededores y no se arriesgan más que a breves escapadas y muchas veces cargan unas piedrecitas, como el lastre los navíos inseguros cuando las olas los azotan; con ellas se sostienen entre las impalpables nubes [18].

Te maravillarás en gran manera de que a las abejas les haya agradado esta costumbre: que no se entregan al acoplamiento, ni perezosamente rinden sus cuerpos en honor de Venus, ni dan a luz sus crías con dolores, sino que ellas recogen con su trompa a los recién nacidos de

[18] Errónea interpretación de una observación exacta. Dice Delille: «Hay una especie de abeja que se llama Albañil, por construir su colmena junto a las paredes con un mortero compuesto de arena y grava; como esta abeja se parece a la otra, de aquí que ojos descuidados la hayan confundido».

las hojas y de las hierbas suaves [19]; ellas mismas sustituyen a su rey y a sus pequeños ciudadanos y forman de nuevo la corte y los palacios de cera. Muchas veces también en sus largas excursiones se rompieron las alas contra peñascos duros y rindieron voluntariamente su vida bajo el peso de la carga; ¡tan grande es el amor que sienten por las flores y la gloria por fabricar la miel!

Así pues, aunque el término de la existencia sorprenda a las abejas pronto (pues no suelen pasar del séptimo verano), la raza, sin embargo, es inmortal y durante muchos años persiste la fortuna de la casa y se cuentan los abuelos de los abuelos. Fuera de esto, no veneran así a su rey ni Egipto, ni la extensa Lidia, ni los pueblos de los partos, ni la Media, regada por el Hidaspes [20]. Mientras les vive el rey, un alma sólo tienen todas; mas, una vez perdido, el pacto ya se ha roto, arrebatan ellas mismas la miel que almacenaron y rompen el enrejado de los panales.

Él es el vigilante de los trabajos, a él lo admiran y rodean todas con un denso zumbido y lo acompañan en escolta numerosa y con frecuencia lo levantan en hombros y ofrecen al enemigo una coraza con sus cuerpos y corren despreciando sus heridas hacia una muerte bella.

Con estas señales y atendiendo a estos ejemplos afirmaron algunos que tenían las abejas una parte de la inteligencia divina y emanaciones celestiales: pues dios se derrama por la tierra entera y por la extensión del mar y

---

[19] Opinión muy generalizada entre los antiguos. No era tan fácil resolver el problema de la generación de las abejas, pues la cópula, como se sabe, se verifica una sola vez en toda la vida entre el macho, que es un zángano, y la reina, y además tiene lugar en el aire y a gran altura.

[20] Río de la cuenca septentrional del Indo, que comprende el Pendjab actual (Panjab). Hasta allí se extendió el imperio de los persas.

por las alturas del cielo; de él el ganado menor y el mayor, el hombre, las especies todas de las fieras y cualquier ser reciben al nacer el sutil aliento de la vida; a él, naturalmente, vuelven después y se restituyen los seres todos al cumplir su evolución; ni hay lugar para la muerte, sino que, vivos, vuelan al elemento sideral y penetran en las alturas del Empíreo [21].

Si alguna vez destapas la colmena augusta [22] para quitar la miel guardada en sus tesoros, rociado primeramente con agua extraída, guarda silencio y lleva en la mano por delante una tea que extienda por doquiera el humo. Dos veces las abejas apiñan sus abundantes frutos y en dos estaciones es la recolección: una, tan pronto como la Pléyade Taigete mostró a la tierra su rostro hermoso y rechazó con desdeñoso pie las ondas del río Océano, la otra, cuando el mismo astro, huyendo de la constelación del lluvioso Piscis, desciende del cielo tristemente hacia las ondas invernales [23]. En cuanto a las abejas no tiene límite su cólera

[21] Era doctrina común entre pitagóricos, platónicos y estoicos que las abejas participaban de la inteligencia divina. Por otra parte formula aquí Virgilio la doctrina del panteísmo epicúreo o emanación del espíritu divino a través de todos los seres, que al final de su ciclo vital de nuevo se resuelven en el elemento sideral o fuego de los astros y constelaciones del que se derramaron.

Posteriormente en la *Eneida* (Libro VI 724-29) desarrolla esta idea en parecidos términos.

[22] La colmena es *augusta* (palabra de origen religioso) por lo que acaba de decir sobre el origen divino de las abejas, exigiendo las purificaciones propias de un acto religioso: limpieza ritual con agua sacada de una fuente y silencio, recomendado con la fórmula sacra *fave ore.*

Aceptamos la lectura *ore fave,* «guarda silencio», pero otras ediciones ofrecen el texto *fove ore,* «calienta (el agua) con la boca», y finalmente otras *ora fove,* «purifica la boca».

[23] Las dos estaciones son la primavera y el otoño. La primera está determinada por la aparición, hacia final de abril, de la Pléyade Taigete

y, ofendidas, inoculan en las picaduras el veneno y abandonan sus invisibles aguijones en las venas a las que están clavadas y dejan su vida en las heridas.

Si, por el contrario, temes el riguroso invierno y piensas en el tiempo venidero y te dueles de sus abatidos ánimos y de su quebrantada situación, ¿quién dudará, al menos, de sahumarlas con tomillo y de retirar la cera de las celdas vacías? [23bis]. Porque muchas veces el lagarto, disimuladamente, ha devorado los panales y las celdillas aparecieron cubiertas de cucarachas enemigas de la luz, y también el zángano holgazán anda al acecho del alimento ajeno, o el áspero abejorro se introdujo aprovechando sus fuerzas superiores, o la casta cruel de las tiñas, o la araña, odiada de Minerva, ha suspendido de las puertas sus flojos hilos [24].

Cuanto más se hayan empobrecido las abejas, con tanto más afán se aprestarán a resarcir las pérdidas de su arrui-

---

sobre el horizonte del río-Océano, que, según Homero, rodea la tierra.

La segunda, por la ocultación del mismo astro, huyendo de Piscis (equivalente aquí al mal tiempo), que tiene lugar hacia el 8 de noviembre, según ya antes dijimos.

También Columela, aunque con diferente determinación astronómica, señala dos castras en la colmena, en las dos épocas fijadas por Virgilio.

[23bis] El sentido es el siguiente: aunque las colmenas pueden castrarse dos veces al año, sin embargo, si se teme al duro invierno y no tocas la colmena para quitar la miel, al menos practica la fumigación y limpia de cera las celdas vacías.

[24] Aracne fue una diligente obrera de la ciudad de Colofón, que se atrevió a disputar con la misma Minerva acerca del primor de sus trabajos sobre la tela, pero no pudiendo soportar la victoria de Aracne, la diosa la convirtió en araña.

Comentan autores modernos que la araña es inocente de las acusaciones que le hace Virgilio, pues los hilos que cubren las colmenas son obra de las mismas tiñas.

nada casa, rellenando brechas y tapizando sus graneros con el jugo de las flores.

Pero si sus cuerpos languidecieran con la triste enfermedad (puesto que la condición de las abejas está expuesta a los mismos accidentes que la nuestra), lo que tú podrás reconocer con inequívocas señales: al punto se les demuda el color a las enfermas; una flaqueza horrible les deforma el rostro; después sacan fuera de sus casas los cadáveres de las privadas de la luz y les hacen tristes funerales; o bien cuelgan ellas, trabadas de las patas, junto al umbral de la colmena, o también se apiñan todas dentro de sus viviendas cerradas, abatidas por el hambre y ateridas por el rigor del frío; óyese entonces un sonido más grave y zumban sin interrupción: como el frío Austro silba a veces en las selvas, como el mar alterado brama al retirarse las olas, como el impetuoso fuego restalla en llamas en los cerrados hornos. Te aconsejaré yo en tal momento que quemes el oloroso gálbano y que les introduzcas miel con canutos de caña, adelantándote a animarlas e invitando a las enfermas a sus alimentos habituales [24bis].

Servirá asimismo de provecho mezclar el sabor de la agalla machacada, las rosas desecadas, los arropes espesados a fuego lento, o los racimos secos de la vid Psitia y el tomillo de Cécrope y la hierba centáurea de fuerte olor. Existe también en los prados una flor, a la que los labradores le dieron el nombre de amelo, planta fácil de hallar a quien la busca, pues de una sola cepa se levanta

---

[24bis] Anacoluto, que respetamos en la traducción. Iniciada la prótasis condicional: «Si sus cuerpos languidecieran...», queda en suspenso la apódosis, pasando a describir el poeta las características de la enfermedad y muerte de las abejas. El verso 264 reemprende la oración principal: «Te aconsejaré yo en tal momento...»

una mata enorme de tallos; el corazón es de oro, pero en los pétalos, que se extienden en gran número alrededor, brilla pálidamente el color de púrpura de la violeta negra [25]. Muchas veces los altares de los dioses se adornan con guirnaldas de esta flor trenzada; su sabor es áspero a la boca; los pastores la recogen en los valles ya segados y junto a la sinuosa corriente del río Mela [26]. Cuece sus raíces con aromatizado vino y pon este alimento a canastos llenos a la entrada de la colmena.

Pero si de pronto se le perdiese a alguien la casta entera y no hallase medio de restaurar una generación nueva, ahora es la ocasión de dar a conocer la invención memorable del pastor de Arcadia y de qué manera la sangre corrompida de los novillos sacrificados ha engendrado frecuentemente abejas. Yo te relataré con amplitud la tradición entera, tomándola desde su primer origen [27].

Pues por aquella parte por donde el pueblo afortunado de Canopo Peleo habita el Nilo, que forma un lago al desbordarse la corriente, y recorre sus campos en pintadas barcas; en aquel sitio por donde hostiliza la vecina Persia, que usa aljaba, y el río fecunda al verde Egipto con negro limo y, precipitándose, se divide en siete bocas diferentes, después de haber bajado del país de los pintados indios,

[25] Descrita exactamente esta planta, es la que se conoce con el nombre de *aster amellus,* vulgarmente conocida con el de «ojo de Cristo».

[26] Pasa este río por la ciudad de Brescia (Brixia) y desemboca por la margen izquierda en el Ollius (Oglio), afluente del Po.

[27] Tal vez con la sola excepción de Aristóteles, la mayor parte de los poetas y tratadistas de estos temas creen en este procedimiento para la procreación de las abejas. Columela, que cita a Virgilio, Magón, Demócrito y Celso como testimonios del método aludido, lo hace con cierto escepticismo por su parte.

El pastor de Arcadia es Aristeo (véase nota 7 del Libro I).

da esta región fía en este procedimiento su salvación segura [28].

Primeramente se elige un lugar pequeño y se le reduce en razón de su destino; se le cierra con un tejado de pocas tejas y paredes bien compactas y se le añaden cuatro ventanas a los cuatro vientos, que reciban la luz oblicuamente. Se busca luego un novillo, cuyos cuernos se retuerzan ya hacia una frente de dos años; por más que se resista, se le obstruyen ambas narices y el resuello de la boca, y después que ha perecido a fuerza de golpes, sus entrañas maceradas se descomponen sin tener que abrir la piel. En esa situación lo dejan bien cerrado y colocan bajo sus costillas fragmentos de ramas, tomillo y casias verdes.

Tiene esto lugar al punto en que los Céfiros ponen las olas en movimiento, antes de que los prados enrojezcan de colores nuevos, antes de que la vocinglera golondrina suspenda su nido de un madero. Mientras tanto, recalentado el humor en los huesos tiernos, fermenta y déjanse ver animales de extrañas formas, primeramente privados de las patas, luego, haciendo ruido con las alas, se agitan y cada vez más gozan del ligero aire, hasta que se lanzan fuera, como la lluvia que se derrama de las nubes veraniegas, o como las flechas que disparan con el arco los ligeros partos, si alguna vez se deciden al combate [29].

---

[28] Determina el país de Egipto por las siguientes regiones: Canopo, en la parte occidental, en una de las desembocaduras del Nilo. Le llama Peleo, porque de Pela, ciudad de Macedonia, era Alejandro, fundador de Alejandría, con lo que Peleo adquiere el sentido de egipcio. Por el Oriente, Persia, el país de los partos, que usan aljaba. Las siete bocas por las que se precipita el Nilo señalan el Norte, y el país de los pintados indios es Etiopía, al Sur, desde donde desciende el río.

[29] La formación perfecta del insecto tiene lugar a los nueve días, según dirá luego Virgilio. Florentino, agrónomo de principios del siglo III, señala once días para desarrollarse un nuevo enjambre.

¿Qué divinidad, oh Musas, cuál nos descubrió este invento? ¿Cómo la nueva experiencia tuvo principio entre los hombres?

El pastor Aristeo, huyendo del valle del Tempe regado por el Peneo [30], después de haber perdido, según cuentan, sus abejas por la enfermedad y por el hambre, triste se detuvo junto a la fuente sagrada donde nace el río y, dando suelta a sus quejas, con estas palabras invocó a su madre: «Madre, Madre Cirene, que habitas en el fondo de este abismo, ¿por qué me engendraste de la estirpe ilustre de los dioses, si es cierto, como afirmas, que Apolo Timbreo es mi padre, para ser odiado de los hados? [31], ¿o a dónde te es ido el amor que me tenías?, ¿por qué me ordenabas que esperase el cielo? He aquí que aun este mismo honor de mi vida mortal, que a fuerza de afanes me había procurado a duras penas con la guarda inteligente de mis frutos y rebaños, a pesar de ser mi madre tú, tengo que dejarlo. Ea, sigue adelante y arranca con tu propia mano mi fértil arbolado; lleva el fuego destructor a mis establos y destruye mis mieses, quema mis sembrados y blande contra mis vides la resistente hacha de dos filos, si es que se apoderó de ti un pesar tan profundo de mi gloria».

Pero la madre, desde su lecho bajo el profundo río, percibió el sonido. En torno de ella hilaban las ninfas ve-

---

[30] Aristeo, como se ha dicho otras veces, es hijo de Apolo y de la ninfa Cirene. Enseñó a los hombres el arte de apacentar ganados, cuajar la leche y cultivar las abejas.

El Peneo, a su vez, es el nombre del río que riega el famoso valle del Tempe, entre los montes Osa y Olimpo (Tesalia).

[31] Timbreo, porque en Timbra, ciudad de la llanura troyana, era adorado particularmente Apolo. El río que regaba la llanura era el Timbrio.

llones milesios [32], teñidos primorosamente de un color verde botella, Drimo y Janto, y Ligea y Filódoce, extendidas las brillantes cabelleras sobre sus cuellos resplandecientes de blancura, Nesea y Espío y Talía y Cimódoce, y Cidipe y la rubia Licorias, la primera doncella todavía, la otra acabando entonces de probar los trabajos de Lucina, y Clío y Béroe, su hermana, ambas hijas del Océano, ambas teñidas de oro, envueltas ambas en salpicadas pieles, y Efira y Opis y la asiana Deyopea y la veloz Aretusa, que por fin se había despojado del carcaj.

En medio de ellas contaba Clímene la precaución inútil de Vulcano, las astucias y los placeres furtivos de Marte, y refería, empezando desde el Caos, los incontables amores de los dioses [33]. Mientras que, embelesadas las ninfas con el canto, tuercen en los husos los suaves copos de lana, de nuevo el llanto de Aristeo hirió en los oídos de su madre y sobre sus asientos cristalinos quedaron todas presas de estupor, pero Aretusa, antes que todas sus hermanas, levantó sobre el haz del agua su rubia cabellera y mirando ante ella clama desde lejos: «Oh, no en vano lamento tal te ha causado espanto, hermana Cirene, él mismo, el que es para ti tu principal cuidado, Aristeo, triste y en

[32] Los vellones milesios, ya otras veces citados por el poeta, tienen aquí el simple valor de excelencia o calidad, por haber sido famosa la lana obtenida de las ovejas que pastaban los montes y valles de la ciudad de Mileto.

A continuación sigue larga enumeración de nombres de ninfas de las aguas o de cazadoras, con brillantes resonancias semánticas debidas a su etimología.

[33] Quería Vulcano impedir los amores ocultos entre Marte y Venus, esposa de aquél.

El Caos es lo primero que tuvo lugar en la formación del mundo: simple vacío inmenso de donde todo se originó.

lágrimas deshecho está junto a las aguas de nuestro padre Peneo y por tu nombre te moteja de cruel» [34].

Sacudido el corazón de la madre con un repentino temor, «ea, condúcele, condúcele a nosotras», le dijo, «derecho tiene a pisar el umbral de los dioses». Al mismo tiempo ordena al profundo río que se retire un largo trecho, por donde el joven trace sus pasos, y la ola, por su parte, combándose en forma de montaña, lo rodeó en contorno, lo recibió en su profundo seno y lo condujo hasta el fondo del río.

Y admirando la mansión materna y los húmedos reinos y los lagos encerrados en cavernas y los sonoros bosques iba ya Aristeo y, estupefacto por el movimiento enorme de las aguas, contemplaba todos los ríos que corren en opuestas direcciones bajo la extensa tierra [35] y el Fasis y el Lico, y la fuente donde brota al principio el profundo Enipeo, donde el padre Tíber y las corrientes del Anio y el Hípanis, metiendo ruido entre las rocas, y el Caico, que viene de la Misia, y el Erídano, que ostenta en su faz taurina dos cuernos de oro, el río que con más violencia se precipita en el mar violeta a través de fértiles campiñas [36].

---

[34] Aretusa, que había sido antes cazadora, despojada por fin de su carcaj, se había convertido en ninfa de las aguas. Era famosa la fuente de Aretusa de Sicilia.

Llama al río Peneo, Padre, bien como calificativo propio de los ríos, o bien como progenitor de las ninfas, que habitan en sus profundidades.

[35] La inmensa caverna donde moraba Cirene daba origen a diferentes ríos, que, como los profundos lagos, una vez cubiertos sus cauces, afloraban a tierra.

[36] El Fasis es un río de la Cólquida, que desciende del Cáucaso y desemboca en el Mar Negro, junto a la ciudad de su nombre (Phasis).

El Lico, afluente del Iris en la provincia del Ponto. Hay otros del mismo nombre en Misia, en Fenicia y en Frigia.

El Enipeo es afluente del Peneo, en Tesalia.

Después que hubo llegado a la morada del tálamo, abovedada de esponjosa piedra, y conoció Cirene el llanto inútil de su hijo, ofrecen sus hermanas ordenadamente el agua cristalina para las manos y llévanle toallas de tejido liso. Unas llenan las mesas de manjares, otras le sustituyen sin cesar las rebosantes copas; sobre los altares brillan los fuegos de Pancaya [37]. Entonces la madre exclama: «Toma estas copas de Baco Meonio [38], libemos en honor del Océano». A la vez dirige ella plegarias al Océano, padre de las cosas [39] y a las ninfas sus hermanas, que custodian cien selvas y cien ríos. Por tres veces roció con el líquido néctar el fuego de Vesta y por tres veces la llama, levantándose, relumbró en lo alto de la bóveda. Confortando con tal presagio el corazón, así comienza ella.

«En el abismo Carpático de Neptuno hay un adivino [40], el azulado Proteo, que recorre el piélago inmenso con pe-

---

El Anio es un río del Lacio, afluente del Tíber por la izquierda.

El Hípanis (hoy el Buj) riega la Sarmacia y desemboca en el Ponto Euxino.

El Caico viene de las montañas de Misia y pasa cerca de Pérgamo.

El Erídano, según dijimos en la nota 67 del Libro I, se identifica comúnmente con el Po. La representación del río, con cuernos y faz de toro, era frecuente y antigua entre los griegos y de ellos pasó a los romanos.

[37] Los fuegos de Pancaya son los que producen el incienso, que procede de aquella mítica isla situada cerca de Arabia.

[38] Baco Meonio es el vino del monte Tmolo, en Lidia, antiguamente Meonia.

[39] El Océano es el padre de las aguas, y por ser este elemento el principio de las cosas, según Tales de Mileto, por eso llama al Océano *patrem rerum*, padre de las cosas.

[40] El mar de Cárpatos (así llamado por la isla del mismo nombre) se extiende en el archipiélago de islas que comprende desde Rodas hasta Creta, sin llegar hasta Egipto, adonde parece ampliarlo Virgilio con el fin de citar a Proteo, originario de aquel país.

ces y con un carro uncido de bípedos caballos [41]. A la sazón visita éste los puertos de la Ematia [42] y su patria, Palene [43]; a éste nosotras, las Ninfas, también lo veneramos y el mismo anciano Nereo [44]; pues todo lo conoce el vate, lo presente, lo que ya pasó y lo que el futuro ha de traer después. Pues tal fue el agrado de Neptuno, cuyos monstruosos rebaños y horribles focas bajo el abismo Proteo pastorea. A éste, hijo mío, has de coger y amarrar al punto, para que te dé a conocer la causa entera de la enfermedad y te procure un favorable resultado. Pues sin violencia no te dará precepto alguno, ni lo doblegarás con ruegos; emplea sin compasión la fuerza y, después de reducido, échale encima las cadenas: sólo con estos procedimientos sus astucias se quebrarán inútiles.

Yo misma, cuando el Sol haya encendido los ardores del mediodía, cuando las hierbas tienen sed y la sombra es ya más agradable al ganado, te conduciré al lugar apartado del anciano, donde, cansado, se retira al salir de las ondas, para que fácilmente lo ataques tendido mientras duerme. Mas cuando lo tengas cogido con las manos y preso con cadenas, entonces intentará engañarte con diversas apariencias y rostros de fieras, porque se convertirá de repente en erizado jabalí y en tigre cruel y en escamoso

---

[41] La traducción es literal. El sentido es: Proteo recorre las profundidades del mar en un carro de hipocampos o caballos marinos, mitad peces, mitad caballos. Esta leyenda de Proteo, pastor de focas y becerros marinos y adivino infalible por don de Neptuno, ha sido tomada de Homero *(Odisea* IV 365) y después de él la repiten los poetas griegos y latinos con los mismos elementos.

[42] Ematia es el nombre poético de Macedonia, citada ya en el verso 492 de la 1.ª *Geórgica.*

[43] Palene es la península más occidental de las tres en que se divide Calcídica, al sur de Macedonia.

[44] Hijo del Ponto y de la Tierra, dios del mar y padre de las Nereidas.

dragón y en leona de roja cerviz; o bien dejará escuchar el duro chisporroteo de la llama y de esta suerte probará escaparse de sus lazos, o también escurrirse convertido en delgados chorros de agua. Pero cuanto más él se convierta en toda clase de formas, tanto más tú, hijo mío, apriétale sus inflexibles lazos, hasta que de nuevo cambiado el cuerpo, aparezca tal cual antes fue a tu vista, cuando empezó a cubrir sus párpados el sueño».

Así dijo y exhala un líquido perfume de ambrosía con el que bañó todo el cuerpo de su hijo; entonces un suave olor se exhaló de su peinada cabellera y en sus miembros penetró un vigor que los tornó ágiles.

En la falda de una montaña socavada existe una espaciosa gruta, adonde el viento agolpa las aglomeradas olas y se deshacen en ondas circulares, fondeadero seguro de tiempo atrás para los navegantes sorprendidos: en su interior resguárdase Proteo tras la enorme roca que la cierra. Aquí la Ninfa coloca al joven en un escondrijo de espaldas a la luz; ella a distancia se detiene oculta entre nieblas.

Ya el arrebatador Sirio [45], que tuesta a los sedientos indios, brillaba en el cielo y el Sol de fuego había cumplido la mitad de su carrera, las hierbas se secaban y los rayos cocían el lecho profundo de los ríos, recalentados hasta el légamo en sus secas embocaduras, cuando Proteo, saliendo de las olas, se dirigía camino de su acostumbrada gruta; alrededor de él el rebaño húmedo del inmenso mar brincando salpica a distancia un amargo rocío. Las focas se tumban a dormir aquí y allá del litoral; Proteo, como a veces el guardián del establo en la montaña, cuan-

[45] Sirio es el nombre de la estrella más brillante de la constelación Canis Maior o Canícula, que hacía su aparición a finales de julio, fecha de los grandes calores.

do el lucero llama del pasto a los novillos a sus cuadras y los corderos excitan a los lobos al oír sus balidos, se sienta sobre una roca en medio de su grey y cuenta su número.

Tan pronto como a Aristeo se le ofrece la ocasión de aprisionarlo, sin dejar apenas al anciano que estire sus fatigados miembros, se precipita con grandes gritos y, tumbado, se apodera de él echándole cadenas. Proteo, por su parte, no olvidando sus ardides, se transforma en toda suerte de cosas sorprendentes, en fuego y en horrible fiera y en agua corriente. Mas, como engaño alguno le depara la evasión, vencido, recobra su figura y habló por fin con voz de hombre: «¿Quién a ti, el más confiado de los jóvenes, dice, te ordenó llegar a mi guarida? o ¿qué quieres de mí?». Y entonces Aristeo: «Tú lo sabes, Proteo, tú mismo lo sabes, pues no es posible que en nada se te engañe; mas tú deja de querer burlarme. Siguiendo los preceptos de los dioses venimos a buscar de ti un oráculo a nuestros males». No dijo más. Ante esto el vate con poderosa fuerza lanzó por fin sus ojos brillantes de glauco resplandor y, fuertemente rechinando, así abrió su boca para el siguiente oráculo[46]: «La cólera de algún dios es la que te persigue; una grave culpa expías: Orfeo, digno de compasión por su desgracia inmerecida, promueve contra ti este castigo, si los hados no se oponen, y duramente venga la pérdida de su esposa. Al tiempo que huyendo de ti la

[46] Une aquí Virgilio, por primera vez, dos leyendas diferentes. La muerte de Eurídice, esposa de Orfeo, con el episodio de Aristeo, que perdió sus abejas para expiar la grave culpa de haber ocasionado la muerte de Eurídice, de quien se hallaba enamorado. Era Orfeo poeta y músico de Tracia. Perfeccionó la lira añandiéndole dos cuerdas y la música era sólo su encanto y su solaz. Entre todas las Ninfas enamoradas de él, escogió a Eurídice, sencilla y encantadora, la sola digna de su amor.

joven a la muerte destinada corría veloz por las márgenes del río, no vio a sus pies en la crecida hierba un monstruoso hidro, que vigila las riberas. Entonces el coro de las Dríades, de su misma edad, llenó con su clamor las cimas de los montes; lloraron las alturas del Ródope y el elevado Pangeo y la tierra belicosa de Reso y los getas y el Hebro y la ateniense Oritía [47]. Y él, Orfeo, consolando con la cóncava cítara su desgraciado amor, a ti, oh dulce esposa, a ti con él a solas sobre la ribera solitaria, a ti al despuntar el día, a ti, cuando ya se retiraba, te cantaba.

Entró en las mismas gargantas del Ténaro [48], profunda entrada de Plutón y bosque sombrío do mora el negro espanto, y se presentó a los Manes y ante el rey temible y ante los corazones que no saben ablandarse con humanas súplicas. Entonces, conmovidas por su canto, de las profundas moradas del Erebo [49] acudían las tenues sombras y los espectros de aquéllos que carecen de luz, tan numero-

---

[47] El Ródope es una cadena de montañas situadas en Tracia; lo mismo que el Pangeo, cuya cima más alta alcanza los 1872 metros.

La tierra belicosa es Tracia, desde donde el rey Reso condujo sus guerreros al sitio de Troya.

Véase la nota 52 de la *Geórgica* tercera sobre los getas.

El Hebro es un río de Tracia, de gran curso y corriente, que nace en el monte Dunax, recorre el país de occidente a oriente y luego de norte a sur, para desembocar en el mar Tracio, junto a Eno.

Oritía era hija de Erecteo, rey de Atenas. Enamorado de ella el viento Bóreas, a pesar de la oposición de su padre al matrimonio, la raptó y la hizo reina de las regiones de Tracia, donde él moraba. Atenas es llamada por los poetas Actias.

[48] Ténaro, el más meridional promontorio de la cordillera del Taigeto, en Laconia. Allí había una caverna, que los antiguos creían una entrada a los infiernos, donde reina Plutón, el dios Dite de los latinos.

[49] Del Erebo o de las tinieblas del infierno, puesto que Erebo era hijo del Caos y padre de la Noche, por lo que significa las tinieblas infernales y el mismo Infierno.

sos cual las aves que a millares se esconden en la fronda, cuando el Véspero o la huracanada lluvia las aleja de las montañas, madres y esposos y los cuerpos sin vida de héroes magnánimos, niños y doncellas y jóvenes colocados sobre la hoguera a la vista misma de sus padres; alrededor de ellos un negro limo y el cañaveral repugnante del Cocito y la odiosa laguna de estancadas aguas los aprisiona y la Estigia esparcida entre ellos nueve veces los encierra.

Además se quedaron presos de estupor los reinos mismos de la Muerte en la profundidad del Tártaro, y las Euménides de cabellos trenzados con serpientes azuladas, y el Cérbero se quedó con sus tres bocas abiertas y la rueda de Ixíon que voltea el viento se paró [50]. Y ya Orfeo, volviendo sobre sus pasos, había escapado a los peligros todos y Eurídice recobrada llegaba a la región de la luz siguiéndole detrás (pues Prosérpina había impuesto esta condición), cuando una locura repentina se apoderó del imprudente amante, perdonable en verdad, si los Manes supieran de perdón: se detuvo y a su Eurídice, en los umbrales mismos de la luz, olvidado ¡ay! y en su corazón vencido, se volvió a mirarla. Al punto se desvanecieron todos los esfuerzos y quedaron quebrantados los pactos con el cruel tirano y por tres veces se dejó oír un sordo ruido sobre el lago del Averno [51].

[50] La mayor parte de estos nombres propios han sido ya objeto de breve explicación en la nota 20 de la *Geórgica* tercera.

[51] El cruel tirano es el rey de los Infiernos, Plutón, ya comentado en otras ocasiones, lo mismo que Prosérpina, raptada por el tirano y convertida en su esposa y reina de aquellos parajes.

(Véanse notas 10 y 12 de la *Geórgica* primera).

El Averno, lago de la Campania, del que se habló en la nota 40 de la *Geórgica* 2.ª, se consideraba como una de las bocas o entradas del Infierno y por extensión este mismo lugar.

Y ella: ¿«Qué locura, dijo, a mí, desgraciada, y a ti, Orfeo, al mismo tiempo nos ha perdido? ¿Qué locura tan grande? He aquí que por segunda vez los hados crueles me llaman atrás y el sueño cubre mis flotantes ojos. Adiós ya; soy llevada envuelta en las sombras de la inmensa noche, hacia ti, tendiendo, ¡ay! ya no tuya, mis impotentes manos».

Dijo y rápidamente desapareció de su vista en dirección contraria, como el humo que impalpable en el aire se disipa, ni en adelante vio ya más a él, que en vano intentaba apresar las sombras y decirle muchas cosas; el portero del Orco [52] no toleró más que él cruzase la laguna que se interpone. ¿Qué hacer?, ¿adónde se encaminaría, después de haberle sido arrebatada dos veces su esposa?, ¿con qué llanto a los Manes [53], con qué súplicas a otros dioses movería? Ella en tanto navegaba ya fría sobre la barca estigia.

Cuentan que siete meses enteros y seguidos lloró él al pie de una aérea roca, cabe las riberas del Estrimón desierto [54] y que en el fondo de heladas grutas dio a sus cuitas rienda suelta, amansando a los tigres y arrastrando con

---

[52] El portero del Orco es Caronte, que recibe las almas de los muertos que le presenta Hermes o Mercurio, para trasladarlas a la otra orilla de la laguna Estigia, previo pago del óbolo depositado en la boca de los muertos.

Orco es el nombre del dios de la muerte entre los romanos, por lo que se confunde con Plutón y con el lugar mismo del Infierno.

[53] Varias veces cita a los Manes al hablar del mundo de ultratumba. Eran las almas de los familiares muertos, que vivían ya en los Infiernos, y eran consideradas como divinidades a las que se podía tornar propicias mediante súplicas y sacrificios.

[54] Estrimón. Véase nota 21 del Libro I de las *Geórgicas*.

su canto a las encinas; cual la afligida Filomela [55], que a la sombra de un álamo llora la pérdida de sus hijos que el insensible labrador al acecho arrebató del nido, implumes todavía; llora ella la noche entera y posada sobre una rama comienza de nuevo su lúgubre canción y llena los lugares vecinos con sus tristes quejas.

No hubo amor ni himeneo alguno que doblegasen el ánimo de Orfeo. Solo, recorría los hielos hiperbóreos y el nevado Tanais y los campos jamás viudos de las escarchas Rífeas [56], llorando la pérdida de su Eurídice y el beneficio inútil de Plutón; desdeñadas las mujeres de los cícones [57] por este honor, en medio de los sacrificios de los dioses y de orgías nocturnas en honor de Baco, dispersaron por la llanura extensa el cuerpo despedazado del joven. Y aun entonces mismo, cuando la cabeza arrancada del alabastrino cuello daba vueltas en medio de las ondas, arrastrada por el Hebro Eagrio [58], «Eurídice», decía la misma voz, y la lengua fría, «¡Ah, desgraciada Eurídice!», exclamaba al marchársele la vida, y las riberas a lo largo de todo el río, «Eurídice», repetían.

---

[55] Filomela, nombre del ruiseñor. El poeta, como es corriente, usa la especie por el género, es decir, el ruiseñor por cualquier ave.

Véase la nota 2.ª de la esta misma *Geórgica.*

[56] El Tanais es el Don, en la antigua Sarmacia, hoy Rusia.

Para los Campos Rífeos, véase la nota 42 de la *Geórgica* primera.

[57] Cícones, pueblo de la costa meridional de Tracia, entre el lago Bistonis y la desembocadura del río Hebro. Estas mujeres se sienten ofendidas por Orfeo, al tributar éste tales honores a su esposa Eurídice, como si no pudiera encontrar de nuevo otro consuelo en ellas. Actúan como Bacantes, descuartizando el cuerpo del hermoso Orfeo.

[58] Hebro. Véase nota 47 de esta misma *Geórgica.* Lo llama al río, Eagrio, del nombre de Eagro, padre de Orfeo y rey de Tracia, por donde corre el río Hebro.

Así dijo Proteo y de un salto se arrojó al mar profundo y por donde se hundió, removió bajo su cabeza la espumosa agua.

Pero no se retiró Cirene, sino que viendo con temor a su hijo, se apresuró a decirle: «Hijo mío, ya puedes desechar de tu corazón los cuidados tristes. Esta es la causa entera de la enfermedad; por esto las Ninfas con quienes Eurídice dirigía los coros en la profundidad de los sagrados bosques, enviaron a tus abejas la lamentable peste. Llévales tus dones suplicante, pidiéndoles perdón, y venera a las Napeas indulgentes [59]; así otorgarán a tus súplicas su gracia y depondrán su enojo. Pero antes te diré punto por punto la forma con que debas suplicarlas. Elige cuatro toros sin tacha, de brillante estampa, de los que tú ahora pastoreas en las crestas del verde Liceo [60] y otras tantas novillas de cerviz no domada. Levanta para ellos cuatro altares ante los elevados santuarios de las Ninfas y haz saltar de sus gargantas la sagrada sangre y abandona en un bosque frondoso los cuerpos enteros de los toros.

Después, cuando la novena aurora brille ya en el cielo, mandarás en ofrenda a los Manes de Orfeo adormideras del Leteo [61] y sacrificarás una oveja negra y volverás a ver el bosque; a la aplacada Eurídice la honrarás con el sacrificio de una novilla».

No hay retardo; al punto ejecuta las prescripciones de su madre: ante los templos llega; levanta los altares indicados; conduce cuatro toros sin tacha de brillante estampa y otras tantas novillas de cerviz no domada. Después, cuan-

[59] Llama a estas ninfas Napeas por habitar los valles (*napē* = valle) cubiertos de bosques.

[60] Liceo. Véase nota 8 de la *Geórgica* 1.ª y nota 3 de la 3.ª

[61] Leteas o del Leteo. Véase nota 18 de la *Geórgica* 1.ª

do la novena aurora brillaba ya en el cielo, hace a Orfeo las ofrendas y vuelve a ver el sagrado bosque. Y en aquel punto contemplan sus ojos un prodigio repentino y maravilloso de contar: zumban las abejas a través de las vísceras licuescentes de las reses y salen bullendo por todo el vientre y por las costillas descarnadas; se elevan prolongadas en incontables nubes y se agrupan ya en las copas de los árboles en racimos que hacen balancear las flexibles ramas.

Esto es lo que yo cantaba sobre el cultivo de los campos y de los ganados y sobre los árboles, al mismo tiempo que el poderoso César fulmina los rayos de la guerra junto al profundo Éufrates y, vencedor, dicta sus leyes a pueblos que se le someten y se abre un camino hacia el Olimpo [62].

Por aquel tiempo la dulce Parténope me sustentaba a mí, Virgilio, que me entregaba a los gustos de un humilde ocio, después de haber cantado canciones de pastores, y, con la audacia propia de la juventud, haberte celebrado, oh Títiro, bajo la fronda de una copuda haya [63].

---

[62] Para esta alusión a las campañas de César Augusto junto al Éufrates véase nota 73 de la *Geórgica* 1.ª, y 42 de la 2.ª

De esta manera determina el poeta la fecha de la composición de este canto final del Libro IV de las *Geórgicas,* hacia el 29 a. C.

El camino hacia el Olimpo es la participación en los honores divinos o apoteosis triunfal.

[63] Parténope es el nombre poético de Nápoles, en cuyas cercanías se hallaba la tumba de una Sirena llamada Parténope.

Con el nombre de Títiro alude a las *Églogas* y, en particular, a la 1.ª de ellas, cuyos dos personajes son Títiro y Melibeo.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

BUCÓLICAS

Págs.

GEÓRGICAS

APÉNDICE VIRGILIANO